



**EL
DISCURSO
CRÍTICO
DE MARX**

**Bolívar
Echeverría**

EL DISCURSO CRÍTICO DE MARX



Colección

SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 215

Foto de Tapa: “Empire State Building” de Lewis Hine. 1931

Colección
SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 1 LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Víctor Serge - Karl Liebknecht - Rosa Luxemburgo

Libro 2 DIALÉCTICA DE LO CONCRETO

Karel Kosik

Libro 3 LAS IZQUIERDAS EN EL PROCESO POLÍTICO ARGENTINO

Silvio Frondizi

Libro 4 INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Antonio Gramsci

Libro 5 MAO Tse-tung

José Aricó

Libro 6 VENCEREMOS

Ernesto Guevara

Libro 7 DE LO ABSTRACTO A LO CONCRETO - DIALÉCTICA DE LO IDEAL

Edwald Ilienkov

Libro 8 LA DIALÉCTICA COMO ARMA, MÉTODO, CONCEPCIÓN y ARTE

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 9 GUEVARISMO: UN MARXISMO BOLIVARIANO

Néstor Kohan

Libro 10 AMÉRICA NUESTRA. AMÉRICA MADRE

Julio Antonio Mella

Libro 11 FLN. Dos meses con los patriotas de Vietnam del sur

Madeleine Riffaud

Libro 12 MARX y ENGELS. Nueve conferencias en la Academia Socialista

David Riazánov

Libro 13 ANARQUISMO y COMUNISMO

Evgueni Preobrazhenski

Libro 14 REFORMA o REVOLUCIÓN - LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Rosa Luxemburgo

Libro 15 ÉTICA y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 16 EDUCACIÓN y LUCHA DE CLASES

Aníbal Ponce

Libro 17 LA MONTAÑA ES ALGO MÁS QUE UNA INMENSA ESTEPA VERDE

Omar Cabezas

Libro 18 LA REVOLUCIÓN EN FRANCIA. Breve historia del movimiento obrero en Francia

1789-1848. Selección de textos de Alberto J. Plá

Libro 19 MARX y ENGELS

Karl Marx y Friedrich Engels. Selección de textos

Libro 20 CLASES y PUEBLOS. Sobre el sujeto revolucionario

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 21 LA FILOSOFÍA BURGUESA POSTCLÁSICA

Rubén Zardoya

Libro 22 DIALÉCTICA Y CONCIENCIA DE CLASE

György Lukács

Libro 23 EL MATERIALISMO HISTÓRICO ALEMÁN

Franz Mehring

Libro 24 DIALÉCTICA PARA LA INDEPENDENCIA

Ruy Mauro Marini

Libro 25 MUJERES EN REVOLUCIÓN

Clara Zetkin

Libro 26 EL SOCIALISMO COMO EJERCICIO DE LA LIBERTAD

Agustín Cueva - Daniel Bensaïd. Selección de textos

Libro 27 LA DIALÉCTICA COMO FORMA DE PENSAMIENTO - DE ÍDOLOS E IDEALES

Edwald Ilienkov. Selección de textos

Libro 28 FETICHISMO y ALIENACIÓN - ENSAYOS SOBRE LA TEORÍA MARXISTA EL VALOR

Isaak Illich Rubin

Libro 29 DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN. El hombre y la Democracia

György Lukács

Libro 30 PEDAGOGÍA DEL OPRIMIDO

Paulo Freire

Libro 31 HISTORIA, TRADICIÓN Y CONSCIENCIA DE CLASE

Edward P. Thompson. Selección de textos

Libro 32 LENIN, LA REVOLUCIÓN Y AMÉRICA LATINA

Rodney Arismendi

Libro 33 MEMORIAS DE UN BOLCHEVIQUE

Osip Piatninsky

Libro 34 VLADIMIR ILICH Y LA EDUCACIÓN

Nadeshda Krupskaya

Libro 35 LA SOLIDARIDAD DE LOS OPRIMIDOS

Julius Fucik - Bertolt Brecht - Walter Benjamin. Selección de textos

Libro 36 UN GRANO DE MAÍZ

Tomás Borge y Fidel Castro

Libro 37 FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 38 ECONOMÍA DE LA SOCIEDAD COLONIAL

Sergio Bagú

Libro 39 CAPITALISMO Y SUBDESARROLLO EN AMÉRICA LATINA

André Gunder Frank

Libro 40 MÉXICO INSURGENTE

John Reed

Libro 41 DIEZ DÍAS QUE CONMOVIERON AL MUNDO

John Reed

Libro 42 EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Georgi Plekhanov

Libro 43 MI GUERRA DE ESPAÑA

Mika Etchebéherè

Libro 44 NACIONES Y NACIONALISMOS

Eric Hobsbawm

Libro 45 MARX DESCONOCIDO

Nicolás González Varela - Karl Korsch

Libro 46 MARX Y LA MODERNIDAD

Enrique Dussel

Libro 47 LÓGICA DIALÉCTICA

Edwald Ilienkov

Libro 48 LOS INTELECTUALES Y LA ORGANIZACIÓN DE LA CULTURA

Antonio Gramsci

Libro 49 KARL MARX. LEÓN TROTSKY, Y EL GUEVARISMO ARGENTINO

Trotsky - Mariátegui - Masetti - Santucho y otros. Selección de Textos

Libro 50 LA REALIDAD ARGENTINA - El Sistema Capitalista

Silvio Frondizi

Libro 51 LA REALIDAD ARGENTINA - La Revolución Socialista

Silvio Frondizi

Libro 52 POPULISMO Y DEPENDENCIA - De Yrigoyen a Perón

Milcíades Peña

Libro 53 MARXISMO Y POLÍTICA

Carlos Néelson Coutinho

Libro 54 VISIÓN DE LOS VENCIDOS

Miguel León-Portilla

Libro 55 LOS ORÍGENES DE LA RELIGIÓN

Lucien Henry

Libro 56 MARX Y LA POLÍTICA

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 57 LA UNIÓN OBRERA

Flora Tristán

Libro 58 CAPITALISMO, MONOPOLIOS Y DEPENDENCIA

Ismael Viñas

Libro 59 LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO

Julio Godio

Libro 60 HISTORIA SOCIAL DE NUESTRA AMÉRICA

Luis Vitale

Libro 61 LA INTERNACIONAL. Breve Historia de la Organización Obrera en Argentina

Selección de Textos

Libro 62 IMPERIALISMO Y LUCHA ARMADA

Marighella, Marulanda y la Escuela de las Américas

Libro 63 LA VIDA DE MIGUEL ENRÍQUEZ

Pedro Naranjo Sandoval

Libro 64 CLASISMO Y POPULISMO

Michael Löwy - Agustín Tosco y otros. Selección de textos

Libro 65 DIALÉCTICA DE LA LIBERTAD

Herbert Marcuse

Libro 66 EPISTEMOLOGÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Theodor W. Adorno

Libro 67 EL AÑO 1 DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Víctor Serge

Libro 68 SOCIALISMO PARA ARMAR

Löwy -Thompson - Anderson - Meiksins Wood y otros. Selección de Textos

Libro 69 ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA DE CLASE?

Wilhelm Reich

Libro 70 HISTORIA DEL SIGLO XX - Primera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 71 HISTORIA DEL SIGLO XX - Segunda Parte

Eric Hobsbawm

Libro 72 HISTORIA DEL SIGLO XX - Tercera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 73 SOCIOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA

Ágnes Heller

Libro 74 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo I

Marc Bloch

Libro 75 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo 2

Marc Bloch

Libro 76 KARL MARX. ENSAYO DE BIOGRAFÍA INTELECTUAL

Maximilien Rubel

Libro 77 EL DERECHO A LA PEREZA

Paul Lafargue

Libro 78 ¿PARA QUÉ SIRVE EL CAPITAL?

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 79 DIALÉCTICA DE LA RESISTENCIA

Pablo González Casanova

Libro 80 HO CHI MINH

Selección de textos

Libro 81 RAZÓN Y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 82 CULTURA Y POLÍTICA - Ensayos para una cultura de la resistencia

Santana - Pérez Lara - Acanda - Hard Dávalos - Alvarez Somoza y otros

Libro 83 LÓGICA Y DIALÉCTICA

Henri Lefebvre

Libro 84 LAS VENAS ABIERTAS DE AMÉRICA LATINA

Eduardo Galeano

Libro 85 HUGO CHÁVEZ

José Vicente Rangél

Libro 86 LAS GUERRAS CIVILES ARGENTINAS

Juan Álvarez

Libro 87 PEDAGOGÍA DIALÉCTICA

Betty Giro - César Julio Hernández - León Vallejo Osorio

Libro 88 COLONIALISMO Y LIBERACIÓN

Truong Chinh - Patrice Lumumba

Libro 89 LOS CONDENADOS DE LA TIERRA

Frantz Fanon

Libro 90 HOMENAJE A CATALUÑA

George Orwell

Libro 91 DISCURSOS Y PROCLAMAS

Simón Bolívar

Libro 92 VIOLENCIA Y PODER - Selección de textos

Vargas Lozano - Echeverría - Burawoy - Monsiváis - Védrine - Kaplan y otros

Libro 93 CRÍTICA DE LA RAZÓN DIALÉCTICA

Jean Paul Sartre

Libro 94 LA IDEA ANARQUISTA

Bakunin - Kropotkin - Barret - Malatesta - Fabbri - Gilimón - Goldman

Libro 95 VERDAD Y LIBERTAD

Martínez Heredia - Sánchez Vázquez - Luporini - Hobsbawm - Rozitchner - Del Barco

Libro 96 INTRODUCCIÓN GENERAL A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Karl Marx y Friedrich Engels

Libro 97 EL AMIGO DEL PUEBLO

Los amigos de Durruti

Libro 98 MARXISMO Y FILOSOFÍA

Karl Korsch

Libro 99 LA RELIGIÓN

Leszek Kolakowski

Libro 100 AUTOGESTIÓN, ESTADO Y REVOLUCIÓN

Noir et Rouge

Libro 101 COOPERATIVISMO, CONSEJISMO Y AUTOGESTIÓN

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 102 ROSA LUXEMBURGO Y EL ESPONTANEÍSMO REVOLUCIONARIO

Selección de textos

Libro 103 LA INSURRECCIÓN ARMADA

A. Neuberg

Libro 104 ANTES DE MAYO

Milcíades Peña

Libro 105 MARX LIBERTARIO

Maximilien Rubel

Libro 106 DE LA POESÍA A LA REVOLUCIÓN

Manuel Rojas

Libro 107 ESTRUCTURA SOCIAL DE LA COLONIA

Sergio Bagú

Libro 108 COMPENDIO DE HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Albert Soboul

Libro 109 DANTON, MARAT Y ROBESPIERRE. Historia de la Revolución Francesa

Albert Soboul

Libro 110 LOS JACOBINOS NEGROS. Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití

Cyril Lionel Robert James

Libro 111 MARCUSE Y EL 68

Selección de textos

Libro 112 DIALÉCTICA DE LA CONCIENCIA – Realidad y Enajenación

José Revueltas

Libro 113 ¿QUÉ ES LA LIBERTAD? – Selección de textos

Gajo Petrović – Milán Kangrga

Libro 114 GUERRA DEL PUEBLO – EJÉRCITO DEL PUEBLO

Vo Nguyen Giap

Libro 115 TIEMPO, REALIDAD SOCIAL Y CONOCIMIENTO

Sergio Bagú

Libro 116 MUJER, ECONOMÍA Y SOCIEDAD

Alexandra Kollontay

Libro 117 LOS JERARCAS SINDICALES

Jorge Correa

Libro 118 TOUSSAINT LOUVERTURE. La Revolución Francesa y el Problema Colonial

Aimé Césaire

Libro 119 LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA

Federico Engels

Libro 120 POR LA SEGUNDA Y DEFINITIVA INDEPENDENCIA

Estrella Roja – Ejército Revolucionario del Pueblo

Libro 121 LA LUCHA DE CLASES EN LA ANTIGUA ROMA

Espartaquistas

Libro 122 LA GUERRA EN ESPAÑA

Manuel Azaña

Libro 123 LA IMAGINACIÓN SOCIOLÓGICA

Charles Wright Mills

Libro 124 LA GRAN TRANSFORMACIÓN. Crítica del Liberalismo Económico

Karl Polanyi

Libro 125 KAFKA. El Método Poético

Ernst Fischer

Libro 126 PERIODISMO Y LUCHA DE CLASES

Camilo Taufic

Libro 127 MUJERES, RAZA Y CLASE

Angela Davis

Libro 128 CONTRA LOS TECNÓCRATAS

Henri Lefebvre

Libro 129 ROUSSEAU Y MARX

Galvano della Volpe

Libro 130 LAS GUERRAS CAMPESINAS - REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA

Federico Engels

Libro 131 EL COLONIALISMO EUROPEO

Carlos Marx - Federico Engels

Libro 132 ESPAÑA. Las Revoluciones del Siglo XIX

Carlos Marx - Federico Engels

Libro 133 LAS IDEAS REVOLUCIONARIOS DE KARL MARX

Alex Callinicos

Libro 134 KARL MARX

Karl Korsch

Libro 135 LA CLASE OBRERA EN LA ERA DE LAS MULTINACIONALES

Peters Mertens

Libro 136 EL ÚLTIMO COMBATE DE LENIN

Moshe Lewin

Libro 137 TEORÍAS DE LA AUTOGESTIÓN

Roberto Massari

Libro 138 ROSA LUXEMBURG

Tony Cliff

Libro 139 LOS ROJOS DE ULTRAMAR

Jordi Soler

Libro 140 INTRODUCCIÓN A LA ECONOMÍA POLÍTICA

Rosa Luxemburg

Libro 141 HISTORIA Y DIALÉCTICA

Leo Kofler

Libro 142 BLANQUI Y LOS CONSEJISTAS

Blanqui - Luxemburg - Gorter - Pannekoek - Pfemfert - Rühle - Wolffheim y Otros

Libro 143 EL MARXISMO - EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

Henri Lefebvre

Libro 144 EL MARXISMO

Ernest Mandel

Libro 145 LA COMMUNE DE PARÍS Y LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Federica Montseny

Libro 146 LENIN, SOBRE SUS PROPIOS PIES

Rudi Dutschke

Libro 147 BOLCHEVIQUE

Larissa Reisner

Libro 148 TIEMPOS SALVAJES

Pier Paolo Pasolini

Libro 149 DIOS TE SALVE BURGUESÍA

Paul Lafargue - Herman Gorter - Franz Mehring

Libro 150 EL FIN DE LA ESPERANZA

Juan Hermanos

Libro 151 MARXISMO Y ANTROPOLOGÍA

György Markus

Libro 152 MARXISMO Y FEMINISMO

Herbert Marcuse

Libro 153 LA TRAGEDIA DEL PROLETARIADO ALEMÁN

Juan Rústico

Libro 154 LA PESTE PARDA

Daniel Guérin

Libro 155 CIENCIA, POLÍTICA Y CIENTIFICISMO – LA IDEOLOGÍA DE LA NEUTRALIDAD IDEOLÓGICA

Oscar Varsavsky - Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 156 PRAXIS. Estrategia de supervivencia

Ilienkov – Kosik - Adorno – Horkheimer - Sartre - Sacristán y Otros

Libro 157 KARL MARX. Historia de su vida

Franz Mehring

Libro 158 ¡NO PASARÁN!

Upton Sinclair

Libro 159 LO QUE TODO REVOLUCIONARIO DEBE SABER SOBRE LA REPRESIÓN

Víctor Serge

Libro 160 ¿SEXO CONTRA SEXO O CLASE CONTRA CLASE?

Evelyn Reed

Libro 161 EL CAMARADA

Takiji Kobayashi

Libro 162 LA GUERRA POPULAR PROLONGADA

Máo Zé dōng

Libro 163 LA REVOLUCIÓN RUSA

Christopher Hill

Libro 164 LA DIALÉCTICA DEL PROCESO HISTÓRICO

George Novack

Libro 165 EJÉRCITO POPULAR – GUERRA DE TODO EL PUEBLO

Vo Nguyen Giap

Libro 166 EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

August Thalheimer

Libro 167 ¿QUÉ ES EL MARXISMO?

Emile Burns

Libro 168 ESTADO AUTORITARIO

Max Horkheimer

Libro 169 SOBRE EL COLONIALISMO

Aimé Césaire

Libro 170 CRÍTICA DE LA DEMOCRACIA CAPITALISTA

Stanley Moore

Libro 171 SINDICALISMO CAMPESINO EN BOLIVIA

Qhana - CSUTCB - COB

Libro 172 LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN

Vere Gordon Childe

Libro 173 CRISIS Y TEORÍA DE LA CRISIS

Paul Mattick

Libro 174 TOMAS MÜNZER. Teólogo de la Revolución

Ernst Bloch

Libro 175 MANIFIESTO DE LOS PLEBEYOS

Gracco Babeuf

Libro 176 EL PUEBLO

Anselmo Lorenzo

Libro 177 LA DOCTRINA SOCIALISTA Y LOS CONSEJOS OBREROS

Enrique Del Valle Iberlucea

Libro 178 VIEJA Y NUEVA DEMOCRACIA

Moses I. Finley

Libro 179 LA REVOLUCIÓN FRANCESA

George Rudé

Libro 180 ACTIVIDAD, CONCIENCIA Y PERSONALIDAD

Aleksei Leontiev

Libro 181 ENSAYOS FILOSÓFICOS

Alejandro Lipschütz

Libro 182 LA IZQUIERDA COMUNISTA ITALIANA (1917 -1927)

Selección de textos

Libro 183 EL ORIGEN DE LAS IDEAS ABSTRACTAS

Paul Lafargue

Libro 184 DIALÉCTICA DE LA PRAXIS. El Humanismo Marxista

Mihailo Marković

Libro 185 LAS MASAS Y EL PODER

Pietro Ingrao

Libro 186 REIVINDICACIÓN DE LOS DERECHOS DE LA MUJER

Mary Wollstonecraft

Libro 187 CUBA 1991

Fidel Castro

Libro 188 LAS VANGUARDIAS ARTÍSTICAS DEL SIGLO XX

Mario De Micheli

Libro 189 CHE. Una Biografía

Héctor Oesterheld – Alberto Breccia - Enrique Breccia

Libro 190 CRÍTICA DEL PROGRAMA DE GOTHA

Karl Marx

Libro 191 FENOMENOLOGÍA Y MATERIALISMO DIALÉCTICO

Trần Đức Thảo

Libro 192 EN TORNO AL DESARROLLO INTELECTUAL DEL JOVEN MARX (1840-1844)

Georg Lukács

Libro 193 LA FUNCIÓN DE LAS IDEOLOGÍAS – CRÍTICA DE LA RAZÓN INSTRUMENTAL

Max Horkheimer

Libro 194 UTOPÍA

Tomás Moro

Libro 195 ASÍ SE TEMPLÓ EL ACERO

Nikolai Ostrovski

Libro 196 DIALÉCTICA Y PRAXIS REVOLUCIONARIA

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 197 JUSTICIEROS Y COMUNISTAS (1843-1852)

Karl Marx, Friedrich Engels y Otros

Libro 198 FILOSOFÍA DE LA LIBERTAD

Rubén Zardoya Loureda - Marcello Musto - Seongjin Jeong - Andrzej Walicki

Bolívar Echeverría - Daniel Bensaïd - Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 199 EL MOVIMIENTO ANARQUISTA EN ARGENTINA. Desde sus comienzos hasta 1910

Diego Abad de Santillán

Libro 200 BUJALANCE. LA REVOLUCIÓN CAMPESINA

Juan del Pueblo

Libro 201 MATERIALISMO DIALÉCTICO Y PSICOANÁLISIS

Wilhelm Reich

Libro 202 OLIVER CROMWELL Y LA REVOLUCIÓN INGLESA

Christopher Hill

Libro 203 AUTOBIOGRAFÍA DE UNA MUJER EMANCIPADA

Alexandra Kollontay

Libro 204 TRAS LAS HUELLAS DEL MATERIALISMO DIALÉCTICO

Perry Anderson

Libro 205 CONTRA EL POSTMODERNISMO – UN MANIFIESTO ANTICAPITALISTA

Alex Callinicos

Libro 206 EL MATERIALISMO DIALÉCTICO SEGÚN HENRI LEFEBVRE

Eugenio Werden

Libro 207 LOS COMUNISTAS Y LA PAZ

Jean-Paul Sartre

Libro 208 CÓMO NOS VENDEN LA MOTO

Noan Chomsky - Ignacio Ramonet

Libro 209 EL COMITÉ REGIONAL CLANDESTINO EN ACCIÓN

Alexei Fiodorov

Libro 210 LA MUJER Y EL SOCIALISMO

August Bebel

Libro 211 DEJAR DE PENSAR

Carlos Fernández Liria y Santiago Alba Rico

Libro 212 LA EXPRESIÓN TEÓRICA DEL MOVIMIENTO PRÁCTICO

Walter Benjamin – Rudi Dutschke – Jean-Paul Sartre – Bolívar Echeverría

Libro 213 ANTE EL DOLOR DE LOS DEMÁS

Susan Sontag

Libro 214 LIBRO DE LECTURA PARA USO DE LAS ESCUELAS NOCTURNAS PARA TRABAJADORES – 1^{er} Grado

Comisión Editora Popular

Libro 215 EL DISCURSO CRÍTICO DE MARX

Bolívar Echeverría

“La tradición del oprimido nos enseña que el *“estado de emergencia”* en que vivimos no es la excepción, sino la regla. Debemos llegar a una concepción de la historia acorde con este hallazgo. Entonces reconoceremos claramente que nuestra tarea es traer al frente el verdadero estado de emergencia. Esto mejorará nuestra posición en la lucha contra el fascismo. Una razón por la que el fascismo tiene posibilidades de darse es que, en nombre del progreso, quienes se oponen a él lo tratan como si fuera una norma histórica. El asombro de que las cosas que estamos experimentando ocurran aún en pleno siglo XX[1] no es filosófico. Este asombro no es principio de conocimiento –a menos que sea el conocimiento de que la visión de la historia que lo hace posible es insostenible..”

Walter Benjamin

Tesis sobre el concepto de Historia



<https://elsudamericano.wordpress.com>



La red mundial de los hijos de la revolución social

EL DISCURSO CRÍTICO DE MARX

Bolívar Echeverría

Für A.

PRESENTACIÓN

EL MATERIALISMO DE MARX

DEFINICIÓN DEL DISCURSO CRÍTICO

ESQUEMA DE *EL CAPITAL*

COMENTARIO SOBRE EL “PUNTO DE PARTIDA” DE *EL CAPITAL*

VALOR Y PLUSVALOR

CLASIFICACIÓN DEL PLUSVALOR

LA CRISIS ESTRUCTURAL SEGÚN MARX

ROSA LUXEMBURGO: ESPONTANEIDAD

REVOLUCIONARIA E INTERNACIONALISMO

EL PROBLEMA DE LA NACIÓN DESDE LA “CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA”

CUESTIONARIO SOBRE LO POLÍTICO

PRESENTACIÓN

No sabemos bien lo que Rosa Luxemburgo quería decir con "barbarie" cuando, en el verdadero comienzo de este siglo, en la Gran Guerra, reconocía para la marcha de la historia una encrucijada inevitable: o adopta el difícil camino del socialismo, o se hunde en la barbarie. ¿Era adecuado este reconocimiento? Alguien llegado de afuera diría que sí, que es evidente: la historia se decidió por la barbarie y ésta se generaliza y profundiza. Nunca como en el siglo XX, insistiría, tantas posibilidades sociales y técnicas de felicidad, de armonía entre los hombres y entre éstos y la naturaleza fueron convertidas de manera tan sistemática en compulsiones a la desgracia y la destrucción. Pero los que viven este siglo no están dispuestos a una constatación tan contundente y condenatoria como ésta. Criados para el arte de interpretar lo malo como menos malo a la luz de la posibilidad de lo peor: ansiosos de encontrarle siempre a todo, incluso a lo peor, el lado bueno, se resisten con recelo fetichista a sumar bajo el término "barbarie" todas las catástrofes y las masacres, de su época, la frustración de pueblos y generaciones enteras que ella contiene, el asfixiante estrechamiento de la vida individual y colectiva que ella ha traído consigo. Para ellos, pese a todo, el progreso "que sería por esencia bueno" sigue: la humanidad mantiene su marcha ascendente.

Barbarie: una vida social cuyo transcurrir fuera el discurso de un idiota, lleno de ruido y furor y carente de todo sentido. Ausencia de sentido: he ahí la clave de la barbarie. ¿Ha sido el siglo XX como una mera corporización de un cuento incoherente y violento? Tal vez. Pero el mural de barbaridades del siglo XX, inmenso y recargado, no puede ser descrito dejando de lado una presencia tangencial pero determinante que organiza su contenido en la misma medida en que lo niega. Me refiero a la presencia real de un proyecto de sentido o, mejor, de contra-sentido para la historia contemporánea: el comunismo; a la materialización de éste en una entidad socio-política peculiar: la izquierda; a su manifestación en conceptos mediante un discurso propio: el marxismo.

Sólo un hecho impide hablar del siglo XX como de una época de barbarie. No se trata de la existencia de un nexo que, al unir una barbaridad con otra, les otorgue un sentido trascendente: una categoría de males necesarios en el camino a un bien último. Se trata

de la existencia de la izquierda: una cierta comunidad de individuos, una cierta fraternidad, a veces compacta, a veces difusa, que ha vivido esta historia bárbara como la negación de otra historia deseada y posible a la que se debe tener acceso mediante la revolución. En virtud de la existencia de la izquierda la miseria de la vida moderna, la destrucción de los hombres y de la naturaleza en las ciudades y en los campos de la época industrial deja de ser un absurdo y se vuelve un acontecimiento histórico dotado de un sentido –negativo– y por tanto explicable. Explicable por el hecho de que la reproducción de la vida social –la unidad de trabajo y disfrute– se lleva a cabo de un modo tal que contradice las tendencias sociales y técnicas inherentes a ese mismo proceso que no sólo se ha vuelto ya sustituable, sino que despierta el deseo de su sustitución. La existencia de la izquierda le da un sentido –un contra-sentido– al sinsentido del siglo XX. Gracias a ella, las guerras mundiales no son meras riñas inevitables entre organismos nacionales a los que se les desboca su agresividad instintiva, ni el sangriento control colonialista del planeta un mero episodio en la lucha por la supremacía del más fuerte y la extinción del más débil: éste, como aquéllas, viene de la traslación de la irracionalidad de la vida capitalista nacional a la escala planetaria; son catástrofes y genocidios tal vez inimaginables pero sí penetrables a la razón como resultado necesario de la disputa entre los capitales nacionales imperialistas por alcanzar el dominio sobre los demás. Porque la izquierda estuvo allí *Auschwitz* dejó de ser un holocausto casual provocado por un loco; fue el resultado del fracaso de la propia izquierda; el sacrificio excedentario con que el cuerpo social debía pagar el triunfo de la contrarrevolución anticomunista en la Europa de la civilización burguesa.

Pero “el desierto crece”: incluso la fuente de su contrasentido amenaza con cegársele al siglo XX en estos sus últimos decenios. Comunismo, izquierda y marxismo se encuentran en crisis: en un momento en que su renacimiento o su desaparición son igualmente posibles. No se trata, sin duda, de una situación de subordinación total de la sociedad al aciago destino que le marca la acumulación del capital; la rebeldía brota por todas partes, de manera más o menos radical, poderosa y duradera; el ser humano se resiste en tanto que fuerza de trabajo mal pagada, en tanto que variedad discriminada por su sexo, su raza o su comportamiento, en tanto que grupo social reprimido en lo político, lo

nacional o lo religioso. De lo que se trata es de un desgaste irrevocable de la figura histórica concreta que la presencia del contra-sentido en el siglo XX, como resistencia y rebeldía reales, como tríada comunismo-izquierda-marxismo, heredó del siglo anterior. La tríada comunismo-izquierda-marxismo sólo pudo adquirir una figura concreta, una vigencia efectiva en la historia contemporánea mediante un conjunto de tres autoafirmaciones teórico-prácticas que debieron ser compatibles con la esencia de lo político delimitada por la sociedad civil o burguesa. La afirmación de que su "base social" existe de hecho y coincide aproximadamente con lo que el discurso sociológico llama "clase obrera industrial". La afirmación de que su modelo de sociedad alternativa es realmente viable y que –habida cuenta de factores distorsionantes– puede ser encontrada empíricamente en la URSS y sus prolongaciones. La afirmación, por fin, de que su acción, lejos de ser utopista, no es otra cosa que el intento de "modernizar" la sociedad, de adecuarla a las conquistas productivas innegables, logradas espontáneamente por los medios de producción.

Pero estos últimos cien años han sido demasiados años para la capacidad de adaptación de cualquiera de las figuras concretas creadas en su realidad histórica. Demasiados también, por lo tanto, para la figura tradicional de la Izquierda y de la tríada a la que ella pertenece. En primer lugar, el abigarrado panorama de brotes de impugnación del sistema no puede ya ser descrito como una simple modificación de la misma figura histórica de la Izquierda. Muchas de esas rebeldías son, más que extrañas entre sí, enconadamente hostiles las unas a las otras. La "clase obrera, industrial", por su lado, al mismo tiempo que ha dejado de ser la portadora del proyecto comunista de una contra-historia contemporánea, ha perdido también la capacidad de ofrecer un plano homogéneo de acción a los demás sujetos de la rebeldía, y de ser así su representante. En segundo lugar, la existencia de los *Gulag*, de la represión de la democracia y del anquilosamiento de la vida social para el sostenimiento del "socialismo real" no puede ya ser interpretada como resultado de una necesidad impuesta desde afuera, por el contorno capitalista, a un proceso de "transición al socialismo"; debe ser reconocida como la presencia invertida, perversamente metamorfoseada, de las mismas leyes generales del modo capitalista de la reproducción social, empeñadas en consolidarse y perseverar. El modelo de sociedad alternativa sólo puede tener en el orden

implantado por la URSS la imagen de lo que no debe ser. Por último, no hay ya esfuerzo capaz de mantener en pie la creencia en una "bondad" intrínseca de la técnica: resulta ilusoria la posibilidad de que un nuevo orden social desplace del lado negativo al lado positivo el mecanismo que regula el sentido del funcionamiento de una misma tecnología, la tecnología moderna. Tecnología ideada para potenciar la explotación de la fuerza de trabajo, impone ahora su destructividad desahogada; no puede ya mantenerse en su papel de benevolente correctivo realista para los sueños de una historia alternativa.

La caducidad de la figura concreta que la tríada comunismo-izquierda-marxismo debió adoptar para tener efectividad en la historia contemporánea se muestra de manera muy especial en lo que respecta al marxismo. La fuente del discurso de la rebeldía y el contra-sentido ha experimentado en este siglo una diversificación y una radicalización tan marcadas, que la versión de sí mismo que el discurso crítico marxista debió elegir y desarrollar desde la época del propio Marx –la de un cuerpo de saber científico positivo, propio de la "clase obrera industrial" y capaz de sustituir a su equivalente burgués como garantía de racionalidad para el nuevo orden social– resulta demasiado estrecha e inofensiva cuando pretende ofrecer a todos los otros esbozos de discurso crítico un terreno común para su formulación e interpenetración.

De esta versión del discurso crítico que llegó al ridículo con el "materialismo dialéctico" staliniano y que tuvo su último intento de adaptación a comienzos de los años sesenta (el materialismo histórico: un nuevo "continente" en el mapamundi de la ciencia), escribía Foucault que "se encuentra en el pensamiento del siglo XIX como pez en el agua; es decir, en cualquier otra parte deja de respirar". Para Foucault, la teoría marxista carece de actualidad porque, además de pertenecer al siglo XIX, es decir, de haber alcanzado vigencia histórica en él –lo que de por sí sería una virtud– permanece atrapada en la problemática propia de ese siglo, cuyos alcances son estrechos y faltos de radicalidad. La "encomienda" que el espíritu revolucionario del siglo XIX hacía al pensamiento era la de "establecer para el hombre una permanencia estable sobre esta tierra, de la que los dioses se habían apartado o esfumado". Una "encomienda", si no mezquina (como la llamaría Heidegger), sí superficial. Porque lo que está en cuestión radicalmente –esto debe saberlo la época del pensar que se abre con

Nietzsche— no es el logro y la distribución de los “bienes terrenales”, no son las posesiones del Hombre (el moderno *maître et possesseur de la nature*), sino lo humano mismo, esta entidad histórica peculiar que está en trance de desaparecer una vez que todas las virtudes que desarrolló a costa de cruentas mutilaciones se convierten una a una en vicios nocivos para él mismo y para la naturaleza. El discurso contemporáneo sólo puede ser radical si acepta la “encomienda del pensar” que viene de esta “peligrosa inminencia”: “el fin del Hombre”.

Pero ¿se detiene la “encomienda” que el comunismo hace a su discurso crítico en los límites respetados —en “acomodación al espíritu de la época”— por la versión predominante del marxismo: sociologista, estatista y progresista? Si no es así, ¿qué otra manifestación concreta ha tenido o puede tener ese discurso crítico comunista? ¿Un marxismo “diferente” o un nuevo “-ismo”, post-marxista? La actividad y el discurso de Marx son como una sustancia que adquiere diferentes formas según la situación en que ellos son invocados para fundamentar diferentes marxismos: diferentes garantías teóricas (científicas) de proyectos prácticos (empíricos), histórico-concretos, de actividad política que se pretende anticapitalista. Aparte del nombre “Marx”, disputado por su prestigio legendario, estos diferentes proyectos pueden llegar a no tener en común más que algunos retazos de teoremas, extraídos siempre de un sector muy limitado de la extensa obra de Marx; o incluso menos: unas cuantas fórmulas “marxistas” dotadas de un valor puramente emblemático.

Hay muchos marxismos no sólo debido a la polisemia del nombre Marx, al hecho de que hay muchas posiciones anticapitalistas desde las que se lee a Marx. Los hay también porque el propio Marx, como todo individuo humano, es múltiple, porque hay varios sujetos homónimos llamados Marx: varios esbozos divergentes de forma que la sustancia Marx tiene por sí misma y que coexisten conflictivamente tratando de ser cada uno de ellos el que tiene la clave y representa la verdad de los otros.

En consideración de esto es posible clasificar a los distintos marxismos en dos grandes grupos: de una parte, el de los que —como el marxismo dominante— resultan de una elección-imposición que congela o petrifica en una de sus varias formas o resultados a esta sustancia por sí misma multiforme, a este proyecto desigual e inacabado de acción y de

discurso que fue Marx; es el grupo de los marxismos que adoptan determinados textos o hechos de Marx como piedras inamovibles, idénticas a sí mismas, privadas de todo conflicto, sobre las que levantan sus construcciones teórico-prácticas. De otra parte, hay los marxismos que resultan de una elección que respeta esa búsqueda inacabada de unificación que conecta entre sí a los distintos esbozos espontáneos de identidad que hay en el propio Marx; de una adopción de los lineamientos fundamentales de su proyecto revolucionario, en la medida en que éste, por su universalidad concreta y por su originalidad, puede ser perfeccionado críticamente con el fin de armonizar el discurso de aquella rebeldía múltiple frente a la historia capitalista, que de otra manera permanecería balbuceante y contradictoria.

La crisis del marxismo parece decidirse, en un sentido, por el traslado de su versión tradicionalmente dominante –y de otras que pertenecen al mismo tipo– al campo del discurso del poder establecido, como poder estatal en el que convergen los intereses “normales” u occidentales y los intereses modificados o “socialistas reales” del modo capitalista de la reproducción social. En otro sentido, la crisis del marxismo parece dirigirlo, en cambio, hacia el abigarrado campo de la rebeldía contemporánea, a discutir dentro de él, sin límites, reservas ni concesiones, todos sus contenidos y su estructura misma como discurso, todas sus formas de presencia como movimiento práctico.

La “encomienda” que el comunismo hace a su discurso histórico concreto ha rebasado siempre –desde la época en que el propio Marx hizo burla del programa socialdemócrata apoyado por la fracción “marxista” en Gotha– los límites del marxismo “demasiado realista”. Se ha hecho presente en muchos Marxismos marginales –conocidos por ciertos nombres clave que van de Rosa Luxemburgo y Hermann Goerter a Karel Kosik y Rudi Dutschke, pasando por Karl Korsch, Ernst Bloch, Georg Lukács, y muchos más– que, al acompañar, en calidad de estorbos y desviaciones, la historia del marxismo predominante, fueron la causa de la persistencia en él de un cierto grado de radicalidad y, por tanto, de efectividad revolucionaria.

Es una historia que ha desgastado todas sus “vías preferenciales”, que se ha vuelto toda ella marginal, el marxismo que parece poder renacer de su crisis actual es el de esta tradición heterodoxa. La insistencia en

un doble descubrimiento teórico del Marx joven (1843-1848), que se vuelve una doble constante teórica, más o menos manifiesta pero siempre determinante, de los escritos del Marx maduro (el de *El Capital*, la inconclusa "crítica de la economía política"), parece estar conectada con la posibilidad del renacimiento y la renovación marxista. El primer aspecto de este descubrimiento tiene que ver con la idea misma de un discurso capaz de llevar adelante la "encomienda" comunista. Se trata del reconocimiento de que la historia del discurso positivo, del *logos* para la producción —esta creación específica del ser humano— ha estado de tal manera ligada a los intereses de consolidación de modos de reproducción basados en la explotación y la represión que hoy en día, en la época en que vivir se ha vuelto sinónimo de existir para el mantenimiento del poder del capital y su congreso de estados nacionales, la positividad del discurso ha llegado a identificarse con su carácter apologético del sistema. Se trata, así, del descubrimiento de que el discurso del comunismo sólo puede ser tal si es estructuralmente crítico, es decir, si vive de la muerte del discurso del poder: de minarlo sistemáticamente; si su decir resulta de una estrategia de contradecir.

El segundo aspecto del descubrimiento que puede renovar la actualidad del marxismo tiene que ver con lo que podría llamarse el teorema crítico central de *El Capital* de Marx. La idea de que todos los conflictos de la sociedad contemporánea giran, con su especificidad irreductible, en torno a una fundamental contradicción, inherente al modo capitalista de la reproducción social; la contradicción entre valor de uso y valor, entre dos "formas de existencia" del proceso de reproducción social: una, "social-natural", trans-histórica, que es determinante, y otra históricamente superpuesta a la primera, parasitaria pero dominante, que es la forma de "valor que se valoriza", de acumulación de capital. Los ensayos reunidos en el presente volumen, redactados entre 1974 y 1980, abordan diferentes temas que se refieren directamente a estos dos aspectos del proyecto teórico-político de Marx. Los dos primeros, que versan sobre el materialismo de Marx y sobre la consistencia crítica de su discurso, proponen una reconsideración del sentido en que debe entenderse actualmente el carácter científico del discurso teórico sobre la realidad social. Intentan mostrar que la obra de Marx implica una propuesta de definición para ese carácter; propuesta que concibe a la des-construcción crítica del discurso

científico espontáneo, al desquiciamiento sistemático de su horizonte de inteligibilidad, como la estrategia epistemológica adecuada para un discurso cuya producción de conocimiento debe cumplirse cuando la historia que ha culminado en el capitalismo transita hacia una nueva historia. Los cinco ensayos siguientes versan sobre el texto de *El Capital*. El primero de ellos propone una lectura del mismo a partir del reconocimiento de que la lógica que lo organiza refleja su intención crítica al hacerlo avanzar de un análisis de la apariencia que ofrece la riqueza social a un descubrimiento de su esencia, y de éste a una desmistificación de su realidad. El segundo presenta un resultado de esa lectura: el que corresponde a las dos primeras secciones de la obra. Reconstruye el argumento inicial de *El Capital* –que establece cuál va a ser su objeto teórico general– reconociéndolo como una delimitación de la peculiaridad problemática de la riqueza social mercantil capitalista sobre el trasfondo mistificado de las características propias de la riqueza social mercantil simple. Los otros tres ejemplifican esa misma lectura en torno a distintos temas clave de la crítica de la economía política, principalmente el de una concepción del valor alejada por igual del “inmanentismo” y del “fenomenismo”, el del principio de distinción entre los distintos tipos de plusvalor y el de la definición general de la crisis económica.

Los tres ensayos últimos versan sobre la derivación de la teoría de Marx hacia temas propiamente políticos. El examen de los planteamientos luxemburguianos sobre la “espontaneidad revolucionaria” y la “nación real” conduce en ellos a la problematización de los conceptos de “enajenación” y de “fetichismo” y a la propuesta de una redefinición de éstos como categorías ineludibles del discurso crítico cuando él pretende referirse a las posibilidades de una política revolucionaria en las condiciones concretas del sujeto social, es decir, en el marco de las empresas estatales modernas que lo constituyen en una entidad nacional.

[1984]

EL MATERIALISMO DE MARX¹

DATOS

Además del manuscrito que ocupó a Marx durante los primeros meses de su estadía en Bruselas, el de su primera "Crítica de la economía política", elaborado en 1844, en París; además de los cuadernos con los apuntes de lectura que acompañaban a sus estudios de economía, teoría social e historia; además del manuscrito de *La Ideología Alemana*, redactado junto con Engels en 1845 y 1846, se conserva también, entre otros documentos de esta época de su vida, la agenda o memorándum que le sirvió entre 1844 y 1847. En esta libreta, que contiene casi exclusivamente títulos de libros y recados domésticos, se encuentran también algunas anotaciones sumarias o esquemáticas de Marx que tienen una relación directa con sus manuscritos propiamente teóricos.

La principal de estas anotaciones teóricas es la que se compone de las famosas once tesis "ad Feuerbach".

Se supone generalmente que las *Tesis* fueron anotadas por Marx en marzo de 1845; otras consideraciones permitirían pensar, sin embargo, que fueron escritas a principios de 1846. Lo que sí puede afirmarse con seguridad es que su redacción tuvo que ver directamente con la intervención de Marx y Engels, durante 1845 y 1846, en la discusión propiamente alemana de los problemas del socialismo; es decir, que sus aseveraciones forman parte del tratamiento crítico al que fueron sometidas por Marx y Engels en esos años tanto las versiones de la doctrina socialista que prevalecían en Alemania como las construcciones filosóficas en que ellas pretendían encontrar su justificación teórica. Es en enero de 1846 cuando Marx y Engels deciden ampliar y transformar sustancialmente el escrito que preparaban contra Bauer y Stirner. La redacción de esta nueva obra, *La Ideología Alemana*, que debe incluir un capítulo inicial sobre Feuerbach, es, después de la redacción de *La sagrada familia*, la oportunidad más próxima que tiene Marx de abordar una consideración global del materialismo y de la filosofía de Feuerbach.²

¹ Publicado originalmente en *Historia y sociedad*, n. ° 6, México, 1975.

² Cf. Marx-Engels-Lenin Institut., *K. Marx, Chronik seines Lebens*, Moscú, 1934, p. 30.

CONSIDERACIÓN GENERAL

Una comparación analítica del texto de las *Tesis* con los textos de los dos escritos principales de Marx en estos años –los “Manuscritos de París” y *La Ideología Alemana*– revela fácilmente que todas las aseveraciones singulares discernibles en el primero pueden también ser reconocidas sea en uno de los otros dos o en ambos. Basta eliminar del texto de las *Tesis* el plano aparentemente accidental en que tiene lugar su unidad, el plano de su formulación ocasional como sucesión de once enunciados aforísticos (donde sí es innegable la presencia de expresiones nuevas y exclusivas), para que el residuo, la lista de aseveraciones aisladas que se encuentran en él, resulte carente de todo aporte original o indispensable en el nivel propiamente conceptual, y para que, en consecuencia, todo el texto pierda lo propio o distintivo y se vuelva reductible a los dos textos mayores.

Pero el mensaje comunicado en el texto de las *Tesis*: reconocerlo como una totalidad significativa perteneciente a un proceso discursivo que aprovecha precisamente la peculiaridad de su expresión, al adjudicarle su sentido definitivo, para que se revelen las posibilidades que tiene su mensaje de ser original o irreductible, es decir, no redundante sino complementario con respecto al mensaje aportado por los “Manuscritos de París” y *La Ideología Alemana*.

El examen de las *tesis* que intentaremos hacer en las páginas siguientes se guía por una idea general acerca de cómo se da y en qué consiste este carácter original e irreductible del mensaje transmitido en su texto.

Pensamos que la manera en que el texto reúne a las once tesis o enunciados aforísticos en el plano de la formulación ocasional –la figura de un programa o manifiesto que postula un conjunto de principios sobre un tema determinado– posee una función significativa propia en la medida en la que delimita una dirección e indica una tendencia a las aseveraciones organizadas según ella. Que esta función consiste en convertir a las once tesis, motivadas por la presencia teórico-política de Feuerbach, en una serie de pasos de argumentación cuya sucesión elabora una región problemática más general, cumpliendo un requerimiento indispensable del proceso discursivo en que se efectúa la revolución teórica comunista.

Afirmamos además que la región problemática circunscrita de modo especial o predominante mediante esta secuencia argumental, por el conjunto de las *Tesis* constituye un sector decisivo, central o fundamental del campo problemático general abierto en el proceso de fundación de la teoría marxista, un sector que en otros textos sólo es tratado de manera general, tangencial o supeditada. Que esta zona decisiva de la problemática teórica marxista es precisamente aquella en que aparecen las cuestiones tendientes a la definición del carácter y el tipo esenciales del discurso teórico comunista, y que contiene por tanto el problema de la especificidad de la teoría marxista.

Creemos, en efecto, que la cuestión central en torno a la cual se organiza la problemática interna del texto de las *Tesis* —y que hace de su mensaje un aporte original, es decir, esencialmente complementario dentro del sistema teórico marxista— puede ser explicada en estos términos: ¿cómo es posible un discurso teórico propiamente comunista? Es decir: ¿cómo afecta la peculiaridad del mensaje comunista a la configuración fundamental del discurso teórico? ¿De qué afirmación básica sobre la objetividad y sobre el tipo de actividad teórica adecuada a ella parte el discurso teórico comunista? Así, pues, la idea general que orienta nuestro examen de las *Tesis* —y que trata de ratificarse y pormenorizarse en ellos— considera a su escritura o redacción como un paso necesario dentro de esta intervención propiamente teórica de Marx en el proceso de constitución del movimiento comunista a la que hemos calificado de revolución teórica. Necesario por cuanto precisamente a través de él esa intervención adviene a su autorreconocimiento y, por tanto, a su autoafirmación como revolución teórica, es decir, como reconfiguración fundamental del campo de posibilidades de composición del discurso teórico.

La redacción de las *Tesis* se nos presenta, entonces, como un intento constitutivo de la intervención teórica de Marx en el cual ésta define sobre la marcha el carácter y el alcance de su propia realización; como un acto de reconocimiento provisional del trayecto recorrido y del que queda por recorrer en el proceso de la revolución teórica; como un acto de afirmación, por una parte, de la diferencia entre el discurso teórico comunista y el discurso teórico tradicional, y, por otra, de la problemática fundamental que promueve esta especificidad del nuevo discurso y adquiere con él la posibilidad de su formulación adecuada.

EL ORDEN DE LAS TESIS

Un reconocimiento inicial del texto de las *Tesis* en su conjunto revela que su unidad en el plano de la formulación inmediata resulta de la presencia de un cierto orden de argumentación esbozado en la secuencia de los once enunciados aforísticos que lo componen; que su constitución como totalidad de significación se debe a que cada una de sus aseveraciones se halla contribuyendo al cumplimiento aproximado de una intención argumental determinada.³

Este orden y esta intención lógicos, constatables en el texto de las *Tesis*, poseen o siguen un sentido deductivo: la Tesis I cumple la función de premisa, mientras las otras diez ilustran, explican o particularizan lo postulado por ella. Si en la Tesis I encontramos una definición del carácter específico del nuevo materialismo, en las demás reconocemos las conclusiones o resultados de la aplicación de esa definición al tratamiento de varias cuestiones especiales, tales como la explicación de los límites teóricos e históricos de la filosofía tradicional,

³ Ernest Bloch ha sido el primero en reconocer la ganancia teórica que implica el tratar a todas las *Tesis* como un texto unitario y proponer un reordenamiento de las mismas capaz de mejorar la eficacia de su exposición. Reproducimos a continuación un pasaje (pp. 293-94) de la parte de su libro *Das Prinzip Hoffnung* (Frankfurt/Main 1959) en el que introduce al lector en su comentario de las *Tesis*: "Pero numeración no es sistematicidad, es un recurso para suplirla, del cual Marx es quien menos necesidad tiene. Por ello, el ordenamiento debe ser filosófico y no aritmético: la sucesión de las Tesis sólo puede ser la de sus temas y contenidos. No existe, de lo que se puede ver, ningún comentario sobre las «once Tesis»: sin embargo, solamente con él –como algo que tiene lugar a partir de un compromiso común– se manifiesta la interdependencia dinámica de su brevedad y su profundidad. Aparece entonces, en primer lugar, el grupo de teoría del conocimiento, referido a intuición y actividad (Tesis V, I, III); en segundo lugar, el grupo histórico-antropológico, referido a la autoenajenación, sus causas reales y el verdadero materialismo (Tesis IV, VI, VII, IX, X); en tercer lugar, el grupo sintetizador o grupo «teórico-práctico», referido a la prueba y a la demostración (Tesis II, VIII). Resulta, en último lugar, la tesis más importante, a manera de consigna ante la cual los espíritus toman partido definitivamente y, una vez que se sirven de ella, dejan de ser espíritus puros (Tesis XI)" Prescindimos, por razones de espacio, de la necesaria discusión que debería comparar este reordenamiento de las *Tesis* con el nuestro.

Transcribimos de acuerdo al texto original, publicado por primera vez por D. Riazanov en *Marx-Engels Archiv*, t. I, Frankfurt/M, 1928, pp. 222-30.

En el examen de este pasaje inicial de las *Tesis* hemos recogido algunas ideas del ensayo "La cosificación y la conciencia del proletariado" en G. Lukács, *Geschichte und Klassenbewusstsein*, Der Malik verlag, Berlín, 1923, pp. 94-228.

No nos parecen convincentes las razones aducidas por A. Schaff ("Au sujet de la traduction des Theses de Marx sur Feuerbach", en *L'homme et la société*, núm. 22, pp. 30-31), para traducir "*das menschliche Wesen*" al comienzo de la Tesis vi, por "*un etre humain*". El injustificado cambio de la determinación del artículo exagera la "terrenalización" del concepto de "esencia" –en el paso de "la Esencia (metafísica, intemporal) del Hombre" a "la esencia (histórica) humana"– al identificarlo con "estructura singular de la persona" y no, como sería lo indicado por el contexto, con "estructura general del sujeto histórico".

la delimitación de la necesidad, el objeto y la función de la nueva teoría comunista, la ubicación de la base real de la enajenación, la caracterización del proceso de transformación social, etcétera.

Pero debemos observar también que la manera como se muestran este orden y esta intención refleja el carácter provisional e inconcluso del texto de las *Tesis*, el hecho de que se trata de un escrito no acabado, resultado de una redacción interrumpida. No aparecen, en efecto, ni como un orden lógico construido y equilibrado en toda su coherencia ni como una intención argumental depurada y desarrollada en todas sus implicaciones esenciales. La exposición de las *Tesis* presenta ciertas características –interrupciones, saltos, repeticiones, etcétera– que, si bien no afectan a la composición de su sentido general, sí lo vuelven menos evidente.

Resulta entonces conveniente comenzar el examen de las *Tesis* con una primera intervención destinada a fortalecer la consistencia de la distribución propia del texto y a permitir así que el orden y la intención argumentales de su exposición resalten con mayor nitidez. En nuestra opinión, esta intervención debe consistir en el trazo de una división en la serie de las *Tesis* que acentúe la pertenencia de cada una de ellas –reubicándolas incluso, en ciertos casos– a uno de los pasos de la argumentación reconocida en el texto.

La división que nosotros proponemos distingue cuatro temas predominantes en el contenido del texto y delimita en referencia a ellos cuatro grupos en la serie de las once *Tesis*; destaca además al primero de éstos en calidad de premisa de los demás. Nuestro examen distribuye, pues, el texto de las *Tesis* en los siguientes grupos:

- 1) el grupo A, cuyo tema predominante es la determinación del carácter dialéctico materialista (o práctico) como carácter específico del discurso teórico comunista, que está compuesto centralmente por casi toda la Tesis I y por la Tesis V, y que incluye también a las Tesis II y VII, en las que, a manera de corolario, se determina a la actividad teórica como momento constitutivo de la praxis social material;

- 2) el grupo B, cuyo tema predominante es la determinación de la historia de las configuraciones de la sociedad como problemática específica del discurso dialéctico materialista, que está compuesto por las Tesis IV, VI y VII;
- 3) el grupo C, cuyo tema predominante es la determinación de la necesidad histórica del discurso dialéctico materialista, que está compuesto por las Tesis IX y X y por la última parte de la Tesis I, y
- 4) el grupo D, cuyo tema predominante es la determinación del concepto dialéctico materialista de transformación social, que está compuesto por las Tesis III y XI.

LAS TESIS DEL GRUPO A

Los pasajes del texto de las Tesis que hemos reunido en este grupo son los siguientes:⁴ En primer lugar, la parte inicial de la Tesis I:

“!La principal insuficiencia de todo el materialismo tradicional [*bisherig*] [incluido el de Feuerbach] es que [en él] el objeto I [Gegenstand], la realidad, la materialidad [*Sinnlichkeit*] sólo es captada bajo la forma del objeto II [*Objekt*] o de la intuición sensible [Anschauung]; y no como actividad humana material [sinnlich], (como) praxis; no subjetivamente. De ahí que, en oposición al materialismo, el aspecto activo [haya sido] desarrollado de manera abstracta por el idealismo –el cual, naturalmente, no conoce la actividad real, material [*sinnlich*] en cuanto tal.”

A continuación, la Tesis V y la parte intermedia de la Tesis I:

“Feuerbach, insatisfecho con el pensamiento abstracto, quiere [volver a] la intuición sensible [Anschauung]; pero no capta la materialidad [*Sinnlichkeit*] como actividad práctica, material-humana.” “Feuerbach quiere [referirse a] objetos materiales [*sinnliche Objekte*], realmente diferentes de los objetos pensados [*Gedankenobjekte*]: pero no capta la propia actividad humana como actividad objetiva [*gegenstandlich*].”

⁴ Transcribimos de acuerdo al texto original, publicado por primera vez por D. Riazanov en Marx-Engels Archiv, T. 1, Francfort/M, 1928, pp. 222-30.

En segundo lugar, la Tesis VIII y la Tesis II:

“Toda vida social es esencialmente práctica. Todos los misterios que inducen [*veranlassen*] a la teoría al misticismo encuentra su solución racional en la praxis humana y en la comprensión [*Begreifen*] de esta praxis.”

“La cuestión de si al pensamiento humano le corresponde [*zukomme*] una verdad objetiva [*gegenstandliche*] no es una cuestión de la teoría sino una cuestión práctica. En la praxis debe el hombre demostrar la verdad, esto es, la realidad y el poder [*Macht*], la terrenalidad [*Diesseitigkeit*] de su pensamiento. La disputa sobre la realidad o irrealidad [*Nichtwirklichkeit*] del pensamiento –que está aislado de la praxis– es una cuestión puramente escolástica.”

Pero conviene observar que la función determinante o de premisa que pretendemos reconocer en este grupo no se extiende por igual a todos los pasajes que lo integran. Se concentra en el pasaje inicial del texto, es decir, en el primero de los tres que hemos transcrito en primer lugar. Los otros dos incluidos a continuación y las Tesis VIII y II, transcritas en segundo lugar, sólo participan de manera secundaria o derivada de esa función de premisa; aquéllos aportan una ilustración de lo afirmado en el pasaje inicial, mientras éstas lo confirman sobre una cuestión particular, a manera de corolario.

En consecuencia, nuestro examen debe también concentrar su atención en el pasaje inicial y determinante del texto de las *Tesis*.

1

¿Cuál es y cómo se halla realizado el propósito teórico del pasaje inicial de las *Tesis*? Esta es la pregunta que debe responder una primera aproximación a su texto.

Su preocupación más evidente está dirigida a las virtudes y los defectos del “materialismo” (tradicional) y del “idealismo”. Esta preocupación –que de por sí no parece distinguirse de una curiosidad filosófica puramente profesional– define su sentido cuando la relacionamos con la última frase de la misma Tesis I y la consideramos dentro de las vicisitudes del proceso global de trabajo teórico que ocupa a Marx en esos años.

De acuerdo a esa frase, lo que es necesario comprender es "la significación de la actividad revolucionaria"; y si interesa un juicio sobre el "materialismo" (tradicional) y el "idealismo" es precisamente en la medida en que éstos son los dos modos básicos en que se suele de hecho satisfacer esa necesidad. Ahora bien, como hemos indicado anteriormente, la necesidad de esta comprensión es experimentada por el nuevo movimiento comunista, en el que interviene teóricamente Marx, como una necesidad que pone en crisis al campo vigente de posibilidades de comprensión de todo objeto del tipo de la "actividad revolucionaria, crítico-práctica". Las aporías en que van a encerrarse las elaboraciones doctrinales socialistas de la década de 1840 demuestran la imposibilidad de que el discurso teórico revolucionario alcance autosuficiencia, coherencia y efectividad bajo la sujeción ideológica a la estructura del discurso capitalista y a su dinámica de autoafirmación y autoreproducción. La necesidad de pensar el proceso revolucionario resulta ser, simultáneamente, necesidad de revolucionar el proceso de pensar.

Podemos decir, entonces, que lo que busca centralmente el pasaje inicial de las *Tesis* es el carácter que conviene al discurso teórico comunista como discurso revolucionario: revolucionario por tratar adecuadamente de la revolución y por ser, él mismo, momento constitutivo (teórico) de la revolución. Es esta búsqueda la que se abre paso mediante el juicio crítico sobre el "materialismo" (tradicional) y el "idealismo" en tanto que caracteres contrapuestos pero complementarios del discurso teórico que es necesario revolucionar.

Efectivamente, la delimitación del carácter específico del discurso teórico comunista sigue un procedimiento negativo o crítico: marca con precisión –en referencia a la "actividad revolucionaria" como objeto por pensar– los defectos esenciales de que adolece el discurso teórico tradicional e indica, en calidad de tarea por cumplir, la posibilidad de un nuevo discurso teórico que no esté afectado por ellos.

2

Pero ¿qué es propiamente lo que entra en la mira de la crítica de Marx cuando se refiere al "materialismo" (tradicional) y al "idealismo"? No es, sin duda, el contenido de los filosofemas definitorios de dos doctrinas presentes en el panorama de la historia del pensamiento: no se trata de elegir entre dos posiciones u opiniones filosóficas ni de sintetizarlas o superarlas en otra concepción del mundo. Marx habla claramente del "materialismo" (tradicional) y el "idealismo" como horizontes o ámbitos de la aprehensión cognoscitiva, como campos de posibilidad del comportamiento teórico en los que un objeto puede ser "captado" (*gefasst*) o no. Su crítica apunta no tanto hacia el saber producido explícitamente en el discurso científico-filosófico moderno, sino precisamente hacia el horizonte de posibilidades cognoscitivas planteado como condición de ese discurso, hacia su carácter o hacia la configuración específica de su estructura fundamental. Es esta estructura básica del discurso teórico –generalmente implícita o latente pero siempre determinante en todas las formulaciones científico-filosóficas desarrolladas de hecho– la que es tenida en cuenta por Marx en su juicio crítico sobre el "materialismo" (tradicional) y el "idealismo"; éstos son tratados como las dos modalidades particulares complementarias de la configuración moderna o capitalista de la estructura fundamental del discurso teórico.

¿Y en qué consiste esta estructura básica del discurso teórico, su horizonte o campo de posibilidades cognoscitivas? El pasaje que examinamos parece definirla a partir de lo que podríamos llamar el núcleo de todo mensaje teórico latente, es decir, más precisamente, a partir de una significación central que, por su máxima simplicidad y radicalidad, se inscribe en el nivel del código lingüístico y lo penetra decisivamente, esbozando así una subcodificación totalizadora, capaz de sobredeterminar todo mensaje explícito posible. En efecto, lo que el texto de Marx reconoce como determinante y característico del campo de posibilidades cognoscitivas o de "captación" teórica es la definición última, más simple y más radical, contenida en él de lo que es la objetividad (el "objeto I"), "la realidad, la materialidad" del objeto ("objeto II"). Lo más elemental y fundamental, lo determinante "en" el ámbito de una teoría es la manera en que allí se da cuenta de la experiencia irreductible de la presencia de sentido en lo real, de la

presencia de lo real como dotado de sentido y no como un caos inefable o como un en-sí absolutamente indefinido; o, lo que es lo mismo, la manera en que allí se da cuenta de la propia capacidad de aseverar algo –así sea la simple existencia– del objeto, de la propia capacidad de producir significaciones. Es la versión que la época moderna o burguesa ofrece de esta “definición” fundamental la que es tratada críticamente por Marx cuando delimita las virtudes y los defectos del “materialismo” (tradicional) y el “idealismo”. Dicho en otras palabras, lo que propiamente es afectado por la crítica del pasaje inicial de las *Tesis* son las dos modalidades que presenta la significación central de la estructura del discurso teórico cuando éste se especifica históricamente como discurso teórico capitalista. Y el texto de este pasaje llega a una conclusión precisa como resultado de su labor crítica: mientras la modalidad materialista-empirista del discurso teórico moderno se basa en una problematización insuficiente o poco radical de la objetividad del objeto, la modalidad idealista-racionalista se comporta de manera inconsecuente con el principio de problematización adecuada del que ella parte en su “captación” teórica de la objetividad.

3

La modalidad materialista-empirista de la estructura del discurso teórico moderno o capitalista se levanta en torno a una noción básica de objetividad (“objeto I”), en la que ésta queda reducida o asimilada a la constitución propia del objeto de la intuición o contemplación (“objeto II”), es decir, a la constitución de un objeto que se impone, en plena exterioridad, como pura presencia casual a un sujeto pre-existente que lo constata. En esta delimitación básica, la objetividad es aprehendida teóricamente como una sustancia inherente al objeto, independiente de todo tipo de relación sujeto-objeto; la presencia de sentido en lo real es tratada como un estado expresivo espontáneo o inerte de las cosas, como una significatividad constituida naturalmente, previa a toda actividad de comunicación y significación.

La crítica de Marx pone en evidencia el defecto o la limitación principal de esta problematización de la objetividad en el discurso materialista-empirista. Este trata de fijarla como substrato metafísico, como cosa exterior siempre ya dada frente al sujeto, pero lo específico de la objetividad desborda el alcance de este intento teórico.

Para problematizar adecuadamente lo que distingue a la objetividad en cuanto tal es necesario considerarla "subjetivamente", esto es, como proceso en curso, y como proceso que afecta esencialmente y por igual tanto al objeto como al sujeto que aparecen en él; considerarla "como actividad", como praxis que funda toda relación cognoscitiva sujeto-objeto y que constituye, por tanto, el sentido de lo real y la posibilidad de comunicar y significar.

Esta evidente insuficiencia del discurso materialista empirista no impide, sin embargo, que Marx se reconozca a sí mismo como un continuador revolucionario de su desarrollo. En la metafísica "objetivista" de este discurso Marx distingue la exageración de un elemento teórico que el discurso comunista debe rescatar: la insistencia en el carácter irreductible de la esencia del objeto a la actividad unilateral del sujeto. A su vez, la modalidad idealista-racionalista de la estructura del discurso teórico moderno, según la crítica que de ella esboza este pasaje de las *Tesis*, se revela inconsecuente: dueña de un principio válido al que ella, sin embargo deforma y mistifica.

La noción básica propia de este discurso implica una problematización de la objetividad que sí alcanza a plantearla en su especificidad; la considera "subjetivamente", como proceso fundante, como actividad de constitución. Para el "idealismo" moderno, la objetividad es siempre un acto de conversión fundamental de un en-sí, de un algo unitario simple e indiferenciado en una unidad o totalidad compleja y diferenciada de sujeto y objeto; totalidad dentro de la cual únicamente se constituye un sentido, esto es, una conexión correlativa entre una realidad significativa y una conciencia significadora.

Pero es precisamente esta problematización adecuada de la objetividad, planteada por la modalidad idealista del discurso teórico moderno, la que, contradictoriamente, sólo se encuentra en ella de manera deformada y mistificada: empobrecida de un elemento central o de una componente esencial de ella misma. El "idealismo" descuida y deja de lado el carácter prioritario de la relación sujeto-objeto con respecto a cada uno de sus dos términos, y erige al primero de ellos, al sujeto, en calidad de fuente y fundamento de ella; abandona, así, al mismo tiempo que la presupone, la noción de objetividad como proceso de constitución tanto del sujeto como del objeto, e introduce en su lugar una noción diferente, en la cual el proceso de constitución aparece como un acto unilateral de construcción del objeto por parte del sujeto.

La inconsecuencia del discurso idealista-racionalista consiste, pues, en que se desdice del principio en que se sustenta al presentarlo de manera menguada y unilateral; en que reduce la noción de objetividad a la de un proceso emanado del acto en que el sujeto "pone" al objeto. El pasaje inicial de las *Tesis* califica de "abstracta" a esta manera inconsecuente en que el discurso teórico idealista-racionalista "desarrolla el aspecto activo" o "subjetivo" de la objetividad. Y explica: este desarrollo es abstracto —es decir, deja de lado la totalidad del proceso de constitución u sólo tiene en cuenta, exagerándola, la actividad pura del sujeto— porque la estructura teórica básica en que tiene lugar se ha formado también en referencia (abstracta) a un solo nivel de la praxis social: al nivel de la actividad espiritual o teórico-especulativa. La "definición" idealista-racionalista de objetividad se da dentro de una problemática fundamental que "no conoce la actividad real, material, en cuanto tal" (en la que sujeto y objeto prácticos se constituyen recíprocamente), o que "conoce" únicamente la actividad en la que la razón o la fantasía parecen expresarse soberanamente en un medio pasivo a su entera disposición.

4

La crítica del discurso teórico moderno o capitalista cumple su función cuando confronta entre sí a las dos modalidades estructurales de este discurso con el fin de delinear por contraste, a partir de los resultados de esa confrontación y desde la perspectiva de las necesidades teóricas de la revolución comunista, la posibilidad de un nuevo discurso, del discurso teórico propiamente comunista. En efecto, esta posibilidad es reconocible a partir de la constatación de que la estructura del discurso teórico moderno tiene necesariamente que elegir entre dos versiones igualmente contradictorias de una "captación" teórica inadecuada de la objetividad: o bien, en la versión de su modalidad materialista-empirista, olvida el "aspecto activo" de la objetividad, preocupada hasta la exageración metafísica por rescatar la irreductibilidad de ésta a las determinaciones del sujeto; o bien, en la versión de su modalidad idealista-racionalista, elimina esta irreductibilidad en favor de una acentuación mistificada y abstracta de ese "aspecto activo".

La posibilidad de un discurso teórico a salvo de este dilema que afecta estructuralmente al discurso teórico capitalista es reconocida por la teoría comunista, que se autodefine y se desarrolla, en este escrito de Marx, como una tarea por cumplir. Esto lo advertimos cuando, para completar la realización del principal propósito del pasaje inicial de las *Tesis*, volvemos explícitas las determinaciones centrales que esa posibilidad indica como específicas para el carácter del discurso teórico comunista y definimos a éste como un discurso teórico cuya estructura básica debe ser dialéctica y materialista. En efecto, el nuevo discurso teórico debe, en primer lugar, vencer la limitación o insuficiencia de la problematización materialista-empirista de la objetividad y asumir al mismo tiempo la radicalidad, traicionada por el idealismo-racionalismo, de su problematización "subjetiva" o (según la terminología definitiva y más adecuada de Marx) dialéctica: debe sustentarse en una aprehensión teórica de la objetividad como proceso o praxis fundante de toda relación sujeto-objeto y, por tanto, de toda presencia de sentido en lo real.

Debe, en segundo lugar, "poner de pie" y recobrar la totalidad de la problematización dialéctica de la objetividad, mistificada y parcializada en su desarrollo idealista-racionalista, plateándola –mediante una adopción crítica de la insistencia materialista-empirista– como una problematización dialéctico-práctica o dialéctico-materialista: debe sustentarse en una aprehensión teórica de ese proceso fundante como un proceso básicamente material, como un proceso de "metabolismo" práctico entre el hombre y la naturaleza.⁵

El complejo proceso histórico-teórico que lleva a Marx a delimitar la estructura básica o el carácter específico que conviene al discurso teórico comunista culmina, en la segunda mitad de la década de 1840, con la crítica de los intentos socialistas alemanes destinados a construir una base teórica para su doctrina y su lucha mediante la adopción y politización de la filosofía materialista de Feuerbach. Es precisamente el examen crítico del discurso feuerbachiano, como matriz propuesta para el discurso revolucionario, el que –realizado a la luz de las necesidades teóricas del movimiento proletario en su proceso de constitución en movimiento comunista– conduce a Marx a las conclusiones anotadas en el pasaje inicial de este Grupo A de las *Tesis*.

⁵ En el examen de este pasaje inicial de las Tesis hemos recogido algunas ideas del ensayo "La cosificación y la conciencia del proletariado" en G. Lukács, *Geschichte und Klassenbewusstsein*, Der Malik Verlag, Berlín, 1923, pp. 94-228.

Decisiva en una perspectiva histórico-teórica, esta presencia de la filosofía de Feuerbach en la elaboración de la teoría marxista sólo puede reproducirse en calidad de ejemplo o ilustración en la perspectiva de la construcción lógica de las *Tesis*. El discurso materialista de Feuerbach aparece, en los dos pasajes que hemos transcrito a continuación del primero como ejemplo de lo que no debe ser el discurso materialista del movimiento comunista; como ilustración de un intento bien intencionado pero fallido de trazar los lineamientos fundamentales de la teoría revolucionaria del proletariado. un intento doblemente fallido, pues oscila entre la insuficiencia del materialismo-empirismo y la inconsecuencia del idealismo-racionalismo. Las pretensiones del discurso de Feuerbach se desvanecen por una doble razón: porque –según el primero de estos pasajes– cuando quiere ser materialista descuida el “aspecto activo” de la objetividad (“la materialidad como actividad”), no llega a ser “subjetivo”, dialéctico, y porque –de acuerdo al otro pasaje– cuando quiere considerar ese “aspecto activo” (“la propia actividad humana”) deja de ser materialista.

Circunscrito a la consideración de aquella actividad particular que sirve de paradigma al discurso idealista-racionalista en su aprehensión del “aspecto activo” o “subjetivo” de la objetividad, la actividad específicamente teórica, el discurso dialéctico-materialista debe arribar a un corolario, anotado por Marx en sus Tesis VIII y II: el campo y el material significativos, cuya elaboración específicamente conceptual da base a la necesidad de la actividad teórica en cuanto tal, deben ser concebidos como condición de ésta y no como su producto o resultado. La praxis social, que funda toda relación sujeto-objeto, es ella misma proceso de constitución de sentido en lo real, de relación específicamente semiótica; las significaciones que se componen en este nivel fundamental delimitan y estructuran el campo de posibilidades de significar de la actividad teórica específica.

La “verdad” del discurso teórico –y por tanto también su “falsedad” su evasión “al misticismo”– sólo puede ser explicada si ese discurso es concebido como momento componente del proceso práctico-histórico en su totalidad (y no como acto independiente de figuración adecuada o inadecuada, “realista” o “irrealista” de una cosa). Es este proceso el que, según la tendencia inmanente de su desarrollo general, organiza en cada una de sus épocas el campo de posibilidades de la producción de significaciones, es decir: jerarquiza los niveles y las regiones de

problematicidad en lo real y ubica la perspectiva desde la cual esta problematicidad puede ser abordada eficazmente. Por esta razón, lo que constituye la "verdad" del discurso teórico es precisamente su compenetración con este proceso –como elaboración conceptual de las significaciones que en él se producen y que, trabajadas, deben revertirse sobre él para su autotransformación–: en otras palabras, su "verdad" es su "poder", su contribución o participación específica en la realización concreta de la tendencia fundamental de este proceso práctico-histórico.

LAS TESIS DEL GRUPO B

La Tesis IV:

"Feuerbach parte del *factum* de la autoenajenación religiosa, de la duplicación del mundo en uno religioso y otro mundano. Su trabajo consiste en disolver [*auflosen*] el mundo religioso en su base [*Grundlage*] mundana. Pero el [hecho de] que la base mundana se desprende [*abhebt*] de sí misma y se fija (como) un reino independiente en las nubes sólo es explicable a partir del autodesmembramiento [*Selbstzerrissenheit*] y [del] autocontradecirse de esta base mundana. Es ésta entonces, en sí misma, la que debe ser tanto comprendida [*verstanden*] en su contradicción como revolucionada prácticamente. Es decir, por ejemplo, una vez que la familia terrenal [*irdische*] ha sido descubierta como el misterio de la Sagrada Familia, debe ahora ser aniquilada [*vernichtet*] teórica y prácticamente."

La Tesis VI:

"Feuerbach disuelve la esencia religiosa [*das religiöse Wesen*] en la esencia humana [*das menschliche Wesen*]. Pero la esencia humana no es un *abstractum* inherente [*inwohned*] al individuo singular. En su realidad, es el conjunto de las relaciones sociales [*das ensemble der gesellschaftlichen Verhältnisse*]. "Feuerbach, que no entra en la crítica de esta esencia real [*dieses wirklichen Wesen*], está obligado, por tanto:

"1) a hacer abstracción del acontecer [*Verlauf*] histórico y a fijar como independiente [*fur sich*] al ánimo [*Gemut*] religioso, y a presuponer un individuo humano abstracto [aislado].

“2) por lo tanto, la esencia [das *Wesen*] sólo puede ser captada como «genero» [Gattung], como universalidad interior, inexpressiva [*stumme*], que conecta [*verbindende*] naturalmente a los muchos individuos.”

La Tesis VII:

“Feuerbach no ve, por tanto, que el propio «ánimo religioso», es un producto social, y que el individuo abstracto que él analiza pertenece a una forma determinada de sociedad [*einer bestimmten Gesellschaftsform*]”

El tema predominante en el conjunto de estas tres Tesis se halla supeditado directamente al que es tratado en calidad de premisa por el grupo A. Mientras en éste tiene lugar la definición del carácter específico del discurso teórico comunista en tanto que momento del proceso práctico, en el grupo B se lleva a cabo la determinación de lo que debe ser la problemática específica del mismo en tanto que discurso sobre ese proceso práctico.

Basta considerar al discurso teórico dialéctico-materialista como un discurso que por necesidad está situado históricamente dentro del proceso práctico para que se vuelva evidente que su propio carácter dialéctico-materialista implica ya una jerarquización del campo problemático que se abre ante él. Si lo real, concebido como proceso práctico, se encuentra en una era en que su acontecer lo determina esencialmente como proceso de transformación fundamental de la socialidad, resulta necesario que su problematicidad se concentre precisamente en el lado de su estructura que entra en crisis en una época tal: en lo que es propiamente su composición histórico-social. El discurso dialéctico-materialista se define, así, concretamente en referencia a la problemática específica de la historia de las formas sociales dentro de las cuales se realiza el proceso productivo, la praxis o actividad práctica constituyente; se configura como materialismo histórico, como teoría materialista y dialéctica de la sociedad y de su historia.

Los lineamientos centrales de esta concretización de la definición del discurso teórico comunista son los que encontramos trazados en el grupo B de las *Tesis*.

El procedimiento mediante el cual se llega a este esbozo consiste en una crítica del concepto con el que el discurso materialista de Feuerbach intenta pensar la situación revolucionaria de su tiempo: el concepto de "autoenajenación religiosa de la esencia humana". Se demuestra primero la insuficiencia de la problematización feuerbachiana para aprehender teóricamente el lugar (el mundo de la "esencia humana") en que se da esa situación revolucionaria, ese fenómeno de "enajenación"; y después se convierte a esta demostración en una indicación de lo que debe ser la problematización suficiente para tal efecto: la problematización histórico-materialista.

¿Cómo explicar el hecho de la enajenación religiosa: "la duplicación del mundo en uno religioso y otro mundano" y la sujeción de éste bajo el primero? Esta es la cuestión que se plantea el discurso de Feuerbach y que intenta resolver, en dirección materialista, mediante la determinación de la vigencia de la entidad divina a partir de una necesidad constituida en la existencia profana; mediante una argumentación que "disuelve el mundo religioso en su base mundana". El hecho de la enajenación se comprenderá así como el resultado de un acto de enajenación: un acto en el que la "base mundana" o mundo del sujeto, de la esencia humana, cede o transfiere la función "subjética", activa o determinante, que le pertenece esencialmente, al "mundo religioso", mundo creado o mundo-objeto. En este intento feuerbachiano de problematizar el fenómeno de la enajenación, las *Tesis* encuentran una debilidad constitutiva: la ausencia de los elementos conceptuales necesarios para dar cuenta, en general, de ese proceso de enajenación, cesión o transferencia de la función de sujeto, y, en particular, de esa forma religiosa que él puede adoptar. En efecto, en una concepción como la de Feuerbach –para la cual el "mundo mundano" es el medio de la realización, autoafirmación u objetivación de la "esencia humana", y ésta es un conjunto unitario y fijo de necesidades, potencialidad o ánimos común a todos los individuos de la especie o "género" humano– el origen de ese "mundo enajenado" que "se desprende" del mundo real queda como un hecho casual o innecesario, es decir, inexplicable. Igualmente, el concepto feuerbachiano de la composición de esa "esencia humana", que exalta al "ánimo religioso" como su elemento predominante, no tiene otra necesidad teórica que la de ser la descripción fáctica o casual del tipo de individuos humanos (el "individuo abstracto" de la religión moderna) que es observable en una

sociedad peculiar, la sociedad que transita de la forma feudal a la forma burguesa.

Para concebir a la enajenación como determinación de la situación revolucionaria, indica este grupo de las *Tesis*, se requiere una problematización que, en lugar de "diluir" el "mundo enajenado" en su "base mundana", muestre la necesidad de que el primero "se desprenda" de ésta y cumpla con respecto a ella una función determinante. Una problematización que únicamente puede darse a partir de la estructura del discurso dialéctico-materialista por cuanto sólo ella permite concebir a esa "base mundana", no como una sustancia ya constituida y permanente, sino como el proceso en el que se constituye la totalidad de un sujeto social y un objeto práctico, y en el que, por tanto, esas "autocontradicciones", "duplicaciones" o "enajenaciones" y "revolucionarios" se producen como momentos necesarios. Esta indicación queda precisada (en la Tesis VI) cuando Marx enfrenta a la definición que da Feuerbach del sujeto de la enajenación, de la "esencia humana", la suya propia: la "esencia humana real", anota, "es el conjunto de las relaciones sociales".⁶ Son éstas, entonces, las que en el fenómeno de enajenación neutralizan su contradicción con las necesidades del proceso práctico, instituyéndose en un mundo autónomo que actúa determinantemente sobre él, y las que, al obstaculizar así su desarrollo, lo conducen a una situación revolucionaria.

Precisada en estos términos, la indicación del grupo B de las *Tesis* es al mismo tiempo una delimitación del campo problemático específico donde el carácter dialéctico-materialista del discurso comunista se realiza concretamente: el campo problemático de la historia de las "formas determinadas de sociedad". La posibilidad histórica real del materialismo dialéctico está en el trabajo teórico del materialismo histórico.

⁶ No nos parecen convincentes las razones aducidas por A. Schaff ("Au sujet de la traduction des Theses de Marx sur Feuerbach", en *L'homme et la société*, núm. 22, pp. 30-31), para traducir "das menschliche Wesen", al comienzo de la Tesis VI, por "un être humain". El injustificado cambio de la determinación del artículo exagera la "terrenalización" del concepto de "esencia" —en el paso de "la Esencia (metafísica, intemporal) del Hombre" a "la esencia (histórica) humana"— al identificarlo con "estructura singular de la persona" y no, como sería lo indicado por el contexto, con "estructura general del sujeto histórico".

LAS TESIS DEL GRUPO C

En este grupo hemos reunido, en primer lugar y de manera central, a la Tesis x y, en segundo lugar y en papel complementario, a la Tesis IX y a la parte final de la Tesis I. Transcribimos:

La Tesis X:

“La posición [*Standpunkt*] del viejo materialismo es la sociedad civil [o burguesa] [*die burgerliche Gesellschaft*], la posición del nuevo es la sociedad humana o la humanidad social.”

La Tesis IX:

“Lo máximo a lo que llega el materialismo de la intuición sensible [*der anschauende Materialismus*], es decir, el materialismo que no concibe [*begrift*] a la materialidad [*Sinnlichkeit*] como actividad práctica, es a la observación [*Anschauung*] de los individuos singulares y de la sociedad civil [*der bürgerlichen Gesellschaft*].”

La parte final de la Tesis I:

“De ahí [–de la insuficiencia de su materialismo–] que [Feuerbach], en *La esencia del cristianismo*, sólo considere al comportamiento teórico como el auténticamente humano mientras la praxis sólo es captada y fijada en su forma *suciamente judía de manifestación* [*in ihrer schmutzing jüdischen Erscheinungsform*]. De ahí que no comprende [*begreift*] la significación [*Bedeutung*] de la actividad «revolucionaria», «crítico-práctica».”

El tema predominante que unifica a estos pasajes del texto de las *Tesis* no es ya una derivación inmediata del primero y principal, elaborado en el grupo A. Resulta, más bien, de la realización o el ejercicio efectivo del discurso dialéctico-materialista, como teoría histórica materialista, en el tratamiento de una cuestión particular de importancia excepcional: la cuestión de la actualidad o de la necesidad histórico-social de su propia existencia. ¿Cuál es, y en qué circunstancias históricas se configura como determinante la problematicidad peculiar cuyo tratamiento exige la acción de un discurso teórico de carácter dialéctico materialista? Esta es la doble pregunta central que creemos reconocer como motivo de las anotaciones reunidas en este grupo C.

El procedimiento que lleva a su respuesta –es decir, tanto a la identificación de tal problemática como a su ubicación histórica– consiste, también en este caso, en una contraposición crítica de la fuente de determinación que da origen al discurso materialista-dialéctico con aquella de la que proviene el discurso materialista tradicional. A su vez, esta fuente de determinación es considerada, en ambos casos, tanto en su sentido sincrónico –esto es, como nivel de la problemática social– como en su sentido diacrónico –esto es, como proyecto histórico efectivo–.

La identificación de la fuente social de determinación del materialismo dialéctico se realiza mediante la siguiente contraposición: mientras el discurso materialista tradicional trabaja sobre la base de la problemática que se constituye en el nivel propiamente “civil” del comportamiento social, el discurso dialéctico-materialista trabaja sobre la base de la problemática que se constituye en el nivel propiamente “humano” del comportamiento social (o en el nivel propiamente “social” del comportamiento humano).

El nivel “civil” de la socialidad es, de acuerdo a la tradición hegeliana de su definición,⁷ aquel nivel del comportamiento y de la estructura sociales compuesto por el conjunto de las relaciones que mantienen entre sí los hombres en calidad de personas libres o aisladas, propietarias privadas de mercancías, o de distribución de la riqueza abstracta. Por el contrario, el nivel propiamente “humano” de la socialidad es, de acuerdo al contexto de la obra de Marx en estos años,⁸ aquel nivel básico del comportamiento y la estructura sociales compuesto por el conjunto de las relaciones que mantienen entre sí los

⁷ "B. Sociedad civil, unión de los miembros como individuos independientes en una universalidad que es por ello formal, en virtud de sus necesidades y gracias a la carta jurídica como medio para la seguridad de las personas y de la propiedad y a través de un orden exterior, para sus intereses particulares y comunes" Hegel, *Grundlinien der Philosophie des Rechts, Werke*, t. VII, 157, pág. 306, Sunhrkamp, Francfort/Main, 1970. Allí mismo 182-188, pp. 339-46.

⁸ "La creación práctica de un mundo objetivo, la elaboración de la naturaleza no orgánica es la efectuación del hombre como un ser genético consciente, es decir, como un ser que se comporta en referencia al género como a su propia esencia o que se comporta como un ser genérico. [...] .

"Precisamente en la elaboración del mundo objetivo el hombre se efectúa realmente como ser genérico. Esta producción es su vida social en el trabajo. A través de ella aparece la naturaleza como su obra y su realidad." Marx, *Manuscritos económico-filosóficos*, MEGA, Berlín, 1932, t. 3, pp. 88-89.

"La producción de la vida, tanto de la propia en el trabajo como de la ajena en la procreación, se manifiesta inmediatamente como un doble relación –de una parte, como una relación natural, y de otra como una relación social– [...]"

hombres en tanto que agentes de la producción de la riqueza social cualitativa, es decir, en tanto que elementos singularmente diferenciados dentro del sujeto colectivo o comunitario de la praxis o actividad práctica fundamental.

Pero esta identificación del nivel de la socialidad cuya problematicidad requiere o exige una elaboración dialéctico-materialista no es suficiente para indicar la necesidad real del discurso teórico dialéctico-materialista. Para serlo debe avanzar hasta volverse un reconocimiento de la oportunidad, adecuación o actualidad histórica de ese requerimiento o exigencia. Por ello, las Tesis del grupo C consideran a la fuente de determinación de la necesidad de los dos "materialismos" también en su sentido diacrónico: son dos movimientos o proyectos históricos reales, representativos de esos dos niveles o modos diferentes de la sociedad los que constituyen verdaderamente a los dos tipos de problematicidad abordados, respectivamente, por el "viejo" discurso materialista y por el "nuevo". La problemática del materialismo empirista o tradicional se levanta en realidad a partir de un movimiento histórico: del movimiento histórico "burgués" [*bürgerlich*], del comportamiento social en su función de nivel predominante o principal de toda la estructura social.⁹ Por el contrario, la problemática propia del materialismo dialéctico se constituye a partir del movimiento histórico tendiente a la instauración del nivel práctico-comunitario del comportamiento social como nivel predominante o estructurante de la socialidad en su conjunto; se constituye, por lo tanto, a partir de un movimiento histórico tendencialmente comunista, radicalmente revolucionario con relación a la organización vigente de la sociedad en términos burgueses.

"Esta concepción de la historia [la del nuevo materialismo] se basa, pues, en la comprensión del proceso real de la producción, partiendo para ello de la producción material de la vida inmediata, y en la concepción de la forma de convivencia correspondiente a este modo de producción y engendrada por él, es decir, de la sociedad civil en sus diferentes fases, como el terreno de toda la historia" Marx, *La ideología alemana*, MEGA, Berlín, 1932, I, 5, pp. 19 y 27. Cf. *Neuveröffentlichung des Kapitels I*, en *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, núm. 10, Berlín, 1966, pp. 1212 y 1221.

⁹ Los dos usos –estructural e histórico– del término "*bürgerliche Gesellschaft*" "sociedad civil", "sociedad burguesa" son distinguidos con claridad por Marx en *La Ideología Alemana*, pp. 25-26: "La sociedad civil abarca todo el intercambio material de los individuos en una fase determinada de desarrollo de las fuerzas productivas" "La sociedad civil en cuanto tal sólo se desarrolla con la burguesía" Cf. también el apéndice de la carta de Engels a Marx del 23 de septiembre de 1852, en MEW, t. 28, pág. 139.

Podemos decir, en resumen, que en el grupo C de las *Tesis*, el discurso teórico materialista dialéctico es presentado como un discurso que tiene una necesidad histórica en la medida en que es discurso teórico comunista: un discurso teórico que elabora una problemática nueva –la problemática del proceso histórico de la praxis social–, abierta para él por el movimiento histórico de la revolución comunista. Complementarias del tratamiento directo dado al tema de este grupo C por la Tesis X son las observaciones, anotadas en la Tesis ix y en la parte final de la Tesis I, sobre el intento hecho por Feuerbach de aprender teóricamente la actividad social.

Dentro de la problemática de un materialismo como el de Feuerbach –materialismo empirista, que gira en torno al comportamiento social “civil” o “burgués”–, todo intento por concebir conceptualmente la praxis o la actividad cualitativamente productiva tiende necesariamente a reducir esta actividad fundamental al modelo de la actividad propia de los burgueses, de los individuos civiles aislados o interconectados sólo por el movimiento del dinero: al modelo de la actividad “suciamente judía”.¹⁰

Por ello, cuando Feuerbach impugna el orden social imperante tiene obligadamente que desconocer la posibilidad de la actividad como actividad revolucionaria, como actividad materialmente o “prácticamente crítica”. Tiende, más bien, con igual necesidad, a exaltar la actividad teórica como la única que escapa a la sordidez burguesa que él quisiera combatir. Tiende a ver la transformación del mundo burgués más como un proceso pedagógico que como un proceso revolucionario.

¹⁰ Sobra decir que por actividad “suciamente judía” Marx no entiende la actividad propia de una comunidad religiosa o de un grupo étnico determinado, sino la actividad propia de aquella función tesorisadora o acumuladora de capital-dinero que las sociedades europeas adjudicaron a determinados miembros de la comunidad judía durante la época mercantilista de la acumulación originaria del capital. Cf. Marx, *La cuestión judía*, MEGA, Francfort, 1927, pp. 605-06.

En el examen de las Tesis de este grupo hemos tenido en cuenta, sobre todo, el estudio que de ellas hace Adolfo Sánchez Vázquez en las pp. 130-135 de su libro *Filosofía de la praxis*, Grijalbo, México, 1967.

LA TESIS DEL GRUPO D

La Tesis III:

“La doctrina materialista acerca de la transformación de las circunstancias [*Umstände*] y de la educación olvida que las circunstancias deben ser transformadas por los hombres y que el propio educador debe ser educado. Tiene por tanto que dividir [*sondieren*] a la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de ella [*über ihr erhaben ist*].

“La coincidencia [*Zusammenfallen*] del cambio de las circunstancias y de la actividad humana o [la] auto-transformación sólo puede ser captada y comprendida racionalmente [*gefasst und rationell verstanden werden*] como praxis revolucionaria.”

La Tesis XI:

“Los filósofos sólo han interpretado [interpretiert] el mundo de distintas maneras; de lo que se trata es de transformarlo.”

El tema predominante en estas dos Tesis¹¹ resulta de una exploración más detenida del tema tratado en el grupo B. La determinación de la problemática específica que concretiza al discurso dialéctico materialista como teoría histórico-materialista –la problemática de la historia de las “formas de sociedad” en que tiene lugar el proceso práctico– circunscribe necesariamente al concepto de “transformación” social, de modificación histórica del sujeto práctico, en calidad de concepto clave dentro de esa problemática. Y las Tesis del grupo D insisten precisamente en él; parecen responder a esta pregunta: ¿cuál debe ser el concepto propiamente dialéctico e histórico-materialista de “transformación social”?

El concepto materialista humanista de transformación social se construye dentro de una problemática –derivada de la experiencia básica de la relación sujeto-objeto como una relación innecesaria o de exterioridad– que parte de la aprehensión teórica de la vida social como un proceso de adecuación o de conflicto entre dos entidades heterogéneas, preexistentes a su enfrentamiento: el “hombre” y las “circunstancias” (materiales o económico-políticas y espirituales o cultural-educativas). Sometido a este dualismo, el núcleo de la teoría

¹¹ En el examen de las Tesis de este grupo hemos tenido en cuenta, sobre todo, el estudio que de ellas hace Adolfo Sánchez Vázquez en las pp. 130-135 de su libro *Filosofía de la praxis*, Grijalbo, México, 1967.

social del materialismo tradicional oscila entre dos explicaciones antinómicas, ambas unilaterales e insuficientes –la una fatalista, la otra voluntarista– de la relación de determinación entre el sujeto social y el medio social: o bien define al sujeto social como resultado del medio (material y espiritual), y entonces “olvida” la actividad humana (olvida que las circunstancias son transformables por él); o bien define al medio social como pura construcción o creación (material y espiritual) del sujeto, y entonces “olvida” la vigencia autónoma de las instituciones (olvida que las circunstancias “educan” al hombre). Para este núcleo teórico del materialismo social tradicional, pensar la unidad de ambas determinaciones es tarea imposible.

De ahí que cuando la concepción materialista humanista –a diferencia de la concepción materialista mecanicista– de la transformación social intenta salvar eclécticamente este dilema adoptando la posición voluntarista pero sin rechazar la fatalista lo único que hace es compendiar sus dos deficiencias. La transformación social aparece entonces como la actividad ejercida por un sector del sujeto social por una elite reformadora y educadora –para la cual el mundo institucional sería materia dúctil, absolutamente determinable, mero resultado o creación– sobre el resto del sujeto social –para el cual el mundo institucional será imposición férrea, absolutamente determinante–. una verdadera superación del dilema inherente a la problematización materialista tradicional de la vida social sólo puede darse dentro de una problemática estructurada en torno a una aprehensión (dialéctica) de la realidad social como proceso totalizador, constitutivo por igual del sujeto y del objeto sociales, de los agentes y de las instituciones sociales; en una problematización que reconozca una relación necesaria o de interioridad entre ellos. Esta problematización, como hemos visto, es precisamente la que lleva a cabo el discurso teórico histórico-materialista.

Cuando el materialismo histórico desarrolla su concepto de transformación social, no está obligado a elegir ni entre fatalismo y voluntarismo ni entre humanismo elitista y mecanicismo espontaneísta; rebasa el planteamiento teórico que desemboca en estas encrucijadas y parte de la aprehensión básica del proceso histórico como proceso de “auto-transformación” de la sociedad, de interpenetración de la dinámica “objetiva” o de las instituciones sociales, por un lado, y la dinámica “subjetiva” o de los agentes sociales, por otro.

En su concepto, la transformación social decisiva es el momento del proceso o la praxis social en que sus dos dinámicas interrelacionadas (el "cambio de las circunstancias" y la "actividad humana") "coinciden" en el plano de lo concreto: es un proceso o "praxis revolucionaria". Esta definición permite precisar el corolario que destacábamos en el grupo A de las *Tesis*, sobre la actividad teórica como elemento constitutivo del proceso práctico. El pasaje final del texto, la Tesis XI, aporta esta precisión.

Si es la praxis social la que funda la relación semiótica básica y la que entrega así a la actividad teórica el campo y el material significativos sobre los cuales ésta realiza su labor específicamente conceptual; y si la praxis social es un proceso histórico que decide sus configuraciones concretas (y por tanto las estructuraciones efectivas del campo semiótico) en los movimientos revolucionarios o de transformación social, resulta necesario concluir que también las posibilidades concretas que tiene la actividad teórica de alcanzar la "verdad", la calidad propia de su producción, dependen esencialmente de esas "transformaciones del mundo". La "verdad" de la producción teórica sólo puede consistir en su "poder" revolucionario específico, es decir, en la realización concreta, en su plano conceptual de esa reestructuración y transformación radical del campo semiótico que es esbozada por el proceso revolucionario y que debe desarrollarse como componente esencial del mismo. Al asumir y efectuar la necesidad de revolución inscrita espontáneamente en el campo de trabajo teórico, la actividad teórica deviene, al mismo tiempo que revolucionaria (dotada de "poder"), "verdadera": supera las limitaciones ideológicas en lugar de someterse a ellas.

Así, de lo que se trata para la teoría, si pretende ser "verdadera", es de ser revolucionaria: de intervenir en el sentido del proceso que decide las posibilidades de su trabajo específico. No hacerlo sería comportarse como "los filósofos": los que ratifican con su actividad una problemática que invierte este orden real de determinación, y parten, por tanto, de la presuposición de que la configuración histórica del sistema semiótico en la que teorizan o bien es inmutable o bien se transforma en virtud de una dinámica autosuficiente del propio sistema.

Sería, en consecuencia, operar repetitivamente pero bajo la ilusión de una creatividad teórica independiente: pretender que se es el origen de un nuevo saber al tiempo que lo único que se hace en realidad es componer mensajes redundantes dentro de un campo discursivo solidificado y pasivamente enigmático, superado ya por el proceso histórico práctico. Sería, en fin, enfrentarse al mundo ofreciéndole productos teóricos pretendidamente nuevos, que deberían iluminarlo y guiarlo, y no entregarle más que imágenes remozadas de lo que él fue en el pasado: hermenéuticas, "interpretaciones" de lo que él ya no es.

[1974]

DEFINICIÓN DEL DISCURSO CRÍTICO¹²

“La obra de que se trata en primer lugar es *crítica de las categorías económicas* o, *if you like*, el sistema de la economía burguesa expuesto críticamente. Es al mismo tiempo exposición del sistema y, mediante la exposición, crítica del mismo.”

Marx a Lasalle, carta del 22 de febrero de 1858.

En situaciones históricas como las de América Latina en la primera mitad de este siglo, la combinación de dos procesos revolucionarios de distinto orden, el liberal y el comunista, determina en el plano propiamente discursivo de la existencia social la presencia de un fenómeno paradójico que podría ser descrito así: el discurso liberal restaurador, proveniente de la burguesía europea postrevolucionaria o conservadora, es asumido por la intelectualidad representante de la clase proletaria como discurso básico o de partida en su intento de formular un discurso comunista concreto.

La mayoría de los investigadores de izquierda de la realidad social latinoamericana no ve ninguna contradicción en el hecho de entreverar en su labor categorías metódicas y conceptos descriptivos de la sociología positivista, por un lado, y del materialismo histórico, por otro. Confiados en un efecto directo y determinante de sus intenciones políticas sobre su producción teórica, no reparan en que los orígenes y las tendencias discursivas contrapuestos de estos dos aparatos teóricos se hallan inscritos y permanecen activos en la estructura de los mismos,¹³ ni en que, al yuxtaponer los dos funcionamientos, someten necesariamente –aunque sea contra su voluntad– la eficacia del aparato más débil, el insurgente o revolucionario, a la del más fuerte, el establecido o conservador.

Esta situación del discurso político y de la ciencia social en América Latina comenzó a cambiar en la década de 1950.

¹² Publicado originalmente en *Cuadernos Políticos*, núm. 10, México, 1976

¹³ Olvidan que la sociología inspirada en la filosofía científica o “positiva” –esto es, “constructiva”, respetuosa de lo dado, aquiescente con el orden establecido, unificadora de los espíritus– fue puesta en pie para combatir las doctrinas comunistas, continuadoras de la filosofía crítica o “negativa” –esto es, “destruccionista”, cuestionante frente a la empuñadura del poder, deslindadora de los intereses históricos–.

El pensamiento marxista se ha planteado ya, tanto metodológicamente como en sus investigaciones concretas, el problema de su especificidad como teoría revolucionaria. La discusión está abierta. Lo que intentamos a continuación es introducir en ella la consideración del modo peculiar (y, creemos, ejemplar) –la crítica– en que esa relación entre el discurso burgués –la ciencia de la economía política– y el discurso revolucionario del proletariado –el comunismo científico– tiene lugar en la obra teórica de Marx.

I. TEORÍA REVOLUCIONARIA Y REVOLUCIÓN EN LA TEORÍA

La principal obra teórica de Marx, la crítica de la economía política, pertenece en calidad de elemento central a la realización de un proyecto teórico mucho más amplio y diferenciado, el del comunismo científico; éste le adjudica su función predominante y, sobre todo, le imprime su carácter crítico.

El proyecto teórico del comunismo científico se afirma como proyecto crítico en la medida en que se realiza como un proyecto a la vez científico y revolucionario; aún más, revolucionario por ser científico y científico por ser revolucionario.

Una doble exigencia –que por el año de 1844 se concentra en la situación de Marx, el filósofo y el militante– obliga a esta doble realización. Es por un lado una exigencia que aparece en el terreno propio de la teoría, es por otro una exigencia que viene directamente de la revolución.

a) De la teoría a la revolución

La actualidad de la revolución comunista comporta una radicalidad tal que afecta y pone en juego incluso al estrato más profundo de la realidad, aquel que no pudo ser tocado por las otras revoluciones de la “era histórica” (o, mejor, “prehistórica”): la esfera en que ella se distingue en cuanto tal (lo “cósmico”) de la materia en sí (lo “caótico”).

Dentro de la perspectiva de la ocupación teórica, científico-filosófica –que es la perspectiva inicial de Marx–, este efecto de la actualidad de la revolución comunista se experimenta bajo la forma de un cuestionamiento. La noción tradicional acerca de una determinación

metafísica (extrasocial) e idealista (espiritual) de las posibilidades que tiene un discurso de ser científico o de producir un saber verdadero exige ser superada, y no sólo en términos dialécticos e historizadores (Kant, Hegel) sino también en términos materialistas.

Las tesis de Marx "ad Feuerbach" resumen esa superación. En términos dialéctico-materialistas, las posibilidades de verdad que hay para el saber se definen dentro de un horizonte social-natural de objetividad o sentido que va siendo constituido prácticamente como negación o reordenamiento de lo puramente natural. Es la tendencia básica que llevan las modificaciones históricas (revoluciones) adoptadas por la praxis o proceso social de reproducción ("trabajo") la que marca la dirección dentro de la cual la intención de un saber puede ser verdadera o científica.

De ahí el primer aspecto de la autoafirmación teórica comunista-marxista: realizarse como teoría científica quiere decir realizarse como teoría de la revolución, esto es, como teoría que participa en la revolución y teoría sobre la revolución. Y como la totalidad del proceso social de reproducción ha entrado, desde las primeras crisis del capitalismo, en toda una época de destrucción y reestructuración radicales, en la época de la revolución total, el desarrollo de un saber verdadero sólo puede corresponder a un discurso que siga necesariamente el impulso de este movimiento: al discurso comunista o compuesto a partir de la práctica de la clase propiamente anticapitalista y revolucionaria, la clase proletaria.

b) De la revolución a la teoría

Pero el movimiento revolucionario comunista se construye lentamente, probando y desechando distintos esbozos; la formación de su identidad sigue una historia dura y larga; la historia de las luchas que llevan a la masa de proletarios miserables, aislados, desesperados, indefensos, a constituirse como clase social organizada y como contrapoder efectivo, impulsor de una alternativa política global frente al mundo de los explotadores capitalistas. Y cuando Marx se suma al proletariado esta historia se halla aún a medio camino.

La intervención de Marx parte precisamente de la constatación de una insuficiencia decisiva del movimiento proletariado revolucionario y culmina en la solución de la misma.

La insuficiencia: el movimiento obrero ha llegado a ser ya una fuerza social y política de importancia central, pero "algo" hace que su impulso se desvíe, en unos casos hacia lo inesencial o inofensivo ("reformismo"), en otros hacia lo irreal y autodestructivo ("utopismo"). Su actividad se halla todavía sometida –sea absorbida o neutralizada– a la acción del mecanismo reproductor de las relaciones sociales-institucionales capitalistas.

La solución: para la construcción del contrapoder ("partido") comunista se requiere que la clase proletaria alcance todo un nuevo grado de independencia organizativa y de radicalidad programática, y ello sólo puede darse si tiene lugar un acontecimiento propiamente discursivo o que pertenece al terreno específico de la lucha ideológica, pero que ha adquirido una función relativamente predominante o ha concentrado en sí coyunturalmente la función resolutive de todos los demás acontecimientos –incluso los más determinantes– del movimiento revolucionario: el desarrollo de un saber científico –es decir, propio de la clase proletaria y liberado de las limitaciones impuestas por el discurso burgués dominante– sobre las condiciones del tránsito del modo capitalista de la reproducción social a su organización comunista.

De ahí el segundo aspecto de la autoafirmación teórica comunista-marxista –y, al mismo tiempo, la definición de su tarea teórica–: realizarse como teoría revolucionaria quiere decir realizar la revolución también como revolución en el terreno específico del discurso teórico. Y primeramente como revolución en el discurso que versa sobre la realidad económico-social (política), puesto que en toda la era mercantil y capitalista el conjunto del discurso teórico gira –abierto o embozadamente– en torno a él.

II. LA NECESIDAD DEL CARÁCTER CRÍTICO DEL DISCURSO COMUNISTA

La necesidad, para la teoría, de volverse teoría de la revolución y la necesidad, para la revolución, de ampliarse como revolución, en la teoría: ambas se resuelven unitariamente en la realización del proyecto teórico comunista-marxista como discurso teórico esencialmente crítico. Esto es así porque ni esa conversación de la teoría ni este perfeccionamiento de la revolución pueden tener lugar de manera positiva y pura (acrítica) –como creación de un saber meramente sustitutivo a partir de la nada–, sino sólo de manera negativa y comprometida, como resultado de la elaboración permanentemente conflictiva, en contra pero dentro del dominio ideológico capitalista, de un saber de la revolución comunista.

1. Las condiciones del dominio ideológico

"El lenguaje mismo es tanto el producto de una comunidad como, desde otra perspectiva, la existencia de la comunidad como existencia que implica al ser hablante."

Marx *Grundrisse...*, pág. 390.

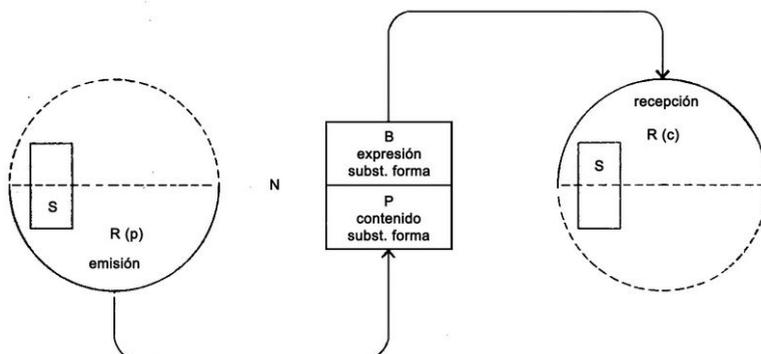
Las ideas de la clase dominante capitalista no sólo son dominantes porque son expuestas (e impuestas) con medios de difusión de un alcance y una eficacia inmensamente mayores que los de los gestos y las palabras con que protestan las clases sometidas. Sin duda, los mensajes que hacen la apología del orden social establecido se vuelcan de manera abrumadora sobre todos los individuos sociales; pero no es esta brutal insistencia la que sustenta el carácter dominante de las ideas dominantes. La lucha ideológica no consiste simplemente en un enfrentamiento entre dos cuerpos de doctrina que se disputen el derecho a asentarse sobre la "conciencia social" y a ocuparla, y en el que uno, el de la burguesía, se imponga y acalle al otro debido tan sólo a una supremacía física en el acceso a los aparatos de comunicación. Las ideas del burgués dominan porque –como dice Marx (*La Ideología Alemana*, III, 1: "El viejo testamento", 6, B)– él puede "demostrar" fácilmente con el lenguaje de la época la "identidad" entre las "relaciones individuales o humanas en general" y las "relaciones

mercantiles". Y puede hacerlo porque "este propio lenguaje es un producto de la burguesía y, por tanto, igual que en la realidad, también en el lenguaje las relaciones de intercambio valorizador (Schacher) han sido convertidas en la base de todas las demás".

La lucha ideológica y el dominio ideológico son hechos que ocurren en primer lugar y de manera determinante, en la esfera profunda del "lenguaje de la vida real", allí donde se produce el discurso, el "lenguaje propiamente dicho", es decir, "la conciencia y las ideas".

Dos hechos que pertenecen a esta esfera serían, así, las causas que determinan el carácter dominante del discurso o las ideas de la clase dominante burguesa en el modo de reproducción capitalista. El primero y principal es de orden general y afecta así directamente a todo el proceso de producción/consumo de significaciones o proceso comunicativo de la sociedad; el segundo, supeditado al primero, sólo afecta directamente de manera particular a la producción/consumo discursiva o propiamente ideológica de significaciones, como rama central pero aislada dentro del proceso comunicativo. *Primer hecho*: únicamente en el caso de las significaciones concretas (inclusive significaciones discursivas o ideas) compuestas por la clase burguesa para defender sus propios intereses su eficiencia o verosimilitud se encuentra potencializada por la acción de un dispositivo normador o subcodificador del código comunicativo general, que imprime a toda la producción / consumo de significaciones un sentido apologético elemental respecto del modo capitalista de la reproducción social.

Figura 1
Reproducción social y significación



a) La praxis o el proceso social de reproducción (R), como todo proceso de reproducción gregario, es un proceso de producción/consumo indirecto del sujeto (S) mediante producción/consumo directo de objetos intermedios o de naturaleza (N) transformada. La especificidad de la praxis o proceso social de reproducción reside en que es además –como dice Marx en el capítulo V de *El Capital*, I– un proceso de "realización": un proceso de reproducción indirecta en el cual todos los objetos intermedios poseen en mayor o menor medida un carácter instrumental o son aptos para dar lugar a un conjunto abierto de efectos (y no a uno solo o a una serie cerrada de ellos), por cuanto se hallan mediando o posibilitando, como objetos prácticos, productos útiles (con valor de uso) o bienes producidos (B/P), el cumplimiento de un conjunto de fines (satisfacciones de necesidades) que siempre está todavía por ser elegido o decidido, propuesto o proyectado por el sujeto. Dicho en otros términos: la especificidad de la praxis reside en que es un proceso colectivo de reproducción que sólo puede cumplirse como proceso de autorreproducción: un proceso en el que toda la reproducción natural se halla al servicio (o sometida a la finalidad) de un proceso reproductivo de otro orden y que lo trasciende: el proceso de producción/consumo de la estructura misma de las relaciones sociales (políticas) que constituyen al sujeto.

En tanto que proceso de "realización", el proceso de reproducción social posee necesariamente una dimensión dentro de la cual él mismo es un proceso de producción y consumo de significaciones. El proceso de "realización" sólo puede llevarse a cabo en la medida en que procede como ciclo comunicativo, como movimiento que, al producir y consumir objetos, sintetiza a un sujeto carente de unidad consolidada o de figura preestablecida. Al "realizar" objetos, el sujeto social debe realizarse: debe crear o re-crear su propia identidad social o esencia política. En otros términos, debe constantemente salvar en sí mismo un *hiatus* o superar una escisión que le es constitutiva: la falta de una coincidencia natural o una correspondencia espontánea entre las dos perspectivas de su existencia: como sujeto en acto de producir (p) y como sujeto en acto de consumir (c). Debe, por tanto, emitir/recibir (producir/consumir) el mensaje con el que, estando en un momento dado (t1), define su figura futura o se proyecta a sí mismo para el momento siguiente (t2).

Por esta razón, todo objeto propiamente instrumental o práctico es siempre una cosa significativa o dotada de sentido: una porción de materia sustancializada (estrato natural) por una forma (estrato social) que la determina (circunscribe, recorta) de manera biplanar, con un aspecto de significado o contenido y con otro de significante o expresión, dentro de esa tensión autorreproductiva y comunicativa.

El conjunto de leyes de acuerdo al cual se organizan las posibilidades de figuración concreta del sujeto social en su autorreproducción implica necesariamente un código general que organiza las posibilidades concretas de su comunicación o su significar. Y así como ese conjunto de leyes cambia históricamente, lleva una tendencia estructural en su modificación y califica positiva o negativamente en referencia a ella a toda acción social posible, así también el código general sigue esa tendencia básica en su dinámica específica y califica de verdaderos o falsos, según se adecúen o no a ella, a todos los mensajes concretos posibles.

b) Pero el modo de funcionamiento propiamente capitalista del proceso social de reproducción o trabajo sólo coincide de manera contradictoria con las determinaciones estructurales o básicas del mismo. El proceso de trabajo capitalista, dice Marx, es la "unidad contradictoria del proceso de trabajo (T) con un proceso de valorización del valor (Vv)". (Es la configuración más acabada –absolutizadora o universalizadora– de la modalidad histórica del proceso de reproducción social como serle inconexa de procesos productivistas-privados del trabajo, es decir, como proceso reproductivo cuya totalidad se encuentra organizada y regulada contradictoriamente por un proceso espontáneo o casual de formación e intercambio de valores.)

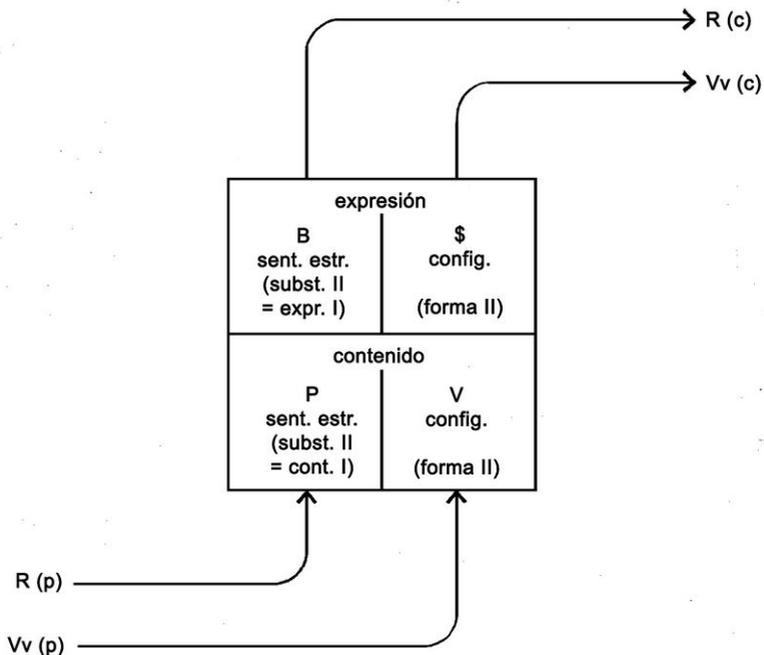
En la modalidad capitalista del proceso de vida social global, la autorreproducción del sujeto comunitario sólo se lleva a cabo en la medida en que se halla subordinada a la satisfacción de un sistema de necesidades que es heterogéneo respecto del suyo propio: el que se determina en la dinámica autorreproductiva y acumulativa del capital –relación social que adjudica a una parte del sujeto la función de "cosa valiosa" para la otra– o "sujeto automático" por sustitución. Para el sujeto comunitario, autorreproducirse de manera capitalista es, por ello, realizar (afirmar) su propia supervivencia, pero hacerlo –he aquí su contradicción– en tanto que sujeto explotado (negado) tanto en lo

físico (el derecho al disfrute del producto de su labor) como en lo específicamente humano (en su autarquía o facultad de decidir sobre sí mismo).

Los objetos prácticos, mediante los cuales tiene lugar este proceso, adoptan, consecuentemente, una forma peculiar, de doble estrato social como la de los fetiches u objetos de culto religioso. Junto a la objetividad que es en ellos básica o estructural, la concreta o social-natural –la de productos que se expresan como bienes (4-P)–, adquieren otra, derivada de la primera, que actúa sobre ella y que la configura o refuncionaliza: la objetividad abstracta o social por valorización –la de valores que se expresan como valores de cambio o precios (\$/V)–. Se vuelven mercancías, objetos “sensorialmente supra-sensoriales”, propios de la autorreproducción de la comunidad (“terrenales”) y propios de ellas como autovalorización del capital (“celestiales”), objetos “místicos”.

c) La modificación capitalista del proceso social de reproducción o trabajo implica necesariamente una modificación similar de su dimensión específicamente comunicativa. Lo que es configuración capitalista de la estructura y la tendencia básica del proceso de reproducción se presenta también como refuncionalización capitalista de su dimensión comunicativa, como normación o subcodificación capitalista del código y la tendencia general de la reproducción/consumo de significaciones. En la vigencia de esta subcodificación, todo sucede como si un mensaje singular resultara “naturalizado” o convertido en el principio inherente e incuestionable de una restricción sistemática de todo el conjunto de posibilidades que el código general delimita para la producción/consumo de significaciones. Un mensaje singular absurdo según la tendencia elemental del propio código, pero necesario históricamente como la organización capitalista de la reproducción social: el mensaje que afirma la identidad entre autoproducción del sujeto comunitario y autovaloración del valor.

Figura 2
La significación práctica, subordinada al sentido de la valorización



En estas condiciones, significar con verdad, esto es, con adecuación respecto de la tendencia estructural o básica que sigue el devenir de la praxis social, parece ser lo mismo que significar con adecuación respecto de la configuración capitalista de esa tendencia. Por ello, el sentido o la significatividad coextensiva al objeto práctico mercantil (de forma fetichoides) es un sentido o una significatividad fetichista. En la mercancía, la significatividad estructural básica que ella tiene como todo objeto práctico es tratada –diría Hjelmslev en *La stratification du langage*– como simple material y convertida en la sustancia (II) de una forma (I) superpuesta y parasitaria que la configura de un modo particular (capitalista). En ella, la presencia del sentido básico se vuelve indirecta y “misteriosa”: se encuentra, dice Marx, como en un “jeroglífico”.

Dentro de la conveniencia social capitalista comunicar se vuelve una acción en la que el agente concreto no queda como el único emisor/receptor de sus significaciones; junto a él, “despertado” por él, entra en escena otro agente, inasible pero efectivo: el capital como modo cosificado (enajenado) de existencia del sujeto social. Su aporte consiste en intensificarles el sentido apologético respecto del orden social establecido a las significaciones que iban ya a tenerlo, dotarles de uno a las que iban a pretenderse neutras y delibarles o invertirles el suyo a las que iban a ser impugnadoras. De esta manera, toda significación producida/consumida dentro del modo capitalista de reproducción conlleva necesariamente un estrato dependiente pero dominante que se sirve de ella para “repetir” una vez más la intención de ese “mensaje” procapitalista difuso y omnipresente.

d) Una subcodificación o normación restrictiva, montada sobre el código general y confundida con él, instituye por tanto a esa identificación apologética entre la modalidad capitalista del proceso de trabajo y la estructura del mismo, que sólo es de interés positivo para una parte de la sociedad –para la clase burguesa o clase cuya existencia depende de que la reproducción social se realice como producción de plusvalor–, como algo dotado de un interés positivo social universal (algo perteneciente al código, incuestionable).

Es por ello que la lucha de clases en la esfera de la producción / consumo de significaciones –inclusive, por supuesto, la lucha propiamente discursiva o ideológica–, cuando es una lucha que tiene lugar en condiciones normales, es decir, como enfrentamiento y forcejeo directo (duelístico) sobre el mismo terreno, se encuentra ya decidida de antemano. Ni aún proponiéndoselo, el significar burgués puede perder ante el significar proletario: el terreno de la lucha es el de una cuesta sumamente inclinada en su favor. Normalidad no es otra cosa que acondicionamiento absolutamente beneficioso para él. Debe vencer porque hay una como “verdad” que está de su lado: el sentido “objetivo” de los hechos del mundo capitalista –que se entrega en los datos sensoriales que son, como se sabe, “a prueba de toda duda”– y su propio sentido “subjetivo” burgués son uno solo; tiene, por tanto, que coincidir. El significar revolucionario del proletariado, en cambio, debe luchar también, y en primer lugar, contra el propio instrumento de que se sirve, en el que hay un dispositivo (la subcodificación capitalista) que lo reprime espontáneamente: que le permite hacerse

presente pero sólo como significar desvirtuado en su intención (invertido en su tendencia) o, si se prefiere, como significar morboso y absurdo. *Segundo hecho*: únicamente en el caso de las ideas o significaciones discursivas concretas compuestas por la clase burguesa para defender sus propios intereses, su capacidad persuasiva se encuentra apoyada por el contorno significativo no discursivo (técnico e institucional) resultante de toda la actividad social como actividad organizada para perpetuar el modo capitalista de su realización.

a) La producción/consumo de significaciones discursivas o ideas es la producción/consumo de objetos prácticos que se “especializa” en aquellos cuyo carácter práctico se concentra exclusivamente en su comunicatividad o en su función de portar o transmitir un mensaje. Precisamente porque su especialidad consiste en la producción / consumo de objetos que son significaciones en estado de independencia, su capacidad productiva/consuntiva de significaciones es de un orden superior (cualitativa y cuantitativamente) respecto de la del resto de la producción/consumo de objetos prácticos, que sólo produce/consume significaciones atadas o insertadas en la practicidad básica de los objetos.

Sin embargo, durante toda la era mercantil –era de la atomización del sujeto social y de la enajenación de su socialidad–, la producción/consumo discursiva o de significaciones en estado puro, pese a su capacidad funcional superior, que hace de ella la ocupación más directamente política o decisora de la figura de las relaciones sociales, no recibe adjudicada ninguna tarea especialmente central dentro de la totalidad del proceso reproductivo social. Su independencia técnica, en estas condiciones, equivale más bien a una desvinculación y una pérdida relativa de influencia sobre el conjunto de la producción/consumo de significaciones en estado práctico. Ese aumento de la pureza y el volumen de su producción/consumo de significaciones redundan aquí en una disminución relativa de la capacidad persuasiva que debería corresponderle.

Sobre todo en la época del modo capitalista de reproducción, la capacidad persuasiva de las ideas o significaciones que aparecen en la producción/consumo discursiva es débil y subordinada: depende en gran parte de lo que acontezca en el contorno significativo básico, producido/consumido por todo ese “lenguaje” no discursivo “de la

convivencia" (al que se refieren Marx y Engels en *La Ideología Alemana*). Depende de si este contorno las apoya (corroboración, completa) o las rechaza (desmiente, contradice).

b) Y ese "lenguaje" no discursivo es precisamente el que "hablan" los individuos sociales al ejercer su actividad concreta en tanto que ejecución de los designios emanados del proceso abstracto de valorización del valor (producción de plusvalor y acumulación del capital) como proceso en el que se ha cosificado la autarquía del sujeto comunitario. Es el "lenguaje" de todos los actos de una convivencia social que, al realizarse y continuarse, reafirma y prolonga la vigencia de la supraestructura institucional o modo capitalista de convivencia como condición "natural" e indispensable de sí misma.

Es por ello que, dentro de la lucha de clases propiamente ideológica del capitalismo, las ideas apologéticas del discurso burgués cuentan con el respaldo de este contorno significativo superestructurado en sentido capitalista, y adquieren así una mayor fuerza persuasiva. A la inversa, las ideas impugnadoras del discurso proletario son oprimidas por ese mismo contorno: "todo habla" en contra de ellas, un "consenso" implícito las declara ilusorias, irrealistas, y merma así su capacidad persuasiva.

2. Las posibilidades de romper el dominio ideológico

"A estas relaciones petrificadas hay que obligarlas a bailar cantándoles su propia melodía"

Marx, *Contribución a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho*.

Introducción

El discurso teórico comunista-marxista tiene el carácter de un discurso crítico en tanto que existe y se desarrolla dentro de la lucha ideológica de clase propias de la época culminante del modo histórico capitalista de la reproducción social: dentro de un enfrentamiento constante con este doble dominio ideológico de la clase burguesa.

a) La lucha contra la segunda causa –la causa extradiscursiva, supeditada y mediata– del carácter dominante del discurso burgués no puede ser llevada a cabo por el discurso comunista en cuanto discurso. Se trata de una lucha que se confunde con la empresa revolucionaria en su conjunto, es decir, con la actividad comunista general de la clase proletaria.

Esta actividad, que se constituye en torno a las posibilidades reales –presentes en el propio mundo capitalista– de una nueva forma (comunitaria) para las relaciones de reproducción social, actualizándolas desde ahora en las organizaciones obreras y en el contrapoder revolucionario, afecta también, necesariamente, a esa producción / consumo de las significaciones no discursivas en el “lenguaje de la convivencia” cotidiana.

La nueva sociedad se esboza ya –siempre como negación determinada de la sociedad actual– y elabora los elementos de un significar social liberado creando su propio contracontorno significativo básico, Contrarresta así la acción del contorno capitalista dominante y crea el ambiente favorable o campo de persuasión donde su discurso puede encontrar y desplegar su cientificidad crítica.

b) La crítica es el carácter que corresponde propiamente a la presencia del significar revolucionario del proletariado o significar comunista en la esfera específica de la producción/consumo discursiva, y, por tanto, de la lucha ideológica dentro del modo de reproducción social capitalista. En otros términos, la crítica es el único modo adecuado que puede adoptar la construcción científica de un saber proletario revolucionario en las condiciones de subcodificación o normación apologética impuesta en beneficio propio por el modo capitalista de la reproducción social a la producción/consumo de significaciones en general.

En efecto, la primera causa –la causa específica, principal e inmediata– del carácter dominante del discurso capitalista no puede ser combatida por el significar proletario de manera a-crítica, ingenua o normal. Un enfrentamiento de tal naturaleza lo sometería a las reglas de juego del discurso burgués y haría de él, en última instancia –y a pesar suyo–, un discurso apologético del orden capitalista. En este sentido, dos ilusiones acerca de la conveniencia revolucionaria de este enfrentamiento directo –que estaría dirigido a vencer al saber burgués en el escenario de la Ciencia y a sustituirlo por un saber proletario– deben ser desechadas.

Primera ilusión: el significar revolucionario puede constituirse en un discurso positivo, similar u homogéneo respecto del discurso burgués, aunque alternativo frente a él y con mayor capacidad de verdad.

Se trata de una ilusión porque refleja sobre las posibilidades de cientificidad del discurso revolucionario el deseo imposible de repetir la figura histórica concreta que ha adoptado la cientificidad en el discurso teórico de la era mercantil y de la época capitalista.

Para disiparla es necesario reconocer que, por el contrario, el significar revolucionario comunista se compone en medio de la actualización o vigencia adelantada de unas relaciones sociales de reproducción –las comunitarias– que pertenecen a un tiempo nuevo, esencialmente diferente de la era mercantil y capitalista.

En efecto, el significar revolucionario comunista acontece en la realización del proceso de reproducción social capitalista en lo que él tiene de proceso fundamental o proceso concreto de producción / consumo de objetos prácticos, es decir, en lo que él tiene de proceso de reproducción del factor subjetivo real (la comunidad explotada).

Acontece, por tanto, en la realización básica o estructural del proceso social de reproducción, que se halla subsumida y explotada por la realización del proceso sobrepuesto o proceso de acumulación del capital.

Se trata de un significar propiamente revolucionario porque tiene lugar como actividad mediadora entre proyectos y necesidades concretas que contradicen estructuralmente el modo capitalista de reproducción; proyectos y necesidades que sólo pueden desarrollarse orgánicamente en la medida en que el sujeto social real (la clase proletaria) comienza a recobrar y reasumir la función sintetizadora de la socialidad (la autarquía, la sujetidad) que se halla enajenada como funcionamiento automático del “valor que se valoriza”, del capital. En otras palabras, se trata de un significar revolucionario porque la intención central de todos sus mensajes es verdadera, concuerda con la tendencia marcada por la nueva modificación (liberación) del código básico, o sea, por la formación de la nueva objetividad: la objetividad social-natural del nuevo vivir comunitario.

Es, por tanto, un significar que se compone en un plano esencialmente heterogéneo respecto del que sirve de plataforma al significar burgués. Su desarrollo como discurso no parte de una necesidad de refutación directa (de rectificación o perfeccionamiento) del discurso burgués, sino, por el contrario, de una necesidad de abolirlo y superarlo radicalmente.

Por lo tanto, su relación polémica adecuada con el discurso burgués sólo puede darse de manera indirecta, haciendo intervenir a los linderos de ese terreno, poniendo en cuestión las condiciones normales del enfrentamiento. Y sólo puede consistir en la composición de su propio saber en tanto que negación inmediata del saber capitalista o construcción sistemática de lo que no puede ser sabido por el saber adquirido de manera capitalista.

Segunda ilusión: el significar comunista puede desarrollarse como discurso científico de manera independiente respecto del discurso científico burgués, y puede levantar ya, antes del revolucionamiento total, un saber completo, al margen del saber capitalista, exclusivamente a partir de la experiencia de la clase proletaria.

Se trata de una ilusión porque refleja sobre las posibilidades actuales (en situación de sometimiento) de desarrollo del discurso comunista la imagen deseada pero aún irrealizable de lo que ellas habrán de ser en el futuro (en situación de libertad).

Las relaciones comunistas de reproducción social se hallan ya formalmente presentes en la reproducción social capitalista, es decir, en el interior de las relaciones propiamente capitalistas que constituyen al sujeto social. Pero su presencia es subordinada y reprimida; se delinea como una estructura en negativo –posible pero constantemente obstaculizada– en torno al conjunto de fallas o puntos de fracaso del propio orden capitalista. En consecuencia, la posibilidad de su presencia real no implica la creación de un mundo absolutamente desvinculado del que existe como mundo capitalista, sino, por el contrario, la construcción de otro esencialmente diferente de él pero que se esboza a partir de sus imposibilidades.

Igualmente, el discurso de las relaciones comunistas de reproducción formalmente presentes –discurso indirecto y negativo– se desarrolla dentro de las condiciones concretas del discurso en general: subordinado, por tanto, a la configuración capitalista que todavía afecta estructuralmente a éste durante todo el periodo de transición o revolucionamiento. Es un discurso que, en la época capitalista, se formula sobre la base del significar revolucionario del proletariado; significar que, a su vez, sólo existe efectivamente como significar transgresor de las normas del significar dominante: como “mal uso” o empleo “defectuoso” del conjunto de posibilidades (restringido en sentido capitalista) de significar en general.

Por ello, la relación polémica adecuada del discurso comunista con el discurso burgués sólo puede darse dentro del discurso teórico general y precisamente a través de una transgresión organizada de las normas específicamente capitalistas que rigen concretamente la producción del saber. En conclusión, el discurso teórico propio del comunismo científico sólo puede ser un discurso crítico como el de Marx en *El Capital*: capaz de apropiarse del saber formado a partir de la objetividad capitalista, de someterlo a la acción desestructuradora de las significaciones espontáneas del proletariado y de recomponerlo de manera tal, que los vacíos dejados por el discurso burgués que lo produjo se vuelvan evidentes como sistema y constituyan, así, el saber necesario para la revolución.

[1975]

ESQUEMA DE *EL CAPITAL*

Ciencia de la riqueza

El libro *El Capital* de Marx pretende ser una explicación "científica" de lo que es la riqueza en la sociedad moderna. Ordenar los muchos datos que se tienen de ella, jerarquizarlos según su valor de determinación, establecer las relaciones más esenciales que existen entre ellos. Construir una imagen conceptual de la riqueza moderna que, debido a su grado adecuado de abstracción, constituya el instrumento intelectual más efectivo para quienes intentan comprender, y no justificar, los fenómenos de la historia cotidiana que tienen que ver con ella.

Todo el conjunto de la vida social tiene que ver con la riqueza objetiva, con el cúmulo de bienes que posibilitan su reproducción. Y esto no tanto en el sentido pragmático burgués de que "ni siquiera los poetas viven del aire", sino en el sentido materialista de que el modo en que los hombres se ocupan en el conjunto de su vida depende del modo en que se ocupan de la riqueza objetiva; del modo como trabajan para lograrla, de cómo la reparten entre sí, de cómo la disfrutan. La "comprensión materialista de la historia" se resume, en verdad, en el reconocimiento de un hecho originario que se mantuvo a lo largo de la historia y que ha entrado en proceso de perder su vigencia: la debilidad de las sociedades frente a la naturaleza, la hostilidad de ésta hacia el ser humano, la escasez con que entrega los bienes que el hombre pretende arrancar de ella para cumplir los requerimientos de su vida. Hecho originario que se completa cuando, interiorizado por la vida social, obliga a que todo el proyecto de existencia humana, de realización de un ideal transnatural de convivencia, se adecúe a una estrategia para la consecución de los bienes, para el acoso a la naturaleza.

Pero nunca antes el conjunto de la vida social ha tenido que ver con la "economía", con la problemática de la riqueza objetiva, como en la época moderna, cuando es justamente la relación ancestral de interdependencia entre ambos –la totalidad de la vida y la "economía"–, la que parece haber entrado en crisis, es decir, cuando la necesidad de un reordenamiento global de la existencia social emerge por todas partes. La descripción "científica" que Marx pretende hacer de lo que es la riqueza moderna sólo tiene sentido para él en la medida

en que la concibe como un aporte intelectual a la realización civilizada de ese reordenamiento radical de la sociedad. Este movimiento histórico revolucionario – enfrentado a la amenaza de una barbarie que conserve esa relación ancestral o que la anule caóticamente– es para Marx el comunismo. La discusión teórica de éste es la que él pretende enriquecer con su libro *El Capital*.

El discurso crítico

¿Cómo describir científicamente lo que es riqueza moderna? El intelecto no es una potencia pura enfrentada a hechos innombrados. Todo inteligir está en función del discurso concreto de alguien empeñado en una disputa concreta acerca de lo que algo es en realidad. Por otro lado, todo hecho, con sólo presentarse, recibe ya, espontáneamente, un nombre, una definición. Describir algo no es mostrar su retrato reflejado en la mente; es siempre consentir o disentir con su nombre espontáneo, es abundar en la definición que da de él el discurso social establecido o pretender introducir una diferencia. Y nada hay más difícil, aventurado e incluso, suicida que la disensión o la propuesta de una diferencia. Porque el disentir del nombre dado a un fenómeno sólo puede hacerse empleando los mismos términos que con su sola gravitación construyeron el que se rechaza; porque la definición diferente tiene que formularse a contracorriente del flujo definidor que se mueve con el discurso establecido. Marx pretende decir lo que la riqueza moderna es en realidad. Pero su discurso es disidente. Habla a partir de la experiencia de la crisis de la relación ancestral entre vida y riqueza, sociedad y “economía”, y argumenta en favor de su transformación radical: su discurso es comunista. Por ello, advertido de la dificultad que encierra la disensión, Marx inaugura la estrategia que le es adecuada: la crítica. La “exposición de la economía política” –la descripción del comportamiento económico o referido a la riqueza objetiva– “debe ser simultáneamente la crítica de la economía política” –la *destrucción* del discurso que da nombre a la riqueza moderna, del conjunto de definiciones que componen la ciencia económica espontánea–. Cientificidad es criticidad. El discurso comunista debe ser crítico ya que su afirmación sólo puede existir como negación, a contracorriente del discurso establecido no como una simple refutación, que intenta desviar la dirección de éste pero respetando su misma pendiente.

La estructura argumental (I)

La peculiar científicidad que inaugura *El Capital* determina que el procedimiento de descripción y explicación de su objeto –la riqueza social moderna– sea especialmente complejo. Esta obra de Marx trata de forzar al discurso científico espontáneo sobre la riqueza –la economía política– para que, saltando por sobre sí mismo, diga aquello que él, siendo lo que es, debe dejar fuera de lo decible como algo denegado o censurado; trata de hacer que se trascienda y hable sobre aquello que le está constitutivamente prohibido mencionar. Se diría que, para él, el conjunto de conceptos que convergen en la definición moderna –burguesa-capitalista– de la riqueza comporta una aceptación tan fundamental de aquella relación en *crisis* entre lo económico y la totalidad de lo social, que su reordenamiento positivo para efectos de pensar esa misma crisis resulta imposible. La imagen teórica de lo que la riqueza moderna es en realidad no podía, así, resultar de un trabajo –por más contradictor que fuese– *con* ese conjunto de conceptos, sino sólo de un trabajo que atraviesa esa constelación conceptual y, al atravesarla, la destruye o la desconstituye radicalmente. La complejidad argumental de *El Capital* no es, pues, fortuita, resultado de una pretensión “científica” de Marx; por el contrario, refleja la dificultad que debe enfrentar todo discurso disidente que defiende las posibilidades de la razón aun ahí donde ésta se encuentra aparentemente identificada con la lógica de la destrucción de lo humano.

¿Cómo fuerza Marx al discurso científico-espontáneo de la economía política a decir aquello que le quita el suelo bajo los pies? ¿En qué consiste el uso crítico o desestructurador de las categorías que definen la riqueza social moderna?

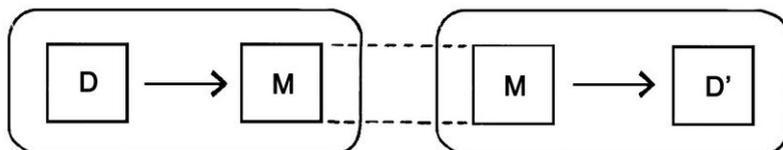
Puede afirmarse que la argumentación de Marx en *El Capital* cumple tres etapas claramente diferenciadas (véase el anexo):

Examen de la apariencia

A] En la primera etapa (expuesta en las dos primeras secciones del Libro I) analiza la descripción más general que es posible hacer en términos científicos espontáneos de lo que es la riqueza social en el mundo moderno. Somete a un examen implacable la validez de los conceptos que intervienen en esa descripción y la coherencia de las formulaciones que la componen.

Todo entendimiento tiene que atenerse de partida a la evidencia empírica y ésta se impone con el siguiente contenido cuando atañe al objeto *riqueza*: en el mundo moderno, riqueza –a diferencia de *pobreza* (disposición de los bienes apenas necesarios para la reproducción) y de *miseria* (carencia incluso de esos bienes necesarios)– es la disposición de *una suma de dinero en calidad de inversión*, es decir, de una cantidad de dinero en proceso de crecer o de generar un beneficio o *ganancia*: riqueza es el *derecho de propiedad sobre un capital*. En términos más técnicos, este capital –que constituye el contenido de la riqueza moderna– debe ser descrito de la siguiente manera: una cantidad de valor sujeta necesariamente a un proceso de *incrementación*, en la medida en que de estar incorporada en una suma de dinero, pasa primero a estar incorporada en un cúmulo de *mercancía* y vuelve después a estar incorporada a otra suma de dinero.

Capital es dinero invertido, dinero, que se cambia por mercancía y que vuelve a cambiarse por dinero pero de magnitud incrementada. La *fórmula general del capital* sería, así: $D-M-D'$ (en donde: $D'=D+\Delta D$).



Capital, dinero que genera mas dinero, ésta sería la descripción sucinta del objeto de la riqueza moderna. En ella, el punto crítico está marcado evidentemente por la palabra “genera”. ¿A que hacemos referencia cuando decimos que este objeto tiene la virtud de autoincrementarse, de “producir” o “generar” un plus de si mismo? ¿Cuál es la consistencia de este objeto tan peculiar? ¿Cómo es posible su existencia?

La parte analítica inicial de *El Capital* está dedicada al intento de responder a estas cuestiones. Uno por uno, integrados en conjuntos cada vez más complejos –“relación de intercambio”, “circulación mercantil”, “modo capitalista de la circulación mercantil”–, todos los conceptos que intervienen en la fórmula general del capital –“mercancía” “valor”, “dinero”, “precio”, etc.– son sometidos por Marx a un examen riguroso. El rigor de este examen se aplica a la pretensión inherente a la descripción empírica de la riqueza como capital de tener

ya explicada la "generación" de ese *plus* de *valor*, de no necesitar plantearse como problema, de operar con ella como con algo "natural" y comprensible por sí mismo. El acoso de Marx es implacable. Obliga a este conjunto de conceptos a dar el máximo de su capacidad explicativa y, una vez que lo ha llevado hasta el extremo de su efectividad, lo muestra sumido en la *paradoja*, embrollado en la necesidad absurda de sostener posiciones incompatibles. El entendimiento científico espontáneo de la economía política, abismado ante sí mismo, no alcanza a ir mas allá de la afirmación siguiente: el *plus* de valor *no puede* generarse en el proceso que cambia al dinero en mercancía y lo vuelve a cambiar en dinero, pero, por otro lado, *sólo puede* generarse en ese mismo proceso.

Puede decirse que lo que Marx cumple en la primera parte de la argumentación de *El Capital*, en este cuestionamiento de los teoremas básicos del discurso económico espontáneo es una puesta en duda sistemática de todo el campo de la empiria, de "la experiencia directa e incontrovertible" sobre la que pretende fundarse la ciencia de la economía política. Se trata de una puesta en duda que culmina en la formulación de algo que por lo pronto solo es una suposición: todo ese campo de la experiencia económica empírica no puede ser otra cosa que una *aparencia*, un tejido superficial de hechos o datos, que se encuentra ahí con la función precisa de esconder, confundir o *mistificar* justamente aquello que pretende mostrar o hacer evidente: lo que la riqueza social moderna y su economía son en realidad. El primer momento de la argumentación de *El Capital* avanza hasta establecer las condiciones que el discurso económico espontáneo tendría que introducir para convertir la *paradoja* de su afirmación acerca del origen del plusvalor en un verdadero *problema* teórico. Y esas condiciones son nada menos que las de un salto que lo llevaría más allá de sí mismo. El "*ihic Rhodus, hic salta!*" es así, para el discurso económico moderno, la invitación a un salto suicida. En efecto, la principal de esas condiciones es la siguiente: el plusvalor sólo puede ser explicado si esa mercancía en la que el dinero tiene que convertirse primero para luego reconvertirse en dinero incrementado es concebida como una *no-mercancía* o como una mercancía tan *sui generis*, que lejos de ser, como todas las otras, sólo portadora de valor, fuera además una mercancía *generadora de valor*. Sólo si la economía política introdujera en su discurso la distinción entre *dos formas diferentes de ser*

mercancía, la que caracteriza a la *mercancía común* y la que sería propia de *mercancía no-mercancía* —una mercancía especial que Marx ubica de manera inconfundible como *mercancía fuerza de trabajo*— estaría en capacidad de salir del embrollo teórico en el que la encierra su definición de la riqueza moderna. Pero esta capacidad le costaría la descalificación de su discurso. introducir esa distinción implicaría para ella reconocer que su discurso parte de una reducción injustificable: que la adquisición que el propietario del dinero-capital (D-M-D') hace de la mercancía *generadora* de valor es concebida como si fuera la adquisición de una mercancía común, sólo portadora de valor; que la presencia de un fenómeno específicamente mercantil capitalista es reconocida como si se tratara sólo de un hecho mercantil en general; que *el acto de apropiación de un valor ajeno es ocultado, confundido o mistificado como un simple intercambio de objetos equivalentes*.

Exploración de la esencia

b) En una segunda etapa (expuesta en la mayor parte del Libro I y en todo el Libro II), la argumentación de *El Capital* explora, describe y explica justamente aquello cuya mistificación, confusión u ocultamiento constituye, según la suposición anterior de Marx, la condición de validez de la definición inmediata de la riqueza moderna. Si la fórmula general del capital (D-M-D') sustenta su validez empírica en la incuestionabilidad de uno de los elementos que la componen —el elemento intermedio, *mercancía* (M)—, será precisamente el estudio de la esencia de este elemento lo que hará evidente la existencia de tal mistificación, de su sentido y, sobre todo, de su fundamento o su razón de ser. La mercancía que el capitalista, el rico moderno, primero adquiere y luego vende con/por su dinero-capital es una mercancía misteriosa: posee la peculiaridad de *aumentar de valor cuando es consumida*. Recién adquirida, es mercancía medios de producción y mercancía fuerza de trabajo ($M = M_{mp} + M_{ft}$), y tiene un valor C'_1 (capital inicial); después del consumo que el capitalista hace de ella¹⁴ se convierte en mercancía producto ($M = M_p$) y tiene ahora un valor $C'_1 = C_1 + \Delta C_1$ (capital resultante, igual al capital inicial más un incremento del mismo). El secreto de esta mercancía misteriosa se concentra, así, en el momento en que el capitalista la consume. ¿Qué acontece en ese momento? Nada que por sí mismo sea misterioso; lo que tiene lugar es

¹⁴ El capitalista, en realidad, no hace nada con ella, no trabaja sobre ella, no le añade valor.

el proceso en que la fuerza de trabajo se combina con los medios de producción, los consume productivamente: el proceso de trabajo o producción.

El análisis de Marx ha mostrado que en la descripción del objeto de la riqueza social moderna es indispensable *incluir el proceso de producción de valores de uso como un momento constitutivo de la existencia misma de ese objeto*. La pregunta queda entonces planteada: ¿qué es el proceso de producción/consumo cuando aparece, como aquí, en calidad de ocasión o pretexto de la valorización del valor de un dinero-capital? ¿Qué sucede en este proceso de producción cuando tiene lugar como consumo capitalista del Mmp y Mft? ¿Qué es producir y consumir en general? ¿Cómo se modifica su esencia cuando se efectúa como un proceso subsumido o subordinado al proceso descrito por la fórmula general del capital?

La parte central y principal de la argumentación de *El Capital* está constituida por una respuesta sistemática a estas preguntas, por una teoría del modo capitalista de la producción, la circulación y el consumo del objeto de la riqueza social; una teoría del proceso en que el *producto con valor de uso* es reproducido con la forma de *plusvalor destinado a su inversión* como capital.

La exploración de aquello que hace que la riqueza moderna sea tal, de su *esencia*, la lleva a cabo Marx de la siguiente manera: describe y efectúa el modo o la *forma* que recibe o adopta una determinada *sustancia transhistórica o forma fundamental* del proceso de reproducción del objeto de la riqueza cuando ésta se encuentra en la situación histórica moderna: cuando debe cumplirse como un proceso de producción de plusvalor y de conversión del mismo en capital. La contraposición entre esa sustancia trans-histórica o forma fundamental y este modo capitalista o forma histórica moderna es el procedimiento que Marx emplea una y otra vez, en diferentes niveles y con mayor o menor complejidad, según lo requiere el tema, a todo lo largo de esta argumentación destinada a establecer las leyes determinantes de la producción, la circulación y el consumo de la riqueza capitalista. Se trata de un procedimiento en el que la estructura lógica posee de manera inherente un mensaje o contenido: una toma de posición crítica. El modo capitalista es descrito y explicado como una forma que contradice y deforma –reprime o hipertrofia– la sustancia que la

soporta y sobre la que ella se asienta parasitariamente: el proceso de producción/consumo en general. La contraposición que Marx establece es siempre entre la forma social-natural o estrato de valor de uso del proceso de producción/consumo y la forma *social-capitalista* o estrato de valor (valorizándose) que subsume o subordina a la primera. Esta idea de una contradicción entre un nivel del valor del uso y un nivel de valor constituye en verdad la *hipótesis principal* a partir de la cual el discurso teórico de Marx genera su capacidad de descubrir los rasgos esenciales de la reproducción de la riqueza capitalista. Hay una teoría de la producción/consumo en general y, por tanto, del valor de uso en general, como teoría de la incompatibilidad de éstos con su forma mercantil-capitalista, que acompaña, paso a paso (volviéndose más explícita en el Libro I, cap. V) a la demostración de que *la contradicción entre esos dos estratos o niveles es la esencia* de todo producir, consumir, circular e incrementar el objeto de la riqueza en su forma capitalista. Desde la definición puntal del capital constante (c) y el capital variable (v) como formas capitalistas de los factores de la producción, de los medios de producción y la fuerza de trabajo (Libro I, cap. VI), hasta la caracterización global de la reproducción ampliada de todo el sistema productivo/consuntivo capitalista (Libro II, 3ª. sección) Marx insiste y subraya de múltiples maneras la demostración de esta esencia. Su proceder es rigurosamente metódico. Para eliminar las confusiones que necesariamente provoca un objeto teórico tan complejo, su aprehensión teórica de la totalidad del proceso reproductivo de la riqueza capitalista tiene lugar mediante una serie de aproximaciones acopladas unas a otras a manera de los segmentos de un tubo de telescopio. Cada una de ellas aporta una nueva perspectiva en la que el objeto aparece con un grado mayor de complejidad. La primera serie de aproximaciones (expuesta en el Libro I), la más abstracta, es la que mira al proceso como una totalidad de producción y consumo en la que estas dos fases se encuentran conectadas directa o *inmediatamente* entre sí. En esta perspectiva, al quedar fuera de consideración la existencia del momento circulatorio entre una fase y otra, la esencia de cada una de éstas, de su unidad y su dinámica, se muestra en su mayor pureza. Se trata –lo demuestra Marx– de un proceso que para poder realizarse tiene que llevarse a cabo de un modo que deforma su sentido originario o fundamental hasta el grado de invertirlo o convertirlo en su contrario:

a) El proceso capitalista de producción es, en efecto, un *objetivarse* del factor subjetivo, una donación de forma al objeto de trabajo, que es una emanación de su constitución o capacidad productiva. Pero es un objetivarse que, por ser capitalista –por ser la conjunción de $c+v$, cuyo resultado debe implicar la conversión de c en $c+p$ (plusvalor)–, se cumple contradiciéndose a sí mismo: como un succionar que el factor objetivo ejerce sobre el sujeto de trabajo con el fin de apresar la mayor cantidad posible de formas producidas por éste. (Libro I, secciones 3a, 4ª y 5a).

b) El proceso capitalista de consumo es un *subjetivar* formas objetivas por parte del sujeto, un aceptar la acción natural-social incorporada en el bien productivo; pero, asimismo, lo es sólo en la medida en que el sujeto se convierte en un “bien” para el objeto, en la medida en que su consumir se cumple como soporte o vehículo de un proceso de restauración mejorada del factor objetivo. En efecto, éste sólo existe en calidad de medios de producción capitalista, es decir, de componente principal de un capital inicial renovado (C_2) que es mayor que el capital inicial anterior (C_1). (Libro I, caps. XXI y XXII).

c) La reproducción de la riqueza capitalista *como unidad de una fase productiva y otra consuntiva* se revela entonces como un proceso cíclico en el cual el contenido de esa riqueza se repone e incrementa en tanto que *condición objetiva de la existencia del factor subjetivo*; pero se trata de un proceso que sólo es posible como soporte de un proceso de acumulación y reproducción ampliada del capital y que, por tanto, sólo se cumple invirtiendo su sentido fundamental, en la medida en que implica el sacrificio *necesario de una dimensión de ese factor subjetivo*, la condena de una parte del mismo a situación de excedentaria o sin derecho a la existencia (Libro I, cap. XXIII).

d) Esta primera serie de aproximaciones de *El Capital* a la esencia de la riqueza capitalista culmina en el reconocimiento de una tendencia en el proceso histórico de su formación, consolidación y expansión. La conjunción contradictoria entre reproducción social-natural de la riqueza y reproducción del capital parece seguir una vía que va de una situación en la que la subordinación de la primera a la segunda resulta relativamente favorable para la primera otra situación completamente diferente, en la que la marcha expansiva de la segunda resulta ser absolutamente destructiva para la primera. (Libro I, caps. XXIX y XXV).

Entre la fase productiva y la fase consuntiva del proceso de reproducción existe un momento *mediador*, el proceso de *circulación*, que modifica considerablemente en cumplimiento de ambas fases. La segunda serie de aproximaciones se distingue porque abre para la exploración esencial de la riqueza moderna toda la densidad problemática que resulta de este hecho. El conjunto de productos portadores de un valor valorizado no puede convertirse en conjunto de bienes capitalistas, es decir, en factores de la producción portadores de un cúmulo potenciado de valor, si no se redistribuye o “cambia de manos” entre los propietarios privados, sometándose al funcionamiento del mecanismo inerte o fortuito de la circulación mercantil. El objeto de la riqueza capitalista debe cumplir un ciclo trifásico (de su figura funcional como capital-dinero, CD, pasa a otra como capital-producción, CP, y otra como capital-mercancía, CM). Es un ciclo que lo hace pasar necesariamente por el *momento improductivo* de la circulación mercantil y que le obliga a adoptar dos figuras materiales (la de capital fijo, CF, y capital circulante, CC) de acuerdo con los diferentes ritmos con que rotan o cumplen el ciclo sus distintas fracciones, ligada cada una de ellas a un sustrato material diferente.

El carácter contradictorio del proceso de circulación mercantil-capitalista no sólo se muestra en el modo como el ser valor (tener que pasar por el mercado) estorba al ser valor de uso (capital-producción) y el ser valor de uso (tener una materia que se repone lentamente) estorba al ser valor (capital-dinero) (Libro II, respectivamente: secciones primera y segunda) Se muestra principalmente en el modo como el funcionamiento global de la circulación mercantil misma, el “mecanismo inerte del cambio de manos”, se encuentra sometido a una reorganización esencial de sí mismo proveniente de la necesidad práctica de servir preferentemente a la reproducción del capital. Desdoblada en dos ámbitos contrapuestos pero complementarios: el mercado de mercancía y el mercado de trabajo, la esfera de la circulación mercantil-capitalista es el *medium* dentro del cual –al expresarse el valor y constituirse el valor de cambio de todas las mercancías– *la armonía de la reproducción del capital se alcanza en virtud del traslado de todas las desarmonías al ámbito de la reproducción de la fuerza de trabajo*, al mismo tiempo que esta armonía neutraliza la contradicción entre trabajo (valor de uso) y capital (valor) y posibilita así la reproducción del capitalismo como relación social. (Libro II, tercera sección.)

Desmistificación de la realidad

c) En su tercera y última etapa (expuesta en la sexta sección del libro I y en todo el Libro III) la argumentación de Marx en *El Capital* describe –como quien desmonta un mecanismo– la conversión mistificadora de la esencia contradictoria de la riqueza capitalista en la apariencia armónica descrita por la fórmula general del capital. ¿Cómo es posible que aquello que es plusvalor arrancado sin contrapartida por el capitalista a los obreros *se presente* como el fruto genuino del dinero capitalista cuando sirve para comprar una mercancía que luego será revendida? Marx explica esta *transfiguración* de la esencia en la apariencia como un conjunto de imbricaciones entre, por un lado, el proceso capitalista de apropiación/utilización del plusvalor explotado a los obreros y, por otro, el funcionamiento mecánico y neutral de la circulación de los equivalentes en calidad de riqueza mercantil simple.

La apropiación de trabajo ajeno que ésta en la esencia de la riqueza capitalista no tiene lugar en contra sino en virtud del buen funcionamiento de la circulación mercantil. El incremento de D en D' –el *beneficio* del industrial, la *renta* del propietario monopolista, el *interés* del prestamista, las *utilidades* del mercader– resulta precisamente de la compra-venta de todas las mercancías, simples o capitalistas, a su *precio justo*. ¿Cómo se constituye el precio justo de las mercancías? Es en la descripción de su constitución en donde se descubre, de manera central, ese mecanismo mistificador de la realidad, esa conversión de la esencia de la riqueza capitalista en su apariencia.

Habitada centralmente por dos tipos de mercancía –la mercancía capitalista de los capitalistas y la mercancía simple de los obreros–, la esfera de la circulación capitalista es el *escenario de un conflicto dominante, el de la constitución contrapuesta pero complementaria de los precios de estas dos mercancías*.

La constitución el "precio del trabajo" es el secreto de la constitución de todo precio. Lo que distingue al propietario capitalista del simplemente mercantil es que su dinero puede comprar como mercancía no sólo objetos útiles producidos sino procesos de producción de objetos útiles. Así, el precio de su mercancía no expresa sólo su valor sino un valor que se valoriza en mayor o menor grado. Y justamente el grado de esta valorización y la magnitud de ese precio dependen del precio que el propietario capitalista ha pagado por el proceso de producción

del que se sirve, es decir, por la fuerza de trabajo cuya existencia activa es precisamente ese proceso de producción.

Marx avanza por partes. Lo primero a lo que responde es: ¿cómo se transfigura el *factor subjetivo* del proceso de trabajo en mercancía fuerza de trabajo? *La clave de toda mistificación se encuentra aquí.* A partir de aquí pueden resolverse las dos cuestiones básicas de la tercera parte argumental de su obra:

a) ¿Cómo se transfigura la *substancia del valor* de la mercancía fuerza de trabajo en "*precio del trabajo*"? (Libro I, sexta sección).

b) ¿Cómo se transfigura la *substancia del valor* de la mercancía capitalista (medios de subsistencia y medios de producción) en *precio* de la mercancía capitalista? (Libro III, primera, segunda y tercera secciones).

El precio de la mercancía capitalista depende del modo en que el plusvalor explotado a los obreros se procesa como ganancia de los capitalistas. De ahí el estudio minucioso que Marx dedica a este tema: ¿Cómo se forma una tasa media de ganancia para todos los capitalistas? ¿Qué función cumple en este proceso la transfiguración del plusvalor extra en renta monopólica del propietario de naturaleza o de tecnología? (Libro III, sexta sección) ¿Qué tendencia sigue en el tiempo la formación de esa tasa de ganancia? ¿Cómo se reparte el plusvalor entre los distintos tipos de capital (industrial, comercial y bancario) al convertirse en ganancia? Todas éstas son cuestiones centrales en cuya solución Marx encuentra oportunidad para insistir en el único modo que el discurso crítico tiene para hablar de la realidad de la riqueza moderna: la desmistificación de su esencia convertida en apariencia. Hay, sin embargo, una conclusión final en la que este sentido de argumentación se concentra y resume. Se trata del examen crítico de la "fórmula trinitaria" del discurso económico espontáneo, aquella que justifica los ingresos de las principales clases de la sociedad moderna, los capitalistas, los propietarios y los obreros, en vista de su contribución, con capital, tierra y trabajo, a la existencia de la "riqueza nacional" (Libro III, séptima sección.)

La estructura argumental (II)

Discurso científico sobre la riqueza social moderna: del examen de su apariencia a la exploración de su esencia, de ésta a la desmistificación de su realidad. El discurso de Marx en *El Capital* define su *cientificidad* específica como criticidad no sólo en virtud de su *contenido* –la demostración del carácter contradictorio del modo de reproducción social capitalista–, sino también, especialmente, en virtud de su *expresión*. Las tres etapas de su movimiento argumental siguen un itinerario circular que es expresivo por sí mismo y que transmite su sentido ("como un todo artístico") a todos los recursos expresivos particulares o puntuales que se emplean en la obra. (Véase la figura I.)

Figura I
El movimiento circular de las tres etapas de argumentación
en "El Capital"

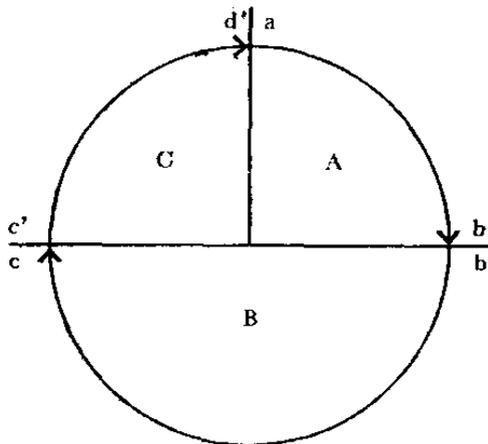
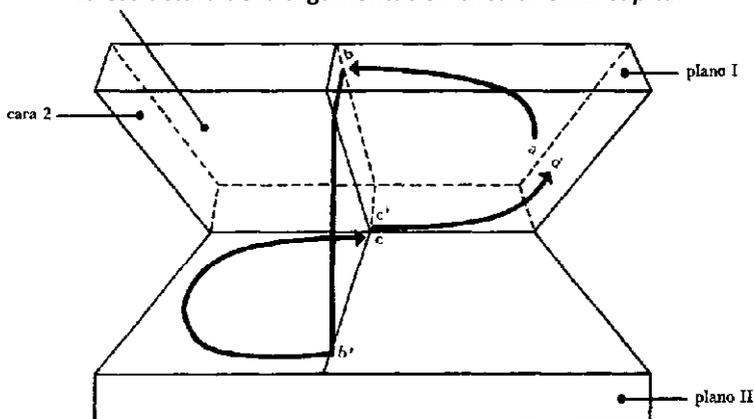


Figura II
La estructura de la argumentación circular en *El Capital*



La estructura circular de la argumentación expresa la peculiar criticidad del discurso de *El Capital*. La realidad de la riqueza social capitalista sólo puede ser tratada por el discurso comunista de manera indirecta, a través del discurso que la mistifica. Para la realidad moderna sólo existe la posibilidad de un discurso positivo, el que se constituye junto con ella y que al explicarla necesariamente la mistifica. La existencia post-moderna del comunismo sólo le permite un discurso sobre la realidad moderna constituido como *destrucción* del discurso moderno, como discurso crítico. Hablar sobre la riqueza capitalista es, por ello, para Marx, hacer "una exposición de la economía política que sea al mismo tiempo una crítica de la economía política". (Véase la figura II.)

El mismo campo conceptual empírico de la economía política –dominado por la presencia de la fórmula general del capital–, que es examinado en la parte primera de la argumentación (línea a-b, sobre la cara 1 del plano I), es revisitado, en un retorno circular, en la tercera parte (línea c'-d, sobre la cara 2 del plano I), pero en un sentido que, al "ver por debajo" lo que acontece en ese campo conceptual (plano I), lo exhibe como espacio de mistificación. Este retorno desmistificador (esta "crítica" que modifica la "exposición") sólo es posible en virtud de un cambio de campo o espacio conceptual (salto de la línea del plano I al plano II) que permite al discurso desentrañar en abstracto (línea b'-c), es decir, en referencia a una teoría trans-histórica o general de la producción y reproducción de la riqueza, la composición esencial de los hechos que aparecen en el terreno empírico.

Este recurso a la esencia del producir/consumir humano le está permitido al discurso crítico justamente por su carácter de discurso de transición histórica. Discurso que disiente de la historia capitalista: que la trasciende en dirección a otra historia, vislumbrada apenas en el deseo por el movimiento de revolución que viene sacudiendo a la sociedad contemporánea.

		LA RIQUEZA CAPITALISTA				
LIBRO I Sección	1	Mercadería y Dinero	La Fórmula M-D-M	Examen de su apariencia		
		Circulación Mercantil				
	2	Paradoja del Capital	La Fórmula D-M-D			
		El Problema del Plusvalor				
3	Subsunción formal del trabajo al capital	Producción como explotación al plusvalor	La reproducción como proceso inmediato	Exploración de su esencia		
4	Subsunción real del trabajo al capital					
5	Acumulación y Reproducción ampliada	Consumo como Conversión de p. en pC.				
6	La Ley General y la Tendencia Histórica	Unidad del Proceso de Reproducción				
7						
LIBRO II Sección	1	Las figuras funcionales del capital El ciclo			El capital en la Circulación	La mediación circulatoria
	2	Las figuras materiales del capital La rotación				
	3	Las condiciones de la reproducción	La Circulación global del capital			
LIBRO III Sección	1	El precio del trabajo	El valor de la mercancia Ft. como capital variable	Valor de Ft. como salario	Desmistificación de su realidad	
	2	Discrepancia entre valor de la fuerza de trab. y salario				
	3	La tasa media de ganancia	El plusvalor como ganancia El Precio			
	4	Sobreaumulación y Crisis	La tendencia decreciente de g'			
	5	Beneficio, utilidad e interés Renta monopólica	Las figuras aparentes de la ganancia			
	6					
	7	La "fórmula trinitaria" Las clases sociales		Con- clusión		

**Anexo: El índice de *El Capital*
y el orden de su argumentación**
(Cuadro comparativo)

[1977]

COMENTARIO SOBRE EL “PUNTO DE PARTIDA” DE *EL CAPITAL*¹⁵

“Solo un *vir obscurus* que no ha entendido ni una palabra de *El Capital* puede concluir que, en [mi] obra, el valor de uso no desempeña ningún papel...”

“En mi teoría, el valor de uso desempeña un papel importante de un orden totalmente diferente al que ha tenido en la Economía anterior “

Karl Marx, “Notas a Wagner”, *M.E.W.*, t. 19, pp. 369 y 371.

Una vez que se ha terminado la lectura de los cuatro primeros capítulos de *El capital*, conviene hacer caso de una recomendación implícita del autor, hecha mediante el orden que sigue en su exposición, y detenerse a considerar el conjunto de la argumentación desarrollada hasta este punto. El orden de la exposición pone de manifiesto que esta reconsideración global es oportuna. Esto resulta evidente cuando Marx, al final del cuarto capítulo explica con claridad que todo el discurso anterior ha girado en torno a una problemática particular –la que acaba de agotarse– y que precisamente el agotamiento de ésta abre una problemática nueva y de otro orden –cuya solución se emprenderá al continuar el discurso en el quinto capítulo–.

- 1) ¿Cuál es la problemática que ocupa al discurso de *El Capital* en los cuatro primeros capítulos?
- 2) ¿De qué manera tiene lugar su tratamiento?

1. El *campo conceptual* donde se ubica esta primera problemática queda explícitamente indicado cuando el texto define el término que distingue-conecta, en la articulación entre las dos primeras secciones y las siguientes (entre el cuarto capítulo y el quinto) a los objetos teóricos respectivos de las dos problemáticas.

¹⁵ Publicado originalmente en Investigación Económica, primera revista de la Facultad de Economía, UNAM, México, 1977.

Este término común, central en ambos objetos teóricos, es la idea de *plusvalor* en tanto que rasgo característico de la riqueza en la sociedad moderna o capitalista; término que es distinto en cada uno de ellos precisamente porque su problematización (que en ambos casos es una problematización crítica) se levanta sobre dos campos conceptuales diferentes.

Según lo anuncia Marx, el campo conceptual que se abrirá a la problematización en el quinto capítulo es el de la sociedad capitalista en tanto que *productora-consumidora* de su riqueza; el campo conceptual propio del lugar donde los agentes del proceso social capitalista de reproducción se comportan en términos fundamentales, esenciales o básicos como agentes del proceso de trabajo y de disfrute. Aquí, el plusvalor será captado teóricamente como el elemento característico del objeto teórico central de toda la obra: el modo de (re-)producción capitalista. Plusvalor será esa porción de valor cuya existencia es el resultado y la condición de un modo histórico concreto de funcionar del proceso social de producción/consumo: del capitalismo como conjunto histórico peculiar de relaciones sociales de reproducción.

En cambio, el campo conceptual explorado con la problemática de los cuatro primeros capítulos ha sido –lo dice Marx en la mirada retrospectiva que echa aquí sobre ellos– el que brota del comportamiento de la sociedad capitalista en tanto que sociedad de propietarios privados *que hacen circular* el sinnúmero de átomos de su riqueza (la convierten de una serie de productos, en una serie diferente de bienes) mediante el mecanismo casual del intercambio; es el campo conceptual propio de los agentes del proceso social mercantil-capitalista de distribución, de los habitantes de esa “esfera ruidosa, instalada en la superficie de la existencia social u accesible a cualquier mirada”, la “esfera capitalista de la circulación o del intercambio de mercancías”. El plusvalor se presenta aquí como el incremento que algunos de los individuos que pueblan esta esfera (los productores-propietarios-consumidores privados, los ciudadanos libres o independientes y en igualdad de derechos) alcanzan para los valores de su propiedad, sin necesidad de objetivar o cristalizar trabajo propio, es decir, aparentemente, mediante un acto de “prestidigitación”.

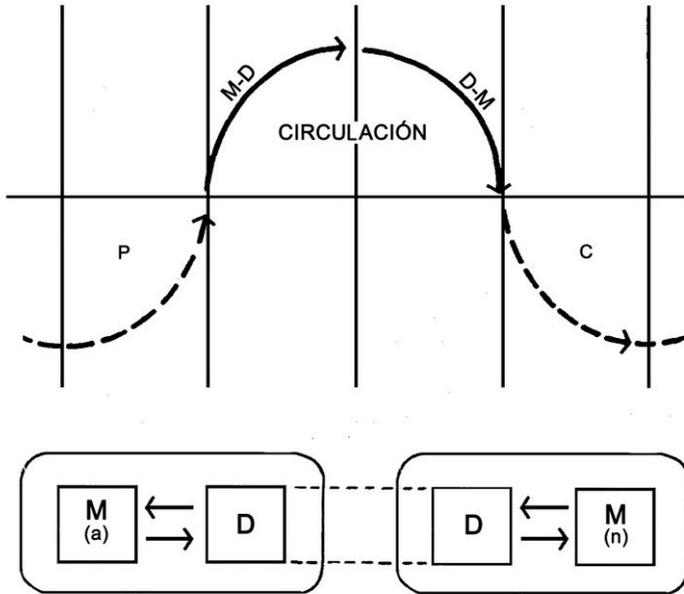
Podemos decir, entonces: el objeto teórico particular tratado en las dos primeras secciones de *El Capital* es el modo aparente de existir de la riqueza en la sociedad capitalista.

La problemática particular de los cuatro primeros capítulos sería así; el análisis crítico de la validez de la fórmula general del capital o el examen de las condiciones de posibilidad del proceso descrito por ella.

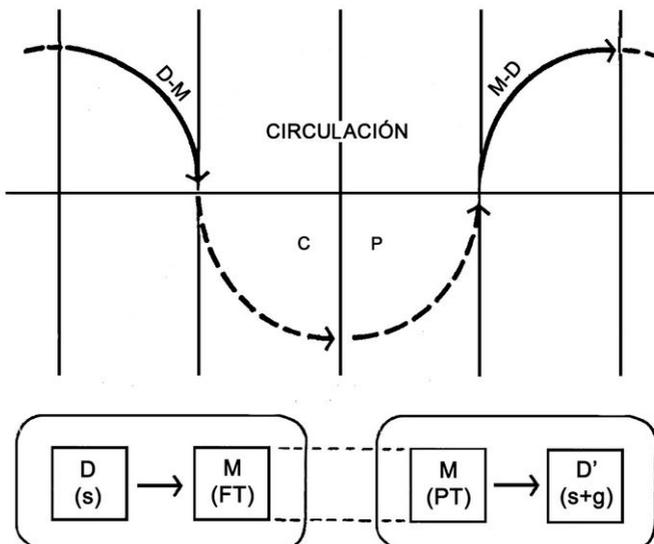
2. La *manera* en que se realiza el tratamiento de esta problemática se vuelve evidente cuando se presta atención a la subarticulación que distingue/conecta la primera sección (primero y segundo capítulos) de/ con la segunda (cuarto capítulo). El modo aparente de existir de la riqueza en una sociedad mercantil en general es el término común en los dos momentos sucesivos de la problematización; en el primer momento, lo que de él se examina es el conjunto de sus determinaciones estructurales, necesarias o elementales; en el segundo momento, el conjunto de determinaciones que lo configuran, particularizan o complejizan cuando él mismo es modificado en el sentido específicamente capitalista. Podemos decir, en efecto, que la problematización del modo aparente en que existe la riqueza en la sociedad capitalista tiene lugar en dos pasos argumentales; primero se examinan las condiciones de posibilidad del proceso en que existe la riqueza mercantil en general (simple), proceso que es descrito por la "fórmula general de la riqueza mercantil": $Ma-D-Mb$, para, sólo entonces, entrar en el examen de las condiciones de posibilidad del proceso en que existe la riqueza capitalista, proceso descrito por la fórmula general del capital ($D-M-D$). La dinámica de la riqueza mercantil en general es estudiada en tanto que dinámica simple y de base, sobre la cual, y respetando sus leyes, se ha levantado la dinámica peculiar de la riqueza mercantil capitalista. La fórmula general de la riqueza mercantil es analizada críticamente como la fórmula matriz a partir de la cual se ha desarrollado la fórmula general de capital.

Figura I
El movimiento típico y el movimiento capitalista
de la circulación de mercancías

a) Movimiento típico



b) Movimiento capitalista



Tres momentos podemos reconocer en el paso argumental contenido en la primera sección:

1. el análisis de la unidad elemental de la riqueza mercantil (representada por los términos elementales de la fórmula: M y D), esto es, del objeto práctico configurado como mercancía (MM) –en sus dos versiones: mercancía común (M) y mercancía dinero (D)– y de las condiciones de posibilidad de su peculiar forma de existencia;
2. el análisis del acto elemental de intercambio (representado por las relaciones elementales de la fórmula: M-M y M-D) y de las condiciones reales de su existencia, y
3. el análisis del movimiento total característico de la esfera de la circulación de mercancías (representado por la fórmula completa), como el movimiento de doble sentido –metamorfosis de las mercancías comunes y curso de la mercancía dinero– en el que existe propiamente la riqueza mercantil.

Tres momentos, igualmente, podemos reconocer en el paso argumental contenido en la segunda sección.

1. el análisis del modo específicamente capitalista de funcionamiento de la esfera de la circulación de mercancías y dinero: pasar de D a D' (= D + AD) transitando por M;
2. el establecimiento del carácter contradictorio del surgimiento de un plusvalor dentro de la esfera de la circulación propia de un proceso de reproducción mercantil simple o general. La esfera de la circulación mercantil simple resulta ser, paradójicamente, el lugar donde el plusvalor no puede generarse y el lugar sin el cual el mismo plusvalor no puede tener realidad, y
3. el planteamiento del problema de la producción del plusvalor, como problema ocultado necesariamente por la apariencia mercantil simple de unas relaciones de producción esencialmente diferentes: mercantil-capitalistas. (véase la figura I.)

La compra/venta de la fuerza de trabajo (FT) en calidad de mercancía (esto es, su intercambio con/por un equivalente) oculta el hecho de que su comprador, al consumirla en la esfera de la producción/consumo –ejerciendo su legítimo derecho de propietario–, hace con ella lo que no hace con ninguna de las otras mercancías que consume (que

es aniquilarlas o conservarlas como parte de otras): la obliga a que ella misma –en virtud de su utilidad específica: el objetivar trabajo concreto y por tanto crear valor (trabajo abstracto)– se convierta en una mercancía diferente (PT) y sobre todo de valor incrementado: de un valor igual al suyo (s') más un plusvalor (g).

El problema que queda planteado es el siguiente: ¿cuál es la forma o modo de funcionamiento del proceso social de producción/consumo cuando debe realizarse como proceso de consumo de la fuerza de trabajo obrera por parte de los capitalistas o proceso de producción de plusvalor para los capitalistas por parte de los obreros?

“Punto” y “Figura” de partida

El capítulo “La mercancía” es el “punto de partida” de la argumentación global de *El Capital* –de la crítica de la economía política– en la medida en que forma parte, como movimiento inicial, de un *paso argumental* “de partida” contenido en la primera sección del Libro I, que abre, a su vez, todo un argumento introductorio o “de partida” (contenido en las secciones primera y segunda del Libro I) En realidad, el comienzo de *El Capital* no es un “punto” (un movimiento argumental), tampoco una “línea” (un paso argumental), sino toda una “figura” (un argumento completo). Es la figura del examen crítico al que es sometida la apariencia de la riqueza en la sociedad capitalista; examen que se vuelve necesario cuando el discurso teórico crítico debe atravesar y problematizar el campo conceptual que se genera espontáneamente en la “esfera ruidosa y superficial” de la circulación mercantil capitalista con el fin de elaborar un saber revolucionario sobre esa riqueza social, en tanto que es ella el eje en torno al cual gira todo el comportamiento político de la sociedad (y se organizan concretamente las condiciones del enfrentamiento social entre la clase proletaria y la clase capitalista, que son el objeto real de interés del discurso comunista).

La riqueza privada capitalista se distingue específicamente, incluso en su apariencia, de toda otra forma históricamente posible de riqueza privada. Esta se ha presentado siempre como un objeto pasivo, que sólo se modifica cuantitativamente (crece o decrece) en virtud de una acción exterior a sí mismo: un cúmulo de esclavos, de tierra, de instrumentos, de oro-dinero, etcétera, poseído por un sujeto particular o privado en calidad de propiedad sea individual o colectiva. En cambio

la forma adecuada de la riqueza en la sociedad capitalista debe ser descrita ineludiblemente, por cualquiera de sus miembros, si quiere atenerse a la empiria o a su experiencia directa de los hechos, no sólo como una suma de dinero sino como una suma de dinero "dotada de movimiento propio": que está siendo "invertida" o "produciendo beneficios al servir en la adquisición y la venta de cierto tipo de objetos". Dicho con más detalle, debe ser definida como un objeto de dinámica propia o que se encuentra por sí mismo en proceso; un proceso que es representable mediante la siguiente fórmula, la "fórmula general del capital": $D-M-D'$, esto es, una suma de valor en proceso de valorizarse al pasar de la forma dinero a la forma mercancía y de ésta nuevamente a la forma dinero; en otras palabras, una cantidad de valor de dinero sometida al proceso complejo de convertirse en un valor igual pero en mercancía y de reconvertirse en una cantidad incrementada de valor en dinero. Este incremento o plusvalor –que da su especificidad a esta forma histórica de la riqueza– se presenta así como la ganancia que algunos de los productores-propietarios-consumidores privados alcanzan para los valores de su propiedad sin transgredir las leyes de la equivalencia y sin objetivar trabajo propio.

El argumento desarrollado por Marx en las dos primeras secciones de su obra juzga a la riqueza capitalista de acuerdo a las propias leyes del *médium* donde ella aparece. Impugna por contradictoria la fórmula que describe empíricamente el modo capitalista de la formación y por tanto de la distribución de la riqueza –la "fórmula general del capital" $D-M-(D+AD)$ – al poner de manifiesto lo insostenible de la pretensión, implícita en ella, de no ser más que una modificación genuina y coherentemente derivada de la fórmula que describe el modo mercantil de realización o circulación de la riqueza –la fórmula general de la mercancía $(Ma-D-Mn)$ –.

Se trata propiamente de un argumento introductorio porque es su crítica de la apariencia empírica de la riqueza capitalista –crítica inmanente a la legalidad de esta empiria– la que llega a plantear las dos grandes necesidades argumentales que serán cumplidas, respectivamente, la primera por el conjunto del resto del Libro I y el Libro II y la segunda por el Libro III: a) la necesidad de descubrir las leyes esenciales o fundamentales de la reproducción (producción, consumo y circulación) del plusvalor como germen permanente de la riqueza en la

sociedad capitalista, y b) la necesidad de desmistificar y reconstruir, sobre la base del descubrimiento anterior y completando la argumentación crítica global, la realidad de la distribución capitalista de la riqueza social.

La función de "punto de partida" del capítulo "La mercancía" sólo se comprende como parte de esta función introductoria crítica del conjunto de los cuatro primeros capítulos. Más precisamente, como parte de la función preparatoria propia del subconjunto de los tres primeros capítulos: como la función del movimiento o "punto" inicial de una "línea", como paso argumental básico sobre el que se levanta el resto de la "figura" o argumento introductorio. Ahora bien, la función de esta "línea" o paso argumental básico es la de exponer el examen del terreno dentro del cual es reconocible el proceso peculiar (D-M-(D+AD)) en que se manifiesta la riqueza capitalista; el examen del modo histórico mercantil simple o en general en que la "riqueza de las naciones? como riqueza atomizada o descompuesta –suma de cosas y servicios producidos/consumidos por la sociedad en condiciones asociales o privadas– se realiza, sin embargo, contradictoriamente, de manera social, circula redistribuyéndose entre los individuos sociales o cumple la metamorfosis que la convierte de conjunto de objetos recién producidos por todo el sujeto social (productos) en conjunto de objetos con valor de uso inminente para el mismo (bienes).

La primera línea de la figura

1. La fórmula Ma-D-Mn es la representación más concisa de esta modalidad mercantil adoptada por el proceso de realización (metamorfosis) o circulación (redistribución) de la riqueza social. en efecto –carente de un principio distributivo político (proveniente de la praxis autorreproductiva del sujeto social) que la rija–, la circulación o metamorfosis de la riqueza mercantil debe cumplirse, para todo el sujeto social o para cada individuo social, no en un acto único, sino en un proceso circular o de ida y vuelta que puede ser descrito de la siguiente manera: un cúmulo de mercancías de una consistencia concreta determinada. (Ma: un objeto de figura "y" para un propietario privado A o para el sujeto social en tanto que productor) que se halla en proceso de convertirse en una suma de dinero u objeto siempre intercambiable (D), con el fin de reconvertirse en un cúmulo equivalente de mercancías, pero de consistencia diferente (Mn: un objeto de figura

“n” para el mismo propietario privado A o para el sujeto social en tanto que consumidor).

El examen del campo fenoménico descrito por esta fórmula –examen que, por ser preparatorio, permanece metódicamente dentro de la problemática de la forma mercantil *simple* de la riqueza social– se desarrolla en dos pasos sucesivos. En el primero, analítico, contenido en los dos capítulos de la primera sección, se someten a estudio tanto los objetos o átomos mercantiles (mercancía común y mercancía dinero) que entran en el proceso circulatorio indirecto de la riqueza mercantil simple (capítulo primero: “La mercancía”) como los actos o movimientos de intercambio que componen ese proceso y que conectan primariamente a esos átomos mercantiles entre sí (capítulo segundo: “El proceso de intercambio”). En el segundo, sintético (capítulo tercero: “El dinero o la circulación de la mercancía”), se somete a estudio la totalidad de ese campo fenoménico, es decir, el proceso completo de la circulación mercantil o realización de la riqueza mediante el dinero, (estudio que incluye no sólo el tratamiento del funcionamiento básico o típico de la circulación, sino también el de sus funcionamientos derivados y atípicos, en el atesoramiento y sobre todo en el crédito).

Dicho en otros términos: en el tratamiento de la fórmula general de la mercancía o de la riqueza mercantil simple (Ma-D-Mn), la argumentación de Marx destaca primero las relaciones elementales que ella reúne (Ma-Mn y Ma-D o D-Mn), así como las unidades elementales (M, como Ma o Mn y D) que se encuentran relacionadas por éstas; la comprensión de la totalidad de la fórmula viene después, resulta del conocimiento preciso de la compleja interconexión que guardan entre sí esas unidades y esas relaciones elementales.

El primer paso de este examen, el paso analítico –tratamiento aislante de los actos y las relaciones elementales y de los objetos y las unidades elementales que se hallan en el tránsito de la riqueza mercantil simple por la esfera de la circulación y que entran en su descripción– debe comenzar, necesariamente, con el análisis o el tratamiento por separado de las unidades u objetos elementales: mercancías (M, como Ma o Mn) y dinero (D). La consideración de los actos o las relaciones en que ellos se integran deberá seguir a continuación, exigida por la marcha y los resultados de este primer análisis.

Lo mercantil y la mercancía

2. El estudio de la mercancía (mercancía común y mercancía-dinero) que tiene lugar en el primer capítulo rebasa con mucho el cumplimiento de la tarea teórica que le estaría adjudicada por el orden puramente lógico de la exposición.¹⁶

Más que el análisis de la forma mercantil y mercantil-dineraria del objeto práctico de la sociedad –tarea que le corresponde propiamente–, este capítulo parece estar dedicado al tratamiento global del modo privatizado simple o mercantil general de la reproducción social en cuanto tal. En efecto:

- el análisis de la forma o conjunto estructurado de factores o determinaciones que hacen que un objeto social práctico exista contradictoriamente como mercancía (capítulo 1.1) y
- el análisis del modo como se soluciona, neutraliza o pseudo-supera la contradicción (entre forma concreta y forma de valor o abstracta) inherente a esta forma mercantil (capítulo 1.3)

Los dos bastarían por sí solos para completar el análisis del objeto práctico mercantil. Sin embargo, se hallan acompañados de dos brillantes exposiciones –la una corta e indicativa (capítulo I, 2), la otra minuciosa y compleja (capítulo I, 4)– que tienen por tema, no la mercancía, sino –la primera– el tipo de trabajo del que ella proviene y –la segunda– el tipo de sociedad que la necesita y al que ella le permite reproducirse.¹⁷

¹⁶ Lo rebasa porque, en su realización, Marx satisface también necesidades discursivas de un orden diferente: literario-político. El primer argumento de la crítica de la economía política –la demostración del carácter contradictorio de la riqueza social mercantil en general– no puede extenderse, como lo exigiría el orden lógico, en un texto de más de cien páginas sin perder en persuasión inmediata lo que pueda ganar en exactitud. un texto corto –recordemos que el de la primera edición del primer capítulo era sustancialmente más breve que el de la edición definitiva– debe presentarlo de manera contundente, aunque para ello deba forzar el paso y adelantar y simplificar determinados pasajes del mismo.

¹⁷ El tema del doble carácter del trabajo (cap. I, §2) será retomado, en un marco más completo y adecuado, en el capítulo v. Véase B. Echeverría, Esquemas gráficos para el estudio del capítulo v de *El Capital* (especialmente los esquemas núm. 7 y núm. 8) *Investigación económica*, núm. 4, México, 1977. La primera aproximación a los temas del fetichismo (cap. I, 4) correspondería, debidamente ampliada, al final de la primera sección. Véase B. Echeverría, "El concepto de fetichismo en el discurso revolucionario", revista *Dialéctica*, núm. 4, Puebla, 1977.

El primer capítulo

2.1 En su versión definitiva, el capítulo I constituye por sí solo todo un pequeño tratado; es un texto con muy alto grado de independencia, que expone de manera exhaustiva una argumentación casi por completo autosuficiente.

El sentido general de la cuestión a la que responde esta argumentación sería, aproximadamente, el siguiente:

Si la riqueza de la sociedad está compuesta por una infinidad de partículas elementales que son objetos prácticos (cosas que son útiles y que deben ser producidas): ¿en qué consisten y cómo se explican las características que adquieren estas cosas cuando funcionan como objetos prácticos mercantiles (mercancías)? ¿Por qué la función que cumplen las mercancías en el proceso de reproducción de la socialidad moderna es comparable a la función de los objetos fetiches en la reproducción material de las sociedades arcaicas? ¿cuál es y en qué condiciones tiene lugar el proceso histórico que convierte a las cosas prácticas en mercancías?

Para responder a estas cuestiones, los cuatro párrafos del capítulo I abordan los siguientes temas: El primer párrafo, "Los dos factores de la mercancía: valor de uso y valor", describe el conjunto de características que sobredeterminan la estructura del objeto práctico y constituyen así la figura del objeto mercantil. Describe a la mercancía como una cosa que existe en dos niveles o estratos ("*ein Zwieschlachtiges*") y es intrínsecamente contradictoria; como un objeto que está constituido por dos factores contrapuestos y que posee, por tanto, una forma dual e inestable: forma natural y forma de valor (valor de uso y valor). (Cf. *Diagrama*.)

El segundo párrafo, "El doble carácter del trabajo representado en las mercancías", ofrece la explicación del plano del contenido que presentan esas dos formas dentro del objeto práctico mercantil; la explicación de por qué en la mercancía su calidad de producto concreto existe modificada bajo la calidad de producto en abstracto, simple objetivación de energía social indiferenciada o valor. El tercer párrafo, "La forma (de manifestación) del valor o el valor de cambio", ofrece la explicación del plano de la expresión que presentan esas dos formas del objeto práctico mercantil; de por qué en la mercancía su calidad de bien concreto (objeto con utilidad específica) existe modificada bajo la

calidad de bien en abstracto, simple cantidad relativa de cualquier otro bien sustitutivo o valor de cambio. Esta explicación incluye necesariamente otra, la de por qué la contradicción de la mercancía se hace efectiva de manera neutralizada o, lo que es lo mismo, por qué la mercancía (MM) existe necesariamente en dos versiones diferentes, como mercancía común(M) y como mercancía-dinero (D).

El cuarto párrafo, "El carácter de fetiche de la mercancía". "Su secreto", ofrece la explicación de la forma de existencia doble y deformada del objeto práctico mercantil, pero esta vez considerada en su función global dentro del proceso específico de producción y ejecución de su socialidad por parte del sujeto social; la explicación de por qué hay una socialidad cosificada como propiedad "milagrosa" de los "fetiches" mercancías: de los objetos prácticos que no sólo conectan a los individuos sociales en tanto que productores/consumidores multilateralmente complementarios, sino que los relacionan también en tanto que seres políticos en estado de pasividad. Esta explicación lleva necesariamente a otra, a manera de corolario; la de por qué es insuficiente en términos revolucionarios y por tanto científicos un discurso económico-social fetichista o que toma esta socialidad depositada "antinaturalmente" en las cosas como si fuera la socialidad natural, y la respeta como premisa incuestionable en el levantamiento de su saber.

El punto de partida

2.2. Si son dos (M y D) los elementos que se encuentran presentes primero en la fórmula que describe el momento distributivo de la riqueza mercantil simple (Ma-D-Mn) y después en la que describe el de la riqueza mercantil-capitalista (D-M-D') se comprende –como quedó sugerido más arriba– que deben ser dos, ni más ni menos, los análisis que den inicio adecuado a la exposición "de partida" o primer acercamiento crítico de *El Capital* (secciones primera y segunda) al modo mercantil capitalista en que existe la riqueza social: un análisis del objeto mercancía y otro del objeto dinero. Y en efecto, en el primer capítulo, los dos párrafos indispensables dentro de esta primera gran secuencia argumental de la obra, el 1 y el 3, podrían intitularse, de acuerdo a los objetos cuyas características formales se alcanzan a conocer en ellos: "La mercancía", y "El dinero", respectivamente.

Sin embargo, podrían llamarse también, de una manera diferente: “La mercancía propiamente dicha”, el uno, y “La mercancía-dinero frente a la mercancía común”, el otro. De este modo –que sería sin duda el más conveniente–, al quedar indicado que la mercancía común (M) y la mercancía-dinero (D) no son más que las dos versiones o figuras complementarias en que debe existir la mercancía propiamente dicha (MM), quedaría explicitada al mismo tiempo la siguiente necesidad de reducción metódica: la única manera adecuada de llevar a cabo los dos análisis requeridos para el tratamiento de los dos términos diferentes en cuestión –“mercancía” (M) y “dinero” (D)– es la de realizar un solo análisis; un análisis doble de la calidad mercantil adquirida por cualquier objeto práctico cuando existe como partícula elemental de la riqueza social moderna. un análisis doble que es, de hecho, el que constituye íntegramente a este “punto de partida” de *El Capital*: el de las características o rasgos específicos de esa calidad mercantil del objeto práctico: a) como características de la composición estructural del objeto mercantil y b) como características de la relación funcional que sintetiza o totaliza a esta composición.

El primer aspecto del punto de partida

2.2.1. En la primera parte de este “punto de partida” (capítulo I, § 1), la descripción de la calidad o figura mercantil de los objetos prácticos de la sociedad consiste propiamente en la presentación de las determinaciones o rasgos de un tipo de realidad que no por el hecho de estar aceptada cotidianamente como “natural” e incuestionable deja de ser captada en ocasiones de crisis –ocasiones que introducen desconfianzas y abren perspectivas críticas– como algo sumamente intrincado y problemático e incluso extraño y antinatural. Por ello, dando primacía a esta perspectiva de las ocasionales crisis, suponiendo que en ella el objeto mercantil se entrega de manera más completa a la experiencia, la descripción crítica que se hace de él es la de un objeto de composición estructuralmente compleja e inestable.

Compleja, porque es la composición peculiar de un objeto cuya presencia empírica –parecida a la del fetiche arcaico o instrumento de la técnica mágica en el que la existencia común o profana se halla al servicio de una vigencia milagrosa o sagrada–¹⁸ puede mover ocasionalmente a una crisis de “extrañamiento ontológico” en los individuos sociales que operan con él y merece, por tanto, ser llamado “místico”, “físicamente metafísico” o sensorialmente suprasensorial (“*sinnlich übersinnliche*”). En efecto, la composición objetiva del objeto práctico en su calidad histórica mercantil combina en sí dos planos o niveles estructurales, uno básico y otro derivado que modifica al primero. Ella consiste en la combinación de una forma de existencia (calidad o estrato de objetividad) social natural o concreta (total) y una forma de existencia abstracta (reducida) o puramente social-de-equivalencia (“forma valor”); combinación que, a su vez, está constituida por la acción de sobredeterminación estructural que ejerce la segunda de estas formas de existencia sobre la primera.

Y la composición del objeto mercantil es estructurante inestable porque, en él, esta combinación compleja de dos “factores” o calidades, de dos formas de existencia o estratos de objetividad, consiste propiamente en la unificación de los mismos mediante una relación de contradicción. En la mercancía, su presencia social-natural como objeto práctico concreto es incompatible o no se acomoda esencialmente con su presencia social-de-equivalencia, con la que, sin embargo, debe ser coextensiva y por la que, además, debe ser refuncionalizada. Véase el cuadro de la página siguiente:

2.2.1.1. ¿Cuál es la diferencia entre la objetividad social-natural y la objetividad social de intercambio, copresentes en la objetividad global de la mercancía, y en qué sentido su combinación es una modificación estructural de la primera por la segunda?

¹⁸ Junto a este simil del fetiche o cosa profano/sagrada, Marx emplea también la metáfora del cristiano o ser de cuerpo/alma para referirse a la duplicidad propia de la estructura mercantil. (Habla del “*Warenkörper*” como soporte de la “*Warensseele*”).

El producto en el bien

En el estrato en que es un objeto social-natural, la mercancía es simplemente una porción de naturaleza o un trozo de material de cualquier orden, integrado funcionalmente en la realización del proceso de reproducción social como proceso práctico de trabajo o producción y de disfrute o consumo. En cuanto tal, como objeto práctico de la sociedad, la mercancía es, desde una primera perspectiva, una porción de materia concretamente útil o con valor de uso: un bien. Y no solamente un bien en general –definido de manera puramente natural–, sino un bien culturalmente específico o un elemento que pertenece diferencialmente a la totalidad sistemática de lo que es efectivamente bueno o favorable para satisfacer las necesidades de consumo –en unos casos final o disfrutante, en otros intermedio o productivo– de un determinado sujeto social.

Pero no es solamente un bien; es también, desde una segunda perspectiva, complementaria de la primera, un producto, una materia cuya utilidad es producida o ha resultado de un trabajo de transformación sobre otra materia. Y tampoco es un producto general –definido sólo de manera utilitaria–; es un producto culturalmente específico o elemento que pertenece sistemáticamente a la totalidad concreta de lo que es selectivamente formado o realizado por las capacidades de producción de un determinado sujeto social.

Así, como objeto concreto, la mercancía tiene, pues, una forma natural dotada de necesidad social; la forma, complementariamente biplanar, de un bien/producido o un producto/útil definido diferencialmente en un mundo cultural. Ahora bien –y éste es el *punto central* de esta descripción básica–, la unidad necesaria de estas dos características o determinaciones elementales de su forma social-natural está dada por la presencia en ella de un *sentido* o una *tensión intencional práctica* que la atraviesa y la constituye como tal, y que sólo puede provenir de la praxis del sujeto social culturalmente concreto en su realización autorreproductora.

DESCRIPCIÓN DE LAS DETERMINACIONES DEL FACTOR HISTÓRICO PARTICULAR QUE, AL ACTUAR SOBRE EL FACTOR TRANS-HISTÓRICO DEL OBJETO PRACTICO, LE IMPONE UNA FORMA MERCANTIL

La MERCANCÍA es		en su forma de existencia:	
		substantial, trans-histórica o social-natural: como objeto práctico-concreto	configurante, histórico-particular o social-comercial: como objeto práctico- abstracto
desde la perspectiva:	de la fase de consumo o del disfrute (de la expresión)	BIEN (B) (objeto útil o con un valor de uso específico para un consumidor singular <i>N</i>)	VALOR DE CAMBIO (Vc) (cantidad relativa equivalente de otros objetos)
	de la fase productiva o del trabajo (del contenido)	PRODUCTO (P) (objeto resultante de la actividad específica de un trabajador singular <i>A</i>)	VALOR (V) (cantidad de energía social objetivada)

El objeto práctico, en su forma social-natural, es un trozo de materia inserto en una corriente comunicativa práctica que transcurre entre el polo del sujeto social como productor o trabajador concreto y el polo del "mismo" sujeto social pero como consumidor o disfrutante concreto; es una porción de naturaleza significativa o en la que tiene lugar un acto comunicativo. El objeto práctico expresa para el sujeto consumidor, al transformarlo satisfaciéndolo, el contenido que fue impreso en él por el sujeto productor cuando éste, al objetivarse, le dio forma. Expresa un programa o plan que el sujeto de trabajo –realización activa o proyectante del sujeto políticamente autárquico (autotransformador)– compone al trabajar y que el sujeto de disfrute –realización pasiva o proyectada de ese mismo sujeto autotransformador– cumple al disfrutar.

El carácter social que distingue al objeto práctico del "objeto" puramente natural (del "objeto" orgánico inclusive) consiste en este acto comunicativo que tiene lugar en él y que es propiamente el plano de su forma concreta (de su singularidad diferencial). Lo que en él

habría de “objeto” puramente natural (espontáneo y casual) se encuentra subsumido bajo ese acto comunicativo y constituye el plano de la substancia que está siendo el material formado por ese nivel social de la forma.

Dicho en otros términos, la aptitud satisfactora singular del objeto práctico, por un lado, y su composición técnica singular, por otro, son de por sí dos determinaciones complementarias “naturales”, lo que en él no es natural sino social (creado y necesario) es el carácter singular *concreto* de estas determinaciones, carácter que les viene de su función como soportes de otras dos determinaciones que, al formarlas, las modifican. Estas dos determinaciones propiamente sociales del objeto práctico, formadoras y subordinantes de las naturales –el carácter de significante (de contenido *expresado para* el sujeto) y el carácter de significado (de expresión *dotada de contenido por* el sujeto)– son los dos efectos complementarios de un mismo acto concreto de comunicación social: a) en la perspectiva del disfrute, la actualización selectiva de un conjunto determinado de apetencias del sujeto consumidor en calidad de *saciables*; y, b) en la perspectiva del trabajo, la efectuación, en calidad de *necesarias*, de un conjunto determinado de las capacidades del sujeto productor.¹⁹ (Véase la figura II.)

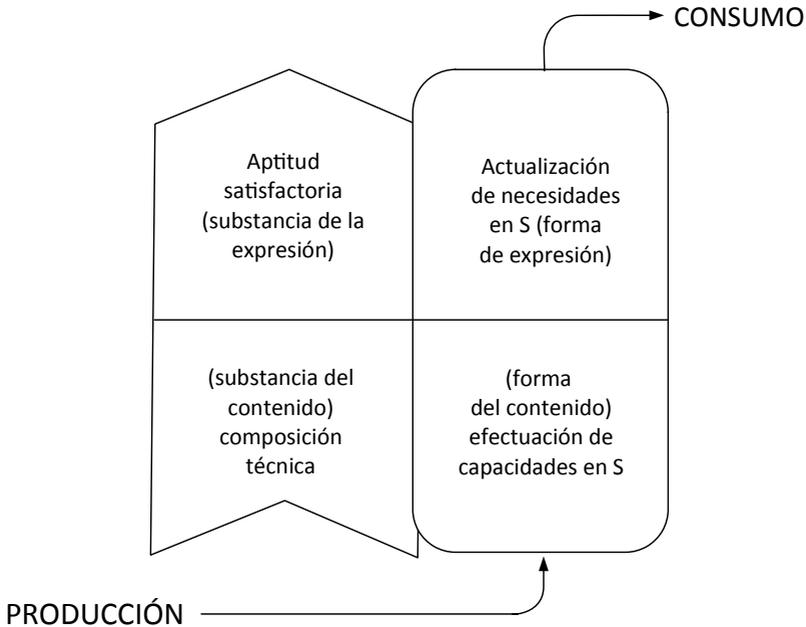
El valor en el valor de cambio

A diferencia de lo anterior, en el estrato en que es un puro objeto social de intercambio, la mercancía existe como un objeto práctico de concreción enraizada, cuya practicidad se reduce al hecho de hallarse integrado en la efectuación del proceso de reproducción social, pero únicamente en lo que éste tiene de proceso abstracto-cuantitativo, sin ninguna otra diferenciación o definición cualitativa, de objetivación (es decir, conservación y generación) y de des-objetivación, destrucción o gasto de energía social de trabajo en estado puro.

¹⁹ Sobre la distinción entre estrato de la substancia (de la materia formada) y estratos de la forma y entre plano de la expresión y plano del contenido, dentro de ambos estratos, véase Louis Hjelmslev: “La stratification du langage”, en *Essais Linguistiques*, Minuit, París, 1971.

Figura II

La estructura de la objetividad social-natural del objeto práctico



En cuanto tal, la mercancía es, en primer lugar, un objeto en el cual el simple hecho de ser requerido o demandado como un bien en abstracto, dotado en general, indiferenciadamente, de un valor de uso, se ha convertido en la substancia de una "utilidad" especial: el valor de cambio. Es, así, un objeto de cuya cesión su propietario puede resarcirse completamente al aceptar una cierta cantidad de cualquier otro bien; es, para los demás propietarios, el posible sustituto, cuantitativamente variable según el caso, de todos y cada uno de sus objetos útiles.

Pero, aunque es casual o no puesto por los individuos sociales como sujeto, el valor relativo o de cambio no es indeterminado. Las magnitudes proporcionales en las que representa a los demás bienes no son arbitrarias. La mercancía es, por tanto, en segundo lugar, un objeto cuya intercambiabilidad relativa varía cuantitativamente dentro de ciertos límites, los cuales se rigen o dependen en su fluctuación de una magnitud de orden absoluta para cada situación (lugar, momento) social dada; la magnitud de su valor o la cantidad de substancia valiosa

(desgaste de energía productiva) contenida en ella e integrada como parte alícuota o efectivamente necesaria de toda la substancia valiosa (energía productiva o trabajo abstracto) objetivada por la sociedad en un determinado producto global suyo. La mercancía es, así, un objeto en el cual la simple determinación de porvenir o ser el resultado de un trabajo; la determinación de producto en abstracto, dotado en general, indiferenciadamente, de un origen social (y no espontáneo o puramente natural) se ha convertido en la substancia de *un especial "carácter de producto": el valor*. Es, por tanto, un objeto que no se distingue de ningún otro si no es cuantitativamente, por la diferente magnitud proporcional dentro de la masa del tiempo total de trabajo que la sociedad ha dedicado a su elaboración.

En tercer lugar, como mero objeto social de intercambio, en calidad de objeto con forma de valor, la mercancía se halla constituida por un hecho expresivo que conecta funcionalmente sus dos aspectos o planos: el hecho de que su valor de cambio expresa su valor o de que su valor se expresa en su valor de cambio. Un hecho expresivo que es el medio como, atravesándola, se hace presente en ella la tensión comunicativa –abstractamente práctica– que va del sujeto como productor al sujeto como consumidor pero en calidad de sujeto privado o abstracto (es decir, independientemente o destotalizado). Gracias a esta tensión comunicativa, un cierto aporte de trabajo objetivado con una densidad individual se convierte en un derecho a retirar una determinada porción de la masa total del trabajo objetivado por la sociedad con una densidad promedio.

La contradicción mercantil elemental

2.2.1.2. ¿Por qué, en el objeto mercantil, la relación entre su objetividad social natural y su objetividad social de intercambio es una relación de contradicción?

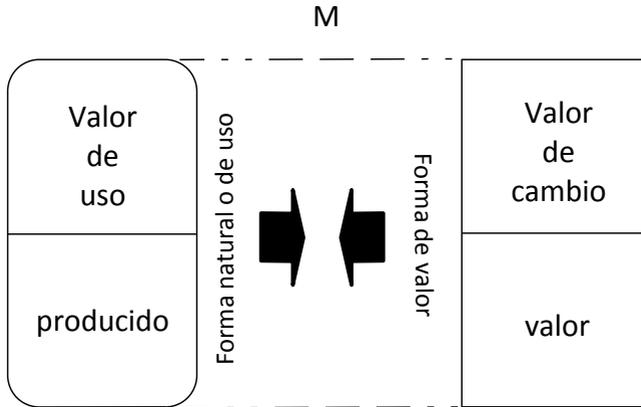
La objetividad (calidad o forma de existencia) social de intercambio en la mercancía no es otra cosa que uno de los niveles de determinación propios de su objetividad (calidad o forma de existencia) social-natural: el nivel de determinación abstracto-cuantitativo, pero en tanto que separado de ella como estrato de existencia autónomo y que se sobrepone a ella, la sobredetermina parasitariamente y la modifica o configura.

En el nivel de determinación más débil, indiferenciado y general, en el nivel abstracto-cuantitativo –incluso si se lo considera integrado en la forma de existencia concreta o realidad social-natural de la mercancía– todos los rasgos de producto y de bien en el objeto práctico se “traducen” o reducen a los dos siguientes: el de haber sido producido con mayor o menor trabajo o gasto de energía social (producto abstracto) y en el de ser más o menos intercambiable, es decir, demandado o útil en términos generales (bien en abstracto).

Cuando estas dos determinaciones abstractas de existencia, propias e inherentes a la determinación de existencia total o concreta del objeto práctico, llegan –por determinadas causas histórico-sociales– a adquirir vigencia por sí mismas; cuando, en virtud de esa tensión expresiva de necesidad propia que las conecta funcionalmente, son convertidas en el substrato o la substancia de una forma de existencia autónoma, la forma de existencia para el intercambio o “forma de valor” (la primera determinación como substancia del valor y la segunda como substancia del valor de cambio), sólo entonces tiene lugar propiamente la constitución del modo de existencia mercantil. En éste, el objeto práctico, para tener realidad como tal –como bien/producto: social-natural o concreto– debe primero tener realidad como objeto de intercambio: toda su realización de halla, así, refuncionalizada y deformada esencialmente. La relación entre la objetividad social-natural y la objetividad social de intercambio en el objeto mercantil –relación que constituye la peculiaridad de éste– es la relación entre una forma de existencia básica y total (concreta) del objeto y otra derivada y parcial (abstracta) del mismo; relación en el cual la primera, sin dejar de ser la determinante, se halla subordinada funcionalmente a la segunda.

Se trata de una relación de contradicción o incompatibilidad esencial porque, en la medida en que una parte del todo objetivo social-natural se afirma autónomamente al margen del mismo, contraviene el sentido de la sintetización práctica que se realiza en él y se niega así su integridad o totalidad. (Véase la figura III.)

Figura III
La contradicción inherente a la forma mercantil del objeto



La contradicción entre los dos factores de la mercancía

En la forma mercantil de las cosas hay una contradicción, dice Marx, entre sus dos factores, entre el valor o la "forma de valor" y el valor de uso o la "forma natural". La mercancía puede perder en ocasiones la "naturalidad" de su presencia y volverse una realidad molesta y extraña porque es una materia que debe existir socialmente en dos modos simultáneos y que, sin embargo, se excluyen o repelen mutuamente. debe existir referida a la necesidad que impone el equilibrio cualitativo total entre el conjunto de capacidades y el conjunto de necesidades del sujeto social y debe existir referida también a otra necesidad, la que es introducida por los resultados casuales del combate comercial entre productores y consumidores de energía social indiferenciada o sólo cuantitativamente determinable. Pero esta contradicción entre la totalidad de la cosa concreta y su parte cuantitativa hipostasiada sólo es perceptible excepcionalmente en la vida cotidiana de los individuos sociales privados. Es una contradicción que se encuentra resuelta, pseudo superada o neutralizada por el fenómeno que estudia Marx en el §3 de este primer capítulo de *El Capital*: el "desdoblamiento" de la mercancía propiamente dicha (MM) en mercancía común (M) y mercancía-dinero (D).

El segundo aspecto del punto de partida

2.2.2. El punto de partida o movimiento inicial, dentro del primer paso del argumento introductorio de *El Capital*, sólo se completa cuando a la descripción del conjunto estructurado de las determinaciones funcionales que caracterizan al objeto de calidad mercantil se añade el tratamiento especial de aquel subconjunto de determinaciones funcionales que constituyen su calidad específica de valor o calidad que lo vuelve específicamente mercantil. Ahora bien, como se ha visto, la relación funcional en virtud de la cual se sintetiza definitivamente la composición compleja e inestable del objeto mercantil es la relación de expresión / contenido que une a las dos determinaciones de esta calidad de valor específica suya: a la determinación *valor* con la determinación *valor de cambio*.²⁰

De la exposición minuciosamente completa que hace Marx para explicar las distintas formas de esta relación funcional que el valor mantiene con su expresión, el valor de cambio, conviene subrayar el esquema de sus ideas centrales con el fin de localizar exactamente aquellas que conciernen de manera directa a la definición de la función y las determinaciones específicas del objeto práctico mercantil. Ante todo, una distinción metódica importante. El tema culminante de este segundo momento del estudio de la mercancía es la demostración (contenida en los incisos B, C y D del §3, en el primer capítulo) de las razones por las cuales el precio, es decir, la modalidad fácticamente dada del valor de cambio en el "mundo de las mercancías" –el valor de cambio con el oro–dinero en tanto que mercancía equivalente general en toda la sociedad–, resulta ser la realización más acabada de la necesidad de expresar sus respectivos valores que hay en todas y cada una de las mercancías comunes o valentes. pero el tema central del cual el tema culminante es propiamente un corolario, es el análisis exhaustivo (contenido en el inciso A del §3, en el primer capítulo) del modo como se lleva a cabo en general o en abstracto –es decir, en el caso de un ejemplar singular

²⁰ En el §3 del primer capítulo Marx estudia el valor de cambio como el nivel abstracto del valor de uso, que se autonomiza de éste y lo sobredetermina. Para hacerlo, estudia este valor de cambio como la forma en que se expresa o manifiesta el valor de la mercancía; es decir, estudia la relación funcional de expresión que constituye propiamente a la forma de existencia social-de-intercambio, o como valor, del objeto práctico. Forma del valor como "forma de expresión" y forma de valor como "forma de existencia", ambas suelen ser dichas en alemán con en el término "*Werthform*"; sin embargo, en la nota 24 (1ª. edición) Marx intenta registrar su diferencia conceptual, llamando a la primera "*Form des Werths*" y sólo a la segunda "*Werthform*".

cualquiera ("zufällig") o típico de mercancía– la necesaria expresión del valor como valor de cambio.

El valor sólo existe si está expresado

2.2.2.1. En la base del tratamiento teórico de ambos temas se halla la idea de la necesidad de una relación funcional de expresión entre el valor, en función de contenido, y el valor de cambio, en función de medio de expresión o forma de manifestación. Sea de una mercancía cualquiera o del conjunto de las mercancías, el valor sólo puede constituirse efectivamente como tal –como la cantidad de trabajo promedialmente necesaria en cada caso o situación social para producir un objeto mercantil– dejando de ser meramente substancia del valor – cantidad de trabajo empleada de hecho en la producción privada de un objeto–, si se halla en estado de expresado,²¹ es decir, sólo en la medida en que las pretensiones de un productor-propietario privado de tener en su producto una determinada cantidad de trabajo abstracto objetivado son reconocidas y aceptadas por los demás propietarios- consumidores privados; sólo en la medida en que la vigencia o realidad privada de un producto, como objetivación del desgaste de una cierta fuerza de trabajo, es convertida en vigencia o realidad social, como parte alícuota de la objetivación del desgaste de toda la fuerza de trabajo de la sociedad. Pero la necesidad de expresión del valor, que propiamente lo constituye como tal al socializar su substancia individual; la necesidad de este reconocimiento y aceptación públicos de una pretensión singular; la necesidad de esta socialización de una realidad privada, es una necesidad que sólo puede afectarles *a posteriori* y de manera exterior y secundaria a todas estas substancias (objetivaciones), pretensiones y realidades privadas, puesto que ellas son, en su peculiar concreción histórica, esencialmente asociales.²² Se trata, por ello, de una necesidad de expresión del valor (o socialización de la substancia del valor) que sólo puede cumplirse de manera también a-social o en exterioridad; sin acuerdo subjetivo o inter-individual y, por tanto, sin necesidad: en el establecimiento azaroso, es decir, puramente objetivo o cósmico, dentro del forcejeo competitivo, de un valor relativo o de cambio para la mercancía en la que está el valor que se expresa.

²¹ Así como el valor de cambio sólo es tal –una relación proporcional determinada de intercambio con otras mercancías –, y no una mera intercambiabilidad arbitraria, si fluctúa limitadamente, en torno a un punto de referencia intangible pero presente.

²² Véase la primera nota (45 en la primera edición) del capítulo tercero.

En la parte culminante de esta aproximación especial a la peculiaridad de la forma objetiva mercantil –al estudiar la expresión relativa unificada de todos los valores del “mundo de las mercancías” como distintos precios, es decir, reflejados en el “cuerpo” del dinero o mercancía equivalente general histórica-concreta– se estudian las condiciones formales de realización de la expresión generalizada de los valores de toda la sociedad de productores-propietarios-consumidores privados. Se estudia la necesidad de que la expresión del valor de todas las mercancías armonice los intereses expresivos de cada mercancía con los intereses expresivos del conjunto de ellas.

Como es evidente, en este estudio se presupone el conocimiento de las condiciones formales de realización de la expresión del valor considerada en sus rasgos generales. se presupone, por tanto, el conocimiento de su esencia, el mismo que ha sido alcanzado en la parte central de esta segunda aproximación descriptiva a la mercancía.

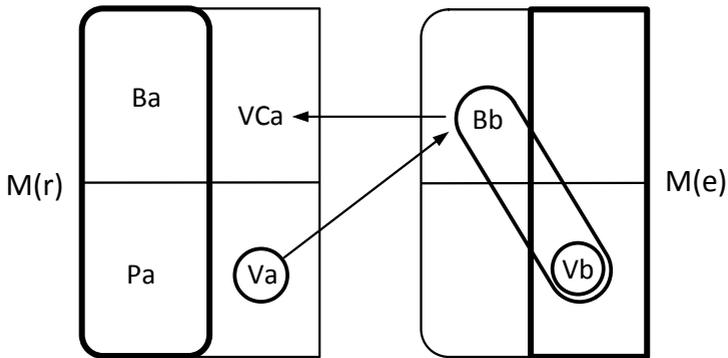
Tres observaciones de Marx destacan por sí mismas en el estudio de las condiciones formales de realización de la expresión del valor mercantil como expresión singular-abstracta o de la mercancía en general.

La unidad mercantil mínima son dos mercancías

2.2.2.2. En primer lugar, la observación del complejo proceso que se condensa en el hecho de que el valor de una mercancía sólo puede expresarse de manera relativa, es decir, dentro de una relación de valor o relación de equivalencia entre esa mercancía y otra diferente. Y esta relación de equivalencia implica necesariamente: a) que, al expresarse, el valor (V_a) de una mercancía (M_r) involucra al valor de uso (B_b) de otra mercancía (M_e), se “refleja” en él y se convierte así en el valor de cambio (V_{Ca}) de la mercancía a la que pertenece (véase la figura IV), y b) que la forma o modo de existencia mercantil de los objetos prácticos se “desdobla” estructuralmente; la mercancía (MM) sólo puede existir en tanto que es dos mercancías de carácter mercantil diferente, contrapuesto pero complementario: mercancía de carácter o en función valencial, relativa o activa (aquella cuyo valor se expresa) (M_r) y mercancía de carácter o en función equivalencial, correlativa o pasiva (aquella en cuyo valor de uso se refleja el valor de la otra). (M_e). (En términos sociales generales, este desdoblamiento se consolida en los dos tipos de mercancía del mundo de las mercancías: la mercancía común (M) y la mercancía-dinero (D).)

Figura IV

La relación de equivalencia y la expresión del valor

**La complementaria sobre –e infra– determinación del valor de uso**

2.2.2.3. En segundo lugar, la observación de la necesaria modificación, contrapuesta pero complementaria, que acontece con las respectivas presencias social-naturales (valor de uso y carácter de producido) de los dos tipos diferentes de mercancía que se constituyen en la relación de equivalencia.

Marx concentra su atención en la modificación que tiene lugar con el valor de uso de la mercancía pasiva, correlativa o equivalente. Esta, dice, se vuelve "más significativa" ("*bedeutet mehr*"). Su valor de uso "se duplica": junto al suyo real, social-natural, adquiere uno meramente formal y exclusivamente social, el de servir como "corporeidad" o materialidad para el valor. La presencia global de la mercancía equivalente o pasiva, en calidad de presencia inmediata y sincrética para los individuos sociales productores/consumidores, es, así, una presencia sobre-determinada un carácter hipersocial abstracto se sobrepone necesariamente al carácter social básico de su integración como producto/útil en el proceso de reproducción social. La mercancía equivalente es un objeto fetichoides fuerte: su nivel "sagrado" absorbe a su nivel "profano"; su "supersocialidad" abstracta ahoga a su socialidad concreta.

Pero lo que es sobrecarga de socialidad abstracta en el caso de la mercancía pasiva o correlativa es, inversamente y de manera necesariamente complementaria, enrarecimiento de socialidad abstracta en el caso de la mercancía activa o valente. Esta se vuelve –podría decirse– “menos significativa”. El mantenimiento de su carácter social básico como producto/útil se compensa en ella con una actualización disminuida del mismo en calidad de carácter social abstracto. La forma natural de la mercancía relativa o valente se encuentra infra-determinada por su forma de valor. Mientras la mercancía co-relativa o equivalente pone a su propietario en capacidad de elegir su conexión con cualquiera de los otros, la mercancía valente sólo lo habilita para entrar en esa conexión. La mercancía valente es un objeto fetichoidé débil: su nivel “profano” es un obstáculo para su nivel “sagrado”.

La neutralización de la contradicción mercantil

2.2.2.4. Finalmente, y sobre todo, la parte central de esta descripción crítica de la especificidad de la mercancía contiene la observación del mecanismo mediante el cual, al expresarse el valor de una mercancía en el valor de uso de otra, la contradicción inherente a la estructura de los objetos prácticos mercantiles desaparece del campo de la percepción inmediata o empírica.

Las contradicciones o estallan o se encuentran en estado de resueltas, pseudo superadas o neutralizadas. (Véase el comienzo del §2, en el tercer capítulo.) Y la contradicción mercantil sólo estalla en los momentos de crisis; el resto del tiempo es imperceptible, parece incluso inexistente. En efecto, los dos polos de esta contradicción –en definitiva: el valor y el valor de uso– no tienen normalmente que encontrarse en un mismo tiempo y lugar, en un mismo “cuerpo” de mercancía. En la medida en que una mercancía sólo puede estar en uno de los dos extremos de la relación de equivalencia, los dos polos mercantiles que se repelen se encuentran repartidos en dos “cuerpos” de mercancía: el polo “valor de uso” en el cuerpo de la mercancía activa o relativa y el polo “valor” en el cuerpo de la mercancía pasiva o co-relativa. La mercancía existe, así, alternativamente en sus dos formas de existencia contradictorias entre sí.

De esta manera, postergado en el tiempo, relegado en el espacio, el estallido (y, por tanto, la verdadera superación) de la contradicción inherente a la forma mercantil de los objetos prácticos queda siempre en suspenso. Pero no desaparece realmente. Actúa de manera sutil en la cotidianidad de los individuos sociales privados; los acosa imperceptiblemente: les hace la vida imposible.

[1977]

VALOR Y PLUSVALOR

El objeto exterior que según su substancia es lo suyo de alguien es la propiedad [*dominium*] *de éste*, a la que le son inherentes [como el *accidens* a la *substancia*], todos los derechos correspondientes y sobre los cuales por tanto el propietario [*dominus*] puede disponer a discreción [*ius disponendi de re sua*]. Pero de esto se sigue por sí mismo que un objeto tal sólo puede ser una cosa corpórea [con la cual no se tiene ningún compromiso], por lo que un ser humano puede ser señor de sí mismo [*sui iuris*] pero no propietario de sí mismo [*sui dominus*] y menos de otro ser humano, puesto que él es responsable de la humanidad en su propia persona.

I. Kant; *Die Metaphysik der Sitten*, §17, pp. 95-96.

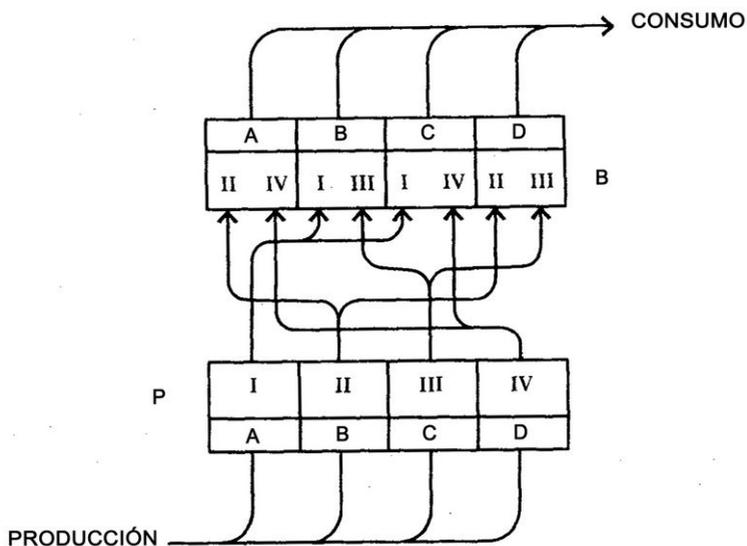
En la época moderna o capitalista, los objetos producidos y consumidos por la sociedad sólo pueden existir como objetos efectivamente sociales –producidos por unos, consumidos por todos–, es decir, sólo pueden *circular* entre los individuos que componen el sujeto social en la medida en que tienen un *valor* y se intercambian así unos por otros en calidad de mercancías. Hay algo, sin embargo, que distingue a los objetos mercantiles propiamente capitalistas de otros objetos mercantiles que ha conocido la historia: la peculiar constitución de su valor; el hecho de que ella incluye como parte necesaria de sí misma una fracción especial de valor, el plusvalor.

¿Qué es el valor de una mercancía? ¿Qué es el plusvalor, como elemento característico del valor mercantil capitalista?

Circulación y distribución

La reproducción de toda sociedad se encuentra mediada o posibilitada por la circulación de los elementos de su riqueza objetiva. Esta tiene una "figura topográfica" determinada cuando sus elementos se hallan repartidos de acuerdo a su origen, en las puertas de salida de sus respectivos lugares de producción, y tiene otra figura, completamente diferente, cuando esos elementos están repartidos de acuerdo a su destino, a las puertas de ingreso de sus respectivos lugares de consumo. (Figura I.) La circulación posibilita esta mutación de la "figura topográfica" de la riqueza objetiva, el "cambio de manos" de sus elementos, su conversión de conjunto de *productos* en conjunto de *bienes*. (Véase la Figura I.)

Figura I
La circulación de los bienes producidos



La marcha de la reproducción social depende del cumplimiento de esta metamorfosis del producto social (P) en bien social (B); depende, en otros términos, de la posibilidad de que cada uno de los elementos de la riqueza cumpla la *doble función* que lo califica, de un lado, como producto y, de otro, como bien. Pero el cumplimiento de esta doble función, la presencia en doble perspectiva, que sería la forma social-natural de existencia de la riqueza objetiva, depende, a su vez, de la vigencia en la vida social de un *principio distributivo* determinado, capaz de organizar ese movimiento circulatorio. Sin este principio, la metamorfosis de la riqueza sería imposible. Carente de orden y orientación y amenazado por el caos y la violencia, el "cambio de manos" se detendría y los objetos quedarían como meros productos junto a sus productores, imposibilitados de llegar a sus consumidores, de convertirse en bienes y completar así su existencia social-natural.

Circulación mercantil y cosificación

Cuando la sociedad es una comunidad orgánica, integrada como un solo sujeto social global —a la manera de las sociedades arcaicas—, este principio distributivo organizador de la circulación emana de una *voluntad* distributiva subjetiva, de un proyecto de autoconfirmación del sujeto social. En cambio, cuando la sociedad —como en la historia de occidente— es una comunidad descompuesta, desmembrada y atomizada en una serie abierta de procesos de reproducción privados; cuando, por tanto, la sujetividad del conjunto de los individuos sociales se suspende históricamente, toda voluntad distributiva capaz de dar sentido a la mediación circulatoria deja de existir. En lugar de ella queda la simple inercia del sistema tradicional de las capacidades productivas y las necesidades consuntivas, como propuesta de un criterio distributivo que, aunque esté siempre en retirada, nunca desaparece del todo. El criterio distributivo que entra a regir efectivamente en la circulación se genera ahora en la marcha misma de ésta como proceso cuya complejidad resulta ya ineludible para la vida social. La circulación continúa su movimiento en la medida en que adopta espontáneamente la forma mercantil, es decir, en la medida en que se constituye como un conjunto abierto de actos de intercambio de *objetos equivalentes*.

A diferencia del principio distributivo comunitario, el principio mercantil es "cósico" y no subjetivo, "casual" y no necesario (voluntario). El valor de un objeto –aquello que lo vuelve minus–, plus–, o equivalente de otros objetos– es algo que nadie determina, que no obedece a ningún proyecto de jerarquización de los individuos o de sus obras en la producción y el consumo concretos; es algo que resulta determinado en el proceso mismo de "cambio de manos" de los elementos de la riqueza objetiva cuando éste tiene que funcionar en los términos del trueque: *do ut des*.

En el trueque como comportamiento modelo del proceso circulatorio mercantil cada bien producido adquiere, sobre la base de su *valía social natural*, una *valía puramente social-comercial*: un valor que se manifiesta como *valor de cambio*.

Concreción absoluta y concreción relativa

La valía social natural de un objeto es la importancia singular concreta que tiene para la reproducción del sujeto, tanto en virtud de su destino como en virtud de su origen. Un objeto es valioso tanto porque satisface una necesidad concreta de consumo –porque "es" (posibilidad de) el sujeto que lo consumirá– como porque en él se objetiva una capacidad concreta de producción –porque "es" (realización de) el sujeto que lo produjo–. Sin embargo, dado que para el ser humano los objetos concretos sólo son tales *dentro* de la totalidad concreta del mundo objetivo, la valía social natural de todo objeto puede ser experimentada en abstracto o en general por los individuos sociales sin que ella pierda su *concreción totalizada*; puede presentarse incluida dentro de la valía concreta global de todos los objetos que intervienen en la reproducción de su vida.

La intensidad o la urgencia con las que un bien determinado puede ser el objeto de una necesidad son rara vez absolutas o concretas en lo singular (se dan únicamente cuando ese bien es insustituible). Por lo general, todo bien tiene, para el individuo social al que le hace falta, un *valor de uso relativo* o "abstractamente concreto". Es concreto en tanto que *forma parte* del valor de uso total de un *mundo* objetivo singular, pero resulta abstracto respecto de la necesidad singular que lo reclama, pues no satisface la necesidad de *un* objeto, sino la de un *tipo concreto* de objetos.

Es relativo porque la necesidad singular que él satisface puede ser postergada, sustituida *hic et nunc*, dentro de ciertos límites, por otra cuyo satisfactor está más a la mano. De esta manera, casi cualquier satisfactor singular es susceptible de ser equiparado a todos los otros satisfactores que también le hacen falta al individuo social; la utilidad singular de cada uno puede compartir con las otras utilidades singulares la calidad de *utilidad concreta en general*: puede ser solamente un elemento de ella, de importancia relativa mayor o menor.

Igualmente, pocas veces la pericia y el esfuerzo que se objetivan en la consecución de un producto constituyen una actividad absolutamente concreta o indiscernible de la singularidad del objeto producido (como sería, por ejemplo, la del conjunto de operaciones que conducen a la existencia irreplicable de *esta* obra de arte). La regla es que constituyan una *actividad concreta relativa*. Relativa o general, porque es una actividad generadora, según sea el caso, de múltiples efectos singulares abstractos que, pese a sus diferencias, son idénticos unos a otros como ejemplares de un mismo tipo de efectos. concreta, porque su tipo particular de efectividad es *determinado*, se inscribe diacríticamente en la totalidad concreta de las capacidades productivas de la sociedad. De este manera, casi todo producto singular es susceptible de ser equiparado a los demás resultados de la actividad del individuo social; el trabajo singular que se ha objetivado en él puede compartir con las otras objetivaciones del trabajo individual la calidad de *trabajo concreto objetivado en general*, del cual él sólo sería una parte, más o menos importante. Todo producto singular puede tener así, para el individuo social, una importancia o un *valor por el trabajo* concreto en general que a él, individualmente, le costó producirlo.

A partir de estos dos valores concretos relativos –valor para el uso y valor por el trabajo– que conforman el nivel general de la valía social natural de los objetos, la circulación que se guía por el principio del trueque o intercambio instituye para ellos una *valía social puramente comercial*.

La “sociedad comercial”

La circulación con base en el trueque o intercambio constituye el único campo de socialización efectiva de los individuos sociales en tanto que propietarios privados; éstos sólo existen socialmente en virtud de que existen para el trueque o tienen algo que ofrecer a cambio de lo que necesitan. Su vida en sociedad está mediada por una vida "en sociedad comercial", sólo son sujetos reales del trabajo y el disfrute en la medida en que son agentes de una oferta y una demanda. En estas circunstancias, considerada en términos singulares, la reproducción de la vida social se rige por una *estrategia indispensable de supervivencia privada en condiciones de escasez* que organiza toda la existencia individual en torno a la apropiación de la mayor cantidad y la mejor calidad posible de satisfactores y al menor gasto posible de fuerza de trabajo.

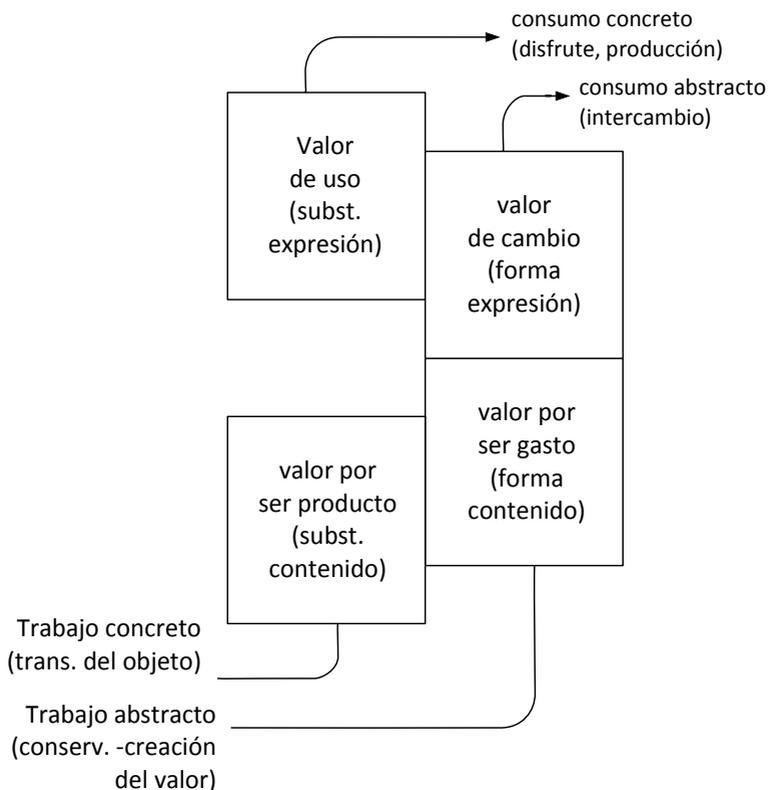
Esta estrategia privada, de voracidad adquisitiva y reticencia donativa se generaliza necesariamente como *estrategia global inerte*, inconsciente e involuntaria, *del conjunto* de los productores-propietarios-consumidores privados. La “sociedad comercial” de todos ellos es un *pseudo-sujeto*, una *efectividad sin agente identificable* que, al ejecutar esa estrategia generalizada, “vela” por la *satisfacción* de las necesidades *sociales* de consumo y por el ahorro de la fuerza social de trabajo. Para la “sociedad comercial”, que no es otra cosa que el conjunto de los actos de intercambio realizados por los agentes de la oferta y la demanda, el primer aspecto de la valía concreta en general de los objetos –el valor que ellos tienen para su uso abstracto determinado– se convierte en pura *intercambiabilidad*, es decir, en valor *para el uso abstracto indefinido*, para el trueque o intercambio.²³ El segundo aspecto de su valía concreta general –el valor que cada uno de ellos tiene por el trabajo abstracto determinado que hay en él– se convierte en pura participación cuantitativa en la *masa total de trabajo objetivado por la sociedad*, es decir, en valor por la cantidad relativa de fuerza de trabajo social indefinidamente abstracto que se ha gastado en su producción.

²³ Conviene insistir: una cosa es el uso *abstracto determinado* o pleno de *contenido* concreto, aunque relativo o general (el uso de un tipo de vestido), y otra el uso *abstracto indefinido o vacío* de contenido (el uso de cualquier objeto como representante de cualquier otro).

Filtrada por el mecanismo administrativo del conjunto de actos de intercambio, la valía social-natural de los objetos decanta, disminuida, hasta no ser más que un fantasma de sí misma, como valía social-comercial, como unidad de valor para el trueque y valor por el gasto social de trabajo. El aspecto abstracto pero cualitativamente determinado o pleno de contenido de la valía social-natural es traducido a términos *puramente cuantitativos* y recibe así la forma de valía abstracta cualitativamente indefinida o vacía de contenido. El ser importante o valioso de un objeto se convierte en el *ser un quantum* mayor o menor de valor para el intercambio y, *simultáneamente*, de valor por el trabajo social gastado en él. De un lado, cada objeto es más o menos intercambiable en la medida en que la *substancia de su valor de uso* –su capacidad de satisfacer un determinado requerimiento concreto de consumo– es aceptada por el mecanismo administrativo como *digna* de que la sociedad destine a su producción una parte del trabajo disponible. De otro lado, cada objeto es más o menos valioso como parte de toda la masa de trabajo social en la medida en que la *substancia de su calidad de producto* –su ser objetivación de un determinado trabajo concreto– es aceptada por el mecanismo administrativo como *capaz* de satisfacer una parte de la necesidad total de consumo de la sociedad. Puede decirse que el valor de cambio de un objeto es su valor de uso pero sólo en *tanto que es la expresión* de su valor por el trabajo social, y que, a la inversa, el valor de un objeto por el trabajo social que hay en él es su calidad de producto concreto pero sólo *en tanto que es el contenido* de su valor de cambio.

Puede decirse también que la valía social-natural del objeto, como unidad concreta de valor por el trabajo expresado como valor para el uso, es una totalidad que sólo es tal en virtud de que está siendo totalizada (véase la Figura II) por la única presencia social efectiva del objeto que es la totalización de su valía social-comercial: la expresión, como intercambiabilidad, de lo que en él hay de gasto de energía social.

Figura II
La valía social del objeto mercantil



La escasez y el sentido de lo valioso

El trabajo es el *origen* del objeto social, la satisfacción su *destino*. Pero la capacidad social de trabajo tiene una magnitud *limitada* mientras que la capacidad social de satisfacción tiene una magnitud *ilimitada*. Por ello, la valía social de un objeto implica siempre una *proyección* de la limitación de la energía laboral que él contiene sobre la expectativa ilimitada de satisfacción al que él se dirige; implica una *selección cualitativa* de lo satisfactible a partir de la *restricción cuantitativa* de la capacidad de trabajo: una *expresión* de lo limitado como delimitación de lo ilimitado. Las posibilidades finitas de objetivar que tiene la sociedad se manifiestan mediante un ordenamiento de sus posibilidades infinitas de desobjetivar. Por ello, en la sociedad de propietarios privados, la

valía social comercial de un objeto es una magnitud compuesta, en la que su *valor I* –la cantidad de tiempo de trabajo socialmente necesaria o de gasto socialmente justificado de energía laboral que hay en él– se expresa o manifiesta en su valor II –el grado que tiene de intercambiabilidad por otros objetos–. Cuando Marx, en *El Capital*, habla de la *forma* de existencia del objeto como *valor* hace siempre referencia a su valor por el trabajo (“valor I”) en proceso de mostrarse como valor para el intercambio (“valor II”). En el sentido de Marx, la definición más apropiada del *valor* de la mercancía, en la acepción más usual de valor por el trabajo (“valor I”), sería entonces la siguiente: el valor (la cantidad de tiempo de trabajo *socialmente* necesaria) es la forma que adquiere o a la que se traduce la *substancia valiosa* (la cantidad de tiempo de trabajo *privadamente* necesaria) de un objeto (como producto) cuando ella se expresa o manifiesta como grado de intercambiabilidad o *valor de cambio* de dicho objeto (como bien).²⁴

La fluidez de la magnitud del valor

La valía social-comercial de un tipo de objetos se determina respecto de la *administración* que la totalidad anónima de los propietarios privados hace *por inercia* de toda su energía de trabajo cuando la destina a la satisfacción de cada una de sus necesidades sociales. La efectividad administrativa de la “sociedad comercial” como pseudo-sujeto es la de una “mano invisible” o un mecanismo automático que persigue la *adecuación* o coincidencia de dos magnitudes, la una *escasa* respecto de la otra: la magnitud *limitada* o finita de la energía de trabajo disponible en la sociedad y la magnitud *ilimitada* o indefinida de los requerimientos sociales de consumo. si en un ciclo reproductivo

²⁴ Ni “fenomenista” (“valor es valor de cambio”) ni inmanentista (“valor es substancia valiosa”) el discurso crítico de Marx trasciende esta contraposición y descubre el carácter biplanar y procesual de la constitución del valor. La culminación del argumento crítico de *El Capital* (en el Libro III) descansa sobre este descubrimiento. En la parte central de su obra habla simplemente en términos de “valor” porque supone metódicamente que, puesto que se trata de la totalidad abstracta del *capital en general*, toda la substancia del valor está expresada directa o inmediatamente en el precio total de la mercancía. La relación compleja que media entre los componentes de la substancia valiosa y los del precio sólo aparece, como problemática específica, en la parte final (Libro III) de la obra. Allí la totalidad concreta del conjunto de “los muchos capitales” es presentada justamente como constituida en torno a la conversión, “transfiguración” (*Verwandlung*) o expresión *combinadas*: 1) de la substancia del plusvalor en *ganancias* de los capitalistas, 2) de la substancia del valor de la fuerza de trabajo en *salarios* de los trabajadores, y 3) de la substancia del plusvalor extraordinario en rentas de los propietarios monopolizadores de la tecnología y de la tierra.

la oferta de un determinado tipo de productos no alcanza a cubrir la demanda social correspondiente *en la misma proporción* en que está siendo cubierta la demanda de los otros tipos de bienes, el mecanismo comercial *incrementa* relativamente el valor de cambio de dicho tipo de objetos (lo "encarece") y encauza de esta manera una porción mayor del trabajo social hacia su producción en el siguiente ciclo reproductivo. A la inversa, si en el primer ciclo la oferta de determinado tipo de productos cubre la demanda social correspondiente *en una proporción mayor* que aquella en que está siendo cubierta la demanda de los demás tipos de bienes, el mecanismo administrativo *reduce* relativamente el valor de cambio de dicho tipo de objetos (lo "abarata") y retira así de su producción en el segundo ciclo una cierta porción de la energía social de trabajo. La valía social comercial de cada tipo de objetos es, así, una magnitud que sintetiza dos determinaciones abstractas: por un lado, el grado de intercambiabilidad como versión restringida del grado de satisfacción privada, de orden concreto, que él puede proporcionar; por otro, la cantidad de tiempo de trabajo abstracto adjudicada socialmente para su producción como versión restringida de la duración concreta del trabajo en el que fue producido privadamente. Como tal síntesis de dos magnitudes de orden diferente, la valía social comercial de un determinado tipo de bienes producidos es una magnitud esencialmente *inestable*: se define y re-define en cada momento de acuerdo a la porción relativa de la energía social de trabajo disponible que el mecanismo distributivo está en capacidad de administrar para la satisfacción del conjunto particular de necesidades que reclaman tal tipo de objetos. El mecanismo administrativo de la sociedad comercial dispone de una energía social de trabajo y atiende a un reclamo consuntivo social que no sólo cambian de un momento a otro, sino que lo hacen de manera doblemente desigual. Un aumento de la energía de trabajo disponible puede estar acompañado de un aumento más o menos similar del reclamo consuntivo, pero también de una constancia e incluso de una disminución del mismo. Además, ni la variación de la masa de trabajo disponible ni la del reclamo consuntivo afectan por igual a todos los procesos productivos particulares y a todas las necesidades particulares de consumo. El incremento de la masa de trabajo disponible –resultante del crecimiento de la población, que hace intervenir a nuevas fuerzas de trabajo, y del incremento de la productividad del trabajo, que libera fuerza de trabajo antes ocupada–

se genera de manera desigual en el “mapa” de los procesos productivos. Asimismo, el incremento del reclamo consuntivo –resultante también del crecimiento de la población, que hace intervenir a nuevos consumidores, y del progreso social, que multiplica las necesidades– afecta de manera diferente a las distintas zonas del sistema de las necesidades de consumo.

La valía social comercial de cada tipo de bienes producidos se juega de manera ininterrumpida en el sinnúmero de flujos y reflujos con los que el mecanismo administrativo de la sociedad comercial reparte una y otra vez la cantidad inestable de energía social de trabajo entre el conjunto igualmente inestable del reclamo consuntivo de la sociedad.

Productividad y valor

Por ejemplo, si un tipo de bienes llega a poder ser producido con menos gasto de energía –gracias a un incremento de la productividad en el trabajo particular del que proviene– y si la intensidad de su reclamo social permanece constante, lo primero que acontece es una *sobre-satisfacción* relativa de la necesidad social correspondiente, puesto que la energía liberada permanece en la producción de ese mismo tipo de bienes. Una mayor cantidad de la energía social objetivada en los demás tipos de producto se encauza hacia la adquisición de la masa acrecentada de los bienes producidos con dicho incremento de la productividad. Tomada en su conjunto, la energía de trabajo socialmente disponible, aumentada gracias a esa porción de energía liberada, se reparte ahora de manera *desequilibrada* respecto del equilibrio que prevalecía anteriormente. El *grado de satisfacción* de una necesidad social particular *rebasa* el grado en que las demás están siendo satisfechas *normalmente*. Esta situación privilegiada de una de las necesidades particulares de la sociedad no puede afirmarse y sostenerse si no es en virtud de una *primera modificación de los términos del intercambio*. Los productores del tipo de objetos en cuestión *reducen* el valor de cambio *de cada unidad* del mismo, y lo hacen en una medida tal que, al mismo tiempo que vuelve a este tipo de bienes más atractivo para la estrategia económica de sus consumidores privados, les garantiza a ellos, sus productores, una ganancia. Pese a que cada unidad de su producto es ahora más barata que antes, la masa total del mismo, que tiene cristalizada en sí *la*

misma cantidad de energía laboral que antes, se intercambia por una masa incrementada de otros bienes producidos, que tiene cristalizada en sí una cantidad *mayor* de energía laboral. Por ejemplo, si 10 objetos A, que representan 10 porciones de energía laboral, se intercambiaban antes por 10 objetos N, ahora, cuando el mismo gasto de energía da lugar a 20 objetos A, cada uno de éstos se intercambia por $\frac{3}{4}$ de objetos N y todos juntos por 15 objetos N. Los productores de objetos A dan facilidades a la demanda de éstos y, al mismo tiempo, reciben 15 porciones de energía laboral a cambio de sólo 10; obtienen una ganancia de 5.

Pero la efectividad del mecanismo administrativo de la sociedad comercial no termina aquí; crea un *nuevo equilibrio* para la repartición de la energía social de trabajo, haciendo intervenir para el efecto a la cantidad de energía liberada por el incremento particular de la productividad. Interesados en el ganancia, nuevos productores privados, emigrados de otras producciones particulares, aparecen en la producción que se encuentra favorecida particularmente por el incremento de la productividad. De esta manera, la *sobre-satisfacción relativa* de la necesidad social que versa sobre el tipo de bienes producidos como productividad incrementada tiende a convertirse en una *satisfacción absoluta* de la misma. Si 20 objetos A sobrerrespondían relativamente al reclamo social que había de ellos, la intervención de menos productores de estos objetos hace que su oferta se eleve, por ejemplo, a 40 y que su demanda tienda a saturarse. Pero las diez porciones de energía laboral que entran en la producción de esos 20 objetos A adicionales sólo pueden hacerlo porque han sido sustraídas de la producción de otros objetos. El mecanismo administrativo lo "percibe" así: la satisfacción absoluta de un tipo de necesidades va acompañada ineludiblemente de una *infra-satisfacción relativa* del resto de las necesidades sociales de consumo, es decir, de una sobredemanda relativa de los demás bienes producidos. Su reacción es consecuente e inmediata: acontece una *segunda modificación de los términos del intercambio*. Es el valor de cambio de los demás bienes el que se altera ahora. Se eleva y, al hacerlo, reconduce hacia la producción general, y en *medida acrecentada*, la energía laboral que emigró de ella. Al cabo de un sinnúmero de flujos y reflujos puntuales, una parte de la energía laboral que fue liberada en la producción particular de productividad incrementada se queda

efectivamente en ésta; pero es una parte que ahora ya no perturba el equilibrio perseguido por el mecanismo comercial. Introducidos desde la producción privada, los objetos no entran en la esfera de la circulación mercantil con un valor ya definido; pero su valor tampoco se define sólo cuando salen de ella succionados por el consumo privado.

Es justamente en la esfera de la circulación mercantil donde los objetos reciben su valía social comercial y se convierten realmente en mercancías. Su valor se constituye y se define en ella, en el encuentro conflictivo entre la determinación de su substancia de valor por el trabajo, como contenido, y la determinación de su substancia del valor para el consumo, como expresión. Su constitución y definición es, por ello, una realidad dinámica, un *proceso*.

Por ello también la capacidad que tienen los propietarios privados y su sociedad comercial de aprehenderlo y medirlo mediante *el precio de las mercancías y sus variaciones* es necesariamente precaria. En la medida en que es *valor de cambio por dinero* (por "equivalente general"), el precio de las mercancías sólo puede reflejar de manera defectuosa la procesualidad de la constitución del valor. Por más sutil y fluido que sea el cuerpo del equivalente general, el mero hecho de ser un "cuerpo" lo vuelve demasiado torpe en comparación con el valor o "alma" que debe habitarlo. El apareamiento recurrente de "crisis monetarias" en la historia de la sociedad mercantil es un fenómeno ineludible: su necesidad profunda está en esta "incongruencia" entre la pureza o abstracción de la magnitud "valor" y la impureza o concreción de la magnitud "precio".

La circulación mercantil capitalista

Una sola característica distingue en lo fundamental la esfera de la circulación mercantil *capitalista* de la que es simplemente mercantil. Mientras en ésta todas las mercancías que la "habitan" poseen una figura elemental uniforme, en aquélla coexisten, en relación de complementariedad y conflicto, mercancías de *dos figuras* complejas claramente distintas: las mercancías que son *fuerza de trabajo* y las que son propiamente *capital*.

Esta bipartición del mundo de las mercancías deriva de la bipartición del conjunto de los propietarios privados que se (re-)socializan en la "sociedad comercial" capitalista. Se trata de propietarios privados que difieren de dos maneras características de la figura mercantil pura o clásica del propietario privado.²⁵ Unos "producen" su riqueza privada *sin medios de producción*, es decir, *en la fase consuntiva* de su proceso de reproducción privado: conforman la clase de los propietarios privados *trabajadores*. Otros "producen" su riqueza *sin trabajar sobre sus medios de producción*, es decir, dejando que los primeros cumplan por ellos la fase productiva de su proceso de reproducción privado: conforman la clase de los propietarios privados *capitalistas*.

La figura de la mercancía fuerza de trabajo "producida" por los primeros no difiere de la figura simple de mercancía respecto de su forma social-comercial; lo que la distingue es la complejidad de su forma social-natural. La consistencia de la fuerza de trabajo como "producto" no es, como en cualquier otro objeto social, la de un conjunto de medios de producción trabajados, sino al contrario, la de *un sujeto trabajador reproducido* mediante sus medios de subsistencia. Su consistencia como "bien" (cosa útil o con valor de uso) no es, como en los demás objetos sociales, la de un objeto satisfactor de necesidades productivas o improductivas, sino al contrario, las de *un sujeto necesitado de satisfactores productivos*.²⁶

En cambio, en el caso de la figura de la mercancía capital "producida" por los propietarios privados capitalistas, ésta no se distingue en términos de forma social-natural de la figura elemental de mercancía; su diferencia con ella está en la complejidad de su "forma de valor". Mientras la valía social-comercial del objeto mercantil simple es una presencia *neutra* que *refleja pasivamente* la dinámica de la esfera productivo/consuntiva de la sociedad, la del objeto mercantil capitalista es una presencia *tendenciosa* que *se refleja activamente* sobre la vida social; posee ella misma, de modo inherente, un *ímpetu inerte* que persigue su expansión cuantitativa: la *valorización de su valor*. La

²⁵ Aunque en la sociedad capitalista existen de hecho propietarios privados de esta figura clásica, ellos y las mercancías elementales o simples que producen son en principio prescindibles para el funcionamiento esencial de la reproducción social capitalista.

²⁶ El "carácter de producto" de la fuerza de trabajo consiste en ser el resultado de la restauración y el disfrute del trabajador, y no el resultado de su trabajo. El "valor de uso" de la fuerza de trabajo consiste en ser el factor-sujeto del proceso de trabajo. Ella es la razón de ser de las necesidades de consumo productivo y no un objeto de ellas.

consistencia del valor de la mercancía capital, a diferencia de la que tiene el valor mercantil simple, que se *completa sin necesidad de un excedente* –es decir sólo con el valor compensado de los medios de producción empleados más el valor añadido de los medios de subsistencia del trabajador privado–, incluye necesariamente, *como elemento esencial e indispensable* de sí misma, la presencia de un excedente de valor o *plusvalor*. Asimismo, la consistencia de su valor de cambio (precio), a diferencia de la que tiene el valor de cambio mercantil simple, que no implica necesariamente (sino extraordinariamente una ganancia, incluye esencialmente esa ganancia como parte constitutiva de sí misma. La capacidad de aportar a cambio más bienes que los que compensarían al “productor” capitalista sus gastos en medios de producción y en trabajo es la manifestación de la existencia del plusvalor en la mercancía capital.

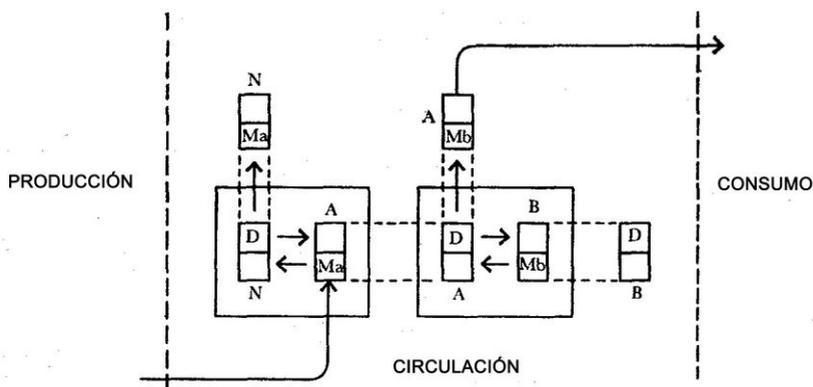
La clasificación necesaria en dos tipos diferentes de mercancía –la mercancía fuerza de trabajo y la mercancía capital– caracteriza al “mundo de las mercancías” específicamente capitalista. Acorde con esto, la dinámica que constituye a ese “mundo”, la circulación mercantil-capitalista, se caracteriza por la relación de intercambio en que entran esos dos tipos de mercancía, obedeciendo cada uno de ellos a su necesidad particular de metamorfosis o cambio de figura natural cuando dejan de ser productos y pasan a ser bienes.

La metamorfosis de la mercancía fuerza de trabajo

La mercancía fuerza de trabajo, cuya figura no se diferencia de la mercantil simple en lo que respecta al estrato del valor, cumple en la circulación el mismo itinerario que toda riqueza puramente mercantil; es mercancía *a* que se convierte en dinero para convertirse en mercancía *b* (Ma-D-Mb). (Véase Figura III) Como mercancía *a* es un “producto” dotado de una figura natural determinada (*a*), que fue “producido” por su propietario privado y que tiene una cantidad de substancia de valor en la que se reúne la de los medios de subsistencia con los que fue “producida” y la que se suma a ésta como resultado de la conversión de esos medios de subsistencia en lo que ella es fuerza de trabajo. Como dinero, es valor realizado o expresado en una capacidad de intercambio. como mercancía *b*, es medios de subsistencia de un valor igual al que ella tuvo en forma de dinero. La

necesidad de entrar en relación de intercambio con la mercancía capital reside en el hecho de que ésta le resulta indispensable para cumplir su itinerario. La posibilidad de dar el primer paso, de ser vendida o convertida en dinero, *depende* de la disposición de este dinero –que *no puede ser otra cosa que mercancía capital* transitando por la forma de dinero– a convertirse en fuerza de trabajo.

Figura III
Circulación de la mercancía simple



En un primer acto de intercambio, la mercancía Ma (producto) del propietario-productor A adopta la forma de dinero, D. En un segundo acto de intercambio, la mercancía del propietario-consumidor A adopta la forma de mercancía Mb (bien).

La metamorfosis de la mercancía capital

La mercancía capital, en cambio, cuya figura no se diferencia de la mercantil simple en el nivel de la forma natural –pues siempre es medios de producción o medios de subsistencia– sino en la de la forma de valor, sigue un itinerario sumamente especial: es dinero de una magnitud q que se convierte en mercancía para convertirse nuevamente en dinero, pero de una magnitud incrementada, $q + I$: $(Dq-M-Dq+I)$.

Reducido al modo mercantil simple, el itinerario que sigue la mercancía capital sería éste: $Ma-Dq (II) [=Dq+I (I)]-Mb$. En donde: $Dq (II)$ es una suma de dinero mayor que $Dq (I)$; Ma es mercancía medios de producción y medios de subsistencia, y Mb es mercancía medios de producción y subsistencia + mercancía fuerza de trabajo. La mercancía Ma , dotada de una cantidad determinada de substancia de valor, se convierte en una suma de dinero, $Dq+i(I)$, la que a su vez, como $Dq (II)$, se convierte en mercancía Mb , de un valor igual al de esa suma de dinero. Una mercancía se convierte primero en dinero y después en otra mercancía equivalente ($Ma-D-Mb$).

Sin embargo, aunque el itinerario de la mercancía capital se deja reducir al de la mercancía simple, *lo que acontece* en él *no es reducible* a lo que puede acontecer en este último. Esto se vuelve evidente cuando, en lugar de considerar aisladamente una sola serie M-D-M en cada caso, se tiene en cuenta una continuidad concatenada de series M-D-M.

En el caso de la riqueza mercantil simple, en el cual la continuidad sería: $Ma (I)-D (I)-Mb (I)$. $Ma (II)-D (II)-Mb (II)$, la mercancía b de la primera serie, al constituir la condición de existencia de la mercancía a de la segunda serie, *no necesita alterar su valor*. Si esto sucede, será siempre en razón de una causa *externa* a ella. Si sucede, por ejemplo, que su valor –habitante ahora del cuerpo mercantil a – reingresa acrecentando a la segunda serie, ello sólo puede explicarse porque, en la esfera de la producción/consumo, su propietario privado la ha consumido productivamente con un gasto de tiempo de trabajo socialmente necesario mayor que el que hizo antes de la primera serie. Su valor se incrementa sólo porque ella, como riqueza privada, *se multiplica*, sólo porque el propietario, *con su trabajo* –que es la única fuente del valor y de la propiedad– *añade una mercancía adicional* a la que ya poseía. La mercancía a de la segunda serie sería, en realidad, $Ma + M'a$. De lo que se trata en este caso es de un proceso de *adición de valor*.

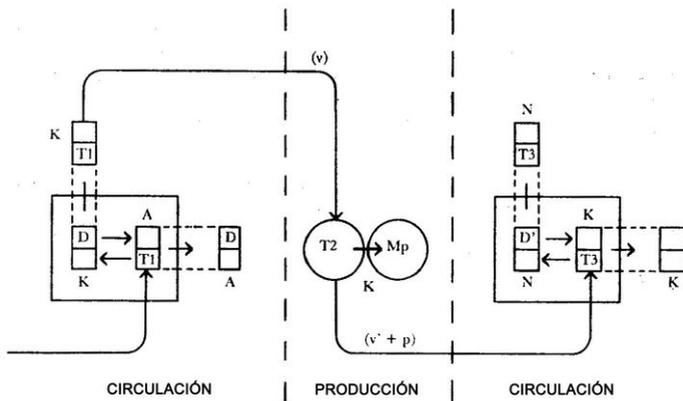
En cambio, en el caso de la riqueza mercantil capitalista, en el cual la continuidad sería, $Ma (I)-Dq (I)- Mb (I)$. $Ma (II)-Dq (II) [=Dq+I (i)]-Mb (II)$, la mercancía b de la primera serie, al constituir la condición de existencia de la mercancía a de la segunda serie, debe haber incrementado su valor, y esto en razón de una causa inherente a ella

misma. No puede no hacerlo porque la nueva mercancía *a*, por necesidad, tiene que venderse por una cantidad de dinero mayor que la que compró la mercancía *a* de la primera serie. El modo como se incrementa el valor de la mercancía capital *b* se vuelve evidente, a su vez, cuando se observa la consistencia de esta mercancía. A diferencia de la mercancía simple *b*, que consta únicamente de medios de producción y de subsistencia, ella *incluye necesariamente a la mercancía fuerza de trabajo*: aquella mercancía, justamente, cuyo valor de uso reside en ser sujeto productor de objetos y transmisor-creador de valor. Por esta razón, el valor de la mercancía capital *b* no necesita incrementarse mediante un proceso de adición de valor. Su propietario no necesita formar con ella una segunda riqueza. Sin trabajar sobre ella, ella misma mantiene y acrecienta su valor. Ella sola, en la medida en que es tanto factor-sujeto (fuerza de trabajo) como factor-objeto (medios de producción) del proceso de trabajo, *se autovaloriza*. De lo que se trata en este caso mercantil capitalista de incrementación del valor es de un proceso de *valorización del valor*. (Véase la figura IV.)

Figura IV

Proceso de valorización: circulación de la mercancía capital

Si en la "fórmula general del capital", D-M-D', concentramos la atención en el comportamiento de la parte de D que adquiere mercancía fuerza de trabajo; si reconocemos, además, que una misma entidad, el trabajo (T), tiene tres modos de existencia diferentes: fuerza, capacidad o potencia de trabajo (T₁) trabajo en acto (T₂); y resultado, efecto o producto del trabajo (T₃), el proceso de autovalorización de la mercancía capital puede ser representado de la siguiente manera:



El “milagro” del plusvalor

La característica o determinación específica de la esfera de la circulación mercantil capitalista es la presencia en ella de *un conjunto peculiar* de relaciones de intercambio en torno al cual se organiza la dinámica del mundo de las mercancías en su totalidad. Se trata del conjunto de relaciones de intercambio entre las mercancías fuerza de trabajo y la mercancía capital. Si la necesidad de estas relaciones resulta evidente desde la perspectiva de la mercancía fuerza de trabajo –pues sin la forma dinero de la mercancía capital no podría cumplir el itinerario de su metamorfosis–, más evidente aún resulta desde la perspectiva de la mercancía capital. Esta necesita encontrar en el mercado una mercancía tan “milagrosa” que el solo cambiarse por ella durante un tiempo le signifique un engrasamiento de su valor; sólo así podrá cumplir su itinerario especial que le lleva de ser dinero (Dq) a ser dinero incrementado ($Dq+i$). Lo característico de la esfera de la circulación mercantil capitalista se concentra, así, en el hecho de que *ese “objeto milagroso” existe –es la mercancía fuerza de trabajo– y pasa a formar parte de la mercancía capital*, convirtiéndola en una mercancía cuyo valor incluye necesariamente un plusvalor.²⁷ El valor de la mercancía capital, gracias a la relación de intercambio de ésta con la mercancía fuerza de trabajo, pasa de tener una magnitud V (valor de salida de la circulación y de ingreso a la producción), como valor de la mercancía b (I), a tener una magnitud V' , igual a $V + A V$ (valor de salida de la producción y de ingreso a la circulación), como valor de la mercancía a (II). Este paso acontece en la esfera de la producción, allí donde M_b (I) se transforma en M_a (II): donde el capitalista “consume” el “objeto” que adquirió del trabajador, es decir donde pone a trabajar a la fuerza de trabajo.

¿Cómo se opera el “milagro” de la generación de este *plus* de valor? ¿De qué manera sucede este “consumo” de la fuerza de trabajo, esta explotación y apropiación de trabajo ajeno? De diferentes maneras, y cada una de ellas da lugar a un tipo diferente de plusvalor.

[1978]

²⁷ El intercambio de equivalentes en el mercado de trabajo tiene lugar entre un propietario privado, el trabajador, cuya mercancía realiza un valor que se determina *pasivamente*, y otro, el capitalista, cuya mercancía realiza un valor que se determina *activamente*. La subordinación de la primera realización a la segunda es la que da sentido a los *esquemas de reproducción* elaborados por Marx; es también el hecho fundamental de la constitución de todos los precios de las mercancías capital y de las ganancias que ellos implican.

CLASIFICACIÓN DEL PLUSVALOR

Desde cierto punto de vista, la diferencia entre el plusvalor absoluto y el relativo parece ser enteramente ilusoria. El plusvalor relativo es *absoluto*, pues implica una *prolongación absoluta de la jornada laboral* más allá del tiempo de trabajo necesario para la existencia del trabajador mismo. El plusvalor absoluto es *relativo*, pues implica un desarrollo de la productividad que permite reducir el tiempo de trabajo necesario a *una parte de la jornada laboral*. Pero si tenemos en cuenta el *movimiento* del plusvalor esa apariencia de que da lo mismo el uno que el otro desaparece.

K. Marx, *Das Kapital* (1867), pág. 499.

Sólo una parte del valor que el trabajador produce en una jornada al usar los medios de producción del capitalista le resulta a éste propiamente necesaria para pagar al primero el alquiler de su fuerza, potencia o capacidad de trabajo. De la parte excedente, del *plus* de valor que resta del valor producido, el capitalista puede disponer para otros menesteres: la expansión de su capital, el dispendio. Esta diferencia entre lo que a él le cuesta la fuerza de trabajo del obrero y lo que ella le produce de valor es justamente lo que le lleva a adquirirla y a dejarla actualizarse. Si no existiera esta diferencia, el factor-objeto del proceso de trabajo –los medios de producción que él tiene en propiedad– no podría recibir la actividad del factor-sujeto –la fuerza de trabajo, que es propiedad del trabajador–: el proceso productivo de la sociedad no existiría.

Capital constante y capital variable

Para el capitalista, la cantidad de dinero que sus medios de producción cuestan como mercancías es un *capital constante*. El valor de lo que se gasta de ellos en el proceso de trabajo se transmite sin variaciones y se conserva en el valor del producto que resulta de ese proceso. La cantidad de dinero que gasta en la compra de la mercancía complementaria, la fuerza de trabajo, es en cambio un *capital variable*: representa, en un primer momento, el *valor* de esta fuerza de trabajo como valor del "producto" que el trabajador entrega a *crédito* al capitalista; representa, en un segundo momento, la *fuerza de valor* en que ella se convierte cuando está en proceso de trabajar y que el capitalista mantiene abierta durante todo el tiempo para el que la adquirió; representa, finalmente, toda aquella parte del valor del producto constituida por el valor que ha venido a sumarse al de los medios de producción empleados. Mientras el valor de los medios de producción es uno y el mismo antes y después de que éstos sean transformados en la producción, el valor de la fuerza de trabajo *desaparece* en el proceso productivo y *reaparece* convertido en un equivalente de sí mismo, por una parte, y en un plusvalor, por otra.

El valor de los factores de la producción (mercancía b) representado por una cantidad de dinero o capital inicial (C), es igual a la suma de c (el capital que representa al valor de los medios de producción aún no trabajados) más v (el capital que representa al valor de la fuerza de trabajo): $C = c + v$.

El valor del producto (mercancía a), representado por otra cantidad de dinero o *capital resultante* (C'), es igual a c (la parte *constante*, idéntica a la que estaba en C, que representa el valor de los medios de producción ya trabajados) más $v' + p$ (la parte *variable*, diferente de la que estaba en C, que representa a todo el valor producido, es decir, tanto al que ha repuesto el valor de la fuerza de trabajo como al plusvalor): $C' = c + (v' + p)$.

La proporción en que una cantidad de capital variable genera un plusvalor, la relación p/v , es la *tasa del plusvalor*; expresa el *grado de explotación* de la fuerza de trabajo, la parte del valor producido por el trabajador de la que se apropia el capitalista. La proporción en que el plusvalor incrementa al capital inicial del capitalista, la relación p/C , es la *tasa de ganancia* de su capital.

La magnitud del tiempo de trabajo

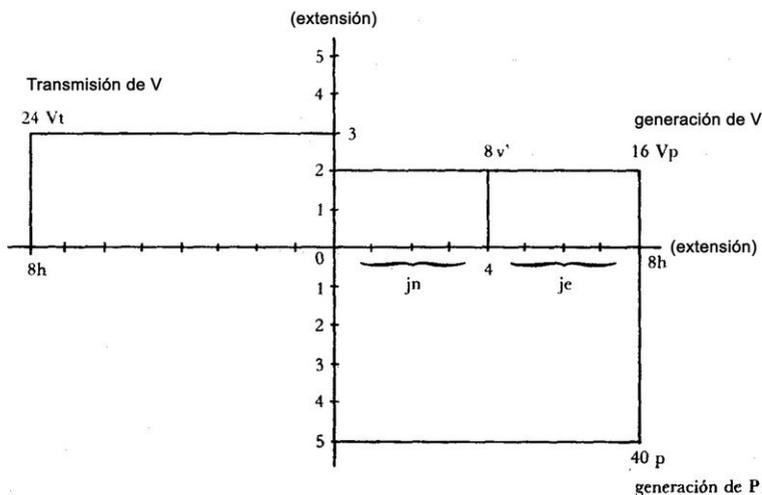
El trabajador alquila su fuerza de trabajo para que el capitalista la consuma durante una jornada o tiempo de trabajo determinado. De todo el valor que la fuerza de trabajo produce durante esta jornada, el plusvalor es solamente aquella parte producida en el periodo *excedente* de la misma, es decir, en el tiempo de trabajo que sigue al periodo *necesario* para reponerle al capitalista el valor, representado por el salario, que él pagará al trabajador al terminar la jornada.

Todo es cuestión de tiempo. En la jornada del trabajador hay un tiempo para el trabajo necesario y un tiempo para el *plustrabajo*. Mientras mayor sea la magnitud de éste, mayor será la ganancia que perciba el capitalista una vez que, al vender la mercancía producida por el trabajador, realice el valor que éste cristalizó en ella.

La jornada es un tiempo de trabajo de una *magnitud* determinada ¿Cómo se determina esa magnitud? ¿Desde qué perspectiva la dimensión temporal de la vida humana, inmensamente rica en atributos cualitativos, se presenta como cuantificable, como medible o aprehensible dentro de una escala aritmética? En la vida necesariamente productivista de las sociedades socializadas por el intercambio mercantil, la magnitud del tiempo de la vida social se determina *según sus efectos* sea sobre la productividad del trabajo o sobre la consuntividad del disfrute. Más grande será el tiempo mientras mayor sea la cantidad de producto que se produce en él o mientras mayor sea la capacidad de trabajo que, consumiendo bienes, se restaura en él. Lo que aquí importa del tiempo de trabajo son aquellos atributos suyos que afectan a la productividad, y éstos son principalmente dos: su extensión y su densidad. Mientras más largo sea el tiempo que dura el proceso de trabajo, mayor será la cantidad de producto que resulte de él y mayor, por tanto, la cantidad de valor que en él se constituya, es decir, se transmita y se cree. Pero además, mientras mejor se use o aproveche cada unidad extensiva del tiempo; mientras menos "porosa" sea; mientras más alto sea el grado de concentración con que el trabajo entra en el flujo temporal, mayor será su productividad tanto de objetos como de valor. La *magnitud* del tiempo de trabajo se determina, así, por la síntesis de estas dos variables, la *extensión* y la *densidad*. Una jornada es siempre un tiempo de trabajo más o menos largo y más o menos concentrado.

Figura I

La magnitud del tiempo de trabajo y las dimensiones de su productividad



En la reproducción de la riqueza social como proceso mediado por una circulación mercantil, la productividad del trabajo presenta siempre dos aspectos, el uno "concreto", el otro "abstracto"; productividad es el grado en que el trabajo es capaz, por un lado, de generar objetos concretos y, por otro, de conformar u constituir (*bilden*) valor. En cada unidad de tiempo el trabajo transforma o consume productivamente una masa mayor o menor de medios de producción y da lugar así a una cantidad de producto determinada. Pero también, en cada momento de su duración, el trabajo constituye el valor de ese producto en una acción doble que consiste, en un sentido, en *transmitir* o pasar el valor de los medios de producción al producto y, en otro, en *generar simultáneamente* un valor nuevo que viene a sumarse al anterior.

Si representamos en un sistema de coordenadas la determinación de la magnitud del tiempo de trabajo como causa de la productividad, tenemos que cruzar una coordenada horizontal, que marcaría la extensión temporal del trabajo, con una coordenada vertical doble (hacia arriba y hacia abajo), que marcaría la densidad del mismo y que sería, así, capaz de mostrar estos dos aspectos de la productividad. Pero también la coordenada horizontal de la longitud del tiempo debe estar trazada doblemente, puesto que sobre ella tienen que mostrarse los dos sentidos de la constitución del valor: la transmisión del ya

existente (hacia la izquierda) y la creación del nuevo (hacia la derecha). Supongamos un proceso capitalista de producción-valorización en el que un capital inicial C , que representa 32 unidades de valor (y que se compone de un capital constante c por 24 unidades de valor más un capital variable v por 8 unidades de valor), da lugar, en una jornada J de 8 horas de duración, a la producción de 40 unidades de producto, P , como base concreta de un capital resultante C' que representa 40 unidades de valor y que se compone del capital constante inicial más un capital variable incrementado o valor producido, por 16 unidades de valor (el mismo que incluye al capital variable reproducido, v' , por 8 unidades de valor, y al plusvalor (p), por 8 unidades de valor). La densidad del tiempo de trabajo se mostrará en tres magnitudes diferentes según afecte: a la consuntividad de la transmisión de valor, 3 unidades de valor por hora (arriba a la izquierda); a la productividad de la generación de valor, unidades de valor 2 unidades de valor por hora (arriba a la derecha; o a la productividad de producto, 5 unidades de producto. Por hora (abajo a la derecha). Si en esta representación centramos la atención en la zona que le corresponde al plusvalor, vemos que ésta se halla delimitada: 1] por el segmento que queda dentro de la línea que indica la extensión total de la jornada de 8 horas, una vez que se ha restado de ella el segmento de la jornada necesaria (4 horas), y 2] por la línea que indica 2 unidades por hora como densidad general de la producción de valor. Mientras mayor sea la longitud de los dos lados de esta zona cuadrangular, mayor será la superficie que indica la masa del plusvalor producido por el trabajador y explotado por el capitalista.

CLASIFICACIÓN DEL PLUSVALOR

Figura II

A. PLUSVALOR ABSOLUTO

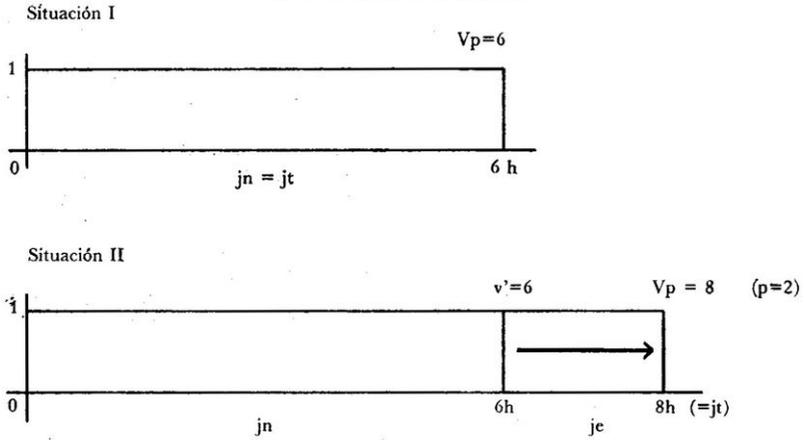
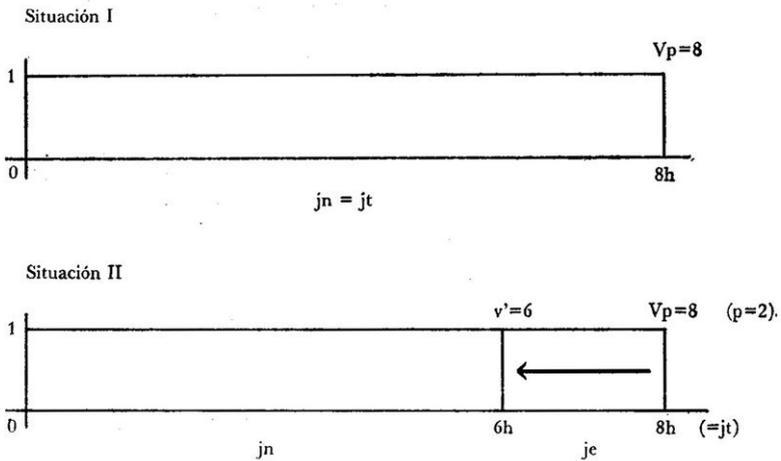


Figura III

B. PLUSVALOR RELATIVO



La presencia, dentro de la jornada total, de un tiempo de plustrabajo o jornada excedente explica la existencia del plusvalor. Esa presencia, por su parte, puede tener *dos causas diferentes*, claramente detectables. Puede *originarse* en una ampliación de la jornada total más allá de los límites de la jornada necesaria; en la implantación de una *nueva* jornada *total*, *mayor* que una *anterior* cuya magnitud coincidía con la jornada necesaria. La jornada excedente lo sería, en este caso, por adición respecto de una jornada *total* precedente. (Figura II). Pero el tiempo de plustrabajo puede originarse también en una reducción de la jornada necesaria abajo de los límites de la jornada total; en la implantación de una *nueva* jornada *total*, *igual* que una *anterior* pero cuya magnitud resulta ahora *mayor* que la de la jornada necesaria (con la que antes coincidía). La jornada excedente lo sería por *resta* respecto de una jornada *necesaria* precedente. (Figura III.)

El plusvalor, en tanto que valor producido por el trabajador durante la jornada excedente, proviene del surgimiento de ésta sea como diferencia *absoluta* entre dos magnitudes de la jornada total o como diferencia *relativa* entre las dos fracciones de una misma magnitud de la jornada total. El modo como aparece la diferencia entre jornada necesaria y jornada excedente es el criterio no sólo de la clasificación primaria del plusvalor como *plusvalor absoluto* y *plusvalor relativo*, sino también de la clasificación secundaria de cada uno de estos dos tipos básicos de plusvalor. En efecto, el modo como se amplía el tiempo de plustrabajo permite distinguir tanto dos tipos diferentes del primero: el plusvalor absoluto por aumento de la extensión de la jornada de trabajo y el plusvalor absoluto por aumento de la densidad del tiempo de trabajo, como dos tipos diferentes del segundo: el plusvalor relativo directo o por disminución de los medios de restauración de la fuerza de trabajo y el plusvalor relativo *indirecto* o por reducción del valor de esos medios de restauración.

Relación Técnica y Relación Social de Reproducción

Históricamente, el modo capitalista de reproducción de la riqueza objetiva aparece como una *reintroducción* de determinadas relaciones sociales en calidad de instancia mediadora de la relación técnica entre el factor subjetivo y el factor objetivo del proceso de producción y consumo.

Considerado en su estructura y en sus formas naturales arcaicas, el proceso en que el ser humano, con su sistema de capacidades de trabajo y necesidades de disfrute, entra en contacto técnico con el conjunto de medios de producción y consumo es necesariamente un proceso que sólo se cumple en la medida en que, a través de él, se lleva a cabo un proceso social o "político" de reproducción. Una figura concreta de la socialidad, una organización definida de las relaciones interindividuales de convivencia que constituyen la identidad del sujeto social es la que, para efectos de su propia ratificación o modificación histórica, estipula el conjunto de posibilidades técnicas dentro de las cuales tiene lugar la conjunción real o encuentro productivo/consuntivo entre los individuos sociales y su campo instrumental. Incluso en el mundo antiguo —en una época en que la sociedad unitaria de los tiempos arcaicos ha cedido ya el lugar a la sociedad escindida, y en la que por tanto el control social del acceso a los medios de producción se ha debilitado—, el pastor sólo puede cuidar el rebaño, y aprovechar los bienes que le entrega, en la medida en que es *esclavo*, es decir, en que contribuye a reproducir la relación social que constituye al sujeto como dividido en una clase de *amos* o propietarios de hombres y en otra de *esclavos* u hombres-propiedad. Igualmente más tarde, en el mundo feudal; allí el labrador sólo puede juntarse con la tierra, hacerla producir, y consumir sus frutos, en la medida en que es *siervo*, es decir paga un tributo o "renta" por el uso que hace del mundo, propiedad del *señor*, en el que tiene que existir. Hombre y suelo están separados; si se juntan es porque su unión reproduce la constitución social doble del sujeto: como dueño que "alquila" sus medios de producción y consumo y como paria o desposeído, que debe "tomarlos en alquiler" para poder vivir.

Reproducción mercantil simple

La situación histórica de la que parte el desarrollo del modo capitalista de la reproducción social no se caracteriza, sin embargo, por la presencia de este tipo de proyectos sociales concretos como instancia delimitadora de la interconexión técnica entre sujeto y objeto del proceso de producción/consumo.

Por el contrario, parte de una situación en la que innumerables fuerzas productivas/consuntivas privadas –totalidades técnicas de sujeto y objeto– se mueven en un campo neutro o indiferente, vacío de determinación “política” concreta, que las conecta mecánicamente entre sí: la esfera de la circulación mercantil. Se trata de un momento-lugar histórico, la ciudad burguesa originaria, en el que el mercado –aquel viejo dispositivo de circulación de los productos/bienes en tanto que mercancías u objetos equivalentes–, que había sido un simple medio al servicio de la reproducción de los proyectos concretos (esclavistas y feudales) de sociedad, deja de tener un encargo “político” y puede funcionar libremente, permitiendo que todas las unidades productoras/consumidoras privadas se expandan y diversifiquen sin que las obstaculice ninguna dependencia, jerarquía o desigualdad de derechos entre ellas.

La situación histórica en la que surge el capitalismo es aquella en la que el desmembramiento o atomización del cuerpo social, la ausencia de un sujeto unificado por un proyecto “político” concreto, se compensa con la inmediatez de la relación técnica entre el factor-sujeto y el factor-objeto del proceso de trabajo y disfrute. Aquí, entregada al azar del mercado, la (re-)socialización de los individuos privados es el efecto y no la causa de la existencia de esa relación técnica entre sujeto y objeto. En principio, para tener derecho real al uso de los medios de producción, el individuo privado no necesita cumplir ninguna otra condición que la de tener la destreza suficiente para producir con ellos objetos de valor de uso para los otros. El ser artesano no es, en esencia, una función social adjudicada, sino una función técnica adquirida.

La relación social que une a un propietario privado con los demás se basa en la conexión técnica que él tiene con las cosas; es la relación social la que ahora está mediada por la integración técnica –reflejada en el mecanismo de la circulación– que reúne a todas las cosas en calidad de “miembros” especializados del “mundo de las mercancías”.²⁸

²⁸ La propia circulación es un aparato; no requiere de sacerdotes o de funcionarios, sino de trabajadores especializados en su funcionamiento: los comerciantes.

Reproducción mercantil capitalista

La existencia históricamente breve y geográficamente escasa de este modo "a-político" o mercantil simple de la reproducción social es el eslabón que conecta la época precapitalista con la capitalista; es la premisa indispensable de esta última.²⁹ El capitalismo *reintroduce* la separación técnica entre factor-sujeto y factor-objeto del proceso de trabajo; reintroduce así la necesidad de que una relación social posibilite la reunión de ambos.

Es el modo de reproducción social mercantil simple el que, justamente al dejar indefinido el sentido "político" de la historia del proceso, se desarrolla hasta llegar a la abolición de su propio fundamento, hasta la destrucción de la totalidad técnica productor-medios de producción. La posesión de medios de producción capaces de convertir en efectivamente competitivo a un proceso de trabajo privado se vuelve cada vez más difícil para todos los propietarios privados de una sociedad. El desarrollo técnico desatado por la reproducción mercantil simple de la riqueza eleva cada vez más la magnitud mínima de valor atesorado necesaria para establecer una unidad productiva rentable. El medio de producción se vuelve cada vez más complejo y más caro y su posesión es monopolizada por aquella clase de propietarios privados cuya propiedad rebasa un elevado nivel mínimo de valor. La otra clase de propietarios privados, expulsada de la producción competitiva, ve reducirse su propiedad hasta quedar sólo en la de su mera fuerza de trabajo. Medios de producción por un lado, fuerzas de trabajo por otro; la escisión de la unidad técnica del proceso de trabajo reaparece. Su presencia es, sin embargo, completamente diferente a la que se encuentra en las sociedades precapitalistas. No se trata ya de una escisión establecida por un sujeto social orgánico y funcionante con el fin de superarla mediante la decantación técnica de su proyecto "político", organizador de las relaciones sociales de convivencia. Es una escisión de hecho, no provocada "por nadie", puesto que tiene lugar en

²⁹ La vigencia depurada de las relaciones mercantil-simples de producción/consumo tiene una existencia histórica efectiva –en la ciudad burguesa– que es sumamente limitada en lo espacial y lo temporal. Se trata de una vigencia que, si bien es condición indispensable *del tránsito inicial y fundante* del mundo feudal hacia el capitalismo, no es, sin embargo, una condición necesaria de la *expansión* de éste. Por lo general, en las situaciones precapitalistas, lo mercantil se encuentra subordinado a la acción de otros tipos de relaciones sociales. Es el propio capitalismo el que promueve en ellas la depuración y ampliación de lo mercantil, como condición de lo mercantil-capitalista.

la situación mercantil de atomización y suspensión del sujeto social como entidad "política" actuante. Igualmente ajena a toda voluntad de un sujeto es la solución que aparece para salvar esa escisión. Ella consiste también en la intervención de una relación social como instancia mediadora o posibilitante de la relación técnica entre la fuerza de trabajo y los medios de producción. Se trata de la relación social capitalista como relación de explotación de la clase de los propietarios de su sola fuerza de trabajo por la de los propietarios monopólicos de medios de producción. El modo mercantil simple de la reproducción social deriva espontáneamente hacia el modo mercantil capitalista de la misma; en él la sociedad produce y conserva técnicamente su riqueza objetiva sólo en virtud de que este proceso se encuentra subsumido y sirve de vehículo al cumplimiento de otro proceso, el de reproducción de la relación entre una fracción capitalista y una fracción trabajadora del sujeto como relación social constitutiva de este sujeto.

Lo característico del modo de reproducción social capitalista reside en que la necesidad de que exista esta relación social de explotación no se genera en la voluntad de autoafirmación de un sujeto global concreto, sino en una "voluntad cósmica", en una dinámica inerte que proviene de un "sujeto automático", el valor de las mercancías capitalistas valorizándose en el proceso de acumulación. Si el propietario privado de un proceso de reproducción independiente pretende seguir siéndolo, es decir, quiere subsistir, está obligado a convertir —si puede— su propiedad en dinero-capital. Mientras el propietario feudal, dueño de medios de producción permanentes o no producidos (la tierra), entregaba éstos en arriendo a los trabajadores y mantenía su propiedad gracias a la renta en especie que exigía de ellos, el propietario capitalista, dueño de medios de producción efímeros o producidos (los instrumentos), tiene ahora que tomar él en alquiler la fuerza de trabajo de los trabajadores. Sólo la venta de la mercancía producida por éstos, su conversión en dinero, le permite hacerse de los fondos necesarios para mantener y perfeccionar sus medios de producción según las exigencias de la competencia.

El propietario capitalista tiene que comprar trabajo, como fuerza o potencia de trabajo, y revenderlo, como trabajo realizado, para que el plusvalor resultante de esta compra-venta valore el valor de su propiedad. Valorizarlo es la única manera de mantenerlo, pues la magnitud que este valor requiere para garantizar la competitividad de

su proceso privado de reproducción es una magnitud siempre creciente. No valorizarlo implica desvalorizarlo, perder la propiedad de los medios de producción y caer en la clase de los que sólo son propietarios de su fuerza de trabajo. La voluntad subjetiva privada de sobrevivir se refleja como "voluntad" objetiva general de mantener la relación social que constituye al sujeto como la unidad de dos clases, la una explotadora de la otra.

Subsunición formal de la producción/consumo al capital

En el periodo inicial de la historia moderna, el funcionamiento técnico de la fuerza productiva –totalidad productor-medios de producción– no resulta afectado por la modificación formal que experimenta al ser mediado por la relación social capitalista. El proceso de producción mantiene sus características técnicas, adquiridas recientemente en la transición mercantil simple o heredadas de épocas más o menos remotas. Un conjunto de fuerzas de trabajo calificadas artesanalmente pone en movimiento un conjunto de medios de producción diversificados según una especialización bien definida del proceso de trabajo social. Este encuentro técnico de sujeto y objeto no experimenta ningún cambio substancial por el hecho de que las fuerzas de trabajo sólo entren en funcionamiento en la medida en que son alquiladas por el propietario de los medios de producción y permanecen frente a éstos durante una jornada que incluye un tiempo de plustrabajo. Aquí, el modo capitalista de producir subsume sólo formalmente al proceso técnico de la producción. Dicho en otros términos, la forma o el modo capitalista de sintetizar al sujeto y al objeto de las fuerzas productivas no afecta aún a la substancia del proceso productivo. El conjunto de bienes que se producen y los procedimientos que se emplean para ello continúan rigiéndose de acuerdo a un proyecto de vida social –de armonización entre producción y consumo– cuya meta se identifica todavía en torno a un conjunto concreto de valores sociales culturales dentro del cual la riqueza económica, sea en bienes o en valores, sea señorial o mercantil, no tiene el predominio que adquirirá posteriormente. Este primer momento de la historia capitalista es la época clásica de la explotación de plusvalor en su modalidad absoluta, es decir, mediante la ampliación de la jornada total de trabajo más allá de los límites de la jornada necesaria.

Clasificación del plusvalor absoluto

Una vez que ha tomado en alquiler la fuerza de trabajo y habiéndose comprometido a pagar por ello un salario determinado –establecido según el costo en cada caso inalterable de un conjunto también inalterable de medios de subsistencia del trabajador–, el capitalista tiene que aprovechar todas las oportunidades que existen de hacer que el proceso de trabajo dure más que el tiempo necesario para la producción del valor que habrá de representarse en dicho salario. Las oportunidades de introducir este tiempo de plustrabajo están determinadas por la capacidad de expansión que posee la magnitud del tiempo de trabajo. Esta capacidad es doble: el tiempo de trabajo puede, por un lado, *prolongarse* sobre la escala de la extensión temporal y, por otro, *condensarse* sobre la escala de la *densidad* temporal.

La presencia productiva del trabajador ante los medios de producción puede durar más o puede ser más *intensa*, puede consumir productivamente más medios de producción (de una productividad objetiva inalterada) en un *mayor número* de unidades de tiempo o en el mismo número pero en unidades de tiempo *más concentradas* (menos porosas).

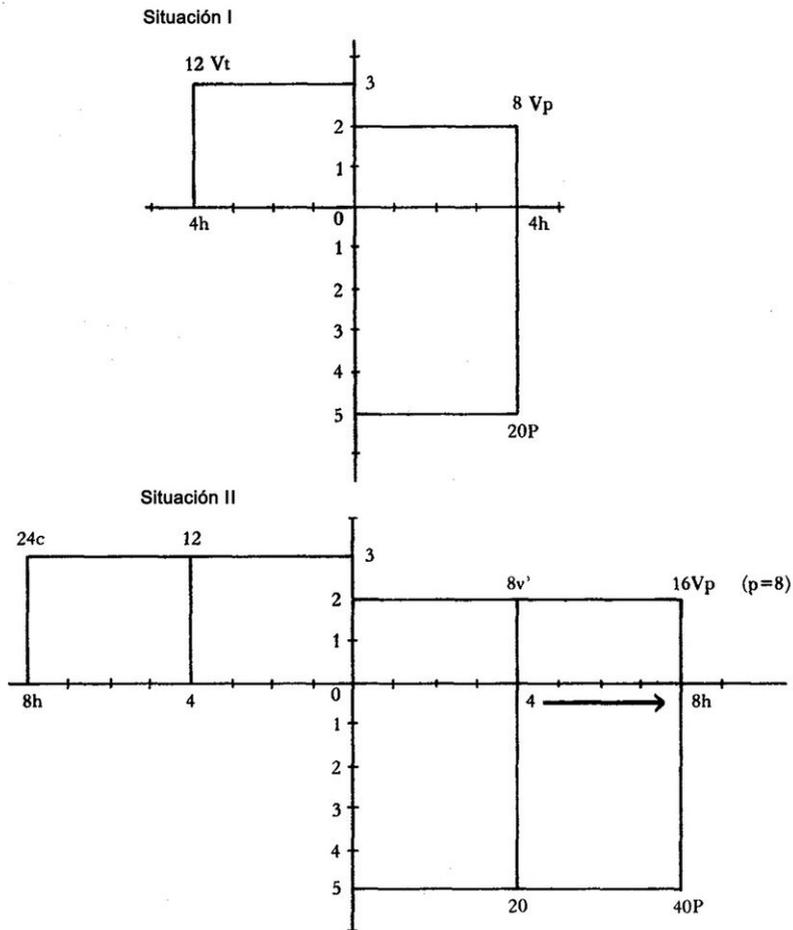
De acuerdo con la naturaleza particular del proceso de trabajo del que es propietario, el capitalista puede adoptar una variable u otra de estas dos que determinan la magnitud del tiempo de trabajo para introducir en la jornada el tiempo de plustrabajo

En el ejemplo de la Figura IV, el propietario de medios de producción que pasa a ser capitalista, es decir a emplear fuerza de trabajo ajena, duplica la generación de valor –la hace pasar de 8 a 16 unidades de valor producido– al ampliar la magnitud de la jornada, sea de 4 a 8 unidades dobles de tiempo de trabajo o de 8 unidades simples a 8 unidades dobles de tiempo de trabajo.³⁰ Si la restauración de la fuerza

³⁰ Si se deja fuera de consideración el grado de concentración intensiva del tiempo de trabajo como determinante de su magnitud, el plusvalor absoluto intensivo adquiere la apariencia de plusvalor relativo indirecto y se confunde con él. Es un pseudo-plusvalor relativo. Es como si el incremento de la productividad del trabajo se debiera a un incremento de la productividad de su factor-objeto (de los medios de producción) como puede ser, por ejemplo, el que resulta del empleo perfeccionado de un tiempo de trabajo de densidad inalterada, mediante la elevación de la escala cooperativa del proceso, y no al de la productividad de su factor-sujeto, que es el que verdaderamente tiene lugar. Es como si el plusvalor surgiera no de un incremento en la producción de valor, como es el caso, sino de una reducción (que en el ejemplo sería a 6.4 unidades de valor) del valor de la

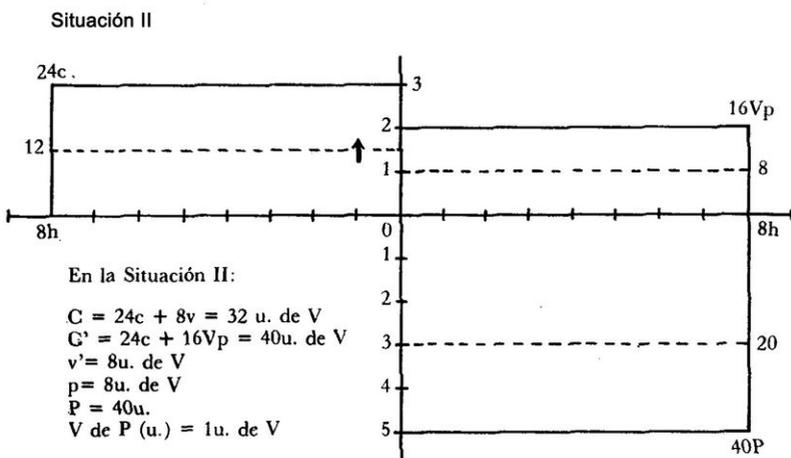
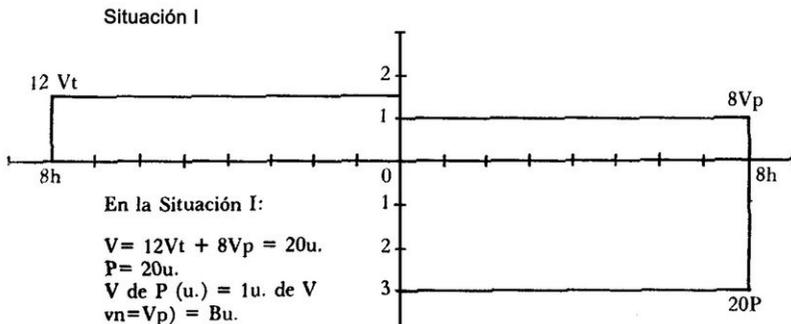
de trabajo requiere un consumo de 8 unidades de producto y el valor de éstas (8 unidades) se produce en 4 horas dobles o en 8 horas simples de trabajo, el valor producido en el tiempo excedente que ha sido añadido a la jornada es un *plusvalor absoluto*: en el primer caso *extensivo*, en el segundo *intensivo*.

Figura IV
A.1. Plusvalor absoluto extensivo



fuerza de trabajo, dado que las unidades de producto (8 en el ejemplo) que el trabajador necesita parecerían ser más baratas (no de 1 unidad de valor, resultante de dividir 40 C' entre 40P, sino de 0.8 de unidad de valor, resultante de dividir 32C' entre 40P).

A.2. Plusvalor absoluto intensivo



Productivismo capitalista

La subsunción formal bajo el proceso de acumulación de capital no afecta substancialmente al proceso de reproducción social, pero sí modifica su sentido estructural.

El productivismo de épocas anteriores, la orientación obsesiva de la vida social hacia la consecución de la riqueza objetiva; la represión, por un lado, y el fomento, por otro, de determinados comportamientos vitales, según obstaculicen o favorezcan el crecimiento del producto, experimentan desde los inicios de la época capitalista una modificación radical. No es el producto lo que debe perseguir ahora la vida social, sino la producción en sí misma.

El valor de la mercancía-capitalista, el "sujeto automático" de la vida social enajenada, sólo puede existir, es decir valorizarse, en el proceso de producción como producción de plusvalor. La producción ya no es el medio, sino el fin. Tanto el propietario de los medios de producción como el de la fuerza de trabajo sacan su derecho a la existencia de su estar ahí para la producción. El primero, el capitalista, sólo puede disponer de un rédito para su consumo improductivo una vez que, de la ganancia en que se representa el plusvalor, ha entregado a la producción el pluscapital indispensable; su riqueza es riqueza para la producción. Con mayor razón el segundo, el trabajador. Su riqueza está en el tiempo libre o de disfrute, en aquella parte de su día vital que está entre la jornada de trabajo y el tiempo de restauración de su fuerza de trabajo. Es justamente esta riqueza del trabajador la que el capitalismo convierte en tiempo de plustrabajo o tiempo para la producción de plusvalor. Sólo mediante el sacrificio del tiempo de disfrute puede llevarse a cabo la ampliación de la jornada que es la causa del plusvalor absoluto.³¹

La explotación de plusvalor absoluto extensivo muestra claramente, en un número de horas determinado, la invasión del tiempo de disfrute por el tiempo de plustrabajo. Las horas dedicadas por el trabajador al sueño y al cumplimiento de las funciones vitales más elementales, el tiempo de la pura restauración de su fuerza de trabajo, marca el límite ante el que debe detenerse la ampliación extensiva de la jornada. Las otras horas, las del tiempo libre o de disfrute, aquellas durante las cuales el trabajador vive como ser social cultural –se relaciona directamente con las otras personas, habla, ama, juega, festeja, etcétera– son todas horas susceptibles de ser convertidas en tiempo para la producción. Los retazos de tiempo libre que pueden salvarse en las interrupciones tanto del tiempo de trabajo como del tiempo de restauración o que pueden protegerse mediante la limitación contractual de la jornada no pueden nunca abolir el hecho de su sacrificio.

³¹ Si en épocas anteriores este sacrificio fue "naturalmente? necesario, exigido por la debilidad de las fuerzas productivas frente a la naturaleza (por la escasez del producto) que era interiorizada socialmente como fundamento de la estratificación del sujeto, en la época capitalista se trata de un sacrificio "naturalmente? innecesario, impuesto exclusivamente por el modo de funcionamiento de las fuerzas productivas. La proyección de esta necesidad puramente social del sacrificio sobre la relación entre las fuerzas productivas y la naturaleza crea una situación artificial de permanente debilidad de aquéllas frente a ésta (una escasez artificial del producto). De esta manera, el sacrificio sigue siendo "necesario? incluso con la nueva base histórico-natural de la vida social, que es la de una supremacía de las fuerzas productivas sobre la naturaleza (la de una abundancia posible de producto).

La explotación de plusvalor absoluto intensivo oculta este mismo hecho bajo el respeto de una determinada restricción del número de horas de la jornada de trabajo. El desgaste concentrado de las fuerzas del trabajador que viene con la intensificación del proceso hace que el tiempo libre o de disfrute sea invadido en este caso por el tiempo dedicado a la restauración de esas fuerzas. El cansancio, la abulia, la disminución de la presencia vital del trabajador indican que la energía necesaria para aprovechar debidamente el tiempo de disfrute se quedó en el tiempo no tan prolongado pero sí especialmente denso de la jornada de trabajo.³²

La causa del plusvalor absoluto, la imposición de una jornada excedente como ampliación de la jornada total mediante el sacrificio del tiempo de disfrute, lejos de ser sustituida por los mecanismos posteriores de explotación de plusvalor relativo, no sólo permanece junto a ellos como un recurso complementario, sino que constituye su fundamento indispensable.

Cooperación y capitalismo

La subsunción del proceso de trabajo al proceso de acumulación de capital transita necesariamente de su estado puramente formal o preparatorio a otro definitivo en el que se vuelve real o substancial. La subsunción formal afecta al sentido de la síntesis de las fuerzas productivas. Sujeto y objeto se juntan en la producción, pero no lo hacen ya en virtud de la afinidad técnica mutua que existe entre ellos, sino debido a la complementariedad que les impone el hecho social de ser ambos los componentes de una sola propiedad: el capital del capitalista. La dinámica que los interconecta no está regida por la perspectiva de alcanzar bienes para el disfrute del sujeto, ni siquiera por la de atesorar valores como posibilidad congelada de ese disfrute, sino por la exigencia de dar al capitalista la posibilidad de que vuelva a "producir", es decir, a juntar una vez más a los factores de la producción. El productivismo capitalista es el sentido que obliga al funcionamiento de las fuerzas productivas. Pero una cosa es juntarse por afinidad y otra diferente hacerlo por compulsión. Cultivada durante siglos –en ciertos casos incluso milenios–, una íntima copertenencia

³² La disposición a ciertos juegos deportivos es la muestra más benigna de esta disminución. Por debajo de la cuota de disfrute y de satisfacción simbólica que implican, en ellos el gasto del remanente de energía muscular intenta establecer un equilibrio negativo con el grado de desgaste psíquico que fue alcanzado en la jornada de trabajo.

reunía en épocas precapitalistas a las distintas fuerzas de trabajo individuales dentro de la totalidad imprecisa pero estructurada del sujeto de trabajo social global. Las capacidades de producción se organizaban espontáneamente en torno a un sistema que el sujeto social había constituido lenta y minuciosamente, que repartía el trabajo y que adjudicaba así a la operación realizada por cada una de ellas una función cooperativa diferencial. Producir era cooperar –en el orbe civilizado, en el territorio rural-ciudadino, en la ciudad y en el taller individual–, y la cooperación se regía por principios técnico-culturales evidentes por sí mismos para el sujeto social en la medida en que, por más mediados que fueran, eran creaciones suyas. El medio de producción –la tierra y los instrumentos– se acoplaba al sistema de capacidades productivas del sujeto a manera de plasmación material de una imagen que reflejaba a ese sistema pero ampliado indefinidamente sobre un horizonte abierto de efectividades posibles. Si la cooperación era el modo de existencia del sujeto de trabajo, la forma particular de esta cooperación determinaba la estructura tecnológica del medio de producción. Entre sujeto y objeto de trabajo existía también una copertenencia profunda; si se juntaban en el proceso productivo era debido a su afinidad técnico-cultural.

La subsunción formal del trabajo al capital afecta fundamentalmente, primero, a la existencia cooperativa de la fuerza de trabajo y, después, a la relación de afinidad entre ésta y la efectividad técnica del medio de producción. Si distintas fuerzas de trabajo cooperan sobre unos medios de producción, la necesidad técnica que los reúne ahora no rige por sí misma sino sólo en tanto que se halla mediada por la necesidad del productivismo capitalista. El trabajador, el sujeto cooperativo, no tiene ya su sujetidad en sí mismo, sino fuera de sí; en la “voluntad” de autovalorización del capital que está al cuidado del capitalista. De ser actor, el sujeto pasa a ser espectador de su sujetidad; no tiene ya ningún lazo de interioridad con lo que él mismo hace. Su existencia colectiva en la cooperación la experimenta únicamente como el efecto de una compulsión unificadora que le es ajena. Esta desarticulación del sujeto trabajador deriva necesariamente en una desarticulación de su relación técnica con el medio de producción; éste le es ajeno no sólo porque ahora es propiedad del capitalista, sino porque su efectividad técnica requiere un tipo de acción cooperativa que él ya no está en capacidad de desplegar.

Subsunción real de la producción / consumo al capital

La subsunción formal prepara el apareamiento de la subsunción real del trabajo al capital en la medida en que, a] elimina el fundamento subjetivo de la existencia cooperativa del trabajador al supeditarla a una necesidad cósmica, la necesidad que tiene el capital, para valorizarse, de ser invertido como capital variable en el mercado de trabajo, de adquirir la forma real de un conjunto efectivo de fuerzas de trabajo individuales y b] invalida la afinidad técnico-cultural entre sujeto y objeto de trabajo al supeditarla a la pura coincidencia de ambos como figuras reales de las dos partes complementarias de un mismo capital. Es una crisis técnica –del sujeto (de la cooperación entre fuerzas de trabajo) y del objeto (de la efectividad de los medios de producción)– la que, como resultado de la subsunción formal, reclama el surgimiento de un nuevo tipo de cooperación laboral, de un nuevo tipo de medios de producción y, en general, de un nuevo tipo de estructura tecnológica, capaz de permitir una sintetización de las fuerzas productivas que esté de acuerdo con el productivismo capitalista y no en resistencia a él. La subsunción real se presenta, así, como la penetración hasta la misma substancia técnico-cultural del proceso social de producción/consumo del modo capitalista de la conjunción entre sujeto y objeto de trabajo.

La cooperación capitalista –relación cosificada o mediante nexos en exterioridad– y, la conjunción capitalista del trabajador con el medio de producción –relación de indiferencia técnico-cultural– constituyen el núcleo de determinación a partir del cual tiene lugar históricamente el revolucionamiento moderno de toda la estructura tecnológica del proceso de producción/consumo y la reconstrucción de las fuerzas productivas con una forma capitalista real o substancializada. La revolución industrial que originalmente viene a potenciar la estructura tecnológica de la manufactura capitalista, y que a partir de entonces se repite periódicamente en un proceso ascendente, se convierte en el fundamento de una historia del proceso de reproducción social en la que el sujeto como un todo desarticulado pero disciplinado se “perfecciona” cada vez más y la extrañeza entre él y las condiciones objetivas de su vida se acentúan crecientemente.

Con la subsunción formal, la necesidad capitalista de crear tiempo de plusvalor se hallaba encerrada dentro de fronteras infranqueables. No podía cumplirse más allá de lo que permitía la elasticidad extensiva e intensiva de la magnitud del tiempo de trabajo, elasticidad que se halla siempre limitada en términos tanto físicos como culturales. Sin embargo, la subsunción formal planteó también claramente las posibilidades del cumplimiento libre de esa necesidad de crear tiempo de plustrabajo, indicó el lugar y la dirección en que debía iniciarse la subsunción real. La ventaja que tenía en la competencia el capitalista cuyo proceso productivo estaba favorecido por una productividad extraordinariamente alta debida a causas naturales podía ser reducida e incluso eliminada por otro capitalista si hacía intervenir dos causas artificiales:

- 1] la racionalización abstracta del proceso de trabajo y
- 2] la introducción de fuerzas de trabajo más baratas que las espontáneamente disponibles. La productividad podía incrementarse considerablemente si las técnicas productivas tradicionales, desarrolladas por el trabajador para mantener un cierto grado de disfrute durante el tiempo de trabajo, eran sustituidas por otras cuyo único efecto consistiese en el consumo productivo de los medios de producción.

Por otro lado, el gasto en mano de obra podía reducirse también considerablemente si era posible emplear trabajadores con fuerza de trabajo de valor inferior al vigente, es decir, que necesitaran menos satisfactores o satisfactores más baratos. Realizada primero como desarrollo capitalista de la manufactura y después como transformación de la industria manufacturera en industria maquinizada, la subsunción real del proceso de reproducción al proceso de acumulación llegó para substancializar o convertir en reales (en inherentes a la estructura técnica del proceso de reproducción) tanto la tendencia o la racionalización abstracta de su funcionamiento como la tendencia a la reducción del valor de la fuerza de trabajo. La competencia feroz de los capitalistas entre sí por ser los pioneros del progreso, los introductores de cada vez nuevas racionalizaciones abstractas del proceso productivo –innovaciones en los procedimientos y los instrumentos de trabajo–, no persigue únicamente, mediante el incremento de la productividad, el fin

coyuntural de alcanzar una ganancia extraordinaria, sino la meta general, oculta para ellos en lo individual, de abatir periódicamente el valor de la fuerza de trabajo y reducir de esta manera la parte del valor producido por el trabajador que, destinada a pagar el salario, no puede convertirse en ganancia.

La reproducción del trabajador

Mantenerse en vida es para el trabajador mantener, mediante la reproducción periódica de una suma de valor determinada, el funcionamiento de un proceso privado de reproducción humana: es mantenerse en calidad de propietario privado, es decir, realizarse como agente exclusivo de este doble proceso, "abstracto" y "concreto", de reproducción. Carente de medios de producción, este proceso genera un producto —el "objeto" fuerza de trabajo— que tiene la peculiaridad de no resultar, como todos, de la producción sino del consumo: es el efecto de la actividad con la que el trabajador restaura y disfruta su propia humanidad. Si el capitalista es el propietario privado que tiene el monopolio de los medios necesarios para la producción de todos los objetos mercantiles, el trabajador es el propietario privado que tiene el "monopolio" de la "producción" de la mercancía fuerza de trabajo. Los medios de subsistencia no se convierten por sí solos en fuerza de trabajo. El trabajador, al consumirlos "improductivamente", es quien los convierte en ese "objeto" *sui generis*. El trabajador no tiene que mantener el funcionamiento de ningún proceso de producción que le sea propio; lo único que debe mantener en funcionamiento es su proceso de consumo. ¿Cuáles son los bienes que el trabajador necesita para mantener el funcionamiento del proceso concreto de reproducción cuyo agente exclusivo es él? ¿En qué medida los necesita? ¿Cuál es su valor y, por tanto, el de la fuerza de trabajo sustentada por ellos? ¿Cuánto valor debería el trabajador exigir del capitalista en calidad de salario? Como es evidente, ni la composición cualitativa ni el nivel cuantitativo ni, por tanto, el valor de ese conjunto de bienes pueden fijarse en general. Determinados bienes que en una situación histórico-cultural son necesarios para el trabajador, en otra no lo son o lo son pero en diferente medida. Sin embargo, aunque el valor que debería tener la fuerza de trabajo como mercancía puede variar considerablemente de una situación a otra, en cada una de estas situaciones posee una magnitud que se mantiene dentro de ciertos márgenes de vigencia

incuestionable. El límite mínimo hasta el cual puede contraerse el conjunto elástico de necesidades que el trabajador debe satisfacer para mantener en funcionamiento su proceso privado de reproducción está demarcado por el uso social en cada situación histórico-natural concreta. Es aquel límite por debajo del cual el sujeto social, resocializado cosificadamente bajo la forma de nación estatal por la dinámica histórica del capital, considera que la existencia de sus individuos sociales deja de ser compatible con la dignidad humana. Pero la nación del Estado es siempre una versión disminuida del sujeto social. Carente de vigencia política real, éste puede llegar a ser refuncionalizado de tal manera por la empresa estatal del capital que su noción histórico-cultural de dignidad humana, al nacionalizarse, puede rebajarse hasta coincidir con la de dignidad biológica a secas.

El uso social que demarca la figura concreta y el límite cuantitativo mínimos del conjunto de necesidades de reproducción del trabajador es un campo de enfrentamiento. En él luchan dos tendencias contrapuestas, por un lado, la del sujeto social, desmembrado pero atenido idealmente a una noción cultural concreta, paseísta o futurista, de dignidad humana; por otro, la tendencia de la socialización mercantil capitalista, que define en la práctica al ser humano como pura y simple fuerza de trabajo. Después de la destrucción de su socialidad precapitalista, el sujeto social guarda como último refugio de su dignidad humana una ruina cultural, la existencia en familia. El proceso de reproducción privado cuyo funcionamiento debe mantener el trabajador es, para éste, el de su unidad familiar. Las necesidades que él pretende satisfacer con su salario (durante todo el tiempo que dura su edad productiva) son las de la vida no sólo física sino también cultural de todo un conjunto de personas que se organiza en torno a él. El valor mínimo de la fuerza de trabajo que vende al capitalista sólo puede ser, para él, el que corresponde a todos los bienes capaces de satisfacer ese cúmulo complejo de necesidades. Desde la perspectiva de la socialización capitalista, la estipulación de este valor es completamente diferente y las pretensiones del sujeto son siempre exageradas. Según ella, el resguardo de la dignidad humana no requiere ni de la existencia del trabajador en el seno de una familia compleja ni de la potenciación cultural de las necesidades físicas; el valor mínimo de la fuerza de trabajo es el de los bienes necesarios para la reproducción física adecuada del trabajador como individuo aislado.

El uso social demarca, así, el límite mínimo del valor de la fuerza de trabajo ubicándolo entre estas dos propuestas diferentes. Lo que decide en cada caso el sitio de esta demarcación es la capacidad del trabajador de superar, mediante su propia organización, la desventaja en que se encuentra ante el capitalista debida al hecho de que sus miembros individuales, amenazados por la desocupación, compiten unos con otros en la oferta de fuerza de trabajo más barata.

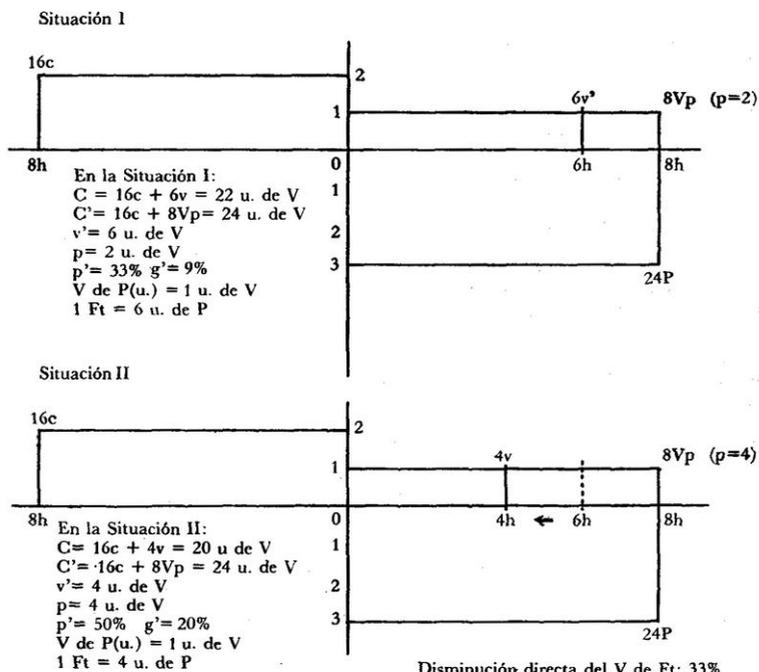
Clasificación del plusvalor relativo

El carácter elástico de la magnitud del valor de la mercancía fuerza de trabajo es el hecho a través del cual la subsunción real de la reproducción social a la acumulación capitalista introduce el tiempo relativo del plustrabajo en la jornada del trabajador. Si el conjunto de las necesidades del trabajador es modificable y si los bienes capaces de satisfacerlas le sirven a él sólo para el uso o consumo y no para el intercambio, el modo capitalista de producción/consumo tiene ante sí dos posibilidades diferentes pero complementarias de provocar el abaratamiento de la mercancía fuerza de trabajo y, consecuentemente, de ampliar dentro de la jornada laboral el tiempo de plustrabajo a expensas del tiempo de trabajo necesario, es decir, de elevar relativamente el grado de explotación de la fuerza de trabajo o la tasa del plusvalor. De una parte, puede motivar la reducción de la calidad o la magnitud del conjunto de necesidades del trabajador. De otra, puede fomentar el abaratamiento de los bienes necesarios para la satisfacción de esas necesidades.

Supongamos un ciclo productivo (Figura V, Situación I) en el que el trabajador, en una jornada de 18 horas, produce 24 unidades de producto y, al mismo tiempo, conserva 18 unidades de valor (de los medios de producción) y produce 8 unidades de valor de las cuales 6 (producidas en 6 horas) son valor necesario y 2 (producidas en 2 horas) son valor excedente o plusvalor. En este ciclo, el valor de la fuerza de trabajo es de 6 unidades de valor porque el trabajador necesita, para reproducirse adecuadamente, 6 unidades de producto (que valen 6 unidades de valor). Supongamos ahora otro ciclo reproductivo (Situación II), que venga a continuación del anterior y que sea similar a él en todo menos en el grado de consuntividad de su fase consuntiva.

Supongamos que éste ha descendido en 33%; que el trabajador ha pasado a necesitar no 6 sino 4 unidades de producto para reproducirse: que ha reducido cualitativa y/o cuantitativamente sus necesidades. Para producir el valor (4 unidades) de estos bienes, es decir el valor de su fuerza de trabajo, necesita sólo 4 horas de trabajo y no 6 como antes. Como su jornada sigue siendo de 8 horas, la diferencia relativa entre el tiempo de trabajo necesario y el tiempo de plus trabajo se ha modificado dentro de ella: ha aumentado relativamente el segundo a expensas del primero. El plusvalor relativo (2 unidades de valor) que resulta de esta modificación es directo por cuanto proviene de una reducción del valor de la fuerza de trabajo que no depende de ninguna otra variación de valor intermedia en el mundo mercantil.

Figura V
Plusvalor relativo directo



Plusvalor relativo indirecto

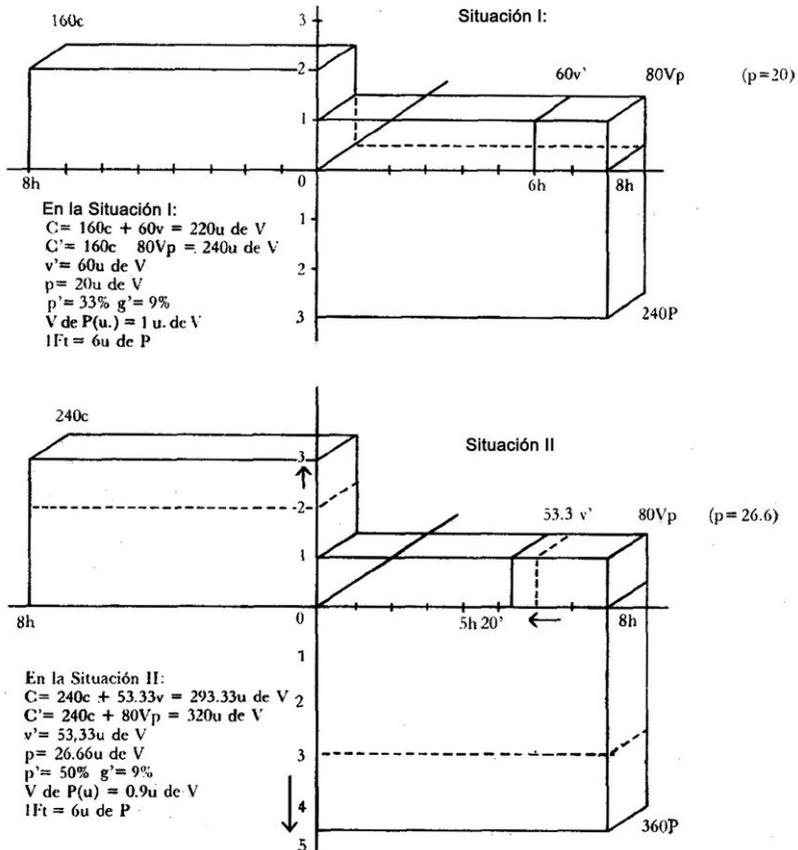
Cuando de un ciclo (o conjunto de ciclos) de producción/consumo a otro la restauración del trabajador pasa a realizarse mediante el consumo *del mismo conjunto de bienes* pero en condiciones tales que resulta menos costoso que el consumido anteriormente, el abaratamiento de la mercancía fuerza de trabajo es un *abaratamiento indirecto* y el plus-trabajo que se añade al que ya era explotado por el capitalista constituye la substancia de un *plusvalor relativo indirecto*. La fuerza de trabajo ha reducido su participación dentro de la composición del valor de la mercancía productiva en la empresa capitalista, pero esta disminución de su valor no se debe, como en el caso anterior, a una reducción del valor de uso del conjunto de bienes que reproducen al trabajador, sino a la reducción del valor de los mismos, a su abaratamiento. De un ciclo a otro, el proceso de trabajo se ha vuelto más productivo; el mismo conjunto de bienes se produce ahora con un gasto menor de tiempo de trabajo y es esta disminución de su valor la que se transmite a la mercancía fuerza de trabajo.

Supongamos un ciclo productivo (Figura VI, Situación I) en el que el trabajador (compuesto por 10 trabajadores individuales), al mismo tiempo que, en una jornada de 8 horas, produce 240 unidades de producto y conserva 160 unidades de valor (de los medios de producción), genera 80 unidades de valor, de las cuales 60 (producidas en 6 horas) son valor necesario y 20 (producidas en 2 horas) son valor excedente o plusvalor. En este ciclo, el valor de la fuerza de trabajo es de 60 unidades porque ése también es el valor de las 60 unidades de producto que el trabajador necesita para reproducirse adecuadamente. Supongamos ahora un ciclo reproductivo (Situación II) que siga al anterior y que sea similar a él en todo menos en el grado de productividad de su fase productiva. Supongamos que éste ha ascendido en 50%; que el proceso de trabajo –debido al perfeccionamiento sea de su factor-objeto o de su factor-sujeto– produce ahora durante las 8 horas no 240 sino 360 unidades de producto (o, lo que es lo mismo, consume productivamente medios de producción con un valor, que se conserva, de 240 unidades y no 160). En estas condiciones, el valor de cada unidad del producto se reduce de 1 unidad de valor a 0.9 de unidad de valor y, consecuentemente, el valor de las 60 unidades de producto que el trabajador necesita para reproducirse se reduce también de 60 unidades de valor a 53.3. Abaratados los medios de su reproducción, el

trabajador ve también abaratada indirectamente su fuerza de trabajo. Para producir el valor que ella cuesta ahora no necesita ya 6 de las 8 horas de la jornada sino solamente 5 horas y 20 minutos. Los 40 minutos restantes, que antes pertenecían al tiempo de trabajo necesario y que pasan ahora a engrosar el tiempo de plus trabajo, modifican, dentro de una jornada que es invariable, la relación cuantitativa entre las dos fracciones que la componen. Son la substancia de 6.6 unidades de un plusvalor relativo que puede ser llamado *indirecto* por cuanto proviene de una reducción del valor de la fuerza de trabajo dependiente de una reducción previa del valor de las otras mercancías.

La presencia del plusvalor relativo indirecto se origina en el incremento de la productividad del trabajo que aparece en el paso de un ciclo reproductivo a otro. A su vez, el incremento de la productividad, la capacidad de producir una masa "mejor" y/o mayor de satisfactores durante un mismo tiempo de trabajo, depende del progreso en la racionalización técnica del proceso productivo, entendida ésta como el descubrimiento –logrado mediante la aplicación de los conocimientos científicos– de posibilidades más eficaces de funcionamiento, sea del factor-objeto o del factor-sujeto de dicho proceso. Si la racionalización técnica descubre nuevos territorios de apropiación en la naturaleza –nuevos objetos de trabajo (fuentes de energía, yacimientos minerales tierras de cultivo, etcétera)– o nuevos procedimientos de apropiación productiva –nuevos instrumentos de trabajo–, la productividad que se incrementa gracias a ello es la del factor objetivo del proceso de trabajo. En el caso que hemos supuesto, la Situación II puede ser el resultado de este tipo de incremento de la productividad del trabajo: nuevos medios de producción "se dejan" consumir productivamente en menos tiempo de operación por una misma fuerza de trabajo. Pero esa misma situación puede también provenir de un progreso de la racionalización técnica menos espectacular pero igualmente efectivo; de un descubrimiento de nuevos y más eficaces procedimientos de organización cooperativa de la fuerza de trabajo ("fordismo", "taylorismo"). La productividad incrementada que caracteriza a la Situación II puede corresponder al factor subjetivo del proceso de trabajo: las 10 fuerzas de trabajo que con el esquema cooperativo de la Situación I sólo conservan 160 unidades de valor (de los medios de producción) serían las que, con el esquema cooperativo perfeccionado de la Situación II, llegan a conservar 240 unidades.

Figura VI
Plusvalor relativo indirecto



Disminución indirecta del V de Ft: 10%

El plusvalor suplementario y la sobre-explotación

Todos los cuatro procedimientos básicos de creación de tiempo de plustrabajo se combinan –de manera diferente en cada caso– para lograr un único efecto, elevar al máximo posible el grado de explotación de la fuerza de trabajo y su expresión, la tasa del plusvalor (p/v). Esta, sin embargo, no puede elevarse más allá de ciertos límites sin romper con el principio mercantil en general del intercambio de equivalentes, principio que sostiene en la práctica la posibilidad misma de la relación social capitalista.

El trabajador alquila al capitalista un “objeto” que es su propiedad –la fuerza de trabajo–; por tanto, el capitalista, después de usarlo, tiene que devolvérselo. Si lo devolviera sólo en parte o deteriorado, el capitalista, en el intercambio, estaría tomando más de lo que da, despojaría al trabajador de parte de su propiedad privada. Igualmente, si el salario que recibe por el alquiler de su fuerza de trabajo no le alcanzara al trabajador para pagar los costos de restauración de la misma, el capitalista, en el intercambio, estaría dando menos de lo que recibe, robaría al trabajador una parte del valor que le corresponde.

Aunque la vigencia de esta sobre-explotación del trabajador no es estructuralmente indispensable para el funcionamiento del capitalismo, ella es un *hecho históricamente necesario*, que acompaña a la explotación propiamente capitalista en todas aquellas circunstancias en las que el trabajador no está en capacidad de defender sus derechos como propietario privado, es decir, como socio de la empresa estatal que fomenta la reproducción de una riqueza nacional.

La única manera de distinguir el punto a partir del cual la tasa de plusvalor expresa la presencia de un *plusvalor espurio o suplementario* junto al plusvalor “legal”, es decir, el límite más allá del cual la explotación capitalista se agudiza hasta implicar una *sobre-explotación* o un despojo directo del trabajador, es mediante el análisis de la complejidad que caracteriza al proceso de reproducción de la fuerza de trabajo.

La fuerza de trabajo sólo existe en la medida en que existe el trabajador. Ella es sólo un elemento del *conjunto de capacidades vitales* de éste, y su existencia depende del hecho de que este conjunto de capacidades se encuentra mantenido por la satisfacción de un *conjunto* correspondiente de *necesidades vitales*. Este conjunto, por su parte, se compone mínimamente de las necesidades de habitación, vestido y sustento que tiene toda una unidad familiar elemental. Para que se reproduzca la fuerza de trabajo es indispensable que su venta como mercancía le aporte al trabajador el dinero suficiente para mantener la vida de, al menos, dos individuos humanos durante todo el tiempo de su existencia: la vida del individuo portador de la fuerza de trabajo mercantificable y la vida de un compañero suyo, cuya fuerza de trabajo no es mercantificable. De hecho, el individuo que debe vender su fuerza de trabajo sólo puede hacerlo en la parte intermedia de su

edad vital. En la parte inicial de ésta, su fuerza de trabajo se encuentra apenas en proceso de formación y no es mercantificable; en la parte final se encuentra en retiro, está ya en vías de agotarse y tampoco puede ser mercantificada. En ambos periodos, el individuo tiene que ser mantenido, sea por su padre o por su hijo, pues no puede ganarse la vida. De hecho, pues, durante la parte intermedia de su edad vital, el individuo debe ganar con la venta de su fuerza de trabajo tanto los medios de subsistencia suyos y de su compañera –quien, sin mercantificar su fuerza de trabajo, la gasta en la reproducción del trabajador-familia– como los de sus padres en edad de retiro y los de sus hijos en edad de formación: un equivalente de los medios de subsistencia suyos y de su compañera correspondientes a toda la edad vital de ambos.

Al cabo del periodo productivo de su vida, el individuo integrado en la producción capitalista habrá entregado al capitalista *toda* su fuerza de trabajo a cambio de *todos* los medios de subsistencia consumidos por el trabajador concreto al que pertenece. Sin embargo, el intercambio total de fuerza de trabajo por medios de subsistencia no se realiza en un solo acto; es un proceso que tiene lugar en *miles de actos parciales*. Esto sucede así porque el trabajador no cumple la reproducción de su fuerza de trabajo en un solo ciclo de 45 años, sino en miles de ciclos diarios. En cada jornada de trabajo, el trabajador sólo puede entregar al capitalista *una fracción* de su fuerza de trabajo total: aquella fracción que es restaurable cotidianamente, disminuida sólo en mínima parte por su envejecimiento o desgaste natural. Igualmente, el capitalista sólo tiene que entregar al trabajador en cada jornada aquella parte del total de los medios de subsistencia que corresponde a la fracción de la fuerza de trabajo que recibe. Día a día, una fracción de la fuerza de trabajo total es dada a cambio de la fracción respectiva de la suma total de medios de subsistencia.

El *fraccionamiento del intercambio* entre fuerza de trabajo y medios de subsistencia es el hecho que permite la aparición de la sobreexplotación del trabajador y la generación del plusvalor suplementario. Si, por un lado, el capitalista paga al trabajador menos de lo que éste necesita día a día para restaurar su fuerza de trabajo, o si, por otro lado, gasta de ella más de lo que es restaurable día a día, el consumo de la misma deja de implicar solamente una disminución, desgaste o envejecimiento naturales del trabajador y pasa a ser una *destrucción*

paulatina del mismo. Si la fuerza de trabajo se desgasta en cada jornada de trabajo más allá de los límites social-naturales establecidos, el trabajador deja de estar en condiciones de consumir adecuadamente sus medios de subsistencia en el periodo de restauración y disfrute de su día vital, y deja por tanto de reproducir adecuadamente su humanidad. Igualmente, si el trabajador no dispone de los medios de subsistencia requeridos, en la medida social-natural establecida, la restauración de su fuerza de trabajo obliga al sacrificio de la satisfacción de otras necesidades e implica también una reproducción defectuosa de su existencia como ser humano. Mirada en su aspecto cuantificable, la presencia de esta sobre-explotación del trabajador resulta aproximadamente detectable cuando se trata de la primera de sus dos modalidades; el desgaste cotidiano excesivo de la fuerza de trabajo. En este caso, el consumo que el capitalista hace de la magnitud total de la fuerza de trabajo se cumple en un lapso de tiempo menor que la duración de la edad activa del individuo productor. La parte final de este periodo pasa a sumarse, o a sustituir (como sucede generalmente, pues la duración de la vida se acorta), al resto no activo de la vida del trabajador. Es un tiempo que éste debe vivir carente de la fuerza de trabajo correspondiente, es decir, privado de la mercancía cuya venta debería garantizarle la adquisición de sus medios de subsistencia. Cuando se trata de la segunda modalidad del plusvalor suplementario –aquella que se debe a la insuficiencia del salario respecto de las necesidades del trabajador–, su presencia cuantitativa resulta más borrosa. Dada la elasticidad del conjunto de las necesidades del trabajador, la insatisfacción de éstas parece inaprehensible si no conlleva efectos extremos como desnutrición, analfabetismo, enfermedad, etcétera. No lo es del todo, sin embargo.

Cuando el plusvalor que extrae el capitalista es del tipo relativo indirecto, el abaratamiento de los satisfactores requeridos por el trabajador puede implicar sea el mantenimiento del conjunto de necesidades o una modificación “insubstancial” del mismo; las necesidades establecidas pueden pasar a ser satisfechas con bienes más baratos o pueden ser sustituidas por otras “equiparables” pero que aceptan satisfactores menos costosos. De ser así, se presentaría el caso “clásico”, la tasa de plusvalor seguiría expresando un determinado grado “normal” de explotación de la fuerza de trabajo. El salario del trabajador le permitiría reproducirse “plenamente”.

Pero si el abaratamiento de los satisfactores implica una modificación del conjunto establecido de necesidades según la cual éstas pasan a ser satisfechas defectuosamente o alguna de ellas es suprimida, lo que se presenta es un caso "anómalo", la tasa del plusvalor pasa a expresar un determinado grado de sobre-explotación o de despojo espurio de la fuerza de trabajo. El salario le impide al trabajador reproducirse "plenamente". Día a día, el "objeto" fuerza de trabajo que él, su propietario, ha (re-)producido, vuelve a ser entregado en alquiler al capitalista, pero exageradamente deteriorado y disminuido.

Muchas son las necesidades cualitativas de la vida del trabajador –necesidades que tienen que ver con la totalidad cultural de un sistema concreto de reproducción social– que son sacrificadas en la historia del "progreso" y la "modernización" capitalistas con el fin de abaratar la mercancía fuerza de trabajo. Por ejemplo, si el conjunto de necesidades del trabajador incluía la de la fuerza de trabajo de la madre de familia, la eliminación de su satisfacción implica una reproducción defectuosa de la unidad familiar. Ningún otro satisfactor que pueda adquirirse con el salario multiplicado del padre y la madre puede despertar una necesidad capaz de sustituir a la que fue clausurada. Suspendida de hecho, sin ser superada realmente, permanece como necesidad insatisfecha, como mutilación de la existencia del trabajador.³³

Trátase de un desgaste cotidiano excesivo o de una restauración cotidiana insuficiente, la sobreexplotación que el capital hace del trabajador, y que da lugar al plusvalor suplementario, implica el pago de un salario inferior al valor de la mercancía fuerza de trabajo. Es decir, implica la disminución cualitativa o total de la reproducción del trabajador por debajo del nivel aceptado en términos histórico-culturales como propiamente humano.

³³ La mercantificación necesaria de la fuerza de trabajo femenina no puede implicar un proceso de liberación de la mujer si, como acontece ineludiblemente en el capitalismo, el núcleo en el que adquiere substancia la socialización mercantil sigue siendo –aunque monstruosamente empobrecida– la unidad familiar.

La ganancia extraordinaria

Aparte del criterio que permite clasificar al plusvalor de acuerdo al modo en que tiene lugar la inclusión, dentro de la jornada de trabajo, del tiempo de plustrabajo en que él se origina, es posible establecer un criterio de clasificación diferente, que hace referencia al *destino* que tiene el plusvalor cuando se reparte como ingreso de los dos distintos tipos de propietarios de medios de producción que coexisten necesariamente en la explotación capitalista de la riqueza: los capitalistas y los señores. Se trata de un criterio que toma en cuenta el modo en que la substancia del plusvalor se convierte en el contenido de una parte –la ganancia– del valor de cambio o precio de la mercancía-capital. En la producción de la riqueza social en su forma natural de existencia intervienen tres elementos diferentes: uno puramente humano, el trabajo vivo (o fuerza de trabajo en acción); uno puramente natural, el objeto de trabajo; y uno humano y natural a la vez el instrumento de trabajo (trabajo objetivado y naturaleza transformada). A diferencia de esto, en la producción de la riqueza social en su forma de existencia social-comercial, como valor, intervienen solamente la fuerza de trabajo, en tanto que capacidad de constitución (creación y transmisión) de valor, y el instrumento de trabajo, en tanto que valor constituido (trabajo objetivado). El factor-sujeto del proceso de producción es la fuerza de trabajo y el factor-objeto son los medios de producción, el instrumento de trabajo y el objeto de trabajo. El primero de éstos es un objeto producido, que existe en virtud de un trabajo previo, mientras que el segundo es un objeto no producido, que existe espontáneamente.

La productividad del proceso de trabajo, su capacidad de generar una cierta masa de producto, depende, por una parte, de la destreza del factor-sujeto y, por otra, de la *efectividad* del factor-objeto; ésta, a su vez, depende tanto de la *capacidad técnica* del instrumento de trabajo como de la *disponibilidad* natural del objeto de trabajo.

Estas tres determinantes de la productividad del trabajo, combinadas entre sí de innumerables maneras en los distintos lugares y en los distintos momentos de la producción social, dan resultados necesariamente *desiguales*. Cuando la socialidad de la vida productiva / consuntiva es una socialidad mercantil, esta desigualdad favorece a unos propietarios privados y desfavorece a otros durante el proceso

que convierte a los distintos *quanta* de substancia de valor (tiempos de trabajo privadamente necesario) en los contenidos de los valores de cambio, es decir, en los valores (tiempos de trabajo socialmente necesario) correspondientes a las distintas mercancías.

Los productores cuya productividad es mayor que la media social –debido a que su destreza, la capacidad de sus instrumentos o la disponibilidad de sus materias primas es extraordinariamente positiva– se apropian de una ganancia, reciben por su producto más de lo que les cuesta producirlo. Los productores cuya productividad es menor que la media social –debido a que alguna de las determinantes de la misma es en su caso menos que ordinariamente positiva– sufren una pérdida; reciben por su producto menos de lo que les cuesta producirlo. Mientras los primeros protegen la causa de su superioridad productiva monopolizándola, impidiendo que actúe de manera generalizada en la producción social, todos los demás productores –los interesados en pertenecer a la clase de los favorecidos, y los amenazados de expulsión por la competencia– tienen que empeñarse en adoptar o inventar mejoras sea para su fuerza de trabajo o para sus medios de producción.

En la lucha que resulta de esta tendencia general a alcanzar grados cada vez más altos de productividad, el conjunto de los propietarios privados se clasifica en dos grupos netamente diferentes, uno, mayoritario, compuesto por los *burgueses* propiamente dichos, que sólo pueden incrementar su producción mediante un gasto mayor de trabajo (vivo u objetivado), y otro, minoritario, compuesto por los *señores*, que disponen de una fuente de productividad extraordinaria en virtud del *dominio* que tienen sobre determinados medios de producción no producidos.

La clase de los propietarios señoriales no consta únicamente de aquellos *domini antiguos* que, por, herencia o por conquista, tienen derecho a monopolizar el acceso a territorios naturales especialmente favorables para la producción (fértiles o cercanos al mercado, dotados de fuentes de energía o de minerales, etcétera). A ella pertenecen también los *domini modernos*, los que monopolizan, durante una serie más o menos prolongada de ciclos productivos, la utilización de medios de producción técnicamente nuevos o perfeccionados.

El ideal del propietario burgués es convertirse en propietario señorial, ideal que alcanza cuando, en lugar de descubrir, conquistar y dominar, como los viejos señores, una *terra nova geográfica*, descubre en la naturaleza (con ayuda de la ciencia moderna) una *terra nova físico-química*, la conquista tecnológicamente y pone su dominio sobre ella.

El burgués que introduce una innovación tecnológica potenciadora de la productividad se duplica funcionalmente y pasa a ser burgués y señor al mismo tiempo; esto sucede en virtud de la diferencia que existe entre la producción de la riqueza en su forma social-natural o como valor de uso y la producción de la misma en su forma social-comercial o como puro valor. En tanto que burgués, los frutos de esa innovación tecnológica sólo pueden pertenecerle en la medida en que existen en términos de valor, como compensación del gasto de trabajo (vivo u objetivado) que ella implicó para él. En tanto que señor, sin embargo, él se apropia también de aquella parte de esos frutos que es entregada espontáneamente, gratuitamente, sin gasto de trabajo alguno, por la naturaleza. Este *valor de uso sin valor* es el que este señor burgués introduce en el mercado para que, al recibir allí un determinado valor de cambio (precio), constituya su *ganancia*.

Cuando "producción" es sinónimo de "constitución de valor" (*Wertbildung*), la innovación tecnológica –consista ella en el descubrimiento y conquista de un nuevo instrumento, de un nuevo objeto de trabajo o de la unidad de ambos—³⁴ *es un medio de producción no producido*, tal como lo es la fertilidad de la tierra del señor. La propiedad señorial de esta innovación es la que confiere una productividad extraordinaria al trabajo de su propietario, la que le permite competir con ventaja en el mercado de un cierto tipo de mercancías y la que es, así, el fundamento de su ganancia. Mientras en términos *mercantil-simples* la existencia de procesos de trabajo dotados de una productividad extraordinaria es la causa de que los propietarios de esos procesos salgan del mercado favorecidos con una *ganancia*, en general, en términos *mercantil-capitalistas*, el mismo hecho es causa de que esos

³⁴ A partir de un cierto grado de complejidad técnica del proceso productivo, el instrumento de trabajo se convierte en acceso exclusivo a una dimensión de la naturaleza y al objeto de trabajo que se encuentra en ella. Si el burgués logra proteger monopólicamente la tecnología necesaria para la producción de ese instrumento, el objeto natural que es posible localizar y transformar con él queda en calidad de territorio que le pertenece exclusivamente y que él puede explotar como productor o alquilar como rentista para que otro productor lo explote.

propietarios se hagan en el mercado de una *ganancia extraordinaria o renta capitalista*.

En la sociedad capitalista, el dominio sobre los medios de producción se encuentra monopolizado por aquellos propietarios privados, los *capitalistas*, que disponen de una determinada cantidad mínima de valor mercantil. Los propietarios privados *trabajadores*, que no disponen de este valor "previamente acumulado" y que necesitan de los medios de producción para producir sus medios de subsistencia, deben "pagar" a los capitalistas por el acceso a los mismos. Deben producir, además del "producto necesario" –cuyo valor repone el de los medios de producción gastados (c) y representa el de sus medios de subsistencia (v')–, un "plusproducto" cuyo valor (el plusvalor) es justamente el contenido de ese "pago". La ganancia de los capitalistas es lo que ellos "cobran" a los trabajadores por el uso que éstos hacen de sus medios de producción.³⁵ La ganancia es una parte constitutiva del precio de toda mercancía capital. La clase de los capitalistas no se divide, pues entre los que perciben una ganancia y los que no lo hacen, sino entre aquellos cuya ganancia implica una tasa media o normal de incremento de su capital invertido y aquellos cuya ganancia implica un incremento de su capital inferior o superior a la tasa media o normal.

Los capitalistas que logran una ganancia extraordinaria, es decir, aquellos cuyo capital se valoriza con una tasa superior a la media, sólo pueden ocupar esta situación privilegiada en virtud de que tienen, pasajera o permanentemente, un acceso monopólico a por lo menos una de las tres fuentes de productividad extraordinariamente elevada: 1] una fuerza de trabajo de destreza superior en la población nacional delimitada por su Estado; 2] un método técnico inédito que convierte a sus instrumentos de trabajo en excepcionalmente efectivos frente al objeto de trabajo y 3] un objeto de trabajo (energía, tierra de cultivo, yacimientos minerales) excepcionalmente abundante. En la "sociedad comercial", sea simple o capitalista, la característica de ser producto dotado de valor es necesaria para la existencia social de un objeto. Todo aquello que no ha sido producido (la parte natural del instrumento y todo el objeto de trabajo) y que no tiene, por tanto, en

³⁵ En última instancia, en comparación con el propietario desposeído que es todo trabajador, el monopolio de los medios de producción haría de todo capitalista un propietario "señorial". Sin embargo, ni siquiera en el caso de los puros propietarios de dinero-capital es un verdadero señorío. Se trata de un privilegio precario, ya que *depende de la actividad del capitalista* como agente de las distintas fases del ciclo de reproducción del capital.

sí mismo, una determinada cantidad de substancia de valor, existe únicamente en calidad de *objeto natural*. En este sentido, las tres fuentes de productividad extraordinariamente elevada, *en la medida* en que no son producidas por el capitalista ni adquiridas por él en el mercado, constituyen fenómenos naturales, que existen espontáneamente; son *factores productivos no producidos*, carentes de valor.

La destreza o calificación extraordinaria de cierta fuerza de trabajo disponible en un mercado local concreto, en el que los únicos que pueden comprar son los capitalistas connacionales de los trabajadores que la venden, es una característica social-natural de la misma, generada en la historia concreta de una cultura material particular, que no implica necesariamente una superioridad correspondiente de su valor; esta fuerza de trabajo es más productiva que las otras, pero no cuesta más que las otras, sus necesidades de reproducción no son extraordinariamente mayores que las de éstas. Los capitalistas que la adquieren y la ponen a trabajar aprovechan su productividad extraordinaria pero no pagan por ella como sí tendrían que hacerlo aquellos otros que la promovieran de alguna manera artificial o producida en la fuerza de trabajo normal de que disponen.

Igualmente, la efectividad excepcional que pueden tener los instrumentos de trabajo de ciertos capitalistas es una característica técnico-natural que no implica necesariamente una superioridad correspondiente del valor de los mismos. El surgimiento de esta característica no es resultado del proceso productivo *en su estrato de valor*, es decir, de una ampliación del capital constante de dichos capitalistas (gastos en investigación e innovación tecnológica); en términos mercantiles, esa ampliación debería reaparecer sin variar su magnitud como parte del precio de la mercancía. La efectividad excepcional es resultado del proceso productivo *en su forma social-natural*; provocada por el ser humano, es un fruto de la naturaleza, es la entrega que la misma naturaleza hace de una nueva dimensión de su efectividad al trabajador científico-técnico que la descubre y utiliza. Sin embargo, los capitalistas que la introducen en exclusividad en su proceso de trabajo, al aprovecharse de la productividad extraordinaria que ella trae consigo, se apropian de un valor que excede al que pagaron por ella; un valor que los demás capitalistas sí tendrían que pagar para lograr, con los métodos técnicos tradicionales, ese mismo grado de productividad en sus procesos de trabajo.

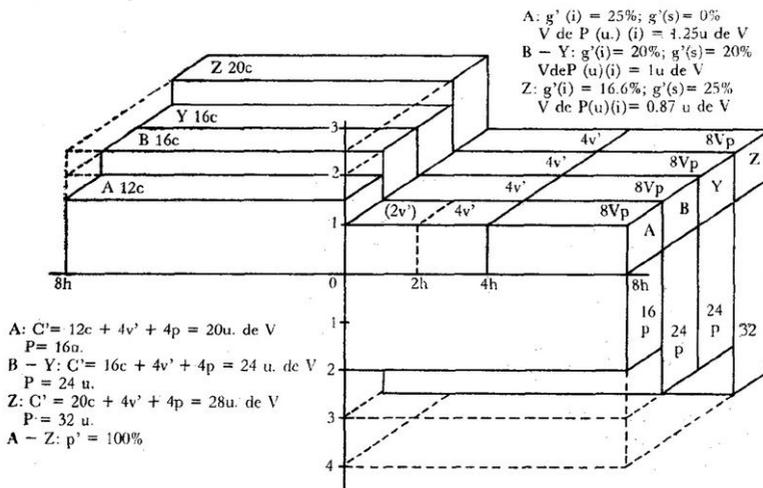
Lo mismo sucede con el acceso exclusivo o monopólico que pueden tener ciertos capitalistas a la explotación de un objeto natural de trabajo excepcionalmente abundante. Esta disponibilidad extra de la naturaleza, que los demás capitalistas tendrían que producir o adquirir, es una característica natural que no les cuesta nada, que incrementa la productividad de su proceso de trabajo y que les permite hacerse en el mercado de una ganancia extraordinaria.

Los capitalistas privilegiados por el dominio exclusivo o monopólico de alguna de estas tres fuentes de productividad excepcional son *propriamente capitalistas* sólo en la medida en que se apropian de la ganancia en su magnitud social media; en la medida en que venden a un determinado *precio* objetos que no tienen *valor*, y se apropian así de una ganancia extraordinaria, son señores o *domini modernos*. La diferencia entre estas dos funciones económicas se muestra claramente en el hecho frecuente de su personificación en dos propietarios privados independientes, el capitalista, por un lado, y el señor, por otro. Cuando la extracción de una porción de la masa total de substancia de valor en calidad de ganancia extraordinaria deja de ser un fenómeno nuevo o exterior y, mediante una recomposición del valor de todas las mercancías, pasa a ser integrada como un factor permanente de la constitución del conjunto de los precios, esa ganancia extraordinaria es propiamente una *renta*.

El plusvalor extraordinario

En principio, la ganancia extraordinaria no es otra cosa que una determinada parte de la substancia de plusvalor introducida en la circulación mercantil por los capitalistas cuya producción se cumple con un grado medio o normal de productividad: aquella parte que estos capitalistas no pueden realizar como ganancia suya debido a que es realizada y extraída por los capitalistas que disponen de una productividad excepcionalmente elevada.

Figura VII
Plusvalor y ganancia extraordinarios



Trátase, por ejemplo, de un conjunto de cuatro procesos de producción capitalista (A, B, Y y Z) con idéntico gasto de fuerza de trabajo ($v = 4$ unidades de valor) que debe producir 96 unidades de producto dotadas igualmente de 96 unidades de valor (1 unidad de producto = 1 unidad de valor), de las cuales 16 son unidades de plusvalor. Si uno de estos procesos (Z), al incrementar en 25% su capital constante, resulta capaz de producir y vender 32 unidades de producto en lugar de 24, como le corresponde (33.3% más de la cuota normal), los demás procesos, en lugar de vender 72 unidades de producto, sólo podrán vender 64 (21.3 cada uno). Así, mientras el primero sumará 8 unidades de plusvalor a las 4 que son el contenido de su ganancia normal, los demás verán mermadas, cada uno en 2.66, las unidades de plusvalor que les corresponden. La pérdida relativa de la ganancia de éstos —reducida de 4 unidades de valor a 1.33— constituye la ganancia extraordinaria del primero.

Dado este estado de cosas, si otro de los cuatro procesos (A) se vuelve incapaz de producir 24 unidades de producto y, con una reducción de 25% de su capital constante, llega al extremo de sólo introducir 16 al mercado (33% menos de la cuota normal), los dos procesos restantes (B y Y), al ocupar la zona del mercado desocupada por el proceso A, podrán recobrar una zona igual a la que les fue arrebatada por el

proceso Z. La quiebra económica del proceso A (cuyas unidades de producto tienen una substancia de valor excesiva en términos sociales) sería así, para los dos procesos normales, la causa de la restitución de su ganancia media, y sería, para el proceso Z (cuyas unidades de producto tienen una substancia de valor exigua en términos sociales), la causa del mantenimiento de su ganancia extraordinaria. Sin embargo, considerada en el terreno real de la historia moderna y contemporánea, la ganancia extraordinaria de unos capitalistas no proviene principalmente de la disminución de la ganancia media de los demás capitalistas, sino la existencia efectiva de una substancia de *plusvalor extraordinario*. Así como la productividad media del trabajo social oculta diferencias de productividad particular que se ubican entre dos extremos sumamente distantes uno de otro, así también la tasa media de plusvalor oculta grados particulares sumamente diferentes de explotación de la fuerza de trabajo. Todos los procesos particulares de producción capitalista –y en especial los que están amenazados por la quiebra– intentan conseguir el mayor rendimiento posible para su capital variable: ubicar y adquirir en el mercado una fuerza de trabajo de destreza máxima y de necesidades mínimas. Dado que la destreza excepcionalmente mayor suele ir acompañada de necesidades de consumo también más costosas que las normales, la búsqueda se concentra hacia una fuerza de trabajo de destreza media pero excepcionalmente barata. Esta mercancía existe, aunque su utilización productiva es problemática debido a que sólo puede mantener esa característica en la periferia del mercado global de trabajo. Los capitalistas que la adquieren alcanzan *una situación de privilegio que difiere esencialmente* de la que tienen los capitalistas favorecidos por la productividad excepcionalmente elevada. Su ganancia extraordinaria no proviene, como en este caso, de la venta de más unidades de producto de las que le corresponde a un precio por unidad que es igual (o poco menor) al establecido: no proviene de la extracción, convertida en precio de su mercancía, de una cantidad de substancia de valor superior a la que él introduce en la esfera de la circulación. Proviene, por el contrario, dada la venta de la cantidad de producto que le corresponde al precio establecido, de una conversión proporcionalmente diferente de la normal de la substancia del valor producido ($v'+p$) en salarios, por un lado, y en ganancia, por otro. La ganancia extraordinaria de los capitalistas que, al disponer de fuerza de trabajo

excepcionalmente barata, tienen en su producción una tasa de plusvalor o un grado de explotación extraordinariamente elevado, no es substancia de plusvalor normal “producida” por otros capitalistas y transferida a ellos, sino substancia de plusvalor extraordinario producida por “sus” trabajadores directamente para ellos y realizada y apropiada por ellos a través del mercado.

La fundamentación de la ganancia extraordinaria en la explotación de plusvalor extraordinario acontece por lo general, aunque no exclusivamente, en aquellos procesos productivos que son incapaces de competir con los otros en el plano de la productividad. Amenazados por la quiebra, compensan los efectos negativos que la productividad media y la extraordinariamente elevada tienen sobre el precio de sus mercancías mediante el efecto positivo que una tasa de plusvalor extraordinariamente elevada tiene sobre el monto relativo de su ganancia.³⁶

En el ejemplo anterior, si el proceso de producción A es capaz de incrementar su tasa de plusvalor del nivel normal de 100% a un extraordinario de 300% (si el valor de la fuerza de trabajo pagado con el capital variable es de 2 unidades, que se producen en 2 horas de la jornada), logra superar la situación de quiebra en que se encuentra: se apropia de una ganancia que representa 2 unidades de valor ($g' = 14.3$).

Lo que en términos normales sería una ganancia extraordinaria suya, en los términos modificados por su baja productividad y por la productividad alta del proceso Z se convierte en simple disminución de su pérdida. El plusvalor extraordinario que él explota se transfiere al proceso Z: constituye la mitad de la ganancia extraordinaria de éste.

En conclusión: aunque no exclusivamente, sí en gran parte, la ganancia extraordinaria de los capitalistas *domini* que monopolizan una fuente de productividad extraordinaria no es otra cosa que la substancia de un plusvalor extraordinario producido por los trabajadores para otros capitalistas, de la que se apropian ellos mediante el proceso mercantil de la constitución de los precios.

³⁶ La tasa extraordinariamente elevada de plusvalor no proviene siempre de la existencia espontánea de fuerza de trabajo excepcionalmente barata. A menudo es lograda mediante la sobre-explotación de la fuerza de trabajo; mediante la producción de plusvalor suplementario.

Ganancia extraordinaria e historia capitalista

Al continuarse en el tiempo, la reproducción capitalista de la riqueza social constituye una dinámica histórica profunda y general que tanto abre perspectivas como impone límites al acontecer histórico manifiesto y concreto. El sentido de esta dinámica es el de un progreso, desarrollo o avance en el fortalecimiento de la sociedad como entidad productiva. Este progresismo capitalista, que marca indudablemente a toda la vida moderna, sólo se instaura como sentido histórico efectivo en virtud de la posibilidad que existe, para cada capitalista individual y para cada conglomerado "individualizado" de capitalistas, primero, de lograr una ganancia extraordinaria y, segundo, de hacerlo con mayor ventaja si el procedimiento que emplea es el de incrementar la productividad de su proceso de trabajo mediante innovaciones tecnológicas excepcionales y exclusivamente suyas.

Desde este ángulo, la historia del progreso capitalista puede ser vista como la sucesión de un sinnúmero de episodios más o menos importantes, interconectados sincrónica y diacrónicamente, en los que se dirime una y otra vez la lucha —constitutiva de los múltiples conglomerados nacionales de capital— en torno a la apropiación de la ganancia extraordinaria en el mercado mundial.

Desde siempre, en la historia del capitalismo, el dominio monopolizador de la tierra (suelo fértil, dotado de fuentes de energía o de minerales, etcétera) ha obligado a que la ganancia media de los capitalistas se conforme incluyendo el "desvío" de una determinada cantidad de substancia de valor hacia la constitución de la renta o ganancia extraordinaria permanente de quienes lo detentan: terratenientes señoriales, individuales o colectivos.

Sin embargo, también desde siempre, este derecho a la ganancia extraordinaria ha entrado en conflicto con otros dos derechos a la misma, basados, el uno, en el dominio sobre zonas del mercado mundial donde la fuerza de trabajo es excepcionalmente barata o excepcionalmente explotable y, el otro, en el dominio sobre instrumentos de producción de tecnología excepcionalmente superior.

A pesar de un complejo juego de desviaciones e incluso regresos transitorios, la historia de este conflicto ha seguido una dirección cada vez más incuestionable, la del fortalecimiento del último de estos tres fundamentos de la ganancia extraordinaria como resultado del debilitamiento de los dos primeros. La renta tecnológica ha vencido ya a la renta de la tierra, y la explotación de fuerza de trabajo excepcionalmente barata o explotable no es ya monopolio de ningún conglomerado particular de capitalistas.

[1978]

LA CRISIS ESTRUCTURAL SEGÚN MARX ³⁷

I. Crisis y revolución. Crisis global y crisis económica

El concepto de crisis hace referencia (en el caso de Marx) a la totalidad del proceso de reproducción de un sujeto social como proceso que tiene siempre una forma histórica determinada. En verdad, el concepto de crisis, para Marx, es el concepto de una determinada "situación límite" a la que ha arribado un determinado proceso de reproducción del sujeto social; una situación tal que el mantenimiento de la vida de este sujeto social –una vida históricamente formada o determinada– se vuelve, de alguna manera, imposible. cuando continuar el proceso de reproducción implica un cuestionamiento esencial de su forma, entonces estamos en una situación de crisis. (El concepto de crisis es, pues, un concepto que hace referencia a la reproducción del sujeto social en una forma histórica determinada.) Por ello es que, para Marx, el concepto de crisis se encuentra conectado directamente con el concepto de revolución. Cuando *una forma histórica* de la reproducción social ya no puede continuar porque ha dejado de asegurar la marcha de esa reproducción social que ella está formando, entonces esta reproducción entra en crisis: junto a la *imposibilidad* de la forma vieja aparece la *posibilidad* de que otra forma del sujeto social entre en lugar de ella, de que haya una transformación revolucionaria. Esta es la conexión esencial que da importancia al concepto de crisis para el discurso comunista. En este sentido, el concepto de crisis es, en su núcleo esencial, un concepto que abarca la totalidad del comportamiento del sujeto social, y no sólo su comportamiento económico; la crisis, es decir, esta situación de imposibilidad/posibilidad de que la reproducción social continúe, es una crisis que afecta a todas las estructuras: económica, social, política, cultural, del sujeto social en un momento determinado. Sin embargo, de todo este conjunto estructurado, complejo, de elementos o de perspectivas, de lados o de aspectos que puede tener la crisis de la reproducción del sujeto social, para Marx, el aspecto económico es el aspecto determinante. La razón está en que las crisis de los otros órdenes (de los órdenes sociales, culturales, políticos) pueden ser *pseudorresueltas* si el aspecto económico de la crisis de alguna manera llega a solucionarse. Así,

³⁷ Intervención en el Seminario General del doctorado de la Facultad de Economía, UNAM, México, 1980.

aunque hay una permutación posible de funciones en la salvación de la crisis; aunque también la solidez de los otros órdenes (político, cultural, religioso, por ejemplo) puede salvar o ayudar a restaurar la vigencia de la forma económica envejecida, de todas maneras, esta reproducción social sólo puede continuar si la crisis económica (la crisis en la producción, circulación y consumo de la riqueza social objetiva) se resuelve en sí misma y no sólo *por desviación*, como puede acontecer en los otros órdenes.

Esta es entonces la importancia de la noción de crisis económica: ella es el núcleo, el centro determinante de un complejo nudo de problemáticas que estarían planteando la imposibilidad de que una forma del sujeto social continúe.

II. La crisis en la era de la propiedad privada.

Crisis absoluta, originaria o estructural. Mercado y circulación

Lo más importante, tal vez, de toda la noción de crisis económica que tiene Marx está en una idea que aparece en su descripción de los procesos de reproducción social que históricamente se han organizado o se han formado como procesos *mercantiles*, es decir, como procesos de reproducción atomizados, compuestos por una serie abierta de procesos privados de reproducción, interconectados únicamente a través del mercado: es decir, pues, cuando el proceso de reproducción social no es un proceso *comunitario, orgánico*, sino un proceso *descompuesto en sí mismo y recompuesto sólo artificialmente* en el mercado. La idea de Marx es una idea sumamente radical: en la situación de un proceso de reproducción atomizado o privatizado, sea éste simple o capitalista, la situación de crisis es una *situación estructural*. *En principio, la reproducción social en su forma mercantil, o mejor dicho, en su proto-forma privatizada, es imposible.*

Esta sería la idea fundamental: reproducción social y estado de atomización del sujeto social, de inexistencia del sujeto comunitario, se contradicen mutuamente; no puede existir *una* sociedad que al mismo tiempo sea una no-sociedad. Sobre esta primera idea vamos a tratar de ir reconstruyendo lo que podría ser el concepto de crisis más general o más abstracto de Marx.

El sujeto social es el centro de atención del discurso teórico marxista, del discurso crítico de Marx. Es este sujeto social el que, para subsistir, está consumiendo y está produciendo en una determinada forma. La existencia del sujeto social se mueve siempre dentro de estas dos fases: la fase *productiva* y la fase *consuntiva*. El sujeto social actúa sobre la naturaleza para lograr un determinado producto, un conjunto global de *productos*; esta riqueza social objetiva es la que va él a consumir como conjunto total de *bienes*. Entre la fase productiva y la fase consuntiva hay entonces, necesariamente, un *momento circulatorio*. Este es aquel momento en que el conjunto de elementos de la riqueza objetiva producida por el sujeto social (este conjunto que, en un primer momento, como conjunto de productos, tiene un determinado orden o una determinada *figura topográfica*, en la medida en que acaba de salir del proceso productivo y está, diríamos, a las puertas de sus centros de producción) debe convertirse en un conjunto dotado de un orden diferente, es decir, debe modificar su figura topográfica para, en un segundo momento, estar en disposición de ser absorbido, como conjunto de *bienes*, en el consumo del sujeto social. Esta *transfuncionalización* del conjunto de la riqueza social, este cambio de su *función de producto* a su *función de bien*, se cumple en la esfera de la circulación mediante la metamorfosis, la transfiguración de esa riqueza, mediante el movimiento o "cambio de manos" de los elementos que la componen.

Ahora bien, en términos fundamentales o transhistóricos, la circulación es, necesariamente, un momento que refleja (en la medida en que la posibilite) la relación que establece el sujeto social entre su sistema de capacidades de producción y su sistema de necesidades de consumo. producir y consumir para un sujeto social orgánico o comunitario es una *totalidad dinámica*, y este modo como él reubica el conjunto de elementos de su riqueza recién producida para que sea un conjunto de elementos de riqueza por consumir *forma parte* de esa totalidad: en calidad de *efectuación*, cumplimiento o actualización de un principio o criterio *distributivo* derivado del proyecto cualitativo de autorreproducción del sujeto. Circulación, racionalidad y existencia comunitaria del sujeto social son, pues, en este sentido, idénticos.

La idea de Marx es entonces la siguiente: cuando este sujeto social comunitario se encuentra *suspendido en sus funciones* por el hecho de estar descompuesto en una serie abierta de procesos de reproducción privados (de procesos de reproducción *independientes* aunque *necesitados* los unos de los otros), esta conversión del conjunto de productos en conjunto de bienes se vuelve imposible; por así decir, a la puerta de cada uno de los procesos de producción privados debe quedarse su producto, imposibilitado de cambiar de lugar para tener acceso a los sitios en donde podría ser consumido. La función circulatoria del proceso de reproducción queda, entonces, necesariamente eliminada: no es posible la circulación porque *el origen del criterio de distribución, el sujeto, se ha paralizado*. Si el proceso de reproducción es privatizado, atomizado; si no hay *interpenetración directa* de las múltiples reproducciones individuales, la reproducción del sujeto social global está interrumpida en un eslabón esencial, el eslabón circulatorio; la ciclicidad del proceso de reproducción queda interrumpida. Lo que existe, entonces, es una situación de imposibilidad fundamental del proceso de reproducción, una situación de "crisis estructural".

III. Mercado, la solución precaria de la crisis

Esta sería, pues, la idea inicial: hay una especie de "*crisis originaria o de partida*" para todo proceso de reproducción privatizado. Esta "crisis estructural" –nos va a decir Marx– está siendo resuelta "de emergencia", aproximadamente, "a espaldas de los productores/consumidores", mediante la *conversión* de los productos útiles o bienes producidos en *mercancías*: mediante la re-constitución de la esfera de la circulación como esfera de la circulación *mercantil*. El conjunto de los elementos de la riqueza producida va a poder convertirse en conjunto de elementos que son bienes para el consumo sólo gracias a que se convierten todos y cada uno de ellos en *elementos de un conjunto indefinido de procesos de intercambio equivalencial*. La circulación mercantil va entonces a resolver la "crisis estructural" de la reproducción atomizada, pero lo hará de una manera peculiar, necesariamente torpe, insuficiente y defectuosa: como un mecanismo inerte, o "casual", que no transmite al conjunto de "cambios de manos" ninguna voluntad de forma reproductiva, ningún proyecto o intención cualitativa, ninguna "necesidad", como dice Marx.

Mercado y crisis quedan entonces conectados de esta manera: la mercantificación de los elementos de la riqueza social está allí solucionando de emergencia, a duras penas, el problema de "crisis originaria" en la que se encuentra todo proceso de reproducción privatizado.

De ahí, pues, que mercado y crisis no son más que los dos aspectos de una misma medalla. El hecho de que exista el mercado es resultado de la existencia de una situación de imposibilidad de la reproducción por falta del eslabón o nexo circulatorio en su curso cíclico. El "mundo de las mercancías", el mercado, existe precisamente para salvar esa situación, aunque, como insistimos, de una manera que, por ser casual o no proyectada resulta –como dice Marx– *contradictoria*. La esfera de la circulación de mercancías va a ser una *pseudo solución* a esta situación básica de crisis, es decir, una solución en la que constantemente aquello que está siendo salvado mediante el "cambio de manos" de los objetos equivalentes va a reaparecer *intermitentemente*. El hecho de que por debajo de la circulación mercantil está la crisis va a hacerse patente de manera periódica, como un acoso siempre repetido: el hecho de que el proceso de reproducción en su forma privatizada sea un proceso por principio imposible se va a hacer presente en los *malos funcionamientos* de este mecanismo que, dada su absoluta neutralidad, es aparentemente perfecto.

IV. La contradictoriedad de la solución mercantil

La idea de que el mercado implica necesariamente la crisis, idea que pertenece a un nivel totalmente abstracto de teorización, debe ser completada, en términos marxistas, con otra: la idea de que la solución mercantil a esta situación de crisis necesariamente encierra una contradicción, una contradicción que se deriva de lo que Marx llama la contradicción entre la *forma natural* y la *forma de valor* de la mercancía, entre valor de uso y valor. Para que la riqueza social pueda convertirse de producto en bien y para que entonces el ciclo reproductivo de la sociedad continúe, es necesario que los elementos que componen esa riqueza adopten la forma objetiva de mercancías, es decir, adquieran un *segundo plano de funcionamiento* que es el *plano del valor*.

Para que los objetos en su forma natural *existan efectivamente* en una reproducción social atomizada, dice Marx para que pasen de ser productos a ser bienes, es necesario que tengan esta forma de *valor*, que sean valores que se expresan como valores de cambio. Gracias a esta forma de valor, que les permite compararse en términos de igualdad, equipararse y por lo tanto intercambiarse unos por otros; gracias, pues, a esta su conversión en mercancías es que puede completarse el proceso de reproducción, puede cumplirse la fase circulatoria. Ahora bien, este cumplimiento es un cumplimiento *contradictorio*, insiste Marx, porque en la forma natural o concreta de cada elemento de la riqueza objetiva, de todo producto/bien, está representado un cierto orden cualitativo del proceso de reproducción social; está reflejada la peculiaridad de todo el *sistema de capacidades reproductivas* del sujeto social (de facultades productivas, de necesidades consuntivas), sistema que es siempre históricamente concreto, culturalmente determinado, etcétera, etcétera. El movimiento de producción y consumo de cosas concretas, de reproducción del sujeto concreto, tiene una necesidad, un principio, una cierta direccionalidad: es el *sentido de esta direccionalidad*, nos dice Marx, el que está siendo necesariamente contradicho por esta otra necesidad, por este otro sentido, *que aparece en el mismo objeto*, en tanto que es necesidad o direccionalidad que surge de las posibilidades de *equivalencia* de una mercancía respecto de otra en la esfera de la circulación por intercambio.

Este sentido puramente abstracto, puramente cuantitativo, ciego para las otras cualidades del objeto, va entonces, necesariamente, a contradecir al otro sentido, al sentido total (cualitativo y por tanto también cuantitativo) que tiene este objeto en el proceso concreto de reproducción. Así, pues, en la mercancía vamos necesariamente a encontrar esta contradicción: la mercancía es un objeto que tiene un cierto sentido en tanto que "cuerpo" concreto; pero es un objeto que tiene también otro sentido en tanto que "alma" abstracta, mera substancia valiosa. Estos dos sentidos contradictorios son, pues, los que están allí en el momento en que la sociedad se reproduce en términos mercantiles para salvar esa "crisis" que la acosa por ser una sociedad de propietarios (productores/consumidores) privados.

Esta idea de la contradicción entre forma natural y forma de valor se encuentra en el núcleo de toda la problemática de la crisis desarrollada por Marx. La crisis absoluta, neutralizada por el mercado, determina la manera contradictoria –manifiesta en *crisis* relativa– en la que funciona esa esfera de la circulación, y esa manera contradictoria se califica o se determina como una contradicción entre valor de uso y valor, entre forma natural y forma de valor.

V. El caso del equivalente general.

Las dificultades de la expresión del valor

Este funcionamiento contradictorio lo va a presentar Marx en múltiples aspectos. En términos abstractos, tal vez el aspecto más interesante, más prometedor de problemas, y no necesariamente de soluciones, es el que sale a la luz cuando Marx plantea el problema del *equivalente general*. Ya sabemos: las mercancías van al mercado a intercambiarse; para hacerlo, sin embargo, deben someterse necesariamente a una repartición de funciones contrapuestas pero complementarias en las que unas van a ser mercancías *valentes*, relativas o activas y otras mercancías equivalentes, correlativas o pasivas. Las mercancías equivalentes van a constituirse, en definitiva, en la mercancía *dinero*. En la esfera de la circulación mercantil simple va a haber, entonces, la necesidad de distinguir entre una mercancía *común* y una mercancía *dinero*. La mercancía dinero es la que “presta su cuerpo” para que se constituya, con un *segundo valor de uso*, como *corporeidad del valor*. Ahora bien, la contradicción entre forma natural y forma de valor se va a mostrar incluso en el funcionamiento del dinero como equivalente general: en el hecho de que no va a existir en verdad cuerpo alguno de mercancía que no sea necesariamente torpe, inadecuado o insuficiente para expresar o para representar a esa substancia tan fluida y tan cambiante que es el valor. El valor va a necesitar representarse en un cuerpo de mercancía; el mejor es el sumamente “abstracto”, sumamente maleable de la mercancía oro. Sin embargo, de todas maneras, dice Marx, ese cuerpo, como todo cuerpo de mercancía, en la medida en que es siempre un cuerpo concreto, va a ser un cuerpo demasiado “pesado” para hacer todo lo que correspondería a la corporeidad de esta sutilísima substancia que es el valor; de esta substancia que está creándose y aniquilándose en la producción/consumo, entrando y

saliendo, corriéndose de un lado a otro, coagulándose y derritiéndose, actuando incluso desde el futuro (crédito) en la esfera de la circulación de las mercancías. La "parte alícuota" de energía social objetivada que corresponde a cada mercancía es una "magnitud fluida", cambiante, en *permanente variación* cuantitativa; variación debida tanto a su origen como a su destino, tanto al hecho de que la *productividad* real del proceso de su producción se modifica constantemente (sube y baja) como al hecho de que su utilidad, es decir la "*consuntividad*" real del proceso de consumo, se modifica también constantemente (sube y baja). No va a haber, pues, nunca un cuerpo de mercancía capaz de ser verdadera-mente expresión del valor. Los problemas monetarios, los problemas que tienen que ver con todos estos fenómenos circulatorios dentro de la crisis económica, tienen, entonces, su explicación más fundamental en esta idea de Marx: en la idea de que, a causa de la contradicción entre valor de uso y valor, *nunca habrá*, porque no puede haber, un *dinero perfecto*. El valor, pues, está condenado a no poder expresarse más que de manera "incongruente", como dice Marx, a nunca poder expresarse de manera adecuada.

VI. El difícil equilibrio entre la metamorfosis de las mercancías y el curso del dinero

La imposibilidad de que una mercancía constituya adecuadamente la corporeidad del valor va a ser tratada de una manera un poco más desarrollada, pero también en estos términos sumamente abstractos, en lo que podría ser visto como la presentación que hace Marx de la contradicción valor-valor de uso en la esfera global de la circulación mercantil simple. Allí, en el capítulo tercero del primer libro de *El Capital*, dice Marx que la esfera de la circulación está compuesta por dos movimientos de sentido inverso pero complementarios que son: 1] la metamorfosis del mundo de las mercancías, de todas las mercancías, su cambio de la figura *producto* a la figura *bien*, y 2] el curso del dinero, el fluir de este "eje líquido" en torno al cual todas las mercancías cumplen su metamorfosis. Y Marx continúa: el curso del dinero, del equivalente general –con su cuerpo peculiar que por más "oportuno" que sea (puede ser el simple visto-bueno de un director de banco) es cuerpo al fin, con todas las "torpezas" del caso– debe estar en capacidad de acompañar a una serie de movimientos de las

metamorfosis de las mercancías que están determinados por la vida productivo-consuntiva concreta del sujeto social mercantil. El sujeto social privatizado va a necesitar en un momento *acelerar* el conjunto de metamorfosis de sus mercancías y, en otro momento, *frenar* la velocidad de ese conjunto de metamorfosis. El dinero, entonces, debe estar allí, con su curso y su volumen variable, sirviendo precisamente a esto: a la aceleración o a la desaceleración del conjunto de las metamorfosis de las mercancías; y esto, nos dice Marx, dada la necesidad de que el valor, cosa incorpórea, se manifieste corpóreamente en el dinero, es sólo aproximadamente posible. Sólo con tropiezos intermitentes, con crisis ineludibles, necesarias, podrá ser que el curso del dinero acompañe y sirva al movimiento sutil de las variaciones en la velocidad de las metamorfosis de todas las mercancías.

Esta sería, entonces, una primera aproximación de Marx, en términos sumamente abstractos, a la problemática de la crisis económica. Esta no es otra cosa que la irrupción siempre repetida de un hecho fundamental –la “crisis” estructural de un proceso de reproducción privatizado o descompuesto– a través del mecanismo que pretende neutralizarlo, la esfera de la circulación mercantil.

VII. La circulación mercantil-capitalista y el mercado que la estructura

Para avanzar de este concepto de crisis mercantil simple al concepto de crisis mercantil capitalista, Marx nos muestra, en primer lugar, en qué consiste o cuál es la estructura de una esfera de la circulación mercantil específicamente capitalista. Aquí es donde aparecen, entonces, las que podríamos llamar las indicaciones fundamentales del discurso crítico de Marx en *El Capital* para todo análisis que se pretenda marxista en lo que toca al problema de la crisis.

En la esfera de la circulación mercantil simple encontramos un conjunto de elementos, todos ellos idénticos en estructura, que son las mercancías. La esfera de la circulación mercantil simple es, pues, una esfera sumamente elemental de circulación; allí lo único que hay es la coexistencia de elementos idénticos el uno al otro, diferentes únicamente en su magnitud. En la esfera de la circulación mercantil capitalista, en cambio, vamos a encontrar una diferenciación esencial entre *distintos tipos de mercancía*. Cuando hablamos, entonces, de

mercancía capitalista o cuando hablamos de la esfera de la circulación mercantil capitalista ya no podemos contentarnos, –dice Marx en el capítulo VI de su *Manuscrito* de 1865– con el aparato conceptual que describe una mercancía o una circulación mercantil simple. Tenemos necesariamente que desarrollar ese aparato conceptual en torno a la siguiente clave, el "mundo de la mercancía capitalista" es un mundo que contiene necesariamente una *doble realidad mercantil*, que está compuesto por dos tipos fundamentalmente diferentes de mercancía, de un lado, la que podríamos llamar la *mercancía capitalista* en su conjunto y, de otro, la *mercancía fuerza de trabajo*. La esfera de la circulación de mercancías como esfera mercantil capitalista incluye todos los posibles procesos de intercambio, tal como la esfera mercantil simple, pero lo interesante está en que en esta esfera capitalista hay un conjunto peculiar de procesos de intercambio que la *organiza* y que *domina* en toda ella. Este proceso de intercambio privilegiado es el intercambio entre mercancía fuerza de trabajo y el resto de la mercancía capitalista, representado básicamente por la mercancía medios de subsistencia. Lo importante es, entonces, esto, la esfera de la circulación mercantil capitalista no es neutra, abstracta, indiferenciada, como la simple, sino que se encuentra girando en torno a una zona precisa, un *centro de gravitación* definido por el encuentro entre esas dos variedades de mercancía que la pueblan.

La explicación que nos da Marx en el capítulo IV inédito del primer libro de *El Capital* aclara de manera sencilla la razón de ser de esta estructuración de la esfera circulatoria capitalista, la mercancía capitalista, dice, es aquella que está obligada a completar un ciclo de existencia muy peculiar –el del "capital en mercancía", diríamos nosotros invocando el análisis del segundo libro–, debe partir de ser mercancía que, en términos naturales, es medios de producción y medios de subsistencia y, en términos de valor, es igual a $C + AC$ *para llegar a ser idéntica a sí misma en virtud de su conversión transitoria* en mercancía medios de producción, por un lado, y mercancía fuerza de trabajo, por otro; ambas con un valor igual a C . Para hablar de la esfera de la circulación capitalista es necesario que podamos encontrar una mercancía que esté comportándose de esta manera, que muestre esta modificación en su composición orgánica material –de $M_p + M_s$ a $M_p + M_{ft}$ y nuevamente a $M_p + M_s$ – y que presente esta valorización de su valor (de C a $C + AC$), esta "acumulación de capital",

Pero, como es evidente, para que podamos encontrar esta *mercancía-capital*, es primeramente necesario que podamos encontrar otra mercancía, incluso más peculiar que ella, que pasa a integrarse transitoriamente en su ciclo y que es la causa tanto de su transformación natural, concreta o cualitativa como de su incremento cuantitativo, la *mercancía fuerza de trabajo*.

Por ello, entonces, decimos, en la esfera de la circulación mercantil capitalista hay una infinidad de procesos de intercambio entre distintos propietarios privados; hay capitalistas que intercambian distintos tipos de medios de producción, que intercambian medios de subsistencia por medios de producción, etcétera, etcétera. Se trata de toda una serie muy compleja de procesos de intercambio que podrían ser estudiados de acuerdo a las leyes de la esfera de la circulación mercantil simple. Pero hay un proceso de intercambio que destaca por sobre ellos y los *vuelve* posibles a todos y que es el proceso de intercambio de la mercancía fuerza de trabajo (de los trabajadores) por la mercancía medios de subsistencia (de los capitalistas).

VIII. La crisis específicamente capitalista

Aquí es, entonces, donde aparece en verdad el núcleo del problema de la crisis económica en términos del discurso crítico de Marx. Porque, como veíamos antes, en el caso de la circulación mercantil simple o de la existencia de un proceso de reproducción meramente privatizado, el ciclo reproductivo de la sociedad sólo puede soldarse en el momento en que estas mercancías, allí indiferenciadas, logran establecer su interconexión mercantil. Ahora bien, lo que vemos aquí es que, por más que todas las mercancías capitalistas logren esta interconexión mercantil, si no se logra tal interconexión mercantil entre la mercancía fuerza de trabajo de los trabajadores y la mercancía medios de subsistencia de los capitalistas, no se cierra o no puede soldarse ese ciclo reproductivo de la sociedad. Para que la sociedad exista, y exista ahora en forma capitalista, es fundamental que, dentro de la esfera de la circulación mercantil, la región "mercado de trabajo" irradie su *vitalidad*, es decir, como sabemos, su efectividad como instrumento específico de la "esclavitud moderna".

Cabe mencionar de pasada que la importancia de este “mercado de trabajo” queda demostrada por toda la serie de elementos de la esfera de la circulación que están destinados a garantizar, proteger, o fomentar la posibilidad de su funcionamiento. La intervención de instrumentos estatales, por ejemplo, que para la estructura mercantil simple es un recurso totalmente accesorio, algo sumamente secundario, va a convertirse en la reproducción social capitalista en algo esencial y de primera importancia. El Estado va a consistir, en gran medida, en una empresa para proteger y fomentar el que los obreros vendan su mercancía fuerza de trabajo a un determinado precio a fin de que los capitalistas puedan continuar la rotación de su mercancía-capital que es la que da continuidad a todo el proceso de reproducción social.

IX: La expresión del valor de la mercancía

Pasemos ahora, en último término, al menos a mencionar un teorema aparentemente esotérico pero determinante en la definición de la mercancía fuerza de trabajo e indispensable para la explicación del fenómeno de la crisis capitalista en el sentido en que lo estamos considerando. Me refiero al teorema de Marx que define qué es valor o, mejor dicho, a la definición, dentro de la teoría del valor, de este concepto tan importante para Marx pero tan poco tratado por los marxistas que es el concepto de *expresión del valor*. En el concepto de valor de Marx –un concepto sumamente complejo y sumamente diferente de los conceptos clásicos del valor– aparecen necesariamente tres elementos conceptuales que es necesario tener en cuenta, primero, el concepto de *substancia del valor*; segundo, el concepto de *valor* propiamente dicho, y, tercero, el concepto de *expresión del valor* o valor de cambio. Sin estos tres conceptos o elementos conceptuales no existe una teoría marxista del valor. Para Marx, *el valor de cambio es substancia de valor que esta convirtiéndose en valor en la medida en que se expresa a través suyo*.

Existe un proceso en el que una substancia de valor, que podríamos llamar *tiempo de trabajo privadamente necesario*, está convirtiéndose en *tiempo de trabajo socialmente necesario*, es decir, en valor, gracias a una conformación, configuración o *concreción cuantitativa* de esa substancia dentro de una *relación efectiva de intercambio*; gracias, pues, a la expresión de la substancia valiosa como valor de cambio. En

efecto, el ser producto implica que en cada objeto hay un cierto gasto privado de energía de trabajo, una indefinida substancia valiosa; este cierto gasto privado de energía de trabajo se convierte en un gasto social alícuota de energía de trabajo, es decir, en valor, en el momento en que dicho objeto entra en una relación de intercambio con otro y es actualizado o aceptado como un bien con un determinado valor de cambio. La substancia del valor se convierte en valor en el momento en que esta cosa se intercambia en una cierta proporción por otra, es decir, en el momento en que él se expresa; *la expresión del valor es esencial para el valor mismo*. No hay, pues, según Marx, valor que no sea expresado; el valor de cambio no es un accidente, no es algo que esté al margen o sea prescindible en la definición del valor, es indispensable para ella.

X. El carácter subordinado de la constitución del valor de la fuerza de trabajo

La derivación principal de esta idea es la siguiente. De acuerdo a la línea central de la argumentación de Marx, en la esfera de la circulación mercantil capitalista, la esfera en la que se están configurando, concretizando o realizando los valores de todas las mercancías, de las capitalistas así como de las no capitalistas, esta manifestación de los valores de todas las mercancías tiene lugar, pero –y esto sería lo principal– de una manera en la cual *la constitución del valor de la mercancía fuerza de trabajo es una constitución subordinada a la constitución del valor de la mercancía capitalista*. Las mercancías capitalistas son las que, al pasar su substancia de valor a ser valor, expresándose como valor de cambio, *determinan en qué medida* la substancia del valor de la fuerza de trabajo –la energía objetivada en el cuerpo, la inteligencia, la cultura material y la cooperación de los trabajadores– está siendo actualizada efectivamente como valor. Los trabajadores están introduciendo a la esfera de la circulación, provenientes de su proceso *de consumo*, sus distintos cuerpos de humanidad concreta; de todos ellos, algunos van a ser adoptados como fuerza de trabajo efectiva, como dotados de valor de uso, como ejército de trabajadores *en activo*, pero *otros no*: justamente los que pasan a conformar el ejército de trabajadores *en reserva*. Sólo un cierto conjunto de capacidades de trabajo va a ser *valorado* en tal o

cual medida; sólo una parte de los portadores de toda esa *substancia de valor objetivada como sujeto* la verán expresarse, existir sobre el escenario del mercado; sólo una fracción de todo ese tiempo de trabajo privadamente necesario, *que está hecho cuerpo en cada uno* de los trabajadores, se convertirá efectivamente en *valor* de la fuerza de trabajo al recibir un valor de cambio, al ser pagada con una masa de *salarios* determinada. La *necesidad de esta no valoración sistemática* de toda la *substancia del valor* de la fuerza de trabajo se debe a que ella se convierte en valor de *manera supeditada a las necesidades* que rigen en la esfera de la circulación mercantil de que esta mercancía capitalista cumpla su meta de existencia, meta que es justamente la valorización de su valor, la acumulación de capital. La presencia de un *residuo de substancia de valor* no realizada es necesaria, es la regla en el caso de la mercancía fuerza de trabajo; es en cambio accesoria, excepcional, en el caso de la mercancía capitalista. Esta siempre logra *valorar* su *substancia de valor*, aun en los casos en que su valor no resulta *valorizado*.

XI. El valor de la fuerza de trabajo: clave de la crisis capitalista

Así, pues, en resumen: para que el proceso de reproducción de una sociedad mercantil capitalista no se rompa en el eslabón "circulación", para que ese proceso de reproducción continúe, para que el ciclo se mantenga, ya no es, entonces, solamente necesario que haya proceso de intercambio; ahora es necesario que él gire en torno a una de sus variedades, la que tiene lugar en el "mercado de trabajo"; y, aún más, es necesario que el valor de la mercancía fuerza de trabajo sea un valor cuya realización o efectuación dependa de la realización o efectuación del valor de la mercancía capitalista; realización que implica una valorización del mismo, una acumulación de capital,

Sólo si esta subordinación se debilita, funciona mal, entra en problemas, las crisis *en el* capitalismo son realmente *crisis capitalistas*: la explotación de los trabajadores, la extracción de plusvalor, entra en peligro; entra en peligro el cumplimiento del ciclo reproductivo de la sociedad como ciclo que depende de la *reproducción de la relación capitalista de producción y consumo*.

Todos los problemas que van a aparecer, en términos marxistas, como problemas de la crisis (problemas de proporcionalidad o equilibrio, en la tercera sección del segundo libro; problemas de sobreacumulación, en la tercera sección del tercer libro) se reducen, en definitiva, a la imposibilidad del paso de un determinado capital resultante a la constitución de un nuevo capital inicial, de diferente magnitud y con una nueva composición orgánica. Los grandes problemas aparecen, como sabemos, en la medida en que este nuevo capital, que debe incluir un plus-capital proveniente del capital anterior, no resulta capaz de cumplir ciertos requerimientos cualitativos y cuantitativos para acumular que le plantea la historia concreta de su acumulación. Cuando la masa del plusvalor disponible para realizar este incremento de capital, este pluscapital, resulta escasa, en ese momento aparece la situación de crisis. Como sabemos, en este problema está en juego la relación entre capital constante y capital variable, llamada composición orgánica, en la que, en *definitiva*, lo que está en juego es el gran problema de *cuánto del capital puede ser empleado efectivamente como capital variable*, es decir, entregado en calidad de salarios a la clase obrera; en qué medida, pues, la fuerza de trabajo de los obreros, que implica una cierta substancia de valor, va a ser aceptada como mercancía que tiene un determinado valor. Esta es, entonces, la relación social más determinante *de la esfera circulatoria*, lo demuestra el hecho de que, frente a todas las demás, es la más protegida cultural, social, políticamente, por las empresas históricas llamadas Estados. Si no se maneja esta idea, la idea de que la crisis es una crisis estructural de todo proceso de reproducción privatizado, liberal o *estatalista* –crisis que, en sentido capitalista, está siendo neutralizada básicamente mediante la supeditación de la realización del valor de la mercancía fuerza de trabajo a la del valor de la mercancía capitalista– la teoría de la crisis propiamente marxista no está presente.

[1980]

ROSA LUXEMBURGO, ESPONTANEIDAD REVOLUCIONARIA E INTERNACIONALISMO³⁸

Der historische Materialist rückt [...] nach Massgabe des Mtiglichen von (der Überlieferung) ab. Er betrachtet es als seine Aufgabe die Geschichte gegen den Strich zu bürsten.³⁹

W. Benjamín, *Tesis sobre filosofía de la Historia*

Rosa Luxemburgo fue una mujer de apariencia física nada favorable, su cuerpo, notoriamente pequeño, era poco agraciado y de andar un tanto defectuoso. A su rostro, en el que sorprendían la belleza y la viveza de sus ojos, acudía con frecuencia una sonrisa insegura, irónica y agresiva.

Aparte de su unión con Leo Jogiches, su amante de juventud y su camarada de toda la vida, sus relaciones afectivas fueron escasas y distanciadas; prefería el retiro. Amaba la naturaleza.

Rosalía Luxemburg fue además judía y, concretamente, judía polaca. De su familia, en la que había también un pasado germano, heredó la tradición ilustrada y cosmopolita de este tipo de gente propiamente "europeo" (de la época de la libre competencia) que pertenecía enteramente a su país pero era extranjero en su Estado nacional. Por esta razón, no obstante que ella discutía con igual desenvoltura lo mismo las cuestiones polacas de su partido de origen que las alemanas de su partido de adopción, y pese a que se inmiscuía sin ningún reparo, ni siquiera idiomático, lo mismo en el contorno republicano de un Jaurés que en el ambiente conspirativo de un Lenin, nunca fue aceptada del todo en los medios socialistas "nacionales", especialmente en la socialdemocracia alemana, donde no se olvidaba el hecho de que provenía de una nación sojuzgada o "de segunda".

³⁸ Publicado originalmente como prólogo a las *Obras escogidas* de Rosa Luxemburgo, ed. Era, México, 1982

³⁹ "...El materialismo histórico toma distancia, en la medida de lo posible, de lo aceptado tradicionalmente. Considera como tarea suya la de pasar el cepillo sobre la historia, pero a contrapelo."

Dos datos atípicos que se constatan en la vida de Rosa Luxemburgo: en su condición de mujer y en su condición de individuo nacional.⁴⁰ Son dos datos que de por sí no dicen nada. Ambiguos, ya que pueden encontrarse en biografías muy diferentes. Interesan sólo porque indican dos situaciones extremas que, al ser enfrentadas por Rosa Luxemburgo a su manera, pasaron a definirla a ella misma o a caracterizar de manera especial la sustancia de la que ella decidió estar hecha: la sustancia revolucionaria. Ya a fines del siglo XIX una mujer que se encontraba en el "error objetivo" de no poder ser "atractiva" tenía la oportunidad de salirse de él si cultivaba como gracias compensatorias las virtudes "masculinas"; pero sólo si lo hacía de manera propiamente "femenina", es decir, disminuida o como imitación que sirviera al modelo para verse confirmado en su superioridad. Sólo si demostraba la validez del espíritu de empresa productivo ("masculino") y burgués –compuesto básicamente de ambición, pero inteligente, voluntarioso y realista– al mostrarlo en una versión defectuosa, que sólo resultase explicable por la acción del inmediatismo, la inconsistencia y la exageración propios de lo "femenino". Que la vida de Rosa Luxemburgo se hallaba encaminada a lograr un efecto de esta clase –reivindicarse en lo privado sometiéndose para ello doblemente a las normas establecidas– algo que pudo creerse incluso en medios bastante afines y cercanos a ella dentro del partido. La originalidad de "Rosa, la roja" –oradora encendida, polemista implacable, teórica iconoclasta, trabajadora, incansable y llena de amor propio– no parecía expresar para ellos ningún exceso propiamente revolucionario. Su "extremismo" y su "pathos" eran comprendidos por ellos como el aporte de "Temperament" o el toque "femenino" que una mujer de ambiciones excepcionales le entregaba a su institución, sin afectarla de manera decisiva en su esencia política.⁴¹

Sin embargo, la empresa en que se encontraba empeñada Rosa Luxemburgo era de un orden totalmente diferente. La experiencia, ineludible en su caso, de la situación femenina de opresión y sobre-

⁴⁰ La vida y la obra de Rosa Luxemburgo han sido tratadas principalmente por P. Frölich, en su breve y ya clásica semblanza *R.L., pensamiento y acción*, y por P. Nettl, en su acuciosísimo y pese a ello no del todo compenetrado estudio *Rosa Luxemburgo*, ed. Era, México, 1974.

⁴¹ Pocos fueron los que, como Mehring en 1907 ("Rosa Luxemburgo es la mente más genial entre los herederos científicos de –Marx y Engels"), reconocieron que con la originalidad de Rosa era el movimiento comunista el que avanzaba un paso más.

explotación fue convertida por ella en una vía de acceso clara y definitiva a la experiencia de la necesidad de la revolución comunista: una experiencia que, en la *belle époque* del imperialismo tendía a volverse menos intensa y más rara incluso en las propias filas del proletariado metropolitano. El contenido de la problemática femenina que se le planteaba personalmente fue integrado que no reducido o disuelto) por ella en el de otra –menos ancestral y básica pero más actual y decisiva–; la problemática de la explotación de la clase en el sistema social capitalista. Por esta razón, su autorreivindicación como mujer se realizó bajo la forma de una intervención muy peculiar en la historia del movimiento obrero organizado. Rosa Luxemburgo pudo emprender una tarea cuya necesidad otros no atinaban ni siquiera a vislumbrar el rescate o la conquista de la radicalidad comunista como condición de existencia y eficacia no sólo del movimiento revolucionario sino del movimiento obrero sin más. El arribo a metas mínimas e inmediatas o de transición por parte del partido revolucionario del proletariado sólo es efectivo políticamente, aun en términos de mero realismo, si está organizado de tal manera, que anticipa o hace presentes en el contorno histórico concreto, las metas máximas y lejanas del movimiento comunista: la conquista del poder, la abolición del capitalismo y la propiedad privada, de las clases y el Estado, la instauración de la comunidad democrática.

Esta sería la –aparentemente sencilla pero no fácil de cumplirse– que llegó a guiar siempre la actividad y el discurso políticos de Rosa Luxemburgo.

Formando parte del mismo proceso en que Rosa Luxemburgo integró su problemática femenina como elemento radicalizador de la problemática política general se encuentra también la elaboración a la que ella sometió su conflictiva condición de judía en Alemania. En lugar de “ganarse” privadamente una “nación de primera”, al aceptar la propuesta de convertirse en el “departamento eslavo” del Partido Socialdemócrata Alemán (para que éste pudiera llenar así un requisito principal de “internacionalismo” sin tener que abandonar su cerrazón chauvinista); en lugar de afirmarse mirando hacia el pasado, como miembro de un Estado nacional polaco (que estaba destruido y sólo podía reconstituirse como dependiente del imperialismo), Rosa Luxemburgo supo encontrarle otra solución al problema de su falta de pertenencia a una nación-Estado. Lo convirtió en el punto de partida de

una lucha que no ha vuelto aún a ser tan decisiva y prometedora como lo fue entonces: La lucha por despertar y difundir el carácter "histórico-mundial" (Marx) de la revolución comunista. Y aquí también su actividad y su discurso encontraron un postulado guía: el internacionalismo proletario no puede resultar de una coincidencia automática de los intereses proletarios en los distintos y enfrentados Estados nacionales; debe ser levantado de manera consciente organizada mediante una política que haga presente el alcance mundial de toda conquista comunista, incluso en las que parecen más internas, locales o nacionales de las luchas proletarias.

El intento de potenciar en sentido comunista el comportamiento de la clase proletaria y sus instrumentos organizativos, he aquí la línea central y determinante que imprime coherencia y continuidad a la serie de empresas políticas teórico-prácticas de Rosa Luxemburgo,⁴² cuya sucesión constituye lo principal de su vida.⁴³

⁴² Esta serie de intervenciones políticas teórico-prácticas de Rosa Luxemburgo estaría compuesta de ocho principales

1] En la discusión contra el reformismo ("revisionismo") 1898-1904.

2] En la discusión contra el nacionalismo burgués dentro del movimiento socialista polaco. (Tratamiento del problema de la autonomía y la autarquía de las naciones.) Véase el libro de María-José Aubet, *Rosa Luxemburgo y la cuestión nacional*, ed. Anagrama, Barcelona, 1977.

3] En la primera discusión sobre la huelga de masas y sus resultados, en Bélgica y sobre todo en la revolución rusa de 1905: contra la dualidad oportunista de economicismo y politicismo 1902-1906.

4] En la segunda discusión sobre la huelga de masas, contra el oportunismo parlamentarista y claudicante del "centro" del Partido Socialdemócrata Alemán (Kautsky, etcétera).

5] En la discusión contra la interpretación "política" del imperialismo, el militarismo y la guerra. 1912-1915.

6] En la discusión contra la interpretación nacionalista de la guerra 1915-1917.

7] En las discusiones de las nuevas perspectivas del socialismo, la nueva Internacional, la realización bolchevique de la dictadura del proletariado. 1916-1918.

8] En la discusión preparatoria de la transformación del Grupo *Espartaco* en Partido Comunista Alemán. 1917-1918. Hasta la fecha el estudio más completo de la obra de Rosa Luxemburgo ha sido realizado por Gilbert Badia en su "biografía intelectual" R. L. *journaliste, polémiste, révolutionnaire*, ed. Sociales, París, 1975. Destacan también Lelio Basso, *Rosa Luxemburgo*, ed. Nuestro Tiempo, México, 1977, y la serie de ensayos de Norman Geras, reunidos en su libro *Actualidad del pensamiento de Rosa Luxemburgo*, ed. Era, México, 1980.

⁴³ Esta búsqueda de la radicalidad comunista, que la enfrenta irreconciliablemente con el reformismo la distinguirá también de otros revolucionarios "radicalistas", los que definen esa radicalidad no como la presencia refuncionalizadora del sentido comunista máximo y futuro en el sentido concreto de la actividad que prepara la revolución, sino como la sustitución e éste por el primero. La interesante actitud de los anarquistas frente a Rosa Luxemburgo puede reconocerse en Daniel Guérin, R. *et la spontanéite révolutionnaire*, París, 1971, y en *Redaktionskollektiv der Schwarzen Protokolle*, R. Ls. *theoretisches Verhalten zur Arbeiterbewegung*, Berlín Occidental, 1972.

La línea de la radicalidad comunista luxemburguiana se presenta ya en plenitud y de manera ejemplar en la primera de las intervenciones de Rosa en la historia general del movimiento obrero revolucionario, en su polémica contra la posición reformista ("revisionista") dentro de la socialdemocracia alemana y de toda la II Internacional socialista, que Eduard Bernstein, en los últimos años del siglo XIX, propuso que prevaleciera sobre la posición marxista revolucionaria, heredada de la I Internacional.

Revisar el marxismo para encontrar lo que en él falte o haya caducado y estorbe a su operatividad; introducir o sustituir esas partes faltantes o caducas; adaptar el marxismo a las nuevas necesidades de la lucha socialista, ésta era la inobjetable intención manifiesta –y del todo sincera de Bernstein cuando (en 1898) publicó su libro *Las premisas del socialismo*. La caducidad del marxismo que él detectaba sólo afectaba, en definitiva, a uno de los teoremas centrales, el que afirma la agudización creciente del carácter contradictorio del modo de producción capitalista. Teorema que, como él lo explicaba en la primera parte de la obra (cap. 1 y 2), era sólo retóricamente, no científicamente central, pues provenía más de una falla o carencia en el método del marxismo –la ausencia de un concepto de dialéctica no hegeliano o no centrado en la idea de contradicción como incompatibilidad esencial– que de este método en su conjunto o del saber producido con él.

Bernstein consultaba las estadísticas, y ellas le señalaban un mejoramiento en las condiciones de trabajo y de mejora de los obreros, una concentración del capital con participación de la clase media, la tendencia a una prosperidad permanente y sin crisis. Dando por presupuesta una definición cuantitativa del "carácter contradictorio del capitalismo", interpretaba estos síntomas y llegaba a diagnosticar que dicho carácter se debilitaba; que el orden privado, irracional o "anárquico" de las relaciones de apropiación privada cedía el paso a un proceso de "socialización" o "democratización" de la propiedad del capital y al desarrollo de un control regulador del mecanismo macro-económico; y que, al reducirse la forma privada o irracional de la propiedad sobre la riqueza, se reducía también su contradicción o falta de concordancia con el funcionamiento básico de las fuerzas productivas, que es necesariamente socializador.

De esta segunda parte (cap. 3), propiamente "científica", de la revisión del marxismo, Bernstein pasaba a la tercera y conclusiva (cap. 4 y 5), de orden netamente político.

Decía Bernstein: para alcanzar el socialismo —el último paso en la historia del proceso de la democracia, el paso en que ella se enriquece con la institucionalización de la democracia económica—, el movimiento socialdemócrata debe desechar la idea utópica del Marx hegeliano acerca de la necesidad de un mundo sustancialmente diferente del capitalista, al que sólo se puede llegar mediante la conquista y el uso proletario del poder político, mediante el cambio revolucionario violento. No existe la necesidad de ese otro mundo porque éste, el capitalista, ha dejado paulatinamente de ser lo que antes era; su propio progreso le ha hecho incorporar elementos socialistas, adentrarse ya en el futuro. De lo que se trata es de continuar y acelerar intencionalmente esta revolución lenta y pacífica que está ya en movimiento: convencer a toda la sociedad para que reconozca la superioridad ética del orden socialista y lo adopte constitucionalmente en sustitución del capitalismo.

Se trata de ganar una mayoría de adeptos para esta idea socialista en todas las clases de la sociedad y el partido socialdemócrata podría lograrlo si sólo "quisiera aparentar lo que él ya es en realidad: un partido para la reforma democrático-socialista" ("eine demokratisch-socialistische Reformpartei"). Si aceptara que sus únicas armas deben ser: los sindicatos (y las cooperativas), en lo económico, y el parlamento ("encarnación de la voluntad de la sociedad, al margen de las clases"), en lo político. La crítica de Rosa Luxemburgo, expuesta en su folleto *¿Reforma social o revolución?* (1899), abarca los tres planos del razonamiento de Bernstein —el metodológico, el económico y el político— pero combinados o entrecruzados en una sola totalidad argumental. Se trata de un acoso al revisionismo, que ataca su objetivo una y otra vez desde todos los ángulos y en los más variados tonos, con la intención de demostrar que no representa una actualización o un adelanto de la teoría marxista ortodoxa, sino por el contrario su liquidación o su regresión: su reconversión de teoría proletaria o libre de obligaciones en teoría burguesa u obligada a la conservación del orden dominante.

Allí está, ante todo, la demostración de que la creación de un sistema monopólico y financiero en el capitalismo desarrollado, lejos de aminorarlas, acentúa las contradicciones entre la potenciación exorbitante de las fuerzas productivas, con su tendencia a volverse sociales y mundiales, por un lado, y la apropiación capitalista-privada y nacional de la riqueza, por otro lado; entre los intereses proletarios por un lado, y los intereses burgueses, por otro. Allí, la observación de que las crisis capitalistas, con su mayor o menor frecuencia y con su mayor o menor intensidad, sólo son una de las formas de manifestación de estas contradicciones.

Allí está también la demostración de que la democracia que se puede perfeccionar en términos reformistas, con la acción de los sindicatos (y las cooperativas) y con el fortalecimiento del parlamento, no es la democracia que pretende instaurar el movimiento comunista en términos revolucionarios. La democracia económica que pueden alcanzar los sindicatos –por lo demás, en una interminable tarea de Sísifo– no puede ir más allá de la generalización del respeto de los capitalistas por el valor real de la fuerza de trabajo obrera, siempre como simple mercancía y por el, tiempo que ella necesita para su reproducción “normal”. No puede convertirlos en el sujeto comunitario autárquico del proceso de vida social. Y la democracia política que se puede alcanzar en el parlamento no puede ser más que la situación de igualdad de los individuos (capitalistas o proletarios) ante el Estado, pero ante un Estado que es la institucionalización de la violencia de toda la clase capitalista al defender y desarrollar sus privilegios económicos.

Pero sobre todo, y es lo que interesa destacar aquí, allí está una de las más ricas y complejas y al mismo tiempo claras y precisas exposiciones del marxismo ortodoxo sobre la necesidad del progreso a una forma de sociedad esencialmente diferente de la capitalista y sobre el carácter ineludiblemente revolucionario que debe adoptar dicho progreso.

Después de Marx y Engels, nadie como Rosa Luxemburgo ha sabido definir el carácter total es decir, unitariamente objetivo y subjetivo de la situación revolucionaria.⁴⁴ Según ella, la posibilidad real o concreta del progreso histórico hacia el comunismo se va constituyendo durante

⁴⁴ Este aspecto central del pensamiento luxemburguiano lo destaca G. Lukács en *Rosa Luxemburgo como marxista* (1921), uno de los dos ensayos sobre Rosa que el autor incluye en su libro *Historia y conciencia de clase*, ed. Grijalbo, México, 1969.

todo un periodo excepcional en el cual el agravamiento de la explotación capitalista durante un momento de crisis desata al mismo tiempo una serie de respuestas, cada vez más amplias, sutiles y potentes, por parte del proletariado consciente y organizado, y una reacción de la burguesía que, reduzca o no el tipo de explotación inicial, pone al descubierto otros tipos de explotación, más complejos, decisivos e insolubles. Este periodo de maduración de la situación revolucionaria es precisamente el mismo en que el contenido de la revolución que se plantea se vuelve cada vez más radical. De esta manera, la conquista del poder político y su uso proletario –la "dictadura del proletariado", más o menos pacífica– surgen como el único medio para cumplir el imperativo (que se ha vuelto urgente) de esa revolución radical; para romper con toda una época y un mundo históricos e instaurar otros nuevos. El tema guía en toda la obra de Rosa Luxemburgo –la afirmación del carácter esencial o cualitativo del tránsito del capitalismo al comunismo–, aparece así, en este escrito, en calidad de fundamentación directa de la distinción que, contra Bernstein, ella propone que no sea olvidada en el movimiento socialdemócrata europeo, la distinción entre reforma y revolución.

La reforma legislativa (legislación) y la revolución no son métodos de desarrollo histórico que puedan elegirse a gusto en el *buffet* de la historia, como quien elige salchichas frías, o salchichas calientes. La reforma legislativa y la revolución son diferentes dimensiones [Momento] en el desarrollo de la sociedad dividida en clases. Se condicionan y complementan mutuamente, y al mismo tiempo se excluyen entre sí, como el polo norte y el polo sur, como la burguesía y el proletariado. Toda constitución legal es simplemente el producto de una revolución. En la historia de la sociedad dividida en clases, la revolución es un acto de creación política, mientras que la legislación es el vegetal político inerte de la sociedad. La acción legal de la reforma no tiene impulso propio independientemente de la revolución. Durante cada periodo histórico se cumple únicamente en la dirección que le da el ímpetu de la última revolución, y se mantiene en tanto el impulso de ésta se halla presente en ella. Concretando, en cada periodo histórico, la tarea de las reformas se cumple únicamente en el marco de la forma social creado por la última revolución. Este es el núcleo de la cuestión. Es completamente falso y contrario a la historia representarse la acción legal de la reforma como una revolución extendida y la revolución

como una reforma concentrada. Una revolución social y una reforma legislativa son dos diferentes dimensiones [Momento] no por duración sino por su esencia. El secreto del cambio histórico mediante la utilización del poder político reside precisamente en la conversión de las modificaciones simplemente cuantitativas en una nueva cualidad o, para decirlo más concretamente, en la transición de un periodo histórico de una forma de sociedad a otra. Es por esto que quienes se pronuncian a favor del camino de las reformas legislativas en lugar de –y en contraposición a– la conquista del poder político y de la revolución social, no están realmente eligiendo un camino más calmo, seguro y lento hacia la misma meta, sino una meta distinta. En lugar de dirigirse al establecimiento de una nueva sociedad, se dirigen simplemente hacia modificaciones inesenciales (cuantitativas) de la existente. Si seguimos las concepciones políticas del revisionismo (Bernstein), llegamos a la misma conclusión que se alcanza cuando seguimos sus teorías económicas: no se encaminan a la realización del orden socialista, sino a la reforma del capitalista; no a la supresión del sistema salarial, sino a un más o menos de la explotación, es decir, a la supresión de los abusos del capitalismo y no a la supresión del capitalismo en cuanto tal.

Rosa Luxemburgo fue asesinada en Berlín el 15 de enero de 1919. Hacía apenas dos meses que se encontraba libre, después de haber estado en prisión desde comienzos de 1915. El Estado monárquico del capitalismo alemán había castigado su antibelicismo de comunista internacionalista; sus acciones minaban la moral del ejército, implicaban alta traición a la patria. El Estado republicano del mismo capitalismo alemán –administrado esta vez por quienes años antes fueran sus camaradas de partido– mandó asesinarla sin juicio previo. Era parte de la masacre que desató para aniquilar a los pocos comunistas que intentaron frenar, mediante una insurrección desesperada, el apaciguamiento burgués de la revolución alemana de 1918.

Este final de Rosa Luxemburgo comenzó a decidirse ya por los años de 1910-1912, cuando la concepción comunista radical de la revolución proletaria –de sus estrategias y su organización–, que ella pretendió introducir en el masivo y poderoso pero burocratizado e inofensivo Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), no logró romper el dominio de la línea de la revolución “paso a pasó” definida por los dirigentes

tradicionales (Kautsky, etcétera): línea “realista”, que conquistaba reformas a cambio de claudicaciones. Se convirtió en un final casi predecible desde que la revolución europea del proletariado –que sólo se desarrollaba en la medida en que su carácter comunista y su carácter internacionalista se complementaban mutuamente– se vino abajo en 1914. La II Internacional de los partidos socialistas –con el partido alemán, el más avanzado y ejemplar, al frente– se hallaba impreparada, debido a su “astuta” moderación, para la guerra de clase de los proletarios contra los burgueses; debió entonces elegir la guerra nacional y enfrentar así a proletarios contra proletarios. En el caso de Rosa Luxemburgo, como en el de otros grandes revolucionarios, su muerte fue la ratificación de su fracaso, y su fracaso personal implicó también el fracaso del movimiento revolucionario en el que ella no pudo triunfar. El radicalismo comunista ortodoxo que ella intentó imprimir al movimiento socialista alemán de esa época no alcanzó a prender en él, no pudo ser recibido por él; y si éste se traicionó primero y se desintegró después, fue precisamente por su carencia de radicalidad revolucionaria. Una incompatibilidad profunda –oculta para ambos bajo una engañosa complementariedad mutua– se interpuso insuperablemente entre el Partido Socialdemócrata Alemán, en su imponente ascenso, y Rosa Luxemburgo, quien fuera desde comienzos de siglo uno de los principales impulsores de ese ascenso.⁴⁵

Rosa Luxemburgo fracasó en su intento de llevar la historia del movimiento comunista a su salto definitivo. La verdad del discurso marxista –como la de todo discurso concreto– está en su poder real, en su capacidad para “volverse mundo” (Marx), para acompañar funcionalmente a la revolución comunista en sus triunfos y su realización; y el discurso de Rosa Luxemburgo no llegó en el momento favorable, o no lo hizo por la vía adecuada, como para disputar ese poder o demostrar

⁴⁵ El grueso del Partido Socialdemócrata Alemán adjudicó a Rosa la función de máximo nivel pero no obstante secundaria de “principal agitadora” del partido; nunca la aceptó como un contrincante de sus dirigentes tradicionales que estuviese en capacidad de reemplazarlos en algún momento. Esta incompatibilidad entre la idiosincrasia del PSA y la persona de Rosa es uno de los síntomas más interesantes de otra incompatibilidad, de orden social general, que comenzó a desarrollarse a fines del siglo pasado –y que un movimiento socialista acertado pudo tal vez haber convertido en afinidad– entre los intereses de la clase obrera en la zona imperialista del capitalismo y las necesidades más profundas de la revolución comunista.

Véase Jürgen Kuczynski, *Der A Ausbruch des ersten Weltkriegs und die deutsche Sozialdemokratie*, Berlín (RDA), 1959. También la obra de A. Laschitz y G. Radczun, R. L., *ihr Wirken in der deutschen Arbeiterbewegung*, Berlín (RDA), 1971 aporta a la elaboración de esta problemática (Radczun es el encargado de la más representativa de las ediciones de la obra de Rosa Luxemburgo, la del Partido Socialista Unificado de Alemania).

su capacidad de convertirse en fuerza histórica real. Pero no se puede decir que la figura de Rosa Luxemburgo carezca de actualidad y que su discurso haya sido “refutado por la historia”. En la historia de los intentos revolucionarios del proletariado –historia que, como decía Marx, avanza cíclicamente, volviendo sobre su propio pasado y retomándolo críticamente en un nivel superior– la inoportunidad que hace fracasar a un proyecto de revolución no lo afecta siempre de manera definitiva ni invalida siempre su contenido discursivo. Y en el caso de Rosa Luxemburgo todo parece indicar que su intervención política fracasó porque, en una época en que el socialismo sólo ejecutaba la necesidad del orden capitalista de “reformarse para poder seguir siendo el mismo”, ella fincaba demasiado en el pasado revolucionario (era demasiado marxista ortodoxa) o adelantaba demasiado el futuro revolucionario. A lo mejor, el discurso de Rosa Luxemburgo comienza apenas a ser verdaderamente escuchable dentro de las fuerzas revolucionarias, a tener la oportunidad de tomar cuerpo en la acción política de los “esclavos modernos”.⁴⁶

Pero su mensaje tendría que ser reencontrado. La discusión entre los nuevos revolucionarios sobre la figura real de Rosa y sobre la actualidad y utilidad de su obra deberá primero despejar el camino que puede acercarlos a ellas. Despejarlo de un gran obstáculo, que se ha asentado y consolidado tanto, que no parece tal, la doble figura ficticia de una Rosa “luxemburguista” y, su contrapartida y complemento, una Rosa casi “leninista”.

Un ejemplo. La primera recopilación más o menos amplia de la obra de Rosa Luxemburgo publicada después de 1945 en los “países socialistas” va precedida de un voluminoso cuerpo introductorio de 150 páginas.⁴⁷ Se trata a primera vista de un aparato correctivo, destinado a rescatar para el lector las partes válidas, no desechadas por la historia, de lo que Rosa dijo y escribió y a rechazar sus partes erróneas e incluso nocivas, sus partes contaminadas de “luxemburguismo”.

⁴⁶ El renacimiento actual del interés por la obra de Rosa Luxemburgo, preparado por las publicaciones de los *Cahiers Spartacus* en París (B. Fouchère, A. Guillemin, etcétera) y por el pequeño pero comprensivo estudio de Tony Cliff *Rosa Luxemburgo*, ed. Galerna Buenos Aires, 1971, comienza también en 1968. Georges Haupt y Michael Löwy, entre otros, prepararon en ese año el número 45 de *Partisans*, intitolado *Rosa Luxembourg vivante*.

⁴⁷ Rosa Luxemburg, *Ausgewählte Reden und Schriften*. 2 vol. Berlín (RDA), 1955, 1500 pp. A más del prólogo oficial de W. Pieck, la introducción incluye tres conocidos artículos de Lenin (dos de ellos sobre dos obras importantes de Rosa, excluidas de la recopilación) y uno más de Stalin.

Pero es en realidad un dispositivo compuesto para promover una suplantación; para desviar al lector en dirección a una Rosa Luxemburgo artificial, cerrándole así el paso, sin que él pueda darse cuenta, hacia la Rosa Luxemburgo de verdad. En efecto, después del deslindamiento que se propone en él, la elección del lector es fácil, casi obligada: se apartará de Rosa Luxemburgo en tanto que autora de su obra errónea y se quedará con ella en tanto que autora de su obra válida. Pero ¿qué es esa Rosa Luxemburgo válida por un lado y dañina por otro? Es, ante todo, una figura demasiado inverosímil, carente de vida propia y autonomía, que se parece demasiado, ora en negativo, ora en positivo, a la figura paradigmática de alguien diferente, a la figura de "Lenin". Los rasgos que podrían perfilar la figura propia y específica de Rosa Luxemburgo no están allí: los que se destacan son rasgos prestados. En negativo, los rasgos de un "anti-Lenin", en positivo, los rasgos de un casi "Lenin".⁴⁸

Cuando, después del fracaso parcial de un proyecto revolucionario, éste no tiene sucesión en uno nuevo, más acorde con la realidad, y el proceso histórico debe avanzar a tientas, carente de la iniciativa de un sujeto en fusión, la meta que estuvo propuesta inicialmente suele ser reducida, por quienes usufructúan el triunfo parcial, a la dimensión de los resultados alcanzados. La imagen de lo efectivamente logrado suele ser elevada ideológicamente a la jerarquía de ideal cumplido. Después del fracaso de la revolución comunista europea a comienzos de siglo, la ideología del "socialismo en un solo país" se encargó de identificar el impulso original de ella con el anquilosamiento burocrático de sus adelantos parciales en Rusia.⁴⁹ Y sólo una encarnación mítica de esta identificación impensable o absurda podía garantizar, con su concreción indudable, que fuese pensada y aceptada. El mito positivo que ha servido de soporte a la ideología del "socialismo en un solo país" ha sido el "leninismo": la presentación embalsamada (y por tanto falseante) del principio que guió el hacer práctico y teórico de Lenin bajo la figura de un aparato de fórmulas, a la vez mecánico y proteico, obligado a

⁴⁸ La dualidad de esta imagen de "Rosa Luxemburgo" suele presentarse encubierta bajo otra: su vida correcta ("leninista") frente a su pensamiento errado ("luxemburguista"). Cf. F. Oelssner, R. L., *Eine kritische biographische Skizze*, Berlín (RDA), 1951.

⁴⁹ La necesidad histórica de la situación en que apareció el absurdo: "socialismo en un solo país" la estudia Rudi Dutschke en su obra *Versuch, Lenin auf die Füsse zu stellen (Intento de poner a Lenin sobre sus propios pies)*, Berlín Occidental, 1974.

El modo como actúa esta necesidad histórica lo explica Sartre en el marco de su *Crítica de la razón dialéctica*, en un pasaje del segundo tomo inédito. Véase J. P. Sartre, "El socialismo en un solo país", *Cuadernos Políticos*, n.º. 12, México, abril-junio de 1977.

traducir todos los datos del detenimiento (y por tanto desvirtuamiento) de la Revolución de Octubre en pruebas de su progreso.⁵⁰

Mientras el mito positivo tiende a ser único (para parecerse a la verdad, de la que se dice que también lo es) los mitos negativos que lo acompañan y le sirven de marco contrastante suelen ser innumerables ("el error es múltiple"). Pero entre los muchos mitos negativos que fueron improvisados como trasfondo en el levantamiento del mito del "leninismo" han sido el "trotskismo" y el "luxemburguismo" los que han ocupado el sitio privilegiado.

Al "trotskismo" le tocó el lugar más expuesto, más concreto y más práctico. Era un mito de alcance particular, referido directamente a la historia de la revolución rusa –la que debía ser siempre el antecedente afirmativo del último acierto histórico del jefe del Partido y el Estado soviéticos y que era sentido en carne propia por quienes lo contaban y por quienes lo oían. Era el mito que narraba cómo, a la muerte de "Lenin", el núcleo de los bolcheviques (léase Stalin) sólo pudo continuar el "leninismo" gracias a la extirpación de Trotsky, el pseudo "Lenin", y la derrota de su modo de hacer política. El "luxemburguismo", en cambio, debió ocupar un lugar menos visible, más abstracto y más teórico en el cuerpo mitológico que sustentaba la idea del "socialismo en un sólo país". Era, no obstante, un lugar de mayor jerarquía negativa, ayudaba a definir por contraposición la esencia misma del "leninismo" como teoría revolucionaria en general, como "la única versión genuina del marxismo en el siglo XX".

Los rasgos más frecuentemente usados en la composición del aspecto propiamente negativo o "luxemburguista" de "Rosa Luxemburgo" tienen relación con los siguientes tres elementos centrales de la política comunista:

⁵⁰ En el mismo texto en que Stalin afirma que el socialismo "no puede ser construido en un solo país" (primera edición) y que el socialismo "puede y debe" ser construido en –un solo país (segunda edición), queda también fundada la doctrina universal del "leninismo". Cf. las dos primeras ediciones de la conferencia de Stalin en la Universidad Sverdlov en abril de 1924, intitulada "*Sobre los fundamentos del leninismo*", y el comentario del propio Stalin respecto de su cambio de opinión en "*En torno a los problemas del leninismo*". Stalin, *Obras*, ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1953, t. VI; y *Cuestiones del leninismo*, ed. Sociales, México, 1941.

El marxismo de Lenin como sustancia que recibe la forma ideológica apologética de "leninismo" es tratado por Bernd Rabehl en *Marx und Lenin. Widersprüche einer ideologischen Konstruktion des "Marxismus-Leninismus"*, Berlín Occidental, 1973.

- 1] la determinación del tipo de revolución que exige la situación histórica de tránsito a la sociedad comunista; del grado en que se combinan en ella la necesidad objetiva del desarrollo capitalista y la voluntad del factor subjetivo, la clase proletaria;
- 2] la definición del tipo de relación que debe existir entre la clase obrera con sus instituciones gremiales, y su organización política revolucionaria; la definición, por tanto, de las funciones y la estructura de esta organización;
- 3] el reconocimiento de otras luchas políticas verdaderamente coincidentes con la lucha revolucionaria del proletariado; luchas por reivindicaciones nacionales y por intereses campesinos, especialmente.

Rasgos "luxemburguistas" quiere decir "errores". Tres tipos de errores son los que habría cometido la Rosa "luxemburguista" en el planteamiento y la solución de estos tres conjuntos de cuestiones. En primer lugar, el mecanicismo (fatalismo o "hegelianismo") catastrofista. Las teorías económicas de Rosa llevarían al absurdo de prever un momento final de asfixia en el desarrollo del sistema capitalista (cuando se hayan agotado los territorios no capitalistas para su expansión en el planeta). El orden socialista resultaría así automáticamente de la crisis final o hundimiento del capitalismo: una ley natural o una necesidad trascendente se impondría de todas maneras, fuese mayor o menor la iniciativa revolucionaria de la clase obrera. La existencia misma del movimiento comunista, de sus luchas y sus triunfos, quedaría, en última instancia, calificada de superflua.

En segundo lugar, el espontaneísmo. Rosa habría exaltado hasta el endiosamiento la capacidad revolucionaria espontánea o no provocada de las masas proletarias, indiferenciadas, de emprender y llevar a cabo la revolución comunista en el momento marcado por la necesidad histórica y con aparatos organizativos creados *ad hoc*. Se habría cerrado así la vía para la comprensión de las funciones específicas que le corresponden al partido revolucionario como organización permanente y de Vanguardia del proletariado, sin la cual el instinto revolucionario de éste permanece en potencia o bien se desvía, se pierde y falla su objetivo.⁵¹ Muestras de este error serían:

⁵¹ Es notorio que Lenin, cuando se refiere a los errores de Rosa, no menciona el error de espontaneísmo. "A veces, las águilas vuelan más bajo que las gallinas, pero las gallinas

- el descuido de la problemática acerca de la constitución orgánica del partido (y por tanto la incomprensión de la importancia de la división entre bolcheviques y mencheviques en el Partido Socialdemócrata de Rusia);
- el exceso de respeto frente a la autonomía de los sindicatos en su relación con el partido;
- la tardanza en la construcción de una organización propia para la corriente revolucionaria del Partido Socialdemócrata Alemán;
- el desinterés en la preparación de la insurrección espartaquista de Berlín en 1919;
- la incomprensión del peculiar tipo de dictadura del proletariado que los bolcheviques instituyeron después de la Revolución de Octubre.

En tercer lugar, el esquematismo o abstraccionismo obrerista. Rosa se habría atenido a un modelo

purista del desarrollo del capitalismo y de las relaciones de clase e internacionales que él impone. Por esta razón, al tratarse de la interpretación de la situación concreta, la presencia en la realidad de ciertos conflictos diferentes del que existe entre obreros y capitalistas –conflictos entre naciones o minorías nacionales y Estados imperialistas, entre campesinos precapitalistas y economías nacionales capitalistas– no podía ser percibida por Rosa. En consecuencia, su política sería necesariamente pobre y unilateral.

De estos tres “errores” –cuyo contenido ha sido inventado a partir de deformaciones e incluso inversiones de ciertos datos reales de la práctica y la teoría de Rosa–, el segundo, el “espontaneísmo”, sin ser el más decisivo lógicamente, ha sido el que con mayor insistencia y amplitud ha perfilado la imagen del “luxemburguismo” o lado negativo de “Rosa Luxemburgo” como figura mítica negativa.

jamás podrán elevarse a la altura de las águilas. Rosa Luxemburgo se equivocó en el problema de la independencia de Polonia; se equivocó en 1903, en su apreciación del menchevismo; se equivocó en la teoría de la acumulación del capital; se equivocó en julio de 1914, cuando junto con Plejanov, Vandervelde, Kautsky y otros defendió la unidad de los bolcheviques y los mencheviques se equivocó en sus escritos de la cárcel, en 1918 (por lo demás, ella misma al salir en libertad, a fines de 1918 y principios de 1919, corrigió gran parte de sus errores). Pero a pesar de todos sus errores, Rosa Luxemburgo fue y seguirá siendo un águila.” *“Notas de un publicista”, Obras completas*, ed. Cartago, Buenos Aires, 1971, t. XXXVI, p. 169.

Bastaría destacar en toda la extensión de la obra de Rosa, junto a la rica serie de pasajes centrales en los que ella expone la necesidad que la clase proletaria tiene de una organización política centralizada y permanente como condición indispensable del buen éxito de su lucha revolucionaria, otra serie de afirmaciones, igualmente centrales y frecuentes, sobre la responsabilidad revolucionaria que debe reconocerse a las instituciones y los dirigentes políticos proletarios, para demostrar sin lugar a duda que en Rosa Luxemburgo no existe tal fe ciega y cómoda— en un desenvolvimiento automático del proceso revolucionario.⁵²

Por otra parte, bastaría recordar la tradición y el medio político socialista en los que actuaba, hablaba y escribía Rosa —que privilegiaban sin compensaciones la importancia del aparato organizativo y de las decisiones en su cúspide— para explicar el hecho de que, en su necesario “torcer en sentido inverso la vara torcida, a fin de enderezarla” (Lenin), hubiera insistido mucho más en las capacidades revolucionarias de las masas que en las virtudes revolucionarias de los comités centrales de sus partidos.⁵³

Es posible, en efecto, destruir la imagen caricaturesca de una Rosa adoradora de la creatividad del caos, dejar firmemente asentado que la actividad revolucionaria de las masas proletarias es para ella un fenómeno conscientemente provocado (no “espontáneo” en la acepción de “automático”) y que ese provocar consciente es la función específica del partido comunista. Pero ello no es suficiente para escapar a la mitología de una Rosa “luxemburguista” en cuestiones de organización; se llega, a lo mucho, a reconstruir una figura que no es tan “espontaneísta” (anti-“leninista”) como se cree, y cuya innegable porción de “espontaneísmo” representa por otro lado una complementaria y saludable (casi “leninista”) acentuación de la importancia que tiene el instinto revolucionario de las masas al ser conducidas por el partido.

⁵² Así lo hace L. Basso, en *Rosa Luxemburgo*, ed. cit.

⁵³ Como lo hace Tony Cliff en *Rosa Luxemburgo*, ed. Galerna, Buenos Aires, 1971, donde recuerda cómo Rosa se hallaba rodeada de partidos que idolatraban la visión y la voluntad de los jefes (el Partido Socialista de Pilsudski) y que confiaban ciegamente en el funcionamiento de su aparato organizativo, político (en Alemania) o sindical (en Francia).

Lo que el mito del “espontaneísmo luxemburguista” afirma es propiamente esto; la concepción que Rosa Luxemburgo tiene de las relaciones entre la clase proletaria y el partido comunista es en sí absurda; para volverla comprensible es necesario traducirla a los términos de la concepción “leninista”, según la cual toda acción revolucionaria efectiva se compone, en una combinación armónica, de un movimiento espontáneo e inconsciente de las masas, por un lado, y de una dirección estimuladora y consciente proveniente del partido, por otro. Traducida a estos términos –que serían los únicos racionales y “marxistas”– la concepción de Rosa Luxemburgo resulta necesariamente “espontaneísta” porque adjudica a las masas en mayor o menor medida lo que sólo puede ser función del partido: la conciencia y la dirección.

Para romper y no sólo debilitar, el mito de Rosa Luxemburgo “espontaneísta” se debe comenzar por rechazar la necesidad de esa traducción; por afirmar que la concepción luxemburguiana de la relación de clase-partido se sostiene por sí sola: que no es absurda sino diferente de la que se presenta a sí misma como paradigma, que no es más errónea respecto de ésta que lo que ésta puede ser respecto de ella.

El concepto luxemburguiano de la espontaneidad de las masas proletarias –fue sólo es una ampliación sistemática del concepto de subjetividad (*Subjektcharakter*) o autoactividad (*Selbsttaetigkeit*) de la clase obrera, uno de los conceptos claves del discurso comunista de Marx– no pone el acento en el problema, en alguna medida superfluo, de la repartición de las distintas funciones revolucionarias entre las masas y la dirección en un episodio histórico concreto. Sería éste un problema derivado, pues un proceso más determinante relativiza fuertemente toda adjudicación de ciertas funciones precisas a uno y a otro de estos dos protagonistas: la visión certera y la iniciativa, que parecen facultades propias de la dirección, pueden a veces encontrarse no en ella sino en las masas; a la inversa, el impulso y la perseverancia, virtudes que suelen atribuirse a las masas, pueden faltar en ellas pero estar en la dirección. El problema esencial para Rosa Luxemburgo es el establecer la ley o el principio que rige el proceso de repartición y de permutación de funciones entre las masas proletarias y sus instrumentos organizativos y de vanguardia.

La afirmación luxemburguiana de la espontaneidad revolucionaria de las masas proletarias no se agota en un juicio acerca de la capacidad de éstas de llevar a cabo una acción revolucionaria sin haber sido motivadas o provocadas, encauzadas o dirigidas por líderes o grupos especiales. Esta espontaneidad coyuntural, cuya existencia puede comprobarse en la historia, sería para Rosa Luxemburgo sólo una de las dos manifestaciones esenciales complementarias –la otra sería precisamente la organización comunista– de una espontaneidad revolucionaria más profunda y permanente.

La compleja teoría luxemburguiana de la espontaneidad, que sustenta todas sus consideraciones acerca de la relación entre la clase proletaria y el partido comunista, tiene su origen en una idea constantemente repetida por Marx bajo las más variadas formas y cuya versión más concisa se encuentra en la tercera *Tesis ad Feuerbach*. ¿En virtud de la posesión de qué ciencia pueden saber los transformadores de los hombres y de las circunstancias en qué dirección debe acontecer esa transformación? Esta es la pregunta que subyace en el texto de Marx. Y la respuesta es: en virtud de una ciencia en la que sólo pudieron ser educados por esa misma transformación del mundo, en tanto que proceso que los rebasa y que se realiza mediante ellos. La transformación del mundo o “praxis revolucionaria” se constituye, por lo tanto, como “[...] coincidencia del cambio de las circunstancias con el cambio de la actividad humana o autotransformación”.

Para Rosa Luxemburgo, la espontaneidad de las masas es propiamente la espontaneidad o autoactividad de esta “praxis revolucionaria”. Se trata de espontaneidad y no de automatismo porque ella es la característica de un proceso objetivamente necesario que está siendo interiorizado por un sujeto, por la clase social que hace de él una empresa suya propia. La revolución comunista, como actividad masiva de la clase proletaria, es espontánea; y esta espontaneidad de la clase es la que se efectúa mediante una “dialéctica” o un proceso de interacción permanente entre esta clase, en su estado orgánico elemental, y un destacamento suyo de vanguardia que la motiva y dirige en sus acciones, la perfecciona en su conciencia y organización, adaptándose constantemente a los cambios de estas necesidades. La relación clase-partido no es, pues, una relación de exterioridad, como la que presupone la concepción llamada “leninista”, sino una relación entre la totalidad de la clase proletaria, en un cierto grado de madurez

revolucionaria, y aquella parte especial suya que le posibilita el tránsito a una nueva figura de sí misma, más perfeccionada. La clase proletaria, por su especificidad histórica, no puede existir realmente sin desdoblarse dialécticamente, sin una dinámica interna entre masas y partido.⁵⁴ Por esta razón, para Rosa Luxemburgo, el partido comunista tiene principalmente una función de "formación" político-práctica de la clase proletaria; pero la función formadora de un "educador" que, según Marx, (clases, naciones) "no proletarias" está siendo "educado". En la historia concreta de una lucha de clases, cada episodio de ésta es un momento formativo dentro de un proceso circular o en ascenso espiral. El partido, al hacer –con su labor de organización y dirección– que las masas aprendan o se perfeccionen políticamente en la transformación de las "circunstancias", se somete también a ese vuelco ascendente y se deja transformar por la transformación de las circunstancias. La de Rosa Luxemburgo es, pues, una teoría de la revolución comunista que ubica en el centro la espontaneidad revolucionaria de la clase proletaria y su realización mediante la interacción dialéctica entre masas y partidos. Es así una teoría que privilegia la espontaneidad sin ser "espontaneísta", no porque sea también, en igual medida, "dirigista", sino porque se halla en un plano que supera el de la oposición entre "espontaneísmo" y "dirigismo".

Las otras dos componentes principales del "luxemburguismo" –lado "oscuro" de la imagen mítico-negativa de "Rosa Luxemburgo"–, el "mecanicismo catastrofista" y el "esquematismo obrerista" se hallan directamente supeditadas a la central, que es el "espontaneísmo". Son mitificaciones construidas, al igual que ésta, mediante la traducción –necesariamente deformadora– de lo que es problematizado por Rosa en el plano altamente complejo de la teoría crítico-revolucionaria del marxismo a los términos de un aparato ideológico dirigido elemental y desesperadamente a la apología del detenimiento de una revolución.

⁵⁴ Por esto, nada es más ajeno a Rosa Luxemburgo que la afirmación kautskiana de que "[...1 el socialismo contemporáneo nació en el cerebro de ciertos individuos de la categoría 'intelectuales burgueses' y es por ellos que fue comunicada a los proletarios más desarrollados intelectualmente, quienes lo introdujeron en la lucha de clases del proletariado, allí donde las condiciones lo permitían. Así pues, la conciencia socialista es un elemento importado de fuera en la lucha de clases del proletariado, y no algo que haya surgido originalmente allí".

Lo que en Rosa Luxemburgo es exploración del contorno (no sólo geográfico) de realidades no capitalistas, que el capitalismo necesita para sobrevivir, reproducirse y ampliarse; de las posibilidades que hay de que esas realidades se agoten (aunque después de la crisis provocada por su agotamiento sean reconstruidas o remplazadas) y del modo como la existencia y la escasez de ese *medium* no capitalista determina la vida económica y el comportamiento político de la burguesía imperialista; toda esta investigación científica marxista de las condiciones en que el proletariado debe construir su estrategia revolucionaria es convertida, dentro de la mitología sustentadora de la ideología del "socialismo en un solo país", en un intento insensato de demostrar que el capitalismo tiene sus días contados, que en cuanto termine de extenderse por todo el globo, fenecerá por falta de "espacio vital". Lo que en Rosa Luxemburgo es búsqueda para la estrategia proletaria de aliados de clase cuyos intereses históricos no sean directamente integrables por la burguesía imperialista –como lo son los intereses de "independencia nacional" de las burguesías nativas o de los países ya integrados en el funcionamiento imperialista del capitalismo– es convertida en "ceguera ante las legítimas reivindicaciones de fuerzas sociales (clase, naciones) no proletarias".

Una Rosa Luxemburgo de perfiles propios, no de los "leninistas-luxemburguistas" que se le adjudicaron, se encuentra en la obra que ella dejó, en el ejemplo de su acción histórica, en los textos de sus discursos, sus propuestas en el partido, sus artículos polémicos no explicativos, sus libros científicos y su correspondencia. Pero llegar a ella requiere aproximarse –más allá del nivel de la preocupación intelectual o del campo de la política coyuntural– al terreno en el que ella vivía verdaderamente: el de la experiencia radical, en todos los ámbitos de la cotidianidad, de la necesidad de la revolución comunista.⁵⁵

⁵⁵ Véase la Introducción de Juergen Hentze a Rosa Luxemburg, *Internationalism lismus und Klassenkampf* (los escritos polacos de Rosa Luxemburgo), Neuwied, Berlín Occidental, 1971.

II

La nacionalidad del obrero no es francesa ni inglesa ni alemana; es el *trabajo*, la *esclavitud en libertad*, la *venta voluntaria de sí mismo*. Su gobierno no es francés ni inglés ni alemán; es el *capital*. Su cielo patrio no es el francés ni el inglés ni el alemán; es la *atmósfera de la fábrica*. El suelo que le pertenece no está en Francia ni en Inglaterra ni en Alemania; está *bajo tierra*, a unos cuantos palmos de profundidad.

Karl Marx (1845)

Para definir la revolución comunista como proceso histórico concreto, y para actuar políticamente de acuerdo a tal definición, los marxistas no pueden contentarse con el esquema abstracto de su teoría. Según éste, la revolución comunista resulta de la lucha de clases que enfrenta al proletariado explotado con la burguesía capitalista explotadora, en la medida en que, dentro de esta lucha, la posición proletaria asume y potencia la tendencia incontenible de las fuerzas productivas de la sociedad a desarrollarse en sentido comunitario mientras que la posición burguesa representa y defiende la tendencia cada vez más antihistórica del modo privado capitalista de reproducción social a mantenerse indefinidamente. El proletariado es por tanto la clase social que, en el desarrollo de su propia existencia –que es siempre lucha contra la clase capitalista–, se vuelve necesariamente comunista. A la cuestión sobre el proceso que constituye a este “sujeto revolucionario”, o acerca de ese tránsito necesario que convierte a la masa de proletarios (“clase en sí”) en el movimiento histórico instaurador de la sociedad comunista (“clase para sí”), el esquema abstracto del marxismo responde con una teoría general sobre la manera específica en que se ejerce la explotación en la sociedad capitalista y sobre la posibilidad –única en la historia– que abre este carácter específico de la “esclavitud moderna” para que la lucha “económica” o reivindicativa de los explotados se transforme en lucha “política” o revolucionaria. En la “esclavitud moderna”, a diferencia de la “esclavitud antigua” –en la que todo el trabajo de los explotados, incluso el que les era efectivamente pagado (por el sustento que recibían), parecía ser trabajo no pagado–, todo el trabajo que los explotados ejecutan con los medios de producción de los capitalistas, incluso el que realizan gratis para éstos

(y que genera el "plusvalor" o ganancia), parece ser trabajo pagado. La explotación o "esclavitud" moderna —ésta es su peculiaridad histórica— no puede subsistir sin la "complicidad" o, lo que es lo mismo, sin la libre aceptación de los propios explotados. Y ésta sólo es posible gracias a la sustitución incuestionable de las relaciones reales de explotación por esa apariencia de relaciones equitativas. Al luchar "económicamente" por la justa remuneración de su trabajo —es decir, al someterse a la definición de éste como un objeto mercantil cuyo valor es igual al de su capacidad para trabajar o al de los bienes necesarios para restaurarla periódicamente; al someterse por tanto a la ley según la cual sólo una parte del fruto de su trabajo (el "valor necesario") les corresponde por derecho, mientras el resto (el "plusvalor") es propiedad de los capitalistas—, los proletarios aceptan voluntariamente los términos de su "esclavitud". Su lucha clasista se reduce de esta forma a la de un conjunto de propietarios-vendedores de mercancía, la mercancía fuerza de trabajo, contra el conjunto de propietarios-compradores de ella, que, dentro del estado de derecho burgués y sirviéndose de él, exigen el precio real de su mercancía (salario igual a la parte "necesaria" del valor producido), defienden la verdadera magnitud del valor de la misma (contra el intento capitalista de "incrementar relativamente" el plusvalor) y la protegen de un mal uso que la desgaste excesivamente (como intentan hacerlo los capitalistas para "incrementar absolutamente" el plusvalor). Pero —y aquí reside la posibilidad de su liberación— la lucha "económica" consecuente y radical de los proletarios modernos, dentro de la "complicidad" con su esclavitud, los lleva una y otra vez, y cada vez con más fuerza, a hacerlos chocar con los límites de validez de las condiciones de su explotación.

Los excesos de los capitalistas en la extracción y en la apropiación del plusvalor que les producen gratis los obreros sólo los pueden combatir estos mediante una lucha que implica atentar contra todo el modo como se produce y se consume la riqueza en la sociedad capitalista; contra la forma misma de una vida social basada en la producción y el consumo del plusvalor. Velar como propietarios privados por el justo precio, el buen mantenimiento, y el uso mesurado de su mercancía, la fuerza de trabajo, es algo que los proletarios no pueden llevar a cabo efectivamente sin llegar de una manera u otra a cuestionar la diferencia aparentemente inesencial que los separa del otro tipo de

propietarios privados, el de los capitalistas, la de que éstos detentan el control de los medios de producción sociales, mientras que ellos no. Y este cuestionamiento es precisamente el que convierte a la lucha "económica" reformista o respetuosa de los términos políticos que posibilitan el mantenimiento de la "esclavitud" moderna, en lucha revolucionaria, que mina y tiende a destruir esos términos políticos como condición para la instauración del modo de reproducción social comunista.

Pero los marxistas no pueden contentarse con este esquema general. Su acción política concreta los enfrenta cotidianamente a un conjunto de cuestiones que tienen que ver efectivamente con el tránsito del comportamiento "económico" y reivindicativo al "político" y revolucionario de la clase obrera, pero cuyo planteamiento como problema requiere una aproximación de mayor concreción y complejidad. Tal vez la figura más completa en que aparece ese conjunto de cuestiones relativas a la conformación revolucionaria de la acción proletaria es la que se resume bajo el concepto de la "cuestión nacional". En lo abstracto, como modo de reproducción de la sociedad en general, el capitalismo adjudica a los miembros de ésta una identidad de clase que se define con diferentes grados de pureza en referencia a las dos situaciones sociales básicas, polarmente contrapuestas en su complementariedad: la de los obreros y la de los capitalistas. Pero en lo concreto, como modo de reproducción social que incluye, con distintos grados de intensidad, al conjunto histórica y geográficamente diferenciado de la sociedad mundial, el capitalismo adjudica a los individuos sociales un segundo nivel de identidad social: el que los determina al margen de la definición clasista, como miembros de alguna de las unidades particulares, los Estados nacionales en que el capitalismo debe diferenciar su funcionamiento. En la realidad social concreta organizada por el capitalismo, múltiples conglomerados que reúnen indistintamente a capitalistas y proletarios se oponen entre sí como totalidades económicas nacionales de intereses diferentes y concurrentes. Así, dentro de cada uno de ellos, proletarios y capitalistas no sólo se distinguen y enfrentan entre sí; también se confunden y se entienden unos con otros. La "complicidad" que mantienen los proletarios con su "esclavitud" al aceptar como posible y válido el intercambio que ellos, en tanto que propietarios privados, hacen de su mercancía fuerza de trabajo con la mercancía medios de subsistencia

de los propietarios privados capitalistas, se halla así consolidada por una "solidaridad" supraclásista: la que mantienen con los intereses comunes del conjunto nacional estatal de propietarios privados en el que están incluidos. Su lucha "económica" contra la clase capitalista adquiere una densidad concreta que la vuelve mucho más compleja; al plantear la estrategia que la guía, debe incluir como mediación necesaria la consideración de que los intereses clasistas pueden converger o divergir relativamente de estos intereses nacionalistas, pero que éstos existen siempre, de todas maneras, como marco delimitante de su propia viabilidad.

A primera vista, la necesidad de defender el Estado nacional común de todos los propietarios privados sería siempre un obstáculo en la lucha de los propietarios privados proletarios contra la explotación de que son objeto por parte de los capitalistas. Pero la desigualdad y la lucha competitiva entre las distintas unidades particulares, "nacionales", de capitalismo —que definen el modo como la sociedad mundial es constituida por la reproducción de su riqueza como capital— da lugar a una constelación sumamente variada de situaciones capitalistas nacionales. Junto a naciones capitalistas dotadas de Estados más o menos independientes existen naciones capitalistas que se subordinan a otras en la construcción de un Estado "plurinacional" y que compiten con otras similares en términos imperialistas; existen incluso naciones capitalistas francamente sometidas, dentro o fuera de los Estados imperialistas, que se hallan impedidas de consolidarse efectivamente como Estados autónomos. Y, en este abigarrado conjunto de realidades nacionales capitalistas, la lucha revolucionaria de las distintas secciones del proletariado "internacional" contra sus respectivos capitalistas nacionales se plantea también de maneras muy variadas. Aparecen entonces, para los revolucionarios marxistas, lo que podría llamarse el núcleo político de la "cuestión nacional". Al defender el Estado nacional, ¿pueden los proletarios rebasar a sus aliados capitalistas y aprovechar el retraso de éstos para convertir la movilización nacionalista en realizaciones comunistas? ¿Es posible que una colaboración de clase del proletariado con los capitalistas en el marco de una lucha común por la autodeterminación de su unidad nacional —sea como expansión de un Estado ya constituido, como defensa de un Estado dependiente o como construcción autónoma de un nuevo Estado— favorezca la transformación de su lucha "económica" (tendencialmente revolucionaria) contra

los mismos capitalistas en una lucha "política" (realmente revolucionaria)? Si lo es, ¿cuáles son las condiciones para ello?

"Nos encontramos ahora ante el hecho ineludible de la guerra. Nos amenazan los horrores de invasiones enemigas [...] De lo que se trata es de defenderse de este peligro, de poner a salvo la cultura y la independencia de nuestro propio país. Y aquí hacemos efectivo aquello en lo que siempre hemos insistido. En la hora del peligro, no dejamos de cumplir con nuestra patria [...]"

La patria en peligro, la defensa nacional la guerra popular por la existencia, la cultura y la libertad; ésta fue la consigna lanzada por la representación parlamentaria de la socialdemocracia [...] Ahora, millones de proletarios de todos los idiomas caen en el campo de la vergüenza, del fratricidio, de la automasacre, con el canto de los esclavos en los labios."

Rosa Luxemburgo, 1915

El planteamiento de la "cuestión nacional", como fenómeno social, histórico y político específico, por parte del pensamiento marxista, tiene un punto de partida determinado; se encuentra en la obra de Rosa Luxemburgo. Desde 1893, fecha que marca el inicio de su vida de militante comunista. Rosa Luxemburgo debió ubicar dentro de lo que constituía el centro de su preocupación política –la preparación de la clase obrera y sus organizaciones para el momento, que entonces parecía inminente en Europa, de la transformación revolucionaria– el tratamiento de los problemas que resultan de la presencia de un plano de concreción nacional en el desarrollo real del movimiento comunista. Fue impulsada a ello, primero (sobre todo hasta 1902), por la necesidad de combatir los efectos divisionistas y retardadores de una estrategia socialista para la democratización del conjunto del Imperio Ruso que, según ella demostraba, resultaban del "social-patriotismo" dominante en el movimiento socialista polaco. Después (sobre todo a partir de 1905), por la necesidad de combatir el peligro de debilitamiento y desintegración que, según ella preveía, amenazaba, desde el fortalecimiento de los distintos nacionalismos, al movimiento socialista europeo en general. La manera original que tuvo Rosa Luxemburgo, a lo largo de las muchas y encendidas polémicas que desató, de llevar a

cabo esta ubicación de la "cuestión nacional" dentro de la "cuestión revolucionaria" es lo que hace de ella no sólo pionera y fundadora sino también coautora principal de la teoría marxista sobre la "cuestión nacional"; teoría que, si bien se encuentra todavía lejos de tener una estructura precisa y un contenido satisfactorio, ha mostrado ya ocasionalmente por lo menos un perfil inconfundible en su enfrentamiento a las categorías espontáneas de autoapología que genera el capitalismo para explicar la dimensión nacional de la existencia social.

Sin embargo, la mitificación del "luxemburguismo", que apuntala en negativo la realidad del "socialismo en un solo país", descalifica a Rosa Luxemburgo adjudicándole el pecado de "unilateralidad internacionalista". La "unilateralidad internacionalista" de Rosa Luxemburgo consistiría en la "incapacidad" de su pensamiento –demasiado esquemático e irrealista– para captar en el terreno de la política concreta la necesidad de que una mediación nacionalista modifique en determinadas condiciones la línea estratégica socialista seguida por los partidos obreros. Sólo un irrealismo fijado en los principios abstractos puede, en efecto, propugnar, en nombre de la hermandad de clase internacional entre proletarios, la negativa socialista a defender junto a la burguesía los intereses de una nación capitalista progresista amenazada por una gran potencia reaccionaria. Sólo un esquematismo ajeno a la historia concreta puede, igualmente, propugnar el desconocimiento de las exigencias de "autodeterminación nacional" que acompañan a las exigencias socialistas en los movimientos revolucionarios de países sojuzgados interior o exteriormente por Estados imperialistas. El internacionalismo de Rosa Luxemburgo implicaría así una política socialista unilateral por ser el resultado de una aplicación mecánica de la idea según la cual, para los socialistas marxistas, la cuestión nacional, "al igual que todas las otras cuestiones sociales y políticas", es "básicamente una cuestión de intereses de clases". Obnubilada por la contradicción universal entre toda la clase de los proletarios y toda la clase de los capitalistas, Rosa Luxemburgo no podría ver el modo cómo el desarrollo efectivo de la misma se ve afectado por las contradicciones particulares que existen entre las diferentes naciones del planeta.

La idea de una "unilateralidad internacionalista" de Rosa Luxemburgo, como elemento constitutivo del "luxemburguismo", es una construcción ideológica del socialismo autodenominado "leninista", destinada a censurar un recuerdo que es capaz de cuestionarlo en su propia validez: el recuerdo del acontecimiento que lo llevó a dejar de ser un socialismo internacionalista, y de la situación histórica que lo precedió; una situación en la que tanto la cuestión política práctica acerca de la cooperación revolucionaria entre las distintas secciones del proletariado mundial cuanto la cuestión política teórica acerca del nacionalismo proletario se planteaban y discutían abiertamente como cuestiones importantes y urgentes dentro del movimiento obrero, pues todavía no habían sido silenciadas por las "vanguardias políticas" mediante "soluciones" de facto, justificadas apresuradamente "en teoría". A comienzos del siglo, los socialistas, más por convicción de principios e inocencia histórica que por una conciencia alcanzada científicamente, tendían a considerar que el carácter de la clase proletaria y de su acción era primariamente internacional y sólo secundariamente nacional. A partir de los años treinta, por el contrario —y pese o, mejor, a causa de la existencia de la III Internacional (1921-1943)—, para los socialistas es natural concebir a la clase obrera como una fuerza circunscrita básicamente a los límites de su Estado nacional y que sólo derivada e indirectamente amplía sus márgenes de acción hasta alcanzar una presencia internacional. Entre el primer momento y el segundo está la experiencia de una gran catástrofe del movimiento obrero y su organización, la quiebra interna de la Internacional socialista ante el embate de la ola de nacionalismo chovinista que se abatió sobre las distintas componentes nacionales de la clase obrera europea en vísperas de la gran guerra de 1914-1918. Pero la pérdida de la inocencia histórica que distingue a la segunda actitud de los socialistas no equivale a la conformación de una conciencia clara sobre la relación entre internacionalismo y nacionalismo en la clase obrera. La experiencia de su división y ajenidad nacionales fue traumática. Y, lejos de ser compensada por otras de signo positivo, se repitió varias veces, en circunstancias diferentes y cada vez más complejas. La contundente facticidad de la atomización nacional del proletariado se ha traducido en un dogma que rehuye el recuerdo de su origen y que condena, desde su autoridad "histórica", el "irrealismo" de toda concepción del proletariado como clase estructuralmente internacional.

Por ello, el internacionalismo "luxemburguista" tiene que ser creado para servir de hereje principal y de acusado predilecto. La obra de Rosa Luxemburgo trae a la memoria el internacionalismo irreflexivo de los socialistas de comienzos del siglo. Pero, sobre todo, reactualiza la actitud crítica que ella tuvo ante esa falta de reflexión científica; y al hacerlo pone necesariamente en cuestión la retirada igualmente irreflexiva de los socialistas posteriores hacia el nacionalismo espontáneo que los caracteriza. La catástrofe de la Internacional socialista en 1914 suele ser mencionada como la prueba empírica que refutó definitivamente el "internacionalismo abstracto" de los socialistas en torno a Rosa Luxemburgo. Se llega incluso a ver a éstos como culpables involuntarios e indirectos de dicha catástrofe, por el "utopismo" que fomentaban en las masas obreras distrayéndolas de una actividad que pudo haber sido más realista y más efectivamente antibelicista. Pero quienes argumentan así soslayan el hecho de que fue la izquierda socialdemócrata alemana, inspirada por el internacionalismo intransigente de Rosa Luxemburgo, la única corriente política dentro del movimiento socialista de esa época que planteó la necesidad de discutir abiertamente, en términos políticos y teóricos, la cuestión del nacionalismo proletario. Rosa Luxemburgo fue incansable en distinguir el hecho y fundamentar la idea de que la fuerza de los socialistas en cada país no sólo era causa sino también resultado de la fuerza global de la Internacional socialista; y que ésta dependía del mantenimiento y la radicalización de una característica ya presente en la realidad del movimiento socialista de preguerra: la cooperación estratégica y la interpenetración orgánica de los distintos partidos nacionales. Rosa Luxemburgo nunca pensó que lo que ahora se tiene por inevitable —el desmembramiento de la Internacional y el repliegue nacionalista de los partidos obreros— fuese un destino ineluctable. Ella previó el derrumbe socialista de 1914, pero bajo la forma de un peligro que podía ser conjurado políticamente. Creyó —y nunca se sabrá si estuvo errada, pues su línea política jamás fue adoptada por la socialdemocracia alemana— que la ola de nacionalismo burgués que se abatía sobre la clase obrera de los distintos países europeos podía ser resistida mediante una actitud socialista efectivamente revolucionaria, guiada por un "nacionalismo científico".

Más claramente aún que en el caso anterior, la idea de una "unilateralidad internacionalista" en Rosa Luxemburgo se revela como una construcción ideológica deformadora de la realidad histórica en el juicio, que desde la época de Stalin se ha vuelto "verdad incuestionable", acerca de la actitud luxemburguista frente al "derecho de las naciones a la autodeterminación". La "unilateralidad internacionalista" habría cegado a Rosa Luxemburgo para la captación del nacionalismo como momento necesario, en determinadas circunstancias históricas, de la adquisición de la conciencia de clase proletaria y como instrumento de lucha anticapitalista en la época imperialista. Para el "luxemburguismo" toda lucha por los intereses de las distintas naciones sería siempre de inspiración burguesa y capitalista, y estaría además superada históricamente por una tendencia manifiesta de dichos intereses a pasar a segundo plano e incluso fundirse y desaparecer dentro de los intereses de clase a escala mundial.

En los tiempos actuales se vuelve cada vez más evidente el carácter cuestionable de la cómoda y casi natural identificación del desarrollo de la fuerza revolucionaria del proletariado con el desarrollo de la autodeterminación de las naciones oprimidas hacia la forma de Estados nacionales soberanos. Por una parte, no toda defensa antimperialista de la soberanía estatal de una nación coincide necesariamente con el sentido de la revolución comunista: ni directamente, como condición intranacional de una adquisición de la hegemonía política por parte del proletariado, ni indirectamente, como condición internacional de un debilitamiento del imperio capitalista. Por otra, no todas las diversas exigencias de autonomía planteadas por numerosas nacionalidades en imbricación orgánica con las exigencias revolucionarias del proletariado se hallan representadas por las necesidades de las naciones estatales que pretenden incluirlas; muchas se encuentran incluso sistemáticamente negadas o contradichas por ellas. Pero la necesidad de plantear en términos concretos y actuales el problema de la relación entre nacionalismo y comunismo implica un esfuerzo de teorización y sobre todo una transformación de la estructura del comportamiento político tan grandes, que parece superar la capacidad y la disposición de realizarlos por parte de las organizaciones dominantes de la izquierda establecida. Sólo así se explica el silencio o la acción deformadora que en el propio campo marxista pesa sobre intentos teóricos y prácticos, como el de Rosa Luxemburgo, de romper con la herencia ideológica del

nacionalismo liberal y de elaborar una posición comunista específica sobre la "cuestión nacional".

La prolongada polémica (1893-1912) que Rosa Luxemburgo mantuvo con las posiciones "socialpatriotas" del Partido Socialista Polaco (PSP) se desarrolló en torno a la cuestión acerca de si el movimiento revolucionario del Reino (Krolestwo) de Polonia (la Polonia del Congreso de Viena, dependiente del Imperio ruso y separada de las dos regiones polacas entregadas a Prusia y Austria) debía dar prioridad a la lucha por la reconstrucción de un Estado para toda la nación polaca o si debía por el contrario conectar orgánicamente su lucha con la del proletariado ruso y plantear sus reivindicaciones nacionales, bajo la forma de una exigencia de autonomía administrativa, dentro del conjunto de exigencias tendientes a una democratización del Imperio. A lo largo de esta polémica, Rosa Luxemburgo debió enfrentar una gran variedad de problemas políticos y teóricos concretos que otros dirigentes socialistas de la época, situados en circunstancias diferentes, pudieron ignorar, evadir o tratar sólo abstractamente. Resultado de este intenso trabajo teórico es un amplio conjunto de ideas originales –algunas ocasionales, otras de alcance general, todas penetrantes y sugerentes–. De este conjunto de ideas conviene destacar aquí las que están en el centro de su argumentación y que, pese a representar tal vez su aportación más esencial a la teoría marxista sobre la "cuestión nacional", son las que –malentendidas– más han sido usadas para componer el mito de la "unilateralidad internacionalista" del "luxemburguismo".

Presente siempre de manera parcial y relativizado siempre por su inserción en tratamientos particulares, un restringido conjunto de ideas constituye el núcleo de la argumentación luxemburguiana. Son ideas de intención crítica y problematizadora, destinadas más a fundamentar una línea política que a construir una teoría sistemática. Su virtud en el plano puramente teórico está más en cuestionar que en solucionar. El objeto de su crítica y su problematización es, en definitiva, siempre el mismo, abordado desde muy variadas perspectivas. Se trata de uno de los principios generales más acriticamente aceptados por la política socialista. Según éste, "el proletariado puede y debe integrar en su lucha revolucionaria la defensa del derecho de las naciones a la autodeterminación". ¿Es siempre válido este principio o sólo bajo qué condiciones? ¿Qué significa "autodeterminación de las naciones"?

¿Cómo se conectan éstas con las necesidades de autodeterminación revolucionaria del proletariado? ¿Cómo se distinguen las necesidades de autonomía de las de autodeterminación de las naciones? ¿Qué relación hay entre las necesidades de autodeterminación nacional y los intereses de la clase y el Estado capitalistas? Estas son algunas de las interrogantes que dan origen al trabajo cuestionador que Rosa Luxemburgo efectúa sobre ese principio de la política socialista. En todas ellas, al principio cuestionado se le enfrenta, no un sistema acabado de respuestas científicas, sino el esbozo del planteamiento de un problema esencial para la práctica y la teoría marxistas. Rosa Luxemburgo –ésta es la gran importancia de sus escritos sobre la “autodeterminación nacional”– realiza la apropiación teórica primera y básica de una de las componentes más decisivas de la realidad del proceso histórico de la revolución comunista; logra establecer el lugar y los límites conceptuales dentro de los cuales es posible pensar la dimensión nacionalista de la revolución proletaria.

Lejos de ignorar, como se le suele achacar, la presencia irreductible de la sustancia nacional en la composición del comportamiento proletario revolucionario, y lejos también de aceptar, como la generalidad de los socialistas, la forma burguesa de concebir tal presencia, Rosa Luxemburgo la analiza críticamente. Pero, dado que este contenido nacional se manifiesta en la práctica política de la clase obrera como participación en la “lucha de las naciones por su autodeterminación”, el análisis crítico al que lo somete Rosa Luxemburgo debe forzosamente adoptar la forma de un examen de los puntos de contacto –sea de identificación o de contradicción– que existen entre la necesidad fundamental del proletariado, la de autodeterminarse cómo clase en la revolución comunista, y la necesidad de las naciones, en las que él adquiere su concreción, de autodeterminarse como tales.

Son dos así los puntos de contacto que el pensamiento luxemburguiano reconoce entre autodeterminación del proletariado y autodeterminación de la nación. El primero, impreciso y escasamente mencionado en los textos pero esencial en la argumentación, sería un lugar de coincidencia plena. Su ubicación estaría en el terreno de las necesidades más profundas de liberación y reordenamiento de la vida concreta que mueven a la sociedad en su camino hacia el comunismo. La nacionalidad, como realidad cultural –material y espiritual– específica, sería una forma básica de organización espontánea de los distintos

aspectos de una existencia social en tanto que totalidad comunitaria. Su autoafirmación –que, en principio, nada tendría que ver con una autodeterminación como Estado nacional–, lejos de contraponerse absolutamente al movimiento de liberación de los “esclavos modernos”, sería más bien una de las maneras como éste se realiza conflictivamente. Conectada con él mediante la tendencia comunitaria que los caracteriza a ambos, esta “autodeterminación” puramente cultural sería una de las principales fuentes de particularización dentro de la universidad o igualdad dialéctica –resultante de un proceso potenciador y armonizador de las desigualdades funcionales– que él proyecta para los individuos sociales en la organización comunista.

Sería, por tanto, la base del único nacionalismo capaz de escapar a la barbarie a la que condena la “prehistoria” que se mueve gracias a la lucha de clases; un nacionalismo proletario peculiar –paradójico sólo para el pensamiento burgués–, ajeno a toda cerrazón exclusivista (justificadora de la explotación de los “otros”), abierto a la transformación de la nacionalidad que defiende e integrado en la creación de una sociedad orgánicamente internacionalista.

Pero este punto de contacto entre las dos autodeterminaciones, la proletaria y la nacional, punto de convergencia esencial, aunque es decisivo para el pensamiento luxemburguiano, lo ocupa mucho menos que el otro analizado por él: un punto de contacto en el que la una contradice necesariamente a la otra. La autodeterminación nacional es descubierta aquí por Rosa Luxemburgo no en su esencia, sino en la forma mixtificada que adquiere en la historia concreta. Sería la construcción, promovida por la clase capitalista, de un Estado jurídicamente independiente y materialmente soberano, sobre la base de un conglomerado social de una o varias nacionalidades, que se constituye así en nación. La necesidad de un conjunto de capitalistas de circunscribir violentamente un ámbito social y físico adecuado para el cumplimiento óptimo del ciclo de acumulación de su capital, en la medida en que representa e incluye a la necesidad que tiene el resto de los miembros de la sociedad (específicamente los proletarios) de cumplir su propio ciclo de reproducción económica; éste sería el motor histórico de la “autodeterminación” como proceso de conformación de los Estados modernos y de la creación –pensada ideológicamente como “autodeterminación”– de sus respectivas naciones. La autodeterminación proletaria y la “autodeterminación” nacional se encontrarían, por lo

tanto, únicamente en un punto de divergencia. Los intereses capitalistas de todo el conglomerado social –transformado en nación que construye, consolida y expande un Estado– serían también intereses de la clase proletaria, pero sólo en la medida en que deben perseguir la conquista de circunstancias económicas y políticas –el desarrollo de las fuerzas productivas y el perfeccionamiento de las instituciones democráticas– que son favorables para la transición hacia el reordenamiento comunista. Es decir, sólo en la medida en que su sentido se entrecruza con un sentido histórico que lo contradice: el sentido anticapitalista de la autodeterminación revolucionaria del proletariado. La clara distinción entre la autodeterminación proletaria y esta modalidad indirecta y mistificada de la autodeterminación nacional, la “autodeterminación” de la nación estatal, le permite a Rosa Luxemburgo avanzar hacia un análisis más concreto de ese punto conflictivo, de encuentro y divergencia, en que las dos entran en contacto.

Según Rosa Luxemburgo, en la época del imperialismo es necesariamente restringido el número de los conglomerados nacionales a los que el desarrollo y la expansión mundial del capitalismo puede convertir en naciones “autodeterminadas” como Estados independientes, realmente soberanos. En estos contados casos, la “defensa de la autodeterminación nacional” no es otra cosa que el fortalecimiento de la base de sustentación de un Estado en proceso de convertirse en potencia imperialista o de consolidarse como tal en la competencia con otros similares. Para el proletariado, colaborar en esta “auto-determinación” significa, en primer lugar, pagar las ventajas económicas reales y las ilusorias ventajas políticas que resultan de los triunfos de “su” economía y de “su” Estado, con una segunda “complicidad” con los capitalistas connacionales. La “complicidad” que lo compromete en el proceso de su propia explotación queda ratificada y sellada por otra, que lo compromete en la explotación imperialista de otros conglomerados nacionales. Pero significa también, en segundo lugar, pagar la desigualdad colonialista, apoyada por él para las relaciones exteriores, con una necesaria reinteriorización de la misma, que destruye las pretensiones de igualdad comunista y la vitalidad de su propia nación.

En el caso de las nacionalidades no “elegidas” por el desarrollo capitalista para servir de sustrato a los centros políticos imperialistas, la lucha de sus clases capitalistas por “autodeterminarlas” como Estados independientes y soberanos está, en mayor o menor medida, destinada al fracaso. Es, sin embargo, un intento siempre renovado que les impone, más aún que en el caso de los Estados centrales, el proyecto definitorio de su vida económica y política. Para el proletariado, adoptar esta lucha incuestionadamente como suya significa que debe forzarse a justificar el pacto de “complicidad” en la explotación que sufre con el recurso a la necesidad de llevar a cabo una tarea histórica –la de dar soberanía efectiva a “su” Estado nacional– que se cumple siempre, necesariamente, a medias, y siempre en favor de sus explotadores, por lo que se le vuelve cada vez más ajena. Significará –incluso en los casos en que puede ser retribuido económica o políticamente por su papel protagónico en defensa de la nación– la obligación repetida de disminuir y postergar sus exigencias clasistas radicales, en provecho de los intereses “nacionales” supraclasistas.

Es en referencia a esta doble situación del proletariado en calidad de copartícipe en la “autodeterminación” capitalista de la nación como Estado –como Estado imperialista o como Estado subordinado– que Rosa Luxemburgo desarrolla su examen de las posibilidades de incluir de manera orgánica en la estrategia política socialista la dimensión específicamente nacional del carácter revolucionario del proletariado. Para Rosa Luxemburgo, esta dimensión nacionalista de la estrategia revolucionaria sólo puede hacerse presente dentro de lo que es el horizonte concreto de posibilidades de fortalecimiento objetivo y por tanto de autodeterminarse que prevalece para el proletariado dentro de la situación prerrevolucionaria de la lucha de clases en el capitalismo. Este horizonte articula todo el conjunto de vías de enfrentamiento revolucionario contra el mundo capitalista en torno a una lucha central, la que persigue, dentro todavía de los marcos de la institucionalidad burguesa, la refuncionalización de la democracia formal, necesaria para la reproducción social capitalista, mediante núcleos de democracia real, prefiguradores de la institucionalidad socialista. Intervenir favorable pero críticamente en la democratización de la vida económica y política burguesa, haciendo que este proceso la modifique al integrar en ella mecanismos en los que se acepten los intereses específicos de la clase obrera, tal es la veta central de la actividad socialista destinada a

fortalecer las posiciones del proletariado y su autodeterminación. Y, para Rosa Luxemburgo, esta intervención crítica en la democratización, cuando llega a extenderse hasta abordar el problema de los aspectos particulares del proceso concreto de reproducción del sujeto social, de las comunidades espontáneamente constituidas de productores y consumidores, lleva el nombre de lucha por el autogobierno del país (Landesselbstverwaltung).

La modificación de la democracia formal burguesa mediante gérmenes de democracia real proletaria implica la necesidad de fomentar la legislación, la administración y el control de determinados procesos particulares de la vida social concreta (de la cultura material y espiritual, de la instrucción pública, de las relaciones jurídicas, de los servicios municipales y regionales, de ciertas industrias agrícolas, forestales, mineras, de transporte, etcétera), por parte de los conglomerados humanos inmediatamente involucrados en su realización. Esta necesidad, específicamente proletaria, de fomentar el autogobierno del país históricamente dado y técnicamente unificado es una exigencia que ocasionalmente puede coincidir con las necesidades de "autodeterminación" de la nación estatal capitalista –sobre todo cuando ella incluye la necesidad de desarrollar ciertos aspectos de la productividad del trabajo social–, pero que se distingue de ellas y las contradice esencialmente: su objetivo último al perseguir que los productores y consumidores directos de la riqueza material y espiritual determinen los mecanismos particulares, técnicos y sociales, según los cuales se produce y consume la riqueza, su objetivo último no es el incremento abstracto de la riqueza capitalista "nacional", sino el perfeccionamiento concreto de las condiciones de vida del sujeto social en cuanto tal. En el marco de esta lucha socialista por el autogobierno local del país, Rosa Luxemburgo llega a ubicar la posibilidad de una lucha nacionalista del proletariado. Si la consigna de la "autodeterminación" nacional es esencialmente ajena y sólo circunstancialmente compatible con los intereses proletarios, este no es el caso de aquella que postula la defensa de la nacionalidad o de las nacionalidades en las que adquiere concreción histórica el proletariado. Por el contrario, se revela como el contenido básico de aquella perspectiva de la estrategia socialista que, al perseguir la democratización real de la vida política en el capitalismo, llega a plantear la necesidad de autodeterminación proletaria –como

necesidades de autogobierno local del país– en el terreno de la lucha por la defensa del proceso concreto de reproducción social frente a las deformaciones que le impone el proceso de acumulación del capital.

La opresión de la nacionalidad como carácter cualitativo específico del sujeto social es un fenómeno que tiene lugar necesariamente en todos los espacios dominados por el capitalismo; de manera más directa y agobiante en el caso de las nacionalidades sometidas o que sólo pueden aspirar a ser naciones de Estados subordinados, pero también, de manera más sutil y por ello más decisiva, en el caso de las nacionalidades que parecen haberse autoafirmado al constituir naciones de Estados imperialistas. Y es en esta opresión de la nacionalidad donde se refleja de manera más directa, tanto en los pormenores como en el conjunto de la experiencia vital de los obreros, el carácter esencialmente destructivo – descrito por la famosa “ley de la acumulación capitalista” en *El Capital* de Marx– que tiene el modo capitalista de reproducción de la riqueza social respecto del sujeto social que debe reproducirla así para poder él reproducirse a sí mismo.

La lucha por lo que Rosa Luxemburgo denomina *autonomía nacional*, por la capacidad de las sociedades reales –que tienen siempre una dimensión nacional en su existencia– para determinar las formas concretas de su vida de acuerdo a su cultura material y espiritual específica, constituye así el componente más elemental y al mismo tiempo más totalizador de los múltiples que confluyen en la impugnación radical que hace el proletariado del sistema de vida social impuesto por el capitalismo. En la autonomía nacional, comprendida como parte orgánica de la estrategia comunista, Rosa Luxemburgo llega a reconocer la compatibilidad profunda de aquellos dos impulsos movilizadores de las masas, que aparecen contrapuestos al socialismo reformista y que unificados por la política del capital acabaron por dar origen a la gran contrarrevolución nacional-socialista, el impulso conservador, de la sociedad en tanto que nación, y el impulso revolucionario de la sociedad en tanto que proletariado. Defender la autonomía nacional no significa frenar la autodeterminación proletaria en provecho de intereses ajenos a ella, sino al contrario continuarla bajo la forma de una reivindicación de aquel contenido “histórico-moral” que Marx reconoció como elemento sintetizador de la identidad concreta del obrero y que es lo primero que al capitalista le interesa desconocer, en la medida en que es un contenido “encarecedor” de la

mercancía fuerza de trabajo que él adquiere. Tampoco significa fomentar la cohesión de un proletariado nacional en detrimento del desarrollo de su internacionalismo. La lucha por la autonomía nacional, lejos de conducir indefectiblemente al enfrentamiento irreductible de los distintos conglomerados nacionales –como lo hace la lucha que persigue la “autodeterminación” estatal de la nación–, no sólo permite sino incluso exige la colaboración de cada uno de ellos en la liberación de todos los demás. Le demuestra prácticamente al proletariado que su enemigo connacional, la clase capitalista, sólo es compatriota suyo cuando lo que se defiende frente al extranjero es una nación que existe como disminución represiva y explotadora de su nacionalidad.

Si hay un mérito que no se le puede negar al intento luxemburguiano de plantear la “cuestión nacional” dentro de la necesaria vía de concretización del esquema teórico sobre la revolución comunista, es el de haber establecido una distinción que se vuelve cada vez más indispensable en el análisis de las condiciones concretas de su lucha por parte de los revolucionarios marxistas: la distinción entre dos modos de existencia radicalmente diferentes de la entidad nacional. De acuerdo al primero, la nación sería el conjunto de los productores-consumidores de la riqueza concreta en tanto que conglomerado social que es doble y conflictivamente anticapitalista: conservador de las formas heredadas de su sistema específico de reproducción y al mismo tiempo introductor de transformaciones interiores de las mismas, enfrentado a la acción destructiva que sobre unas y otras lleva a cabo la organización de la vida social dirigida hacia la acumulación del capital. De acuerdo al segundo, la nación sería el conjunto de los productores-consumidores de la riqueza en abstracto en tanto que sociedad de propietarios privados comprometidos en la empresa de mantener un Estado capaz de garantizarles el incremento de sus capitales. La toma de posición de Rosa Luxemburgo en favor de la “autonomía nacional” y en contra de la “autodeterminación nacional” es sólo una de las derivaciones políticas revolucionarias que es posible elaborar a partir de su distinción conceptual entre estos dos “modos de nación”. Muchas otras parecen ser posibles; algunas se han esbozado ya y se esbozan en las muy variadas situaciones en que la lucha de clases contemporánea debe atravesar por la densidad nacional de la realidad concreta.

EL PROBLEMA DE LA NACIÓN DESDE LA “CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA”⁵⁶

El sujeto no es más que la existencia de sus predicados. Hegel mira los predicados, los objetos, como autónomos, pero los autonomiza separados de su autonomía, de su sujeto. (De lo que se trata, en cambio, es de partir del sujeto real y de observar su objetivación.) El sujeto real [la nación] aparece después, pero como resultado. Una sustancia mística, el Estado, se convierte así en sujeto efectivo y el sujeto real se presenta como algo diferente [la Nación del Estado], como un momento de esa sustancia mística.

Karl Marx (1843)

Hay dos lugares comunes que aparecen siempre que se habla de la obra teórica de Marx. El texto principal de esa obra, se dice, es *El Capital* y se añade, se trata de un texto inconcluso. Aceptados como verdaderos y tomados al pie de la letra, estos dos lugares comunes ponen al lector de Marx en una situación bastante más que incómoda. La aprehensión cabal del mensaje marxiano, que, se supone, es lo que pretende el lector de cualquiera de sus textos, resulta ser una meta casi imposible de alcanzar. En primer lugar, porque debe tener presente que muchas de las ideas que encuentra en los textos marxianos que no son *El Capital* (por ejemplo, ideas del orden de “modo de producción”, “fuerzas productivas”, “relaciones de producción”, etcétera) son ideas que no expresan el sentido más acabado del mensaje de Marx;⁵⁷ que pueden estar contradichas o pueden tener una versión más acabada en esa obra principal. En segundo lugar, porque

⁵⁶ Publicado originalmente en *Cuadernos Políticos*, núm. 29, México, 1981.

⁵⁷ No es posible, por ejemplo, leer los juicios de Marx sobre la realidad latinoamericana de los años cincuenta del siglo pasado como si en ellos se agotaran definitivamente todos los recursos de pensamiento que hay en su obra. Sabemos que la idea de la expansión capitalista “como una mancha de aceite”, “por contagio” de un solo tipo (y no dos complementarios) de enfermedad, así como la idea acriticamente progresista del desarrollo de las fuerzas productivas y del papel que en él juega el capitalismo europeo –dos ideas que están en la base de esos juicios– van a ser problematizadas posteriormente, a partir de 1857. Así, aunque no existan en la obra de Marx otros juicios sobre América Latina que vengan a remplazar a los primeros, sí hay en ella la posibilidad de relativizarlos e incluso, en algunos casos, de invalidarlos. Véase sobre este punto José Aricó, *Marx y América Latina*, Lima, 1980.

cuando consulta *El Capital* o cuando lo estudia detenidamente, no debe olvidar que muchas de las ideas –algunas de ellas decisivas– transmitidas por él no tienen una formulación completa o están sólo en esbozo o se encuentran apenas insinuadas.⁵⁸

Si en la obra de Marx hay un texto principal porque en él está la clave de los demás y si éste es inconcluso porque quedó aún en proceso de alcanzar su versión definitiva, la única lectura adecuada que se puede hacer de ella es la que, al asumir esta problematidad, se convierte necesariamente en un co-escribirla. Leer a Marx resulta así, llevando las cosas al extremo, emprender la tarea paradójica de escribir junto con él su propia obra. Tarea imposible en la medida en que se trata de una obra personal, expresiva de un individuo desaparecido hace ya un siglo y de una situación concreta tan irrepitable como él. Tarea posible, no obstante, si se tiene en cuenta que los teoremas fundamentales que hay en ella forman parte de un discurso anónimo, el discurso del comunismo, que se hace todavía, que requiere nuevos autores y que mantiene en nuestros días toda la vitalidad de sus inicios.⁵⁹

Son numerosos los textos de la obra de Marx, completos o fragmentarios, en los que es posible leer sus opiniones sobre la cuestión nacional y sobre el modo de abordarla. Sin embargo, éstos son “escritos inconexos, de circunstancia, a menudo epistolares”; contienen “un método de análisis, un conjunto de observaciones, una perspectiva claramente definida, pero también indicaciones desorientadoras, perturbadoras, contradictorias”.⁶⁰

⁵⁸ No sólo gran parte del texto de *El Capital* (los libros II y III requiere ser puesta por el lector en el nivel de perfección de la parte concluida; en rigor, ni siquiera el mensaje expuesto en el primer libro (el único publicado por su autor) puede ser tratado como definitivo e inalterable: lo inacabado de una parte lo es también del todo y así, indirectamente, también de la parte “acabada”). También el primer libro es susceptible de ser rehecho en el sentido de la necesidad que rige la construcción y elaboración básica de la obra. Por ejemplo, la sección VI, *El salario*, sólo adquiere su sentido pleno cuando se la traslada al libro III y se la conecta en un solo momento de argumentación con la primera sección de éste, sobre la ganancia; conexión que, al mismo tiempo, revela y completa el sentido desmixtificador de todo este último libro.

⁵⁹ Ya estas dos características, propiamente exteriores al discurso teórico de Marx pero ineludibles en la descripción de su obra, permiten afirmar que no es ésta, sino que son precisamente los usos teóricos –favorables u hostiles a Marx– que parten de la incuestionabilidad del texto marxiano los que introducen en él, falseándolo, el conocido “dogmatismo marxista”.

⁶⁰ Georges Haupt, “Les marxistes face à la question nationale: (histoire du problème)”, en Haupt, Löwy, Weil, *Les marxistes et la question nationale*, París, 1974. Hay que tener en cuenta, como lo recuerda Haupt, que, en la “división del trabajo” que se instituyó lentamente entre Marx y Engels, el tratamiento de la cuestión nacional correspondía principalmente a este último.

Pertencen a aquellos textos marxianos cuyo mensaje, para adquirir su sentido marxista cabal, requiere ineludiblemente de una confrontación –que lo depure, corrija y complete– con el que se encuentra en el texto principal de *El Capital*.⁶¹ Y a esta dificultad hay que añadir otra: la que proviene del hecho de que la tematización de la cuestión nacional es prácticamente nula en *El Capital*. El lector que se interese en sacar de él las claves necesarias para perfeccionar el mensaje de esos textos y para continuarlo por su cuenta debe comenzar por un reconocimiento y una exploración, dentro de la crítica de la economía política, del “lugar teórico” a partir del cual podría desplegarse el tratamiento de la cuestión nacional. En primer lugar, debe ubicarse el momento discursivo esencialmente afín con la preocupación espontánea en torno a lo nacional; en segundo lugar, debe desligar los conceptos que en él aparecen de su desarrollo particular en la crítica de la economía política y prepararlos en el sentido de la crítica del comportamiento político –y su dimensión nacional– en el capitalismo. El presente artículo lleva la intención de contribuir, con la problematización de un solo concepto –el concepto de Nación–, al cumplimiento de esta tarea preliminar.

EL NÚCLEO POLÍTICO DE LA CUESTIÓN NACIONAL

En lo abstracto, como modo de reproducción de la sociedad en general, el capitalismo adjudica a los miembros de ésta una identidad de clase que se define con diferentes grados de pureza en referencia a las dos situaciones sociales básicas, polarmente contrapuestas en su complementariedad: la de los trabajadores y la de los capitalistas.

Pero en lo concreto, como modo de reproducción que se asienta de distintas maneras sobre la realidad histórica y geográficamente diferenciada de la sociedad mundial, el capitalismo adjudica a los individuos sociales un segundo nivel de identidad social: el que los determina, al margen de la definición clasista, como miembros de

⁶¹ Al hablar de Marx como el autor de la crítica de la economía política hacemos referencia a un sujeto que necesariamente rebasa la persona cotidiana, empiristamente biografiabile de Marx: nos referimos al sujeto teórico en su momento de más extraordinaria creatividad, sujeto que solía “visitar” con frecuencia a la persona Marx pero que no es idéntico a ella, que la trasciende como todo hombre lo hace consigo mismo cuando ejecuta los pocos actos que alcanzan a ponerlo en juego en su núcleo existencial e histórico más constitutivo. Lo que la persona empírica de Marx dijo sobre el problema nacional no tiene necesariamente que coincidir con la problematización que de ella puede derivarse a partir de la crítica de la economía política; si bien esas afirmaciones siguen la misma línea discursiva de esta crítica, dejan sin embargo inexplorados muchos aspectos que se descubren en ella.

alguna de las unidades particulares, los Estados nacionales, en que debe manifestarse su vigencia.

En la realidad social concreta organizada por el capitalismo, múltiples conglomerados estatales que reúnen indistintamente a capitalistas y trabajadores se oponen entre sí como totalidades económicas nacionales de intereses diferentes y concurrentes. Así, dentro de cada uno de ellos, trabajadores y capitalistas no sólo se distinguen y enfrentan entre sí: también se confunden y se entienden unos con otros. La "complicidad"⁶² que mantienen los trabajadores con su "esclavitud moderna" al aceptar como posible y válido el intercambio que ellos, en tanto que propietarios privados, hacen de su mercancía fuerza de trabajo con la mercancía medios de subsistencia de los propietarios privados capitalistas, se halla así reafirmada por una "solidaridad" supraclasista: la que mantienen con los intereses comunes del conjunto nacional-estatal de propietarios privados en el que están incluidos. Por ello, cuando su lucha "económica" contra la clase capitalista se convierte en una lucha "política" –que cuestiona no sólo el grado sino los propios términos de su "esclavitud", su condición de asalariados–, adquiere una densidad concreta que la vuelve mucho más compleja. Al plantear la estrategia que la guía, debe incluir la consideración de que sus intereses clasistas pueden converger o divergir relativamente de esos intereses nacionalistas, pero los tienen siempre, de todas maneras, como mediación necesaria, como marco delimitante de sus posibilidades de realización.

En esencia, la necesidad de defender el Estado nacional común de todos los propietarios privados sería siempre un obstáculo en la lucha de los propietarios privados trabajadores contra la explotación de que son objeto por parte de los capitalistas. Pero la desigualdad y la lucha competitiva entre las distintas unidades particulares "nacionales" de capitalismo –que resultan del modo en que la sociedad mundial es

⁶² "Aunque sólo se paga una parte de la jornada de trabajo del obrero –mientras que la otra no se paga, y la no pagada o trabajo excedente constituye exactamente el fondo a partir del cual se forma el plusvalor o la ganancia– parece como si el trabajo agregado fuera trabajo pagado... La naturaleza de toda esta transacción está completamente enmascarada por la intervención de un contrato y por la paga que se recibe al final de la semana... Esta falsa apariencia distingue el trabajo asalariado de otras formas históricas de trabajo. Sobre la base del sistema de salarios, hasta el trabajo no pagado parece ser trabajo pagado. Con el esclavo, por el contrario, hasta la parte de su trabajo que sí se paga aparece como no pagada... El trabajo gratuito aparece como voluntariamente dado en el primer caso y como obligatorio en el otro. En esto estriba la diferencia", K. Marx, *Value, Price and Profit*, Londres, 1899, pp. 62-64.

constituida por la reproducción de su riqueza como capital— da lugar a la consolidación de situaciones en las que el mejoramiento o el simple mantenimiento de un nivel de vida para el trabajador, e incluso la misma existencia de éste como clase organizada, dependen de una colaboración interclasista con los capitalistas en el cumplimiento de una tarea común: el fortalecimiento del Estado nacional. La constelación de situaciones capitalistas nacionales es sumamente variada. Junto a Naciones capitalistas “dotadas” de Estados más o menos independientes, según la ubicación que pueden conquistar en la jerarquía mundial, existen Naciones que se subordinan a otras en la construcción de un estado “plurinacional” para competir así, en términos imperialistas, con otros conglomerados similares; existen incluso Naciones capitalistas francamente sometidas, dentro o fuera de los Estados imperialistas, que se hallan impedidas de consolidarse efectivamente como Estados autónomos. Dado este abigarrado conjunto de realidades nacionales capitalistas, la lucha revolucionaria de las distintas “secciones del proletariado internacional” contra sus respectivos capitalistas nacionales se plantea también de maneras muy variadas.

Aparece entonces, para los revolucionarios marxistas, lo que podría llamarse el núcleo político de la “cuestión nacional”. Al defender el Estado nacional, ¿de qué manera, si la hay, pueden los proletarios rebasar a sus aliados capitalistas y aprovechar las limitaciones históricas de éstos para convertir la movilización nacionalista en realizaciones de tendencia comunista?

Como es evidente, la respuesta a esta cuestión política implica (como causa o como efecto) una respuesta a esta otra, más teórica: ¿en qué consiste la dimensión nacional de la existencia social en el capitalismo? ¿Cuál es la relación entre la dimensión clasista —investigada en la crítica de la economía política— y esa dimensión nacional de la vida social?

EL CAPITAL Y EL PROBLEMA NACIONAL

La versión marxista del discurso comunista se lleva a cabo bajo la idea de que éste es un discurso determinado tanto por la época en que se formula —la de la crisis de la historia que culmina en el capitalismo y de la apertura de una nueva historia posible— cuanto por el movimiento que, dentro de ella, y contra ella, impulsa su transformación —el

movimiento revolucionario de las clases trabajadoras—. Es, por ello, una formulación del discurso revolucionario como discurso crítico, como discurso para el cual hablar de las posibilidades de una nueva forma de vida social es idéntico a hablar de las imposibilidades de la vida social en su forma dada, la forma capitalista. Dicho en otros términos, es un discurso que ve concretamente su posibilidad de ser verdadero en su capacidad de desestructurar el discurso establecido, el discurso burgués-capitalista, del que debe partir ineludiblemente.⁶³ El objeto último de interés del discurso comunista es sin duda la vida política —que incluiría una dimensión nacional— del sujeto social en su mundo objetivo: la historia de las formas de la vida social. El motivo de su existencia como discurso es la necesidad de hablar sobre esa capacidad exclusiva de la sociedad humana que es la de determinar la forma de su existencia. Lo que a él le atañe directamente es la posibilidad de que esta capacidad política sea ejercida libremente, es decir, la posibilidad de que la vida social, mediante una organización comunista, que sería la única adecuada a la peculiaridad de su modo de existencia, se autodetermine realmente.

Pero su hablar sobre esta realidad política está lejos de ser inmediatamente posible; se enfrenta necesariamente a un obstáculo fundamental: la “barrera ideológica” que le impone la forma capitalista del discurso social espontáneo en la historia moderna. Este obstáculo consiste en lo siguiente: en el discurso de la época capitalista —pese a la aparente riqueza de “teorías políticas” que él ha generado— no hay lugar para el tratamiento de la politicidad constitutiva de las fuerzas productivas; se diría incluso que su existencia como discurso parte de la clausura de esta politicidad como tema posible. La presencia del sujeto social en la vida práctica capitalista se encuentra supeditada y sustituida simbólicamente por la presencia de la riqueza objetiva constituida como mercancía-capital; consecuentemente, su tematización en el discurso burgués —tanto espontáneo como teórico— resulta necesariamente indirecta, está mediatizada por la preocupación discursiva que versa en lo profundo, por debajo de su “humanismo teórico”, sobre la riqueza mercantil como sustituto del sujeto, riqueza en la que éste pervive sólo deformadamente, en calidad de trabajo

⁶³ El discurso comunista no puede pretender la creación, en inocencia, de un saber absolutamente nuevo sobre lo real. Al discurso del pasado, que él niega, no sólo lo tiene al frente, sino también y principalmente dentro de sí mismo. Para hablar de la revolución debe revolucionar el discurso capitalista, desestructurarlo críticamente.

abstracto o esencia del valor mercantil. En el mundo capitalista, el secreto del discurso político está en el discurso económico.⁶⁴ El discurso comunista no puede esquivar este obstáculo y levantarse a un lado del discurso burgués-capitalista. Si quiere desarrollarse, tiene que destruir el obstáculo atravesando por él. Y ésta es precisamente la función de *El Capital*: abrir el terreno para que sea posible el discurso comunista como crítica de la vida política y cultural en la sociedad capitalista; de la política estatalista, de la cultura logocrática. De ahí que la crítica realizada por Marx en esta obra sea en verdad doble: es crítica de la economía política, crítica tanto del modo capitalista de la reproducción de la riqueza social como del modo capitalista del discurso que versa sobre esa reproducción, pero es también, simultáneamente, crítica del economicismo burgués y de la política economicista que resulta de él; es crítica de la presencia reprimida, práctica y teórica, que la politicidad propia del proceso de reproducción social tiene bajo la forma sustitutiva de "politicidad" de la mercancía-capital.

La problematización de la dimensión nacional de la existencia social presupone la apertura del discurso marxista hacia la crítica de la vida política y cultural en el capitalismo, y precisamente la elaboración de esta apertura es la que más resiente el hecho de encontrarse en un texto inacabado. Es así que, consultado sobre el problema nacional, el texto de *El Capital* no ofrece al lector ningún pasaje que lo tematice de manera abierta y directa. Lo que sí le ofrece, sin embargo, y de manera inequívoca –sobre todo en la teoría de la enajenación de la politicidad del sujeto social y en su derivada, la teoría del fetichismo de la mercancía-capital–, es el planteamiento de la necesidad sistemática de una teoría crítica global del conjunto del comportamiento político en el capitalismo –inclusive del comportamiento nacional–. Permite así, al lector que pretende continuarlo, intentar un esbozo de problematización marxista de la cuestión nacional a partir de los teoremas que en él aparecen cuando trata su tema específico y en la dirección que marcan

⁶⁴ Hay una tendencia empírica en el mundo intelectual de izquierda desde los años treinta del siglo XX: fascinado por la novedad de la problemática social contemporánea, se ciega ante la historicidad del discurso teórico y cree en la posibilidad de un comienzo "desde cero" –o desde un antecedente arbitrariamente escogido en la historia del pensamiento– para el discurso crítico. Este, sin embargo, tuvo un comienzo necesario que lo marca ineludiblemente: un comienzo marxista. Por ello, el discurso crítico contemporáneo es siempre, de una u otra manera, marxista, y mayores son sus posibilidades de acentuar su criticidad mientras más abiertamente parte de asumirse como tal.

las líneas de fuga que en él quedan propuestas.⁶⁵ En las páginas que siguen se recogen brevemente indicaciones del texto de *El Capital* que pueden ser útiles en el planteamiento marxista de la cuestión nacional: la primera, acerca del modo de existencia del sujeto social que está por debajo de lo que la política estatalista reconoce como comportamiento nacional; la segunda, acerca del destino de la politicidad de las fuerzas productivas en el capitalismo; la tercera, acerca de la fetichización de esa "sustancia de la nación" como Nación del Estado.

LA SUSTANCIA DE LA NACIÓN

La fuerza de trabajo existe siempre en la corporeidad del obrero y la constitución de éste trasciende necesariamente su base puramente animal; es la constitución de un ente histórico-cultural. Las necesidades del obrero –como sistema de apetencias concreto o incluso como suma medible de requerimientos consuntivos de mayor o menor intensidad– no pueden ser establecidas en abstracto; deben reconocerse en cada situación concreta: allí donde las determinaciones de lo necesario para que el obrero se mantenga en vida son modificadas esencialmente por la determinación de lo necesario para que el obrero reproduzca una forma específica de sí mismo como ser vivo social, propia de un lugar geográfico-étnico y de un momento histórico peculiares. Pero no sólo el obrero posee esa dimensión "histórico-cultural"; ésta es un carácter esencial de todo el proceso vital-social en que él se halla involucrado; del proceso de producción y del proceso de consumo de los objetos mismos que, producidos, circulan para ser consumidos.

Para Marx, la descripción, bajo el concepto de (re-)producción en general, de la estructura permanente o transhistórica del comportamiento social desemboca en la necesidad de reconocer la pluralidad de versiones histórico-culturales concretas en que esa estructura se hace presente originariamente. El proceso global de reproducción y todos los elementos que intervienen en él poseen una "forma social natural"

⁶⁵ Lo usual en la historia del marxismo –con la excepción largo tiempo olvidada de B. Borojov– ha sido el plantear la cuestión nacional exclusivamente a partir de los juicios expresos que se encuentran sobre ella en el resto de la obra de Marx. K. Kautsky, R. Luxemburgo, O. Bauer, Lenin y Stalin, en la discusión de comienzos de siglo, son los autores de una problematización marxista de la cuestión nacional que, pese a sus graves deficiencias teóricas, ha seguido vigente hasta nuestros días. M. Rodinson, N. Poulantzas, E. Terray, S. Amin, T. Nairn y P. Anderson, entre otros, intentan actualmente diversas reconstrucciones de esa problemática. En algunas de ellas las indicaciones que *El Capital* ofrece sobre la cuestión nacional comienzan a ser tomadas en cuenta.

peculiar que obliga a considerarlos siempre de manera particularizada, en versiones diferentes, opuestas las unas a las otras. Cada una de las múltiples comunidades concretas, "figuras de la reproducción social", levantadas siempre a partir de condiciones naturales peculiares –subjetivamente como raza, objetivamente como territorio–,⁶⁶ presenta una modalidad específica de esa estructura y posee, así, tanto un sistema "natural" o arcaico peculiar de organización de las capacidades de trabajo (tecnología) y las necesidades de disfrute cuanto un sistema "natural" o arcaico igualmente peculiar de organización del proceso comunicativo (una lengua y una cultura naturales). La historia humana es la historia de esas "figuras de la reproducción social" y de su conflictiva interacción, destructiva o combinatoria.

Esta indicación de Marx, esencial y recurrente en toda la crítica de la economía política, es la que con más facilidad envía al campo en que lo nacional puede ser comprendido por el discurso crítico, preocupado ya directamente por el sujeto social, por su vida política, más allá de su sustituto, la riqueza objetiva mercantil-capitalista. Al leer en Marx sobre la dimensión "histórico-cultural" del portador de la fuerza de trabajo se puede comenzar a hablar, en asociación abierta pero no arbitraria, de algo que sería la "sustancia" de la dimensión "nacional" del sujeto social.⁶⁷

LA ENAJENACIÓN DE LO NACIONAL

Hay una segunda indicación en el mensaje de *El Capital* que atañe directamente a la forma natural del proceso de reproducción, es decir, a lo que, dentro de ella, es posible llamar la sustancia de lo nacional. Se encuentra en la definición del modo de producción capitalista como

⁶⁶ El reconocimiento de la particularización social-natural del proceso de reproducción social, cuya necesidad queda indicada en el capítulo XIV, "Plusvalía absoluta y plusvalía relativa", del primer libro de *El capital*, fue llevado a cabo y sistematizado originalmente por K. A. Wittfogel a finales de los años treinta, en sus artículos "Geopolitik, geographischer Materialismus und Marxismus" (1929), publicado en *Bajo la bandera del marxismo*, y "Die Natürlichen Ursachen der Wirtschaftsgeschichte" (1930), publicado en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* (1932).

⁶⁷ Es obvio que al llamar "sustancia de la nación" a la dimensión histórico-cultural del proceso de reproducción social y de sus fuerzas productivo-consuntivas se retroproyecta reductivamente sobre esa dimensión el resultado de una de sus posibles adopciones de forma, justamente la que la pone de manifiesto reprimida y deformadamente como Nación del Estado moderno. Hay que hacerlo, no obstante, porque ésta es su formación dominante en la historia efectiva de la época moderna y porque sólo en oposición a ella pueden afirmarse las posibilidades revolucionarias de que se forme de un modo diferente.

modo histórico caracterizado por una contradicción histórica específica; la que aparece cuando la realización del proceso de trabajo/disfrute queda subsumida o subordinada realmente a la reproducción de la relación social de explotación y acumulación de plusvalor como dispositivo posibilitante del funcionamiento efectivo de ese proceso. Marx escribe:

“Sobre la base de la subsunción formal –que subordina directamente bajo el capital al proceso de trabajo, sea cual sea el modo en que se realice tecnológicamente– se levanta un modo de producción, específico en lo tecnológico y en todo lo demás, que transforma la naturaleza real del proceso de trabajo y sus condiciones reales: el modo de producción capitalista.⁶⁸

Para Marx, la transformación de la “naturaleza real del proceso de trabajo”, llevada a cabo por el capitalismo en su intermitente revolución industrial, difiere radicalmente de las otras modificaciones que ha experimentado históricamente el proceso de trabajo. Todas éstas eran variaciones que tenían lugar dentro de una misma “naturaleza real” del proceso; eran cambios que seguían un mismo principio de desarrollo tecnológico, un principio inherente a la forma natural del proceso social de reproducción. La transformación capitalista, en cambio, afecta a la “naturaleza real” en cuanto tal del proceso de trabajo, a su principio de desarrollo tecnológico; lo convierte de inherente o propio en exterior o ajeno. En cuanto se ha desarrollado el modo específicamente capitalista de producción y con él la subsunción real del trabajo al capital, “la producción por la producción”, la producción como auto-finalidad –esta tendencia inherente a la producción capitalista en la medida en que en ella el objetivo inmediato de la producción consiste en el logro de la más alta tasa y de la mayor masa de plusvalor– se vuelve real de modo adecuado y se convierte ella misma, incluso tecnológicamente, en condición necesaria [de la producción].⁶⁹

Dada esta reestructuración capitalista del proceso de trabajo, las modificaciones que lo afectan dejan de provenir de acciones o reacciones de sí mismo, como totalidad subjetiva-objetiva de las fuerzas productivas, frente a las nuevas situaciones históricas en las

⁶⁸ Karl Marx, *Manuscrito de 1864-1865* para la crítica de la economía política (inédito), cap. VI, “Los resultados del proceso de producción inmediato”, en *Arkhip Marksa i Engelsa*, Moscú, 1933, pág. 478.

⁶⁹ *Ibid.*, pág. 479.

que deben funcionar, y pasan a ser simples efectos pasivos de la influencia ajena que ejercen sobre ellas las relaciones de producción capitalistas con su principio orientador, el productivismo abstracto del capital o la tendencia desaforada a la explotación de más y más plusvalor.

Visto en su conjunto, el proceso efectivo de reproducción social se constituye de esta manera en un proceso doble y contradictorio: por un lado, es un proceso real de reproducción; por otro, un proceso formal de acumulación de capital.⁷⁰ Es dos procesos en uno, en el cual se combinan conflictivamente dos tendencias de realización contrapuestas: la del primero, dominante, dirigida al perfeccionamiento de la vida social; la del segundo, subordinada, dirigida a la maximización de la explotación de plustrabajo.

El proceso de reproducción en su forma natural –con su necesaria dimensión “histórico-cultural” o “nacional”– queda así afectado en su esencia por este hecho específicamente capitalista: primero, por la enajenación del motor de sus modificaciones históricas, y segundo, por la aparición en él de un conflicto entre su principio inherente de perfeccionamiento y el principio adjudicado de progreso que, en contradicción con éste, lo rige en virtud de la forma valorizadora impuesta sobre él por el capital. Si “el proceso de trabajo pasa a ser un simple medio del verdadero fin que es la valorización del valor” y, más ampliamente, si la reproducción del sujeto social natural pasa a ser un simple soporte de la acumulación y la reproducción ampliada del capital, también la forma “histórico-cultural” de esta reproducción social pasa a ser una forma cuyo perfil concreto se dibuja en obediencia a un proyecto ajeno: el proyecto de expansión de un agregado histórico geográfico particular de capitales. La sustancia de la nación, como peculiaridad de la historia de un comportamiento productivo y consuntivo particular, se convierte en una sustancia nacional configurada, a pesar suyo, como Nación establecida por el capital. Por otra parte, si el proceso efectivo de la reproducción social capitalista se lleva a cabo en medio de la lucha constante que enfrenta al capital –que se acumula mediante la represión y la mutilación del sujeto social (de las

⁷⁰ Marx habla de subsunción formal del proceso de trabajo al proceso de valorización cuando éste, que no es sino una forma de funcionamiento del primero, lo afecta sólo exterior o inorgánicamente. Sólo cuando lo modifica interiormente, en su realidad técnica, Marx habla de subsunción real.

clases trabajadoras)– con las fuerzas de resistencia de este sujeto social –que se defienden, se rebelan y atentan contra la existencia misma del capital–, también la vida efectiva de la dimensión “histórico-cultural” o “nacional” tiene lugar en medio de una lucha constante, la que se entabla entre su capacidad de conservar y generar comportamientos sociales incompatibles con la valorización e impugnadores de ella, por un lado, y la acción modeladora-represora de la cotidianidad productiva y consuntiva, que proviene del desarrollo del capital “nacional”, por otro.

LA NACIÓN DENTRO DEL FETICHISMO CAPITALISTA

Enajenación y Fetichismo

El mensaje de *El Capital* ofrece una tercera orientación que indica al discurso marxista el lugar en que la problemática de la dimensión nacional de la existencia social puede ser planteada de manera crítica: se encuentra en la teoría de la enajenación y el fetichismo mercantil. Para Marx, la enajenación es un fenómeno específico de la sociedad capitalista. Consiste, por un lado, en la paralización o suspensión de la capacidad del sujeto social y su proceso reproductivo de auto-determinarse, de orientar la forma de su propia socialidad, y, por otro lado, complementariamente, en la aparición, dentro del movimiento de circulación mercantil de los bienes producidos, de una capacidad sustitutiva de modelación de esa socialidad. El modo en que viven los hombres en la sociedad capitalista no lo definen ellos, sino el “mundo de las mercancías capitalistas”; su politicidad está siendo reprimida, intervenida y, en este sentido, remplazada por otra ajena, la “politicidad” de un “sujeto cósmico”, el valor que se valoriza. A estas cosas mercantiles las denomina Marx “fetiches” modernos. Como los fetiches arcaicos de la técnica mágica –objetos a un tiempo comunes y milagrosos, profanos y sagrados–, las mercancías capitalistas tienen también un doble estrato de vigencia en el proceso de reproducción social. Están ahí, en su forma natural, como productos con valor de uso, como objetivaciones de una capacidad técnica específica de transformación de la naturaleza –capacidad singular diferencial dentro del sistema global de capacidades de trabajo social– y como satisfactores de una necesidad igualmente específica de consumo improductivo o productivo. Pero están ahí también en una forma puramente institucional, como valores que se muestran en valores de

cambio; como objetivaciones de una cantidad de energía social indiferenciada de trabajo, cantidad que se determina al revelarse o actualizarse como capacidad efectiva de intercambio.

Estas dos formas de objetividad, presencia o vigencia de la mercancía la constituyen en fetiche debido a la peculiar relación que ellas guardan entre sí.

La forma natural de vigencia de la mercancía es la que –“común”, “profanamente”– debería hacer de la mercancía un objeto social, un vínculo socializador entre los individuos como productores y como consumidores; es en virtud de ella que el productor de una cosa tendría que socializarse cuando, en la circulación global de la riqueza social, los demás la consumen como bien, y cuando él hace lo mismo con las cosas producidas por ellos. Pero en el caso de la mercancía, esta forma natural de vigencia se encuentra imposibilitada; está rota: su unidad está escindida en sus dos aspectos, el de producto y el de bien. Las cosas mercantiles se producen y se consumen privadamente, en situación de atomización o descomposición de la totalidad orgánica del sujeto social y su proceso de reproducción. Pese a ser “naturalmente” sociales, la producción y el consumo de cada una de ellas tiene lugar como un hecho aparte, independiente del de la producción y el consumo de las demás. Necesitadas de la circulación, del “cambio de manos” –en el que, al dejar de ser productos y llegar a ser bienes, se efectúa su constitución y su función socializadoras– están, sin embargo, impedidas de circular “naturalmente”: no existe un acuerdo político que las interconecte en interioridad mediante un proyecto de distribución de la riqueza de toda la sociedad entre sus miembros. Es por ello que la cosa producida por uno de los propietarios privados no puede completar su vigencia social-natural –unidad de producto y de valor de uso– mediante su conversión en cosa consumida por los otros.

Pero la mediación socializadora que en su forma natural, la mercancía no puede cumplir de manera “común” o “profana”, la cumple en cambio –y con exageración, en su modalidad capitalista– de modo “milagroso” o “sagrado”, en su forma puramente institucional. La cosa producida llega a ser consumida gracias a que, a cambio de ella, su consumidor le entrega a su productor otra cosa equivalente. El intercambio de las mercancías, la presencia de éstas como valores que se manifiestan en valores de cambio, permite que los elementos de la

riqueza circulen o “cambien de manos” entre los miembros del sujeto social; permite que la forma natural de las cosas supere la escisión, que el producto se convierta en bien, en cosa con valor de uso. El movimiento del “mundo de las mercancías”, la circulación mercantil, la “vida social de las cosas” es la que posibilita, así, una peculiar re-socialización de los propietarios privadas o individuos sociales en situación de a-socialidad. La vida de los fetiches “decide” sobre la vida de los hombres.

EL ESTADO COMO RE-SOCIALIZACIÓN MERCANTIL

La politicidad libre del sujeto social se enajena como “politicidad” automática o inerte del mundo de los fetiches modernos; es el efecto re-socializador que la circulación mercantil ejerce sobre el sujeto social descompuesto y sus miembros privados, individuales o colectivos. Efecto político de recomposición que es peculiar por cuanto ella misma, la circulación mercantil en su modalidad más desarrollada o capitalista, no funciona como un dispositivo neutro o imparcial, sino siempre de acuerdo a un sentido dominante. Toda ella se mueve siguiendo una dirección que tiende a la valorización del valor de aquellas mercancías que, dentro de ella, son las más “vitales” o “competitivas”: las mercancías capitalistas.

La re-socialización y re-politización enajenada o capitalista de la reproducción social privatizada –intervenida o impedida en su capacidad política de determinación libre de la forma de su socialidad– gira en torno a las posibilidades de existencia y expansión que, dentro del mundo circulante de las mercancías como “mercado mundial”, tienen determinados “agregados” particulares –constituidos histórica y geográficamente– de mercancías organizados en torno a núcleos dinámicos de mercancía-capital.⁷¹ Estos núcleos de mercancía-capital son los verdaderos fetiches modernos. La descripción de su modo de existencia es la que contiene la indicación de la crítica de la economía política acerca del planteamiento crítico del problema de la dimensión nacional en la vida social.

⁷¹ En los años setenta del siglo XX, la necesidad de la efectuación “nacional” de la acumulación capitalista ha sido puesta de relieve sistemáticamente sobre todo por N. Poulantzas: “L'internationalisation des rapports de production capitalistes et l'état national”, en *Les Temps Modernes*, abril de 1972; Ch. Neuss, *Imperialismus und Weltmarktbewegung des Kapitals*, Erlangen, 1972; y C. von Braunmühl, “Die nationalstaatliche Organisiertheit der burgerlichen Gesellschaft”, en *Gesellschaft 8/9*, Frankfurt, 1976.

El fetiche moderno, la mercancía capital, es un ente concreto; no se reduce a lo que en él hay de "sujeto automático" abstracto: no es puramente valor que se valoriza.⁷² Lo es, pero sólo en la medida en que se halla incorporado o encarnado en un soporte o material en un objeto práctico: en un conjunto de cosas –recursos naturales y creados (medios de producción) y recursos humanos (fuerza de trabajo)– como totalidad de riqueza objetiva. A esto, al hecho de que tiene un cuerpo concreto, de que es un mundo de objetos que se producen y se consumen, sobre el que se trabaja y del que se disfruta, se debe la capacidad que tiene el fetiche moderno de involucrar en su "vida", en primer lugar, a sus propietarios privados (los capitalistas) y, en segundo lugar, complementariamente, a los propietarios privados no capitalistas, sean ellos propietarios de mercancías corrientes o de mercancía fuerza de trabajo –las mercancías que en cada caso rodean y se subordinan a la mercancía capital–. Visto así, como cooperación de todo un conglomerado de propietarios privados de "personificaciones" de intereses mercantiles, el desarrollo de la "vida" del fetiche capitalista –la marcha de la acumulación del capital sustentada en el progreso cuantitativo y en un cierto tipo de variación cualitativa de su cuerpo concreto de mercancía– adquiere la presencia real de una empresa histórica.

En sentido riguroso, desde la perspectiva de la crítica de la economía política, sólo a esta peculiar empresa histórica le corresponde el nombre de Estado moderno. Más que una institución consolidada o un aparato estable de dominio, es el proceso incesante mediante el cual la institucionalización y la dominación generada por la sociedad mercantil, civil o burguesa adoptan y rechazan las diferentes versiones posibles que se adecúan a su función.⁷³ La empresa Estado es la actividad

⁷² Dinero-capital es el dinero que incrementa su magnitud y genera así un beneficio a su propietario, al convertirse en un cierto tipo de mercancía y reconvertirse en dinero. La mercancía-capital es aquel tipo de mercancía que posibilita la existencia del dinero-capital. Su composición peculiar es procesual. Es, en un primer momento, mercancía fuerza de trabajo y mercancía medios de producción, dotadas en un conjunto de un valor C; es, en un segundo momento, mercancía medios de producción y/o medios de subsistencia, dotadas en un conjunto de un valor C+ AC. Lo peculiar de ella está en que incluye en sí un elemento de "valor elástico", la mercancía fuerza de trabajo, que tiene un valor (v) en el primer momento (como capacidad de trabajo) y un valor acrecido ($v' + p$) en el segundo (como trabajo cumplido).

⁷³ Es por ello que, pese a que su estructura básica es la de una república democrática –el Estado mercantil simple ideal–, su figura efectiva puede variar sin contradecir su esencia, de acuerdo al momento y las circunstancias, desde el parlamentarismo más liberal e inestable hasta la dictadura más despótica y férrea. No hay que olvidar en todo esto que

coordinada de una masa históricamente particularizada de propietarios privados que, sobre el territorio común de sus propiedades, organiza todo el conjunto de sus comportamientos productivos y consuntivos –reprimiendo unos, fomentando otros, mediante instituciones y aparatos heredados o creados *ad hoc*– de acuerdo a un proyecto y una finalidad peculiares; actividad que defiende violentamente tal organización contra sectores no integrables de esa misma masa de propietarios privados y contra las actividades estatales concurrentes que se le oponen desde el exterior.⁷⁴ El proyecto y la finalidad de esta institucionalización-dominación traducen al terreno de la convivencia concreta el sentido abstracto de la re-politización y re-socialización enajenadas inherentes a la dinámica de la circulación mercantil moderna y de su núcleo determinante, la expansión de la mercancía-capital.

¿En qué consiste esta traducción de la “política” cósmica de la circulación mercantil capitalista a los términos propios del sujeto social como ente determinado histórico-culturalmente tanto en sus capacidades y disposiciones productivas como en sus necesidades y apetencias consuntivas? ¿Cuál es la relación entre la vida dominante de la mercancía-capital y la vida dominada de las fuerzas productivo-consuntivas? ¿Cómo tiene lugar la subordinación de la politicidad inherente al proceso de reproducción social bajo la sintetización cósmica capitalista de su socialidad, bajo la “política” cósmica del capital? ¿De qué manera se cumple el hecho de la enajenación?

LA NACIÓN DEL ESTADO

La empresa Estado sólo puede adelantar y consolidarse si es capaz de regenerar y potenciar la función básica de su funcionamiento, la unificación de los múltiples intereses convergentes, provenientes de un conjunto histórico-geográfico particular de propietarios privados mercantiles en un interés general trascendente y aglutinante.

tanto el exceso de libertad como el exceso de restricción en el funcionamiento de la circulación mercantil son dañinos para el desarrollo de la mercancía-capital.

⁷⁴ Toda empresa *Estado* se levanta necesariamente en una realidad hostil que la amenaza desde dentro y desde fuera. No se debe olvidar que la amenaza fundamental es la de una pérdida de la capacidad de acumulación de la propiedad privada capitalista que la sostiene: pérdida que significa la destrucción del carácter de propietarios capitalistas para los capitalistas y, dada la situación subordinada de los obreros, del carácter de propietarios privados que éstos, pese a todo, tienen.

Aunque antagónicos, los intereses de los distintos propietarios privados capitalistas son compatibles entre sí; incompatibles, contradictorios, son los de todos ellos, como clase, respecto de los intereses de los propietarios privados no capitalistas, y especialmente respecto de los intereses del conjunto de los propietarios privados de la mercancía fuerza de trabajo, los trabajadores. Intereses capitalistas e intereses no capitalistas (proletarios) coinciden, no obstante, y se identifican en virtud de aquello que en los dos hay de interés por afirmar el fundamento último que los vuelve "socios" en la empresa histórica estatal: por salvaguardar su carácter de propietarios privados y por defender el patrimonio que poseen en común –el territorio que ocupan para su reproducción mercantil – y que es la base de ese carácter y la garantía de esa salvaguardia. La Nación establecida por el Estado sólo puede ser, así, el efecto de un afianzamiento concreto, ubicado en la esfera de la producción-consumo y no en la circulación mercantil, de este referente real del interés colectivo de los propietarios privados; el efecto de la consolidación y el fortalecimiento extramercantiles tanto de su carácter de propietarios privados como del fondo mínimo de riqueza co-poseída por ellos. Sólo puede consistir, por ello, en la conversión de ese referente real en un ente subjetivo-objetivo, dotado de una identidad histórico-cultural particular, que se encuentra en proceso de autorrealización; referente real que, de esta manera, ubicado siempre en el futuro, como meta última, difusa pero reconocible, resulta capaz de otorgar un sentido a todo el comportamiento mercantil-capitalista de ese conjunto de propietarios privados.

Esta Nación del Estado se constituye, en efecto, gracias a un encauzamiento que invierte el sentido de la dinámica inherente a la existencia histórico-concreta de las fuerzas productivo-consuntivas, es decir, a la sustancia de la nación. La empresa estatal es, a un tiempo, autoafirmación de la mercancía-capital y conversión sistemática de la sustancia nacional en Nación del Estado.

En la situación capitalista, la politicidad de las fuerzas productivo-consuntivas se encuentra suspendida; su ejercicio efectivo está radicalmente impedido. El sujeto social no puede llevar a cabo su función autoproyectante, su autodeterminación. Las transformaciones de su modo de existencia le son impuestas por la dinámica de "su" riqueza objetiva como valor que se valoriza. Pero la suspensión de su politicidad efectiva no implica la desaparición, el aniquilamiento o la

cancelación definitiva de la misma. Ella permanece, y precisamente en el modo de reprimida y censurada. Se manifiesta de una manera que originariamente es indirecta y torturada, como rechazo total a la "politicidad" cósmica de la mercancía-capital. La sustancia de la nación, en tanto que forma del comportamiento reproductivo cuyo principio ordenador está en el propio sujeto social, se resiste a ser re-formada de acuerdo a un principio ordenador ajeno o "cósmico".

En todos los niveles y en todas las zonas de las fuerzas productivo-consuntivas se afirman espontáneamente formas de vida social anticapitalista que revelan la vitalidad profunda de la sustancia nacional. Unas de ellas provienen de la resistencia del código heredado pre-capitalista en la medida en que éste, tanto en su técnica productiva como en su utilización consuntiva, debe desarrollarse a partir de modos de comportamiento tradicionales. La tecnología moderna no puede romper el cordón que la ata con las formas más primitivas de la apropiación práctica de la naturaleza, formas necesariamente comunitarias, es decir, centradas en la politicidad efectiva del sujeto. La organización burguesa del consumo, igualmente, no puede prescindir de los lineamientos elementales que marcan desde el pasado comunitario el sistema de las necesidades. Por último, englobando el comportamiento productivo y el consuntivo, el uso capitalista del proceso de comunicación debe presuponer ineludiblemente los modos cultural-naturales de la lengua y de las demás dimensiones de la producción y el consumo de significaciones. Modos que se generaron en situaciones de vitalidad comunitaria del sujeto social y que no se acomodan a su refuncionalización capitalista.

Pero la afirmación reprimida y censurada de formas anticapitalistas de vida social no sólo se genera a partir de una resistencia del pasado; proviene también, y principalmente, de una resistencia del futuro. La marcha histórica de la acumulación capitalista mantiene a la sociedad, al conjunto de las fuerzas productivo-consuntivas, en un estado de crisis permanente. El hecho de que el comportamiento social en el capitalismo se encuentra atado a las formas más abstractas y permanentes de la tradición pre-capitalista sólo es reconocible dentro de un proceso más amplio: el "revolucionamiento" completo e incesante de todas las figuras concretas que pueden adoptar esas formas heredadas del comportamiento social. El capitalismo nulifica y vuelve irrisorios todos los valores efectivos –religiosos, morales,

estéticos, etcétera— que guiaban a las sociedades hasta antes de su dominio. Pero él mismo es incapaz de crear nuevos valores concretos; en rigor, una cultura capitalista es imposible; la valorización del valor, finalidad abstracta, sólo puede ser una meta productiva intermedia en dirección a otra necesaria, consuntiva, a la que no puede definir en su concreción y que deja así su lugar vacío. Como efecto del “revolucionamiento” real que el capitalismo promueve en las fuerzas productivo-consuntivas, y centralmente por la apertura que esto implica de la posibilidad históricamente nueva de abolir la escasez económica, aparecen dentro del funcionamiento de esas fuerzas una serie de resistencias de todo orden al modo represor y destructivo en que el capitalismo organiza las perspectivas de su funcionamiento. Es principalmente a partir de ellas que la sustancia de la nación —el sujeto social en tanto que defensor concreto de su politicidad subjetiva— se constituye como un conjunto de formas de comportamiento social anticapitalista en el que cada una de ellas —imaginarias e inofensivas unas, violentamente realistas otras, conscientes o inconscientes— contribuye al esbozo de una vida futura comunitaria.

EL TRABAJADOR Y LA NACIÓN

El modo fundamental de sobrevivencia reprimida y censurada de la politicidad de la vida social en el capitalismo se pone de manifiesto en lo que de resistencia sustancialmente nacional hay en la lucha de las clases trabajadoras contra su explotación; en lo que estas luchas tienen de impugnación de los términos mismos de la explotación del plusvalor más allá de la magnitud en que ésta se lleva a cabo. La resistencia del trabajador participa —y de manera determinante— en la resistencia pre-capitalista y post-capitalista de la sustancia nacional en la medida en que, al impugnar el modo de existencia efectivo de los individuos sociales (las “fuerzas de trabajo”) en calidad de objetos mercantiles —que es la condición de la explotación del plusvalor—, reivindica necesariamente la dimensión “histórico cultural” concreta de los mismos. No sería posible una liberación del trabajador que no implicara la liberación de la politicidad esencial de las fuerzas productivo-consuntivas y, con ella, la liberación de su sustancia nacional.⁷⁵

⁷⁵ Es lo que olvida el comunismo abstracto, que sí la cree posible. Pero tampoco es posible lo que cree el nacionalismo revolucionario: una liberación de la nación anterior o al margen de la revolución anti-capitalista.

El nivel político de la lucha revolucionaria del trabajador organiza en torno a sí la resistencia global de la sustancia de la nación a la remodelación capitalista de la reproducción social. Por ello es precisamente en la reducción de este nivel político a los términos de la política economicista de la empresa Estado, “política” de propietarios privados, en donde se juega la transformación de la sustancia de la nación en Nación del Estado. En la esfera de la circulación mercantil-capitalista, los intereses anticapitalistas del trabajador son refuncionalizados como intereses adecuados al desarrollo de la mercancía-capital; esto en la medida en que los trabajadores, al comportarse como propietarios privados de sí mismos, de su mercancía fuerza de trabajo, fundamentan la conversión de quienes los compran, los capitalistas, en “propietarios” del valor que se valoriza.⁷⁶ Al mismo tiempo, toda la carga de resistencia anticapitalista proveniente de la sustancia de la nación es refuncionalizada necesariamente como lo contrario de lo que es. Es integrada como origen y finalidad de la empresa estatal de todos los propietarios privados y, entre ellos, centralmente de los capitalistas. La Nación del Estado es, así, el efecto de la acción del fetiche moderno, la mercancía-capital, constituido concretamente como empresa estatal, sobre la sustancia de la nación. El carácter productivista abstracto de la acumulación del capital actúa sobre los múltiples contenidos de la sustancia nacional como criterio selector que reprime a todos aquellos que no son funcionales con él o que lo estorban, y que fomenta sólo aquellos que se le adecúan. La Nación del Estado es, pues, una representación caricaturesca de la sustancia de la nación. Todo lo que en ésta es contradictoriedad, conflicto, inestabilidad, fluidez, posibilidad de un mundo diferente, aparece en aquélla como acuerdo, armonía, permanencia, rigidez: como clausura dentro de los límites de lo establecido.

⁷⁶ La mejor descripción de este fenómeno esencial la ofrece Marx en el §5, “Manifestación de la ley de apropiación capitalista en la circulación simple”, de la versión primitiva de la *Contribución a la crítica de la economía política*.

APÉNDICE: SOBRE EL “FETICHISMO”

En el discurso crítico de Marx la idea de fetichismo tiene un carácter polémico. Cuando Marx llama “fetichista” al mundo moderno, dirige en su contra el mismo calificativo peyorativo que éste aplica a la humanidad que lo precedió en la historia. Ser “fetichista” significa necesitar, para la consecución de un determinado efecto, la intervención de un objeto milagroso, es decir, de un instrumento mágico cuya efectividad no puede ser explicada por el entendimiento racional ni puede ser producida por la actividad técnica que se guía por éste.

Para el mundo moderno, que se piensa a sí mismo como el reino de la luz que ha vencido al de las tinieblas, el “fetichismo” es un fenómeno del pasado, de la época en que el Hombre estaba aún a oscuras en medio de la Naturaleza, dominado por ella. Ser moderno significa haber sometido teórica y prácticamente a las fuerzas naturales y haberse liberado así de la necesidad de “fetiches”. Si el “fetichismo” consiste en la necesidad de hacer que fuerzas “sobrenaturales” —es decir, ininteligibles, puesto que “lo natural” es “lo inteligible”— intervengan en la realización de la vida humana, ningún mundo es más “fetichista” que el mundo moderno. Según lo muestra Marx, en el mundo moderno la existencia social, como conjunto de interacciones individuales recíprocas, no puede llevarse a cabo en un plano puramente “natural”, asequible a la voluntad y al entendimiento de quienes participan en ella; tiene que cumplirse también en un plano “sobrenatural”, poblado por seres cuyo comportamiento es ajeno a su voluntad e impenetrable a su entendimiento práctico: las mercancías o productos/bienes dotados de valor. A diferencia de otros mundos, menospreciados por “supersticiosos” e “irracionales”, en los que, sin embargo, los individuos sociales entablan ellos mismos sus relaciones, en obediencia a una hipótesis mitológica propia, en el mundo moderno los individuos sociales no podrían relacionarse entre sí si no fuera por la intervención socializadora, incontrolable e incomprensible para ellos, de las mercancías y su circulación.

Fetichismo arcaico

Toda sociedad humana reconoce en el hecho mismo de su existencia un fenómeno sobrenatural. Un suceso que no pasa de ser *casual* o fortuito dentro de la infinidad de sucesos posibles en la naturaleza es considerado sobrenatural por el hecho de que en él se funda la necesidad de una forma concreta de existencia social. Todos los mitos que explican el origen de esas formas lo relatan como un acontecimiento único en el cual la armonía de la naturaleza se rompe de manera peculiar para dar cabida a la presencia de un modo de ser cuyas normas de vida trascienden la legalidad natural y mantienen con ella una relación ambivalente de obediencia y transgresión. La vida humana se reconoce a sí misma como el resultado siempre renovado de un hecho milagroso. Se concibe como la continuación de esa ruptura originaria que tuvo lugar en la naturaleza; como la permanencia de ese drama concreto en que la polimorfía natural *está siendo* sacrificada o negada en beneficio de una *morfé* social determinada. El ser humano sospecha siempre que hay un fondo sobrenatural por debajo de la naturalidad de su existencia cotidiana.

Es comprensible, entonces, que un cierto grado de fetichismo sea inherente a toda forma de existencia social. Los valores que guían esta existencia se jerarquizan necesariamente de acuerdo a un criterio que distingue entre lo *sagrado* y lo *profano*. No todos los actos ni todas las palabras ni todas las cosas de su vida cotidiana interesan por igual al sujeto humano. Hay entre ellos algunos cuya excepcionalidad se debe al hecho de que se encuentran asociados, por representación (metafóricamente) o por herencia (metonímicamente), con el acontecimiento originario de la humanización. Son los actos, las palabras y las cosas sagradas; es la esfera de lo "numinoso". En ellos o con ellos se vuelve evidente lo sobrenatural de la naturalidad social. La forma de su existencia es percibida como la garantía de la forma de existencia de todos los demás: los actos, las palabras y las cosas profanas. De presencia huidiza, difíciles de ubicar en el flujo de la vida, las sociedades intentan, sin embargo, apresarlos y sistematizarlos mediante un aparato complejo de ceremonias y sacerdotes, de rituales y fetiches, de conjuros y amuletos.

El fetichismo es una característica necesaria de la existencia humana porque toda forma concreta de sociedad, siendo en sí misma contradictoria, sólo puede establecerse como *armonía* mediante el recurso a lo sobrenatural de su origen, origen que se actualiza de manera permanente en la dimensión sagrada del mundo constituido por esa forma.

Toda existencia social concreta es estructuralmente contradictoria, "desgarrada", como dice Marx (*Tesis IV, "ad Feuerbach"*), porque, al mismo tiempo que tiene una forma que está en proceso de negar o trascender el modo de vida animal del que emerge, es también esta propia substancia natural, en una afirmación de sí misma que niega la forma en la que está siendo encerrada. En la vida social, lo que es porque es sacrificio de lo que *no es*, pero lo que *no es* es el fundamento de lo que *es*. El acontecimiento originario o la dimensión actual de la vida humana en la que esa contradicción se "resuelve" o neutraliza y se calman los efectos de ese "desgarramiento", en la cual la *hybris* de lo humano se funda como un hecho armónico, es el acontecimiento o la dimensión propiamente sagrada. En él la naturaleza "acepta" su sacrificio al mismo tiempo que la forma social "asume" sus límites. Los actos, las palabras y las cosas directamente involucrados por ese acontecimiento o en esa dimensión constituyen, en la terminología polémica de Marx, el "mundo de los fetiches".

El fetichismo erótico

El fetichismo arcaico inherente a la vida social se muestra de la manera más evidente en lo que respecta a las relaciones interindividuales en el sujeto social.

La cooperación y el co-disfrute son actividades propias de la animalidad gregaria, es decir, se cumplen mediante relaciones de pura exterioridad entre los individuos naturales, aislados cada uno en su acatamiento del mandato instintivo. Cuando son actividades humanas implican, en cambio, relaciones de interioridad entre individuos sociales que se hacen los unos a los otros en reciprocidad y cuya obediencia al instinto está supeditada a la persecución de un *telos* ajeno a la naturaleza. En su hacerse recíproco, los individuos sociales son *personas*: seres que juegan o representan un papel en el drama concreto de la sociedad a la que pertenecen. Su individualidad natural, animal, no cuenta si no es

como soporte de su personalidad social. Un sutil fetichismo *in nuce* hace que todo individuo humano, para existir como tal, deba presentar primero las marcas propias de una determinada socialidad concreta. Para existir como objeto o destinatario del deseo erótico, por ejemplo, el atractivo animal-sexual de su cuerpo debe ser perceptible como "belleza", es decir, debe ser un atributo natural trans-naturalizado como atributo cultural. La "belleza" del cuerpo como objeto del deseo humano es un valor sólo ponderable en el juego de atribución de formas que mantienen entre sí los individuos en calidad de personas, es decir, en calidad de participantes en un proyecto concreto de afirmación de lo humano a partir de lo animal. La "belleza" del cuerpo, sea cual sea su definición práctica en cada caso, es la condición de la existencia de su atractivo sexual. El fetichismo erótico en sus manifestaciones más acentuadas –consideradas "aberraciones" sexuales– sólo exagera este proto-fetichismo estructural de la relación erótica interpersonal: tiende a ahogar la substancia del atractivo erótico –el atractivo sexual – bajo el peso de su forma: la "belleza" ("ese brillo peculiar en su nariz").

La mercancía como fetiche

Un fetiche es una acción, una palabra o una cosa que sirve de instrumento para lograr un hechizo (*feitico*), es decir, para provocar la actualización de lo sobrenatural en una situación singular concreta. Es un instrumento como cualquier otro, pero es además mágico: su efectividad rebasa la efectividad reconocida como natural por la sociedad. Su presencia real es así necesariamente doble o "mística", a un tiempo profana y sagrada, material y espiritual, terrenal y celestial. Es un objeto cuya función ordinaria o natural en la vida social se halla visitada y absorbida por una función milagrosa o sobrenatural (es el alfiler de la costurera convertido en la espada de la bruja). Esta estructura de la presencia objetiva del fetiche es la que Marx tiene en cuenta cuando establece la analogía entre el objeto fetiche y el objeto mercantil. Su descripción de la estructura objetiva de la mercancía revela, en efecto, que ésta es también un objeto "místico" de doble efectividad, que su función en la vida social se mueve en dos planos diferentes, el uno "físico", natural o "sensorial" y el otro "meta-físico", sobrenatural o "suprasensorial".

En realidad, el concepto de fetichismo mercantil es, en el discurso crítico de Marx, el corolario polémico en la teoría de la enajenación. La enajenación es la característica central del mundo moderno porque sólo en él la *politicidad*, la calidad específica de la existencia humana, se encuentra clausurada en el sujeto social y cedida al objeto social, *cosificada* en él.

En el mundo moderno o capitalista el sujeto social está impedido políticamente: no puede determinar la forma de su propia *socialidad*. El modo en que vive la sociedad no es la *realización de un proyecto* de vida generado por la comunidad de individuos sociales, como de todas maneras era el caso en los mundos precapitalistas, donde la politicidad se cumplía como *religiosidad*. La vida social moderna se lleva a cabo como el cumplimiento de una necesidad impuesta sobre ella por el mundo de las mercancías capitalistas y la dinámica que le es inherente, la de la valorización de su valor. Nada se produce, nada se consume, ninguna relación interindividual es posible en la sociedad de la época moderna si no es en virtud de su subordinación a la empresa histórica que asegura la explotación de un plusvalor en beneficio de la mercancía capitalista.

La relación entre los individuos sociales en el trabajo y en el disfrute es una relación que no podría existir si no fuera porque *está siendo puesta por el mundo de las cosas* convertidas en mercancías capital. Las mercancías son los fetiches modernos porque, al igual que en los objetos mágicos, su realidad "profana" –su valor *por* el trabajo y su valor *para* el disfrute– se encuentra subsumida bajo su realidad "sagrada", la de ser los agentes de la socialización (capitalista) de los individuos sociales. La forma de existencia mercantil de los objetos sociales es descrita por Marx –en el primer capítulo de *El Capital*– como una objetividad en doble estrato e inestable o contradictoria. Está constituida por la forma estructural de objeto práctico en cuanto tal, en su existencia u objetividad social-natural en general (su "cuerpo"), pero en tanto que forma modificada o sobredeterminada por la configuración sobrepuesta y parasitaria que adopta el objeto práctico en su existencia como puro objeto social de intercambio (su "alma").

En el plano en que es un objeto social-natural, la mercancía es simplemente una porción de naturaleza o materia de cualquier orden integrada en la realización del proceso de reproducción social, es decir:

en una perspectiva, es materia transformada o resultante de un proceso de producción o trabajo específico, cooperativo o concreto, y, en otra perspectiva, es materia apetecida o necesaria para un proceso de consumo o disfrute igualmente específico, compartido o concreto. Es un bien producido o un producto útil (con valor de uso).

En cambio, en el plano en que es un puro objeto social de intercambio, la mercancía no es más que –en la primera perspectiva– una simple condensación de energía productiva, un valor, y –en la segunda perspectiva– una simple posibilidad de ser remplazada por un objeto diferente de ella pero equivalente, un mero valor de cambio. Es la versión abstracto-cuantitativa de la calidad social-natural o concreta; es ésta misma pero reducida a su aspecto más indiferenciado y general, aquel en que todos los rasgos de producto y de bien que ella vuelve reales en el objeto se resumen en los dos rasgos siguientes: el de haber sido producido con mayor o menor trabajo o gasto de energía social (producto en abstracto) y el de ser más o menos intercambiable, es decir, demandado o útil en términos generales (bien en abstracto).

Ahora bien, lo peculiar de la forma mercantil del objeto social práctico reside en que esta última, su calidad social de intercambio, rige o tiene vigencia como configuración aparte y autónoma y no como elemento dependiente y subsumido en la calidad o figura social-natural. Lo específico de la forma mercantil del objeto reside, por lo tanto, en que su composición es inestable o contradictoria: en que una parte de su calidad total o concreta –la parte puramente abstracto-cuantitativa– se enfrenta a ella o se afirma al margen de la sintetización que ella implica, minándola así en su integridad. En la forma mercantil de los objetos hay una contradicción, dice Marx, entre sus dos factores, entre el valor o la “forma de valor” y el valor de uso o la “forma natural”.

Es esta unidad contradictoria de dos estratos de existencia, unidad característica del objeto práctico mercantil, la que se convierte en efectividad y fetiche dentro del funcionamiento global del proceso de reproducción social.

La mercancía presenta su peculiar doble calidad como una efectividad doble similar a la efectividad de los fetiches (objetos místicos, que fusionan en sí lo humano y lo divino) cuando se observa la función que ella cumple como elemento posibilitador de un cierto tipo histórico de reproducción social. No sólo constituye el producto concreto (“profano”)

que el productor entrega al mecanismo social de distribución y el bien concreto ("profano") que el consumidor saca de ese mismo mecanismo, sino también el único nexo (objeto "sagrado") en virtud del cual ese sujeto productor/consumidor –que se halla en condiciones históricas de privatización o aislamiento– resulta re-conectado con los demás sujetos productores/consumidores, relacionado con los demás individuos del sujeto social. El "mundo de las mercancías" es un conjunto de objetos fetiches porque, además de actuar como *medium* efectuator del carácter social de los objetos prácticos (acción "ordinaria"), actúa también como *medium* generador de la socialidad de los productores/consumidores (acción "milagrosa"). En un proceso de reproducción social en el cual la sujetividad o actividad con la que el sujeto sintetiza su propia socialidad (las relaciones de convivencia técnica, de producción y consumo) se encuentra paralizada o fuera de funcionamiento; en el cual, por tanto, la figura o identidad fáctica de esa socialidad es contingente o carente de un principio innovador, es el conjunto de las cosas u objetos prácticos el que tiene que garantizar al menos la repetición de la identidad social heredada imponiéndole al sujeto inactivo los efectos sintetizadores inertes provenientes de su propia "vida social". Y esta "vida social cósmica" sólo puede consistir en la vigencia efectiva de la interdependencia abstracta o casual de las diferentes cosas en tanto que situadas en un plano común ("social"), el de su calidad de valores.

El dinero, dos veces fetiche

La efectividad de fetiche que tienen las mercancías en la vida del mundo social moderno se ejerce a través del conjunto de intercambios en los que ellas "cambian de manos", circulan o pasan, de ser propiedad de un individuo social privado, a ser propiedad de otro.

En el acto de intercambio, cada una de las dos mercancías que intervienen en él puede ser considerada *alternativamente* como *objeto* de dicho acto, como mercancía que es comprada/vendida, o como *medio* del mismo, como mercancía que sirve para comprar/vender. En tanto que *objeto* del intercambio, la mercancía es una sustancia valiosa que *intenta abandonar* la figura concreta que tiene actualmente porque es una figura inútil para su propietario; lo que prevalece en ella es su *ser un valor de uso determinado* que *estorba* a su ser valor en general.

En tanto que medio del intercambio, la mercancía es una sustancia valiosa que *intenta adoptar* la figura concreta de la otra porque es útil para su propietario; lo que prevalece en ella es su *ser un valor* en general al servicio de su necesidad de ser un determinado valor de uso.

En el intercambio, "lugar" donde se constituye el carácter mercantil de los objetos, éste se hace presente de manera desdoblada; es lo mercantil en *función valente o activa* en la mercancía en tanto que objeto del intercambio, es decir, en proceso de hacer manifiesta su "alma" valiosa; y es lo mercantil en *función equivalente o pasiva* en la mercancía en tanto que medio del intercambio, es decir, en proceso de adoptar un nuevo "cuerpo" natural o un nuevo valor de uso. La función valente o activa le corresponde a la mercancía-objeto porque es el valor de éste el que, *al expresarse* en la presencia cuantitativa del valor de uso que la mercancía-medio le entrega pasivamente para el efecto, *se convierte en valor de cambio efectivo*.

El acto de intercambio es el eslabón último de todas las relaciones sociales que establecen los individuos sociales como propietarios privados. En tanto que propietario de la mercancía que es *objeto* del intercambio, el individuo *solicita* entrar en una relación social; en tanto que propietario de la que es *medio* del intercambio, *acepta* entrar en ella. La coincidencia de solicitud y aceptación de socialidad, la plena reciprocidad en el acto de intercambio, sólo podría darse en el caso de existir un perfecto equilibrio entre la oferta y la demanda de las dos mercancías que están en juego. Los dos propietarios privados serían entonces en igual medida solicitantes y aceptadores de una relación social. Sin embargo, esta situación sólo se presenta de manera excepcional. La regla es que, siempre, una de las dos mercancías es más demandada que la otra. Por esta razón las dos funciones de la mercancía, la de objeto del intercambio (cuyo valor se expresa activamente) y la de medio del mismo (cuyo valor de uso se presta pasivamente a esa expresión del valor) se consolidan por separado: la primera recae en la mercancía de mayor *oferta* relativa y la segunda en la de mayor *demandada* relativa. El propietario de la mercancía menos demandada, marcada como *objeto* del intercambio, es así quien *debe solicitar* el establecimiento de la relación social; el otro, el propietario de la mercancía más demandada, marcada como *medio* del intercambio, *puede aceptar* o no dicha solicitud. La relación social que se genera en el acto de intercambio es siempre una relación carente de

reciprocidad. Uno de los propietarios tiene *poder* sobre el otro; está en capacidad de negarle la socialidad que pide.

El ideal de todo propietario privado es tener su mercancía siempre en función del medio del intercambio, de equivalente de las otras mercancías; poder elegir entre todas las que pretenden cambiarse por ella, ser buscado por los otros propietarios, estar en capacidad de decir "sí" o "no" a sus requerimientos de relación con él. Sin embargo, de todos los "cuerpos" de mercancía sólo hay uno que le permite a ésta encontrarse siempre en situación de ser la mercancía más demandada, el medio y no el objeto del intercambio. Es el "cuerpo" de la mercancía *dinero* (el metal precioso y sus sustitutos). Así, en realidad, el ideal de todo propietario privado es tener su mercancía convertida en mercancía dinero. El dinero es la mercancía en permanente función de medio del intercambio debido a que las características naturales de su "cuerpo" —su escasez, por la que concentra mucho valor en poca masa y se vuelve fácilmente transportable; su homogeneidad y divisibilidad, etcétera— le confiere una *disponibilidad técnica al intercambio* que es excepcional en el mundo de las mercancías. La facilidad con que es intercambiable hace de su concreción una concreción *evanescente*: en cualquier lugar y en cualquier momento puede dejar la concreción que tiene y pasar a tener cualquier otra concreción. Junto al valor de uso intrínseco del metal precioso como objeto de trabajo aparece así en él, construido por la sociedad a partir de su concreción evanescente, un *segundo valor de uso*, el de servir de *representante a todos los demás "cuerpos" de mercancía*. Este valor de uso socialmente adjudicado convierte al "cuerpo" de la mercancía dinero en la *corporeidad del valor en general*, es decir, en el *equivalente universal* o metro en referencia al cual se miden los valores de cambio (precios) de todas las mercancías.

La mercancía cumple su función de fetiche al existir alternativamente como mercancía *común* y como mercancía *dinero*. En la circulación de los elementos de la riqueza, la metamorfosis de las mercancías —posibilitada por el curso del dinero— no sólo permite al propietario privado consumir bienes que él no ha producido, sino que lo conecta socialmente con los productores de éstos. El propietario privado experimenta de manera más intensa la efectividad del fetiche mercancía cuando es propietario de dinero; éste no es únicamente la puerta de acceso a cualquiera de los bienes de la sociedad, sino

también, y sobre todo, la garantía de su propio ser social como individuo universalmente relacionado con todos los demás propietarios privados.

El fetichismo del dinero no se reduce, sin embargo, al fetichismo general de su ser mercancía. Su calidad de contacto social universal le lleva también a asumir funciones de *fetichismo arcaico*. Los objetos sagrados son los testigos del momento fundante, "sobrenatural", en el que tuvo lugar el sacrificio de la *polimorfía natural* en beneficio de la *morfe social*. Uno de los aspectos de este tránsito es el sacrificio de la animalidad del *organismo* individual en beneficio de la constitución de la *persona* individual, sacrificio que se repite indefinidamente en el proceso de "educación" al que es sometido el individuo humano al comienzo de su vida.

Los objetos que acompañan esta relación originaria de intercambio entre animal y sociedad, relación en la que el animal se despoja de determinados aspectos de su vida instintiva a cambio del cultivo especial de otros por parte de la sociedad, son los objetos llamados a prestar su cuerpo "profano" para que sea vehículo de una de las versiones principales de la efectividad "sagrada". En la medida en que el dinero es "testigo" del sacrificio de la individualidad concreta pero limitada del propietario privado en beneficio de su individualidad abstracta pero universal, su cuerpo de metal precioso se presta para *traducir a términos modernos* el *fetichismo arcaico* de los objetos que acompañan el sacrificio de la animalidad individual en beneficio de la persona individual.

La semiósis fetichista

El discurso mítico es la manifestación que el uso o habla social hace de una normación o *configuración mítica* que es *inherente al código concreto* del comportamiento práctico y a la *lengua* como código concreto del comportamiento lingüístico. Las significaciones míticas son las que se producen/consumen en la dimensión profano/sagrada de la existencia social, en el mundo restringido y extraordinario de los fetiches arcaicos. Son significaciones que acompañan, de manera subordinada pero determinante a todas las demás que se producen/consumen en la vida cotidiana –de trabajo y disfrute– del sujeto social. Son sobre-significaciones que, compuestas según esa

sub-codificación del código general, modifican a las principales, confundándose con ellas. Éstas no podrían ser lo que son –significaciones concretas– sin una coloración mítica, inherente a ellas mismas. El mundo de las mercancías o fetiches modernos también es generador de sub-significaciones míticas sin las cuales el comportamiento y el habla de los propietarios privados carecería de concreción y por tanto de eficacia.

La experiencia traumática, no sólo originaria sino siempre repetida, que debe ser “explicada” por el nivel mítico de la existencia social moderna, es la experiencia de la pérdida del ser comunitario y por tanto de la capacidad política real por parte del individuo social. Se trata, por ello, de un “texto vivido” que intenta, en mil versiones más o menos elementales o elaboradas, burdas o sutiles, demostrar el beneficio que implica para el individuo su ser social como propietario de mercancía u hombre de dinero, afirmar el carácter armónico de la combinación de su *universalidad* abstracta con su pertenencia concreta a una familia y, en definitiva, a una *nación*.

Sin el mito práctico y lingüístico del *individualismo* a un tiempo universal y nacional, mito que se confunde con determinados restos de mitos arcaicos, y que los refuncionaliza, la vida de las sociedades mercantiles sería imposible.

El fetiche propiamente capitalista

La figura mercantil capitalista del objeto práctico se distingue de su figura mercantil en general porque en ella el plano configurante, la forma de valor (compuesta por las determinaciones valor y valor de cambio) posee un grado de complejidad que no existe en el de la forma mercantil simple. Y porque, consecuentemente, también la relación contradictoria entre la forma social de valor y la forma social natural del objeto práctico (compuesta por las determinaciones producto y valor de uso) es, en ella, de un grado más elevado.

Podría decirse que en el “fetiche” mercantil capitalista el lado “sagrado” tiene un sentido o una orientación propia y, por tanto, no sólo desquicia sino incluso subordina al sentido originario del lado “profano” básico. En efecto, en la mercancía capitalista el valor (propiamente: el valor nuevo, añadido o recién producido) debe tener una composición

compleja peculiar: la objetivación de trabajo suficiente para compensar el valor de la mercancía fuerza de trabajo gastada en su producción (suficiente para reproducir el capital variable) debe servir de mero soporte a la existencia de una objetivación excedente o adicional de trabajo como sustancia de un plusvalor.

Igualmente, el valor de cambio (precio) debe volver efectivo el valor recién creado, pero sólo en calidad de medio para que se vuelva efectivo para su propietario capitalista el plusvalor que hay en él. Es decir, el valor y el valor de cambio, los dos aspectos de la forma de valor del objeto mercantil, no son, como en la mercancía simple, determinaciones derivadas y estáticas, o sea dependientes de las determinaciones concretas (de producto específico y de útil específico) del mismo, sino determinaciones que llevan intrínsecamente, en su propia inercia, un sentido, una necesidad o una dinámica autónoma. Son determinaciones de una forma de existencia del objeto mercantil que es parasitaria pero al mismo tiempo dominante sobre su forma de existencia básica. Esta mercancía de forma específicamente capitalista es un objeto fetiche también peculiar porque la función que cumple dentro del funcionamiento global del proceso de reproducción social es diferente: posee un grado esencialmente más profundo de efectividad.

El objeto práctico mercantil capitalista es aquí el elemento mediador entre las dos fases (productiva y consuntiva) del proceso de reproducción de un sujeto social muy especial. Un sujeto social, en primer lugar, atomizado o privatizado, es decir, afectado por una parálisis de su autarquía, de su función política básica o función sintetizadora de su socialidad; y, en segundo lugar, y sobre todo, un sujeto social estructurado de hecho en torno al "capitalismo" o "relación-capital" como relación social determinante, es decir en torno a un principio de diferenciación que constituye constantemente a la serie de átomos de sujeto (sujetos privados productivos/consuntivos) en un conjunto de sujetos estructurado polarmente: sujetos capitalistas, es decir dotados de medios de producción y explotadores de la fuerza de trabajo ajena, por una parte, y sujetos trabajadores, es decir, carentes de medios de producción y explotados en el trabajo, por otra.

El proceso de reproducción en el que interviene la mercancía capitalista es entonces un proceso que al mismo tiempo que se ejerce por (producción) y actúa sobre (consumo) la corporeidad concreta del sujeto social, también se ejerce en virtud (producción) y en beneficio (consumo) de una forma histórica del sujeto como sujeto que, para sobrevivir, destruye sistemáticamente una parte de sí mismo. Inserto en este modo histórico peculiar del proceso de reproducción social, es decir, como riqueza producida por el "capitalismo" y consumida para el "capitalismo", el conjunto de objetos prácticos mercantiles debe actuar como *medium* generador no de una socialidad pasiva o carente de un sujeto funcionante, sino de una socialidad dotada de dinámica, es decir de un pseudo-sujeto o centro pseudo político: dotada de una dirección y una necesidad innovadoras, provenientes precisamente del funcionamiento automático de la relación social "capitalismo".

Riqueza concreta o cúmulo de objetos prácticos, por un lado, y riqueza abstracta y dotada de una sujetividad cósmica o enajenada, por otro: el mundo de las mercancías capitalistas es el mundo de los fetiches activos. "Fetiches" que no obedecen a los deseos ni potencian las capacidades de sus propietarios, sino que hacen que ciertas capacidades y deseos surjan y otros desaparezcan en ellos; que traducen al registro de lo concreto, bajo la imagen de bienes que deben desearse y productos que pueden producirse, las posibilidades de explotación de plusvalor y las necesidades de conversión del plusvalor en capital.

[1976]

CUESTIONARIO SOBRE LO POLÍTICO ⁷⁷

–Quisiéramos que esta conversación contigo tuviera como tema central la definición marxista de lo político. Y más particularmente, dado el campo de interés teórico en el que te ocupas, la definición de lo político a partir del aparato conceptual construido por Marx en *El Capital*.

–Como tú sabes, la definición marxista tradicional de lo político se encuentra en crisis actualmente. Su concepción como simple supra-estructura determinada por lo económico ya no es aceptada prácticamente por nadie; ni siquiera con la corrección antimecanicista que le reconoce una capacidad de reacción sobre la infraestructura. En lugar de ella, intentando superar sus limitaciones y sin abandonar los lineamientos teóricos básicos de Marx, se han formulado otras que ponen el acento en la explicación de ciertos problemas urgentes y de primera importancia en la vida política actual de los Estados capitalistas y también, en menor medida, de los Estados del “socialismo real”. Baste recordar de pasada las reformulaciones de Poulantzas y sus seguidores, la del gramscismo, la de la nueva escuela alemana y, por último, la que nos parece más interesante, iniciada por Tronti, Negri, Cacciari, etcétera, en Italia. Pero la crisis del concepto marxista de lo político llega incluso a plantearse, dentro de la izquierda teórica contemporánea, como negación global del hecho fundamental en torno al que se mueve la vida política de la sociedad, el hecho de la generación y el ejercicio del poder o del dominio en general de unos hombres sobre otros en todos los aspectos de la vida social. Nosotros, por nuestra parte, nos inclinamos a pensar que la crisis del concepto marxista de lo político proviene de la necesidad real de su radicalización teórica, planteada por el hecho de que las propias situaciones históricas dentro de las que el marxismo debe orientar la práctica de los revolucionarios tienen para él grandes zonas oscuras que permanecen con su reclamo de ser exploradas. En la Alemania de 1930 había otra vida política, más allá de la lucha por el poder del Estado de Weimar, que se reveló después, destructivamente, como

⁷⁷ Texto elaborado por el autor sobre la base de una conversación con Luis Corral y José Ron durante el seminario sobre “Crítica de la economía y Crítica de la cultura” organizado en abril de 1980 por el Instituto de Investigaciones de la Cultura, de Quito. Se publicó originalmente en la revista *Palos de la Crítica*, núm. 1, México, 1980.

catástrofe en la contrarrevolución nacional-socialista; en la América Latina de nuestros días parece haber también otra vida política, más allá de la que se agita en las repúblicas de los ciudadanos más o menos dotados de derechos y deberes frente a su Estado. Pensamos, por eso, que la radicalización de la problemática de lo político, esbozada ahora y desde los años veinte, fuera o en los márgenes del marxismo, debe ser no sólo asumida sino incluso profundizada y enriquecida por él, y que puede serlo si es insertada de manera adecuada –es decir, de manera que le fuerce a dar más de sí mismo– en su construcción teórica.

Sabemos que en la obra de Marx no hay un tratamiento especial del problema de lo político y que esta falta no puede ser subsanada mediante una recopilación y una clasificación más o menos ordenada de las numerosas observaciones y sugerencias que existen al respecto en su obra. Pero creemos que en una reconstrucción pormenorizada y sistemática del discurso de Marx en la crítica de la economía política –que es en lo que tú trabajas– pueden encontrarse tal vez determinados puntos de partida para la construcción de una teoría marxista de lo político capaz de incluir en su problematización este nivel de radicalidad teórica al que aludimos.

–Intentemos una primera pregunta que vaya de lleno al asunto: ¿qué sería específicamente lo político dentro del proceso de la economía política capitalista, estudiado y criticado por Marx en *El Capital*?

–Te parecerá tal vez demasiado ortodoxo, pero yo creo que esa radicalización del tratamiento marxista de lo político –que, al ampliarse hasta abarcar regiones del comportamiento social consideradas tradicionalmente como sólo indirectamente políticas, le permitiría a éste un acceso teórico más totalizador o concreto al objeto que le interesa centralmente, la revolución comunista– debería ser concebida más como el efecto de un reencuentro del marxismo con su propia radicalidad teórica, al retornar al proyecto teórico crítico original de Marx, que como el efecto de la inserción de una radicalidad teórica ajena a él. El discurso marxista apareció como el discurso del anti-poder conformado como contra-poder proletario; es decir, del poder de una clase cuya autoafirmación como clase implica la abolición de toda diferenciación represora en la sociedad: la abolición de todas las clases

(incluso de sí misma) y, por tanto, también de todo poder. Desde el principio, el marxismo fue consciente de la revolución que implicaba en el terreno del discurso teórico al inaugurar la criticidad en calidad de científicidad de la época de transición al comunismo; fue, por ello, ajeno a todo intento de restaurar el discurso tradicional del poder, el discurso científico-filosófico positivo. El proyecto del discurso crítico comunista incluía en 1844 la necesidad de abordar todo el conjunto de los comportamientos prácticos y discursivos de la sociedad; desde entonces, la crítica de la economía política fue considerada siempre por Marx como una de las vetas del discurso crítico, aunque, eso sí, como la más básica y elemental de todas ellas, y, por tanto, como la de más urgente realización. Justamente la pregunta que formula abre la perspectiva para distinguir en qué medida la crítica tácita de la vida política en el capitalismo se encuentra como componente esencial en la crítica de la economía política, y en qué sentido esta segunda ofrece la base teórica necesaria para la explicitación de la primera.

La "ley general de la acumulación capitalista" parte de un descubrimiento esencial respecto de lo que es la reproducción –la producción y el consumo repetidos– de la riqueza o condición objetiva de existencia de la sociedad cuando esta sociedad se reproduce a sí misma de modo capitalista. Afirma: la reproducción de la riqueza sólo tiene lugar en la sociedad capitalista en la medida en que sirve de soporte a la reproducción incrementada del plusvalor explotado a los obreros y convertido en capital. De este descubrimiento la ley saca una conclusión acerca de los efectos que tiene ese modo de reproducir la riqueza sobre la existencia y la reproducción del sujeto social. Concluye: para el sujeto social, reproducir su riqueza de modo capitalista implica reproducirse a sí mismo de manera autodestructiva; realizarse como siendo en parte, en cierta medida, excedentario, superfluo y destinado, por tanto, en principio, a ser aniquilado, eliminado, privado de la existencia. Si tomamos –como creo que debe hacerse– esta "ley general de la acumulación capitalista" como el texto que resume de manera más adecuada el sentido global de la crítica de la economía política, podemos decir, entonces, que, para Marx, el modo capitalista de la reproducción social se basa en algo que podríamos llamar represión y enajenación fundamental de lo político. Me explico: para Marx, lo político no es una característica entre otras de la vida social sino el carácter específico o constitutivo de la misma.

Pero en la definición del hombre como "animal político", Marx –tal vez porque el peligro de barbarie o apoliticidad se ha vuelto más radical– debe penetrar más allá que Aristóteles; debe cuestionar en qué consiste esa necesidad esencial de cada hombre de vivir en *polis* o en sociedad con los otros. Es lo que se desprende de la famosa comparación entre el albañil y la abeja en el capítulo v del primer libro. El proceso de reproducción social es, primero, como todo proceso de reproducción animal, un proceso en el que un elemento natural (el "sujeto" animal) persiste en la forma de su existencia, vive o sobrevive, al ejercer una acción transformadora precisa (la "producción") sobre el resto de la naturaleza y al recibir la correspondiente reacción de ésta (el "consumo") como naturaleza transformada. Lo único que el proceso de reproducción social tiene de específico, lo que lo constituye como tal, es el hecho de que es un proceso libre, en el sentido sartreano del término. Libre, porque, en su caso, persistir en la forma de su existencia no es perpetuarla automáticamente, sino crearla y re-crearla, instaurarla y modificarla. vivir y sobrevivir es, para el sujeto social que se reproduce, autorrealizarse en una forma social elegida o proyectada por él. El sujeto social se reproduce mediante el consumo o disfrute de una riqueza objetiva constituida por bienes producidos o transformaciones de la naturaleza, cuyas formas adquiridas en la producción o el trabajo no están ya dadas en el funcionamiento de la naturaleza, sino que son realizaciones de fines del propio sujeto o cumplimientos de propósitos adecuados a su proyecto de autorrealización. En el proceso de producción social, el proceso natural de reproducción se encuentra duplicado por un proceso que lo acompaña y que es precisamente al que podemos denominar proceso de reproducción político. Al trabajar y disfrutar, al producir transformaciones con valor de uso o consumir bienes producidos, el sujeto social simultáneamente prefigura y efectúa una determinada forma de la socialidad, define la identidad de su *polis* como sociedad concreta. La socialidad es la "otra materialidad" de la que hablaba Engels, la materialidad específica con la que "trabaja" y a la que, transformada, "disfruta" el sujeto social.

Esta capacidad de sintetizar o totalizar la forma de su vida social sería lo político básico o la politicidad fundamental del sujeto social. Y ésta sería, entonces, justamente, la capacidad que está siendo necesariamente reprimida y enajenada por el modo capitalista de la reproducción social.

Sólo un sujeto social maniatado para decidir sobre su propia vida puede reproducir su riqueza de la manera descrita por la "ley general de la acumulación capitalista": como proceso que implica obligadamente la "muerte" de una parte de sí mismo.

–La expulsión que Althusser pretendió hacer de conceptos como enajenación, fetichismo, etcétera, fuera del corpus "científico" del marxismo –calificándolos de meros recursos ideológicos en los que, por necesidad circunstancial, pervivían nociones anteriores al "corte epistemológico" fundador del materialismo histórico como ciencia de la historia– ha perdido toda su vigencia junto con el fracaso del proyecto de puritanismo teórico del que emanaba su dictado. Sin embargo, incluso entre quienes defienden el carácter marxista de dichos conceptos, su uso se ha vuelto más embarazoso; se diría que tal expulsión fallida dejó de todas maneras un cierto halo de desprestigio sobre ellos. Tú acabas de hablar de una "enajenación de lo político", y la pregunta aparece por sí misma: ¿le sirven a Marx para algo, en su crítica de la economía política, conceptos como enajenación, fetichismo, etcétera? ¿Pueden ser útiles en una crítica marxista de la política en el capitalismo?

–Como habrás leído en publicaciones recientes, Althusser ha pasado a reconocer la necesidad de ver el discurso de Marx como discurso crítico y de prolongar la crítica de la economía política hacia una crítica de la política. De ser consecuente, este paso deberá llevarlo, me parece, a una revisión de su rechazo de conceptos como enajenación y fetichismo, a una readopción de los mismos. Pero no creo que el abandono por parte de su autor inicial implique realmente el fracaso de ese proyecto de puritanismo teórico; por el contrario, me parece que éste ha logrado el triunfo que pretendía: ha entrado en el discurso del poder positivo, se ha convertido en el remozamiento cientifista acrítico-complementario, a pesar suyo, del remozamiento humanista abstracto (el de las lamentaciones autocompadecidas sobre la "enajenación del hombre")– de la ideología reformista contemporánea y de las prácticas hiperpoliticistas y estatalistas que ella justifica.

En el capítulo IV del primer libro de *El Capital*, en la parte final del §1, Marx, sin mencionar el término "enajenación", introduce su concepto en calidad de categoría central de la crítica de la economía política. Habla del valor de la mercancía capitalista como valor "autovalorizándose" y lo califica de "sujeto automático", de elemento "dominante", dotado de movimiento propio, dentro del proceso global que organiza al conjunto de los actos de intercambio en la esfera de la circulación mercantil de la riqueza social. La presencia de este valor que se incrementa por sí mismo es lo característico de la riqueza mercantil capitalista, y el examen crítico de esa presencia es el objeto teórico central de toda la crítica de la economía política. Ahora bien, hablar de un valor que se valoriza es hablar de la mercancía capitalista, a la que él pertenece, como un fetiche moderno peculiar. Es utilizar la teoría acerca del fetichismo moderno o mercantil y del hecho que lo explica, la cosificación, desarrollándola como teoría del fetichismo del capital y de la enajenación capitalista.

Voy a tratar de ser un poco más claro en esto. Para Marx, las sociedades que se reproducen de manera atomizada o inorgánica, bajo la forma de una serie de procesos de reproducción privados, carentes de relaciones de interioridad o comunitarias entre sí, se encuentran en una situación de crisis estructural absoluta: su ciclo reproductivo se encuentra esencialmente interrumpido en el momento circulatorio, allí donde la masa de objetos recién producidos (productos) por todos los propietarios privados productores debe repartir de manera diferente sus elementos componentes a fin de convertirse en una masa de objetos destinados al consumo (bienes); allí donde, como dice Marx, debe efectuarse el "metabolismo" de la riqueza social. ¿Cómo pueden "cambiar de manos" los elementos de esta riqueza objetiva si entre sus propietarios no existe ningún proceso que los vincule o interrelacione en tanto que productores y consumidores, y que los habilite para ordenar y realizar tal "cambio de manos"? Esta crisis estructural de su reproducción la resuelven las sociedades atomizadas mediante la mercantificación de ese momento circulatorio, mediante la conversión de los elementos de su riqueza objetiva (los productos con valor de uso) en mercancías, en objetos que, por estar dotados de un valor y un valor de cambio, pueden ser intercambiados los unos por los otros en términos de igualdad o equivalencia.

La reproducción de la sociedad puede entonces restaurar su ciclo de manera mecánica o no ordenada por el sujeto social y amenazada siempre de un retorno a la crisis.

Es aquí donde Marx introduce su concepto de fetiche moderno. Lo hace para describir la doble función que los elementos de la riqueza objetiva cumplen en el proceso de reproducción de las sociedades inorgánicas o privatizadas. Es una doble función parecida a la de los instrumentos de la técnica mágica, a la de esos objetos por un lado naturales y por otro milagrosos, profanos y sagrados, que son los fetiches de las sociedades arcaicas; a la de esas agujas que no sólo rasgan la tela del muñeco representante, sino que causan también males en la persona representada. De manera parecida, los objetos mercantiles, con la doble forma de presencia que tienen, "sensorialmente suprasensorial" – como objetos concretos (productos con valor de uso), y como objetos abstractos (valores con valor de cambio)–, son naturales y son "milagrosos", tienen "cuerpo" y "alma", satisfacen las necesidades que motivaron su producción pero satisfacen también una necesidad de otro tipo: introducen la única interconexión posible entre los propietarios privados; son el único nexo social real que llega a establecerse entre individuos que son de por sí constitutivamente sociales, (dependientes los unos de los otros) y que se hallan, sin embargo, en situación, de a-socialidad. Las mercancías son, pues, los fetiches modernos.

Pero lo importante de todo esto reside en lo siguiente: el fetichismo de las mercancías no es más que la manera como se muestra en la composición objetiva de las cosas un fenómeno global que caracteriza a toda la reproducción social, el fenómeno de la cosificación. La mercantificación de la circulación de la riqueza concreta disuelve la parálisis en la que ésta tendría que encontrarse en las sociedades privatizadas o atomizadas y supera así la crisis estructural de su reproducción. Pero esta reproducción social mediante el mercado se distingue esencialmente de una reproducción social en la que la riqueza circula directamente, en función de las necesidades y las capacidades de un sujeto social orgánico o comunitario. Esta última implica necesariamente la presencia efectiva de lo político en el sujeto. La circulación de su riqueza no es más que el resultado que refleja la autodeterminación del sujeto social como proceso en el que éste se da a sí mismo una forma, armonizando para ello, de manera concreta, su

producción y su consumo. La reproducción mediante el mercado implica, por el contrario, la suspensión de la autarquía política del sujeto, la subordinación de su capacidad de autodefinirse prácticamente. La forma de su existencia ya no la decide él solo, sino que "se decide" en parte, pero prioritariamente, "a espaldas de él", en el funcionamiento mecánico y casual de la circulación mercantil, en la "vida social que llevan las cosas" intercambiándose convertidas en mercancías. Implica así, necesariamente, la cosificación de la función totalizadora de la socialidad del sujeto. El fetichismo de las mercancías no es, pues, más que el modo como la cosificación de lo político se hace manifiesto en las cosas.

La crítica de la economía política no puede prescindir de los conceptos de fetichismo y cosificación. Son precisamente ellos los que ejercen el grado más decisivo de la criticidad del discurso de Marx. Con ellos Marx desmistifica o destruye teóricamente las pretensiones de naturalidad con que se presenta el modo privatizado de la reproducción social. El sujeto social que se reproduce de manera mercantil logra efectivamente mantenerse en vida, y este hecho hace que esa manera parezca ser la única adecuada y natural que puede tener su reproducción. Esa supervivencia la consigue, sin embargo, mediante el sacrificio de lo que hay de más esencial en él mismo; la consigue gracias a la represión de su capacidad política. Su vida podrá ser mejor o peor: nunca será efectivamente suya; nunca se organizará realmente de acuerdo a las necesidades concretas de su perfeccionamiento como entidad comunitaria.

Pero la sociedad moderna no se reproduce sólo de manera mercantil; se reproduce de modo mercantil-capitalista. El sujeto social no sólo se mantiene en vida, sino que esta vida suya parece dotada de un impulso incontenible de crecimiento: vivir parece ser progresar, incrementar aceleradamente la riqueza, expandir los horizontes de la vida. Así, pues, con mayor razón aún que el modo mercantil, el modo mercantil-capitalista parece ser el modo más natural y adecuado de la reproducción social. La crítica de la economía política desmistifica esta apariencia al mostrar que ese progreso, comandado por la acumulación del capital, no es otra cosa que una renovación incesante de las formas de la explotación y, como decía anteriormente, de la destrucción necesaria de una parte o una dimensión del propio sujeto social. Ahora bien, la crítica de la economía política lleva a cabo esta desmistificación

mediante el procedimiento de una explicación particularizada y sistemática de la modalidad capitalista del fetichismo mercantil y de la modalidad capitalista de la cosificación de la politicidad del sujeto social. El progreso o enriquecimiento de la sociedad capitalista es un remozamiento continuo de la explotación del trabajador porque la esfera de la circulación mercantil de la riqueza ya no se contenta con salvar de su crisis estructural a la reproducción social, sino que impulsa a su manera la propia dinámica reproductiva. Es una circulación mercantil que fomenta un tipo de intercambio peculiar: el de la mercancía común por mercancía fuerza de trabajo, en el cual el valor de la primera resulta necesariamente incrementado. Favorece así el peculiar tipo de proceso de producción del que proviene ese incremento: el del proceso de producción como proceso de explotación del plustrabajo proletario. La función "milagrosa" de los fetiches mercantiles en la circulación capitalista se ha vuelto, por tanto, diferente: ya no es pasiva sino activa. No sólo actualiza la socialidad de los propietarios privados, sino que le impone un sentido explotativo posibilitante de la valorización del valor. Y si la mercancía capital es un fetiche activo ello se debe a que también lo político del sujeto social, la función totalizadora de su socialidad, se encuentra cosificada de manera más radical: está completamente interferida e intervenida por la dinámica que esa mercancía-capital recibe de su "valor autovalorizándose". Es éste, en calidad de sujeto "cósico" automático, el que reprime, completamente ahora, la autarquía política del sujeto, y no sólo la subordina a su dinámica, a su "iniciativa", sino que la sustituye por ella. El progreso capitalista de las fuerzas productivas implica necesariamente una destrucción del sujeto social y de la naturaleza debido al hecho de que ese sujeto social está reproduciéndose de acuerdo a una forma "proyectada" sin la menor intervención suya positiva; una forma prefigurada exclusivamente por el reflejo de las necesidades de acumulación del capital sobre el mundo de las mercancías.

Este es el nivel fundamental de la crítica de la economía política, el que sustenta la teoría marxista de la explotación del trabajador en el capitalismo y el que permite reconocer en su plena radicalidad la necesidad de la revolución comunista. Y es imposible dejar de ver que en él se encuentran, como piezas centrales de la argumentación, los conceptos de fetichismo y enajenación.

La segunda parte de tu pregunta se refiere a la utilidad que pueden tener estos conceptos en la continuación de la crítica marxista de la economía política hacia una crítica marxista de la política capitalista.

–Antes de que pases a ese punto, o más bien en conexión con él, tal vez convendría que tuvieras en cuenta la distinción que sirve tradicionalmente a los marxistas para diferenciar lo político de lo económico, la distinción entre supraestructura e infraestructura que, a juzgar por el modo en que ubicas lo político en el proceso de producción y consumo de la riqueza, no tiene para ti una importancia tan esencial...

–La tiene, pero no para definir lo político sino para definir la política (usando esta oposición terminológica de Chatelet). Marx habla, en su conocido "Prólogo" de 1859, de la organización económica o inconsciente del comportamiento social, de las "condiciones de producción" – favorecedoras o represoras del desarrollo de las "fuerzas productivas"– como "base o infraestructura" real que determina las formas políticas o conscientes del comportamiento social efectivo, levantado sobre ella como una "supraestructura". Al comportamiento económico regido por una infraestructura o unas condiciones de producción mercantiles, Marx, hegelianamente, le llama "sociedad civil" o "burguesa" (para ambos calificativos, en alemán se dispone de un solo término). Sobre ese comportamiento, y determinado por él, se levanta la vida política con su forma supraestructural burguesa: se levanta el Estado como empresa dirigida a la construcción histórica de la Nación. La infraestructura es aquí la forma burguesa de la sociedad económica o no reflexiva; igualmente, la supraestructura es aquí la forma burguesa de la sociedad política o reflexiva. Estas formulaciones del prólogo presentan una insuficiencia si se quiere desarrollar exclusivamente a partir de ellas una crítica radical de la política capitalista. No se trata de la insuficiencia formal tan traída y llevada que sería la falta de una definición "dialéctica" de las interacciones entre infraestructura y supraestructura. El estudio del complejísimo vaivén de impulsos provenientes de ambas puede rebasar, sin duda, el texto de Marx y puede llevar –como se ve en las publicaciones más recientes– hasta el preciosismo conceptual. Pero, de todas maneras, el programa de su realización está planteado ahí: se trata de estudiar el modo como la economía "determina en última instancia" la "autonomía

de lo político". La insuficiencia está en otra parte: en la falta de definición de la "infraestructura" como lugar del "conflicto entre fuerzas productivas sociales y condiciones de producción"; falta de definición que se consolida cuando es rellena de manera insuficiente y desorientadora con la definición burguesa-hegeliana de lo económico, que aparece mediante la oposición entre "economía" y "política", entre "sociedad civil o burguesa" y "Estado". Si la infraestructura es lo económico y si lo económico es la sociedad civil –el conflicto práctico de los propietarios privados dotados de intereses divergentes– lo político no puede tener cabida en la infraestructura; se define como algo distinto de ella, como la acción que concilia esos intereses en dirección hacia metas universales (Nación, Civilización, etcétera) y que es introducida en ella (idealismo) o generada en ella (materialismo) por la política del Estado. Esta oposición entre economía y política no sirve para precisar la oposición entre infraestructura y supraestructura; la empobrece y deforma. Podría decirse que esta insuficiencia del "Prólogo" de 1859 proviene de la utilización de la oposición tradicional entre economía y política allí donde el nuevo concepto crítico de infraestructura como el lugar del "conflicto entre fuerzas productivas sociales y condiciones de producción" requería ser desarrollado en los términos del discurso de *El Capital*. Esta obra, la crítica de la economía política, es precisamente una crítica de la forma económica o de sociedad civil que adquiere la infraestructura social en la época capitalista. Y uno de sus principales resultados es, sin duda, el descubrimiento de que lo político, aun en su forma capitalista enajenada, es el carácter fundamental de la infraestructura, del proceso de reproducción de la riqueza social. Que la política o empresa histórica estatal, como fenómeno de supraestructura, no representa, ni mucho menos, la totalidad de lo político; que lo único que ella administra son los resultados de la enajenación de lo político.

Volvamos ahora a la segunda parte de tu pregunta anterior. La infraestructura de la sociedad capitalista es el lugar de un conflicto histórico específico entre, por un lado, fuerzas productivas que son el proceso de trabajo moderno –constituido por la acción de un factor subjetivo, la fuerza de trabajo de un trabajador colectivo, sobre un factor objetivo, los medios de producción como maquinaria de la gran industria– y, por otro, las peculiares condiciones de producción que posibilitan su funcionamiento. Estas condiciones de producción peculiares

estipulan de manera práctica que la conjunción productiva concreta entre los dos factores, el subjetivo y el objetivo, sólo puede funcionar si sirve de soporte a un proceso de producción diferente de él, abstracto: al proceso de valorización del valor incorporado en el segundo factor, es decir, al proceso de explotación de un plusvalor generado por el primero. La infraestructura de la sociedad capitalista es el lugar de la contradicción entre la tendencia básica del funcionamiento del proceso de trabajo moderno y la tendencia superpuesta, proveniente de la organización que deforma pero vuelve posible tal funcionamiento: la tendencia a la valorización del valor, es decir, a la explotación de los obreros, los propietarios de la mercancía fuerza de trabajo, por los capitalistas, los propietarios de la mercancía medios de producción.

Ahora bien, la cuestión que, en el discurso de *El Capital*, muestra la necesidad de pensar la presencia de lo político en la infraestructura y de utilizar para ello conceptos como enajenación y fetichismo es la siguiente: ¿cómo es posible que ese conflicto infraestructural de la sociedad capitalista –entre el producir y la condición para ello; el valorizar o explotar– pueda mantenerse sin estallar y deshacerse, pueda estar neutralizado y repetirse incesantemente? ¿Por qué pueden reproducirse las condiciones de la producción capitalista? Los obreros, después de constatar que el consumo al que tienen derecho los reproduce mermada, destructivamente, mientras que el consumo al que tienen derecho los capitalistas les reproduce a éstos incrementadamente su propiedad, regresan, sin embargo, por sí mismos, al proceso en que al producir son explotados. Esto sucede porque la conexión casual entre este modo de producir y ese modo de consumir se encuentra borrada completamente del campo de la experiencia práctica directa. Las condiciones de producción capitalista disponen de un mecanismo especial con el que organizan las fuerzas productivas modernas; es el mecanismo del mercado de la fuerza de trabajo. Es en él donde se entabla la relación de explotación entre los dos tipos desiguales de individuos sociales; donde ésta se entabla, sin embargo, como relación de intercambio de equivalentes entre individuos sociales iguales, entre propietarios privados de mercancía. Allí, la relación de desigualdad se establece como relación de igualdad. Sin la existencia efectiva y actuante de la esfera de la circulación de mercancías –donde el obrero le vende al capitalista, como si fuera una mercancía cualquiera, el derecho a hacer uso de su fuerza de trabajo y a

explotarla para extraerle plusvalor, donde el obrero se vuelve “cómplice” de su propia explotación—, las condiciones capitalistas de producción no podrían condicionar realmente el funcionamiento de las fuerzas productivas. Marx insiste en este punto cuando habla —en pasajes centrales pero que no suelen ser valorados debidamente— de la necesidad del “cambio de las leyes de apropiación capitalista en leyes de propiedad mercantil”... Se puede decir entonces que sin lo principal que acontece en la esfera de la circulación mercantil, es decir, sin la cosificación capitalista de lo político y sin el fetichismo de la mercancía-capital, las condiciones capitalistas de producción no podrían subordinar el funcionamiento de las fuerzas productivas modernas. Así, pues, un hecho que atañe directamente a la esencia política de la sociedad se halla en el núcleo de la infraestructura o modo de producción capitalista. Este hecho podría ser descrito como el surgimiento de una politicidad espontánea de la mercancía-capital —de los distintos capitales histórico-concretos (el inglés, el alemán y el brasileño, el central y el periférico, etcétera)— consistente en la capacidad que tiene el proceso de valorización y acumulación de la riqueza capitalista global para dirigir el progreso concreto de la sociedad, los cambios efectivos del conjunto de su producción y su consumo.

Pero sería errado concebir la enajenación de lo político como si fuera un hecho dado y consumado. Se trata, muy por el contrario, de un hecho en proceso, de un acto constantemente renovado. Un proceso repetido de pérdida, por parte del sujeto, y de adquisición, por parte de la mercancía-capital, de capacidad decisoria sobre la forma de la socialidad. Esta enajenación, como proceso correlativo de pérdida y ganancia de politicidad, debe estar descrita como una lucha o un combate permanente entre dos contrincantes, en la cual uno de ellos debe ser siempre vencido pero nunca puede ser aniquilado. La politicidad de la mercancía-capital es obviamente una politicidad parasitaria; vive de la represión o desvitalización (no de la muerte) de la politicidad básica del sujeto social.

La crítica de la economía política reconoce en la enajenación de lo político la condición esencial de la existencia de su objeto teórico: el modo de producción capitalista. Pero señala también el punto en que ella se conecta con lo que debe ser la crítica de la política del capital. El objeto teórico de ésta no puede ser otro que el proceso mismo

mediante el cual la politicidad del sujeto está siendo enajenada, convertida en politicidad de la mercancía-capital. Proceso complejo que puede ser definido como proceso de refuncionalización o subsunción real de la tendencia histórica de la producción y el consumo modernos por parte de la tendencia histórica de la acumulación del capital. Para hacerse una idea de la complejidad de este proceso hay que tener en cuenta que el funcionamiento más elemental de la reproducción social concreta implica ya la generación espontánea de una tendencia, tanto práctica como discursiva, al progreso de esta reproducción o un sentido favorable al perfeccionamiento del sujeto social y de su "metabolismo con la naturaleza", es decir, con un sentido directamente contradictorio respecto del que proviene, en los hechos y como ideología, el de la valorización del valor. Hay que tener en cuenta, por lo tanto, que sólo un intrincado mecanismo de mixtificación real puede hacer que está última tendencia, la de la mercancía-capital, venza sobre la primera, la ponga a su servicio y la confunda consigo misma. Este mecanismo es, precisamente, la supraestructura política e ideológica de la sociedad capitalista...

–La pregunta que te hacía iba en la dirección que has tomado, pero obedecía a una preocupación más concreta. "El campo de acción de la política revolucionaria del proletariado no se confunde con el de la política burguesa; coincide en parte con él, pero lo rebasa necesariamente": esta idea que plantearon los clásicos marxistas y que la han repetido e interpretado positivamente casi todos sus seguidores, parece ahora caer en desuso; en Europa con unas justificaciones, en América Latina con las mismas y con otras más. Los marxistas que aún la defienden, cuando no se baten en retirada, son acallados de una manera u otra. ¿Es todavía válida esa idea original de Marx y Engels, o en verdad no hay más política que la política burguesa, que gira en torno al Estado y su poder? La política marxista ¿puede ser estatalista? ¿Qué criterio habría para distinguir entre la delimitación burguesa y la delimitación revolucionaria de lo político? ¿Son de alguna utilidad para ello conceptos como el de "enajenación de lo político" al que te estás refiriendo?

–Enajenación de lo político quiere decir suspensión en el sujeto social –debido a su atomización, descomposición o privatización– de su capacidad de totalizar prácticamente su socialidad (el conjunto de las relaciones de trabajo y disfrute que interconectan y definen a los individuos sociales) dentro de una figura o una identidad histórica determinada. La enajenación de lo político implica una paralización en el sujeto de la facultad de autoproyectarse y autorrealizarse reflexiva o conscientemente –es decir, mediante un proceso de comunicación realmente discursivo y político–. No implica, en cambio, una carencia o una ausencia, en el sujeto social, de toda resistencia espontánea frente a la desfiguración o acción destructivamente formante que ejerce sobre él el valor valorizándose o la acumulación del capital en calidad de “sujeto social sustitutivo”. Podría decirse, inclusive, que la politicidad de la mercancía capital se constituye en una lucha constante por reprimir la resistencia anticapitalista espontánea del sujeto –que se regenera una y otra vez desde focos muy diferentes–, puesto que es a partir de esa resistencia que el sujeto puede aprovechar las posibilidades históricas de volverse revolucionario, es decir, de reasumir su propia politicidad básica.

No creo que exista un criterio más adecuado en términos marxistas para reconocer lo político revolucionario que el que considera la capacidad que muestra una determinada actitud colectiva organizada para despertar, fomentar o convertir en ofensiva la resistencia del sujeto social –del “proletariado”, aunque no exclusivamente– frente a la sustitución que de él hace la mercancía-capital como fuente de totalización de la vida social. No es, pues, el tipo de lucha –salarial, nacional, electoral, etcétera–, sino la tendencia de la misma –anticapitalista o no, en este sentido radical– la que la califica de revolucionaria o no. Pero una pregunta resulta ineludible: ¿de dónde proviene, en el sujeto social, la posibilidad de resistirse a la enajenación de su politicidad? Y también es ineludible lo polémico de la respuesta: proviene de la concreción histórico-cultural del sujeto social, de lo que tenemos que llamar su “nacionalidad natural”.

En el capitalismo, las fuerzas productivas y las capacidades consuntivas funcionan de hecho en condiciones adversas al sentido estructural que su funcionamiento tiene por sí mismo. Se trata de un sentido que es esencialmente anti-capitalista y que se conforma de manera conflictiva como encuentro y combinación de dos diferentes tendencias anti-

capitalistas que llegan incluso a ser, en determinados puntos, incompatibles entre sí. El sentido anticapitalista de las fuerzas productivas y las capacidades consuntivas resulta, por una parte, de la "civilización material" –de la que habla Braudel– que, con su código comunitario y mítico, pervive aún en las técnicas productivas más modernas. Es una predisposición precapitalista de los medios de producción y consumo a funcionar todos ellos en combinación totalizadora; lo peculiar de ella está en que es una tendencia que define un contenido particular para dicha combinación. Es la tendencia de un conjunto instrumental desarrollado en condiciones naturales muy determinadas y cuya funcionalidad abstracta depende de un contenido técnico-histórico preciso, referido generalmente a la cultura campestre. De otra parte, el sentido anticapitalista de las fuerzas productivas y las capacidades consuntivas resulta de una tendencia que podríamos llamar postcapitalista de su funcionamiento. Se trata igualmente de una predisposición de los medios de producción y consumo a funcionar en una sola combinación totalizadora; pero es una predisposición abstracta. Los medios de producción y consumo tienden a convertirse en un solo gran medio instrumental global; reclaman la presencia de un solo factor subjetivo, libre y coordinado en su diferenciación, capaz de ser más "imaginativo" que ellos y de guiarlos entre sus posibilidades. Su presión "socializadora" se deja sentir de muchas maneras, por debajo de la represión, en la cultura de las grandes urbes industriales capitalistas.

La "nación natural" es el sujeto social en la medida en que asume, tanto en el comportamiento práctico como en el discursivo, la desigual (conflictiva) tendencia anti-capitalista de las fuerzas productivas y las capacidades de consumo histórico-concretas dentro de las cuales existe. La resistencia del sujeto social al mecanismo que enajena su politicidad no existiría efectivamente si no hubiera esta tendencia anti-capitalista de las fuerzas y capacidades de producción y consumo; es gracias a ésta que la resistencia del sujeto, precisamente al adquirir corporeidad histórico concreta, convierte al sujeto social en un sujeto dotado de "nacionalidad natural".

Para responder a tu pregunta, si lo político revolucionario se define en referencia a la capacidad de una actividad colectiva organizada para cultivar la resistencia del sujeto social a la enajenación de su politicidad, y si esta resistencia se define singularmente, en cada situación histórica, de acuerdo al modo como se combaten y se

combinan las dos componentes anticapitalistas de su sustancia nacional, es claro que el campo de acción de la política marxista no sólo no debería limitarse al campo de la acción de la política que instituye el Estado, y que es vivida por los individuos sociales en tanto que propietarios privados, sino que debería tener su centro de gravitación fuera de él; justamente en aquellas regiones o en aquellos momentos del comportamiento social espontáneo anticapitalista que no se encuentran convertidos en comportamientos automáticamente procapitalistas por la supraestructura política e ideológica; que han dejado de ser, que aún no han sido o que simplemente no pueden ser integrados en la politicidad cósmica de la mercancía-capital.

–Según lo que acabas de decir, la dirección que siguen los intereses revolucionarios de la clase proletaria y la que siguen los de la “nación natural” coincidirán plenamente. Es más, de algún modo la existencia de estos segundos sería la condición material de la concreción de los primeros. Se diría que entre un “nacionalismo natural” del sujeto social en su conjunto y el comunismo, particularmente proletario, puede no haber la divergencia esencial e incluso la contradicción –tantas veces constatada históricamente– que hay entre el nacionalismo real y el comunismo ¿Cuál es, entonces, la diferencia entre esta “nación natural” y la nación de hecho real o burguesa?

–Podría decirse que la Nación de hecho, Nación burguesa o Nación del Estado es la refuncionalización que invierte el sentido de la “nación natural”.

Conectemos esto con lo anterior. La relación de explotación entre obreros y capitalistas, como condición de la producción capitalista, sólo puede mantenerse si la experiencia misma del trabajador –que incluye necesariamente un nivel discursivo, reflexivo o consciente– le muestra a ésta esa relación de explotación como relación igualitaria.

Pero, a su vez, esta inversión o mixtificación ideológica del trabajador sólo puede ser tal, y no meramente un engaño o una mentira, si en la realidad vivida del proceso de reproducción social tiene lugar efectivamente esa “conversión” o “transfiguración”, descubierta por Marx, de las relaciones de explotación en relaciones de igualdad.

Y precisamente el llevar a cabo este “cambio” o “conversión” –no ilusorio sino real– es la función que constituye la esencia de la supraestructura política e ideológica en la sociedad capitalista.

En términos mercantiles en general, cuando la politicidad básica del sujeto sólo está suspendida para él y cosificada en el mercado neutral, cuando el sistema de necesidades y capacidades del sujeto se repite intacto, mantenido por las instituciones moral-religiosas de la comunidad (*ecclesia*), el fetiche correspondiente, la mercancía simple, sólo cumple la función de posibilitar la interconexión efectiva de los individuos sociales atomizados. La supraestructura política e ideológica que se genera a partir de su funcionamiento debe únicamente convertir la socialidad cósmica que asocia en exterioridad a los individuos sociales en socialidad subjetiva a o de interioridad; debe convertir las relaciones casuales de intercambio en relaciones que tienen la necesidad de un “contrato social”. El Estado aparece como un simple esfuerzo social especial de vigilancia y de represión de todo lo que atente contra este “contrato” (es decir, todos los restos de vida comunitaria efectiva).

En términos mercantil-capitalistas, en cambio, cuando la politicidad básica del sujeto le ha sido arrebatada por un sujeto sustituto y está enajenada en el mercado valorizador, cuando el sistema de las necesidades y capacidades subjetivas se transforma constantemente siguiendo la tendencia histórica de la acumulación, el fetiche correspondiente, la mercancía capital –es decir, la propiedad del capitalista como mercancías fuerza de trabajo y medios de producción de un valor C convirtiéndose en mercancía medios de producción y medios de subsistencia de un valor $C+p$ – cumple una función esencialmente más compleja: no sólo posibilita la interconexión efectiva de los individuos sociales disociados sino que, al mismo tiempo, impone a esta interconexión la finalidad que le es inmanente como portadora de un valor que se valoriza; reprime ciertos nexos interindividuales concretos y favorece otros, modela de una cierta manera la figura de la convivencia social, define la identidad del sujeto. Es sólo aquí, en el interior de este sujeto social atomizado y sometido a una violencia autodestructiva, donde propiamente toda manifestación de voluntad se convierte con necesidad en ejercicio de poder. La supraestructura política e ideológica que se genera a partir de su funcionamiento debe ahora convertir al proyecto cósmico de transformación del sujeto en proyecto del propio sujeto; debe convertir las relaciones obligadas de

intercambio para la valorización –entre la mercancía fuerza de trabajo, en manos del obrero, y la mercancía medios de subsistencia, propiedad del capitalista– en relaciones voluntarias de complementación para alcanzar una meta común. El Estado, por lo tanto, aparece aquí como toda una empresa histórica destinada a fomentar el desarrollo de un determinado conjunto particular de mercancía-capital. Una empresa histórica compleja, porque la finalidad que persigue no es puramente abstracta, la acumulación del capital, sino concreta y abstracta a un tiempo; su finalidad es el perfeccionamiento de una totalidad histórico-geográfica de objetos concretos, el patrimonio de la Nación, pero en tanto que esta totalidad es riqueza de forma natural (la de valor de uso producido) deformada, refuncionalizada por el hecho de ser el soporte –necesario pero oprimido– que sostiene la expansión de un particular conjunto de capitales o la marcha de un cierto cúmulo de valor que se valoriza.

El fetiche moderno capitalista, la mercancía-capital, sólo puede reasociar y orientar a su manera la vida del sujeto social disociado, sólo puede hacer que los trabajadores, como propietarios privados de mercancía simple –igual que los pequeños burgueses–, identifiquen sus intereses con los intereses de los capitalistas, en la medida en que él mismo existe en calidad de empresa histórica común de todos los productores propietarios-consumidores privados de mercancía (burgueses, pequeños burgueses y proletarios); en la medida en que existe en calidad de Estado. Pero el Estado, a su vez, sólo puede ser tal en tanto que actividad de autorrealización individual y a un tiempo colectiva de todos los propietarios privados. El Estado sólo puede ser tal en tanto que conjunto de aparatos e instituciones que interpretan y ejecutan –fomentando y sobre todo reprimiendo determinados comportamientos sociales– la voluntad coincidente de todos los connacionales de construir, fortalecer y expandir su Nación. La Nación –más o menos particularizada, entendida lo mismo como Italia (a imagen de la del norte) que como Civilización Occidental– es la causa final del Estado, como Estado individual o como conjunto de Estados, y es al mismo tiempo su efecto real o su creación. El Estado vive de y para la conversión de la “nación natural” en Nación “real”; de y para la inversión de la resistencia anticapitalista del sujeto social –fundamentalmente obrero– en impulso pro-capitalista. La “nación natural” es la sustancia que, invertida, adquiere la forma de Nación de Estado.

Es por ello que todo lo que es fluidez, inestabilidad, conflicto, auto-negación, en la nación real, se transfigura en rigidez, permanencia, armonía, autoafirmación incuestionable, en la Nación que el fetiche estatalizado levanta y al servicio de la cual pretende estar.

–Esta conversión-inversión de la una “nación” por la otra la planteas como una “transfiguración” que modificaría la forma de la propia práctica y de las “cosas mismas”. El fenómeno propiamente ideológico –la conciencia de que la tendencia capitalista de la vida en su tendencia natural estaría integrado como un momento necesario en tal con versión-inversión; sería necesario comprenderlo como lo que tú has llamado la sobredeterminación capitalista de los mensajes cotidianos. Sin embargo, hay ciertas modalidades del fenómeno ideológico, precisamente las que se refieren a su presencia en el terreno específico del discurso, de la conciencia reflexiva, del pensar propiamente dicho, que requieren un tratamiento especial porque el papel que desempeñan tanto en el ejercicio directo como en la enajenación de la politicidad es de especial importancia. La politicidad del sujeto social y la discursividad del nivel comunicativo en su proceso de reproducción mantienen entre sí una relación sumamente peculiar. Tú lo insinuabas anteriormente: se diría que así como no puede haber una discursividad –dada la libertad que implica la comunicación discursiva– que no sea de algún modo política, tampoco puede haber una politicidad –dado el consenso reflexivo que implica la sintetización de una identidad del sujeto– que no sea de algún modo discursiva. Lo político y lo discursivo se condicionan mutuamente; la enajenación de lo primero debe traer consigo una ideologización muy especial de lo segundo.

– Barthes tenía razón cuando insistía en un cierto “panlogismo” de la comunicación social, en que la producción/consumo de significaciones propiamente lingüístico-discursivas no sólo es una entre las múltiples que constituyen el nivel comunicativo de la reproducción social, sino que es además la preponderante, la que permea todas las otras, las prácticas, aunque esté siendo determinada por ellas. Comportarse socialmente implica poder concentrar la comunicatividad en el plano del discurso –ser un sujeto racional–; no implica, en cambio, sustituir las

otras vetas del proceso comunicativo por la del discurso. Tal vez lo peculiar de la ideologización discursiva esté justamente en la conversión del "panlogismo" de la comunicación social en una "logocracia" engañosa que implica, por un lado, la represión racionalista de todos los modos de la comunicación, aparentemente en provecho de la comunicación discursiva y, por otro, curiosamente, la desactivación, el vaciamiento, el apagamiento de la efectividad del discurso y de la razón. Así como la paralización y sustitución de la politicidad del sujeto se manifiesta en la virulencia desbocada de la política estatalista de los propietarios privados, así también la irracionalidad, la falta de capacidad decisoria del discurso se manifiesta en el ajeteo afiebrado del verbo pseudopolítico y las pretensiones absolutistas de la "razón instrumental". Pero creo que el planteamiento del problema de la cosificación de lo político como fenómeno ideológico nos debe llevar a abordar la cuestión que lo engloba y le da sentido (y que en este momento únicamente podemos mencionar): la cuestión de la revolución cultural. La "nación natural", como resistencia anti-capitalista del conjunto del sujeto social –con sus orígenes pre- y post-capitalistas–, genera determinadas formas, internamente contradictorias, de realización del código cultural histórico-concreto mediante el cual trabaja y disfruta en la rutina y en la fiesta de su tiempo cotidiano. Su práctica y su reflexión, que son siempre comunicación, ciframiento y desciframiento de significaciones, llevan consigo en todos los casos no sólo el cumplimiento de un código cultural específico sino también una vitalidad, una transformación conflictiva del mismo. Es esta vida cultural, práctica y discursiva de la "nación natural" la que está siendo refuncionalizada por la política estatalista y su construcción de la Nación de la mercancía-capital. Y es en el análisis de esta refuncionalización de la cultura nacional natural, y de las posibilidades de una revolución cultural contra tal refuncionalización, donde habría que buscar la respuesta para el problema ideológico que mencionas.

[1980]